
MULTILATERALISMO *VERSUS*
UNILATERALISMO EN ASIA:
EL PESO INTERNACIONAL DE LOS
«VALORES ASIÁTICOS»

Editor:

SEÁN GOLDEN

Director del Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals de la
Universitat Autònoma de Barcelona.
Director del Programa Asia de la Fundació CIDOB

Contribuciones de:

MUTHIAH ALAGAPPA

Director del East-West Center, Washington, D.C.
Doctor en Relaciones Internacionales de la Fletcher School of Law and Diplomacy,
Tufts University (EEUU)

JOAQUÍN BELTRÁN

Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals de la
Universitat Autònoma de Barcelona

JOSEP MANUEL BRAÑAS

Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals de la
Universitat Autònoma de Barcelona

SHAUN BRESLIN

Departamento de Política y Estudios Internacionales
Universidad de Warwick

PABLO BUSTELO

Profesor titular de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid.
Investigador principal (Asia-Pacífico), Real Instituto Elcano

GUY OLIVIER FAURE

China Europe Internacional Business School (CEIBS).
Academia Sínica Europea, Shanghai.
Sorbonne, París V

SEÁN GOLDEN

Director del Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals de la
Universitat Autònoma de Barcelona.
Director del Programa Asia de la Fundació CIDOB

KAM LOUIE

Diplomático y doctor en Ciencias Políticas.
Director del Centro China-Korea de la Universidad Nacional de Australia

MANUEL MONTOBBIO

Embajador en misión especial.
Doctor en Ciencias Políticas, Universitat Autònoma de Barcelona

VICTOR POU

Profesor del IESE, Universidad de Navarra.
Consejero de Relaciones Exteriores de la Comisión Europea

Interrogar la actualidad
Serie Asia

SEÁN GOLDEN (ed.)

MULTILATERALISMO *VERSUS*
UNILATERALISMO EN ASIA:
EL PESO INTERNACIONAL DE LOS
«VALORES ASIÁTICOS»

Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

© 2004 para cada uno de los trabajos:
Muthiah Alagappa, Joaquín Beltrán, Josep Manuel Brañas, Shaun Breslin,
Pablo Bustelo, Guy Olivier Faure, Seán Golden, Kam Louie,
Manuel Montobbio, Victor Pou.

© Fundació CIDOB, 2004
Elisabets, 12, 08001 Barcelona
<http://www.cidob.org>
e-mail: subscripciones@cidob.org

Distribuido por Edicions Bellaterra, S.L.
Navas de Tolosa, 289 bis, 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de la *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-87072-43-7
Depósito Legal: B. 45.859-2004

Impreso por Hurope, S.L., Lima, 3 bis. 08030 Barcelona

Índice

Presentación, *Narcís Serra*, 9

Consideraciones iniciales. Valor y poder. La transformación del sistema internacional y los «valores asiáticos», *Manuel Montobbio*, 11

Introducción, *Seán Golden*, 15

PRIMERA PARTE

Seguridad

Gestión de la seguridad asiática. Competitividad, cooperación y evolución, *Muthiah Alagappa*, 23

SEGUNDA PARTE

Geopolítica

Análisis de China en una época de globalización: valores, epistemologías y economía política internacional, *Shaun Breslin*, 71

Valores asiáticos y multilateralismo, *Seán Golden*, 103

TERCERA PARTE

Economía internacional

Las relaciones económicas y el nuevo regionalismo en Asia oriental, *Pablo Bustelo*, 135

Economía y transformación de las dos Coreas, *Josep Manuel Brañas*, 147

8 Multilateralismo *versus* unilateralismo

CUARTA PARTE

Cultura y sociedad

Los valores asiáticos y la internacionalización del confucianismo, *Kam Louie*, 173

La sociedad china y la nueva cultura emergente, *Guy Olivier Faure*, 197

Transnacionalismo y diásporas asiáticas, *Joaquín Beltrán*, 221

Epílogo, *Victor Pou*, 245

Nota sobre los autores, 251

Presentación

Barcelona se ha convertido en los últimos años en el principal centro de reflexión sobre Asia en España gracias a la colaboración entre distintas administraciones e instituciones de la ciudad, y la Fundació CIDOB quiere estar presente en este esfuerzo colectivo. El presente libro, que recoge las ponencias del seminario «Multilateralismo y unilateralismo en Asia: el peso internacional de los “valores asiáticos”», representa un paso más en la tarea de dar a conocer la política, la economía y la cultura asiáticas en España.

El mundo del siglo XXI se está construyendo, en gran medida, en Asia y esto es así debido al enorme desarrollo experimentado durante las últimas décadas, por Japón, Corea, China, India y el sureste asiático en su conjunto. Pero, a pesar de ello, nos queda aún mucho por comprender de este continente geográficamente y culturalmente lejano, diverso y complejo.

Asia oriental se ha consolidado, a pesar de la crisis económica de finales de los 90, como el principal foco de crecimiento económico mundial. China sigue su imparable ascensión y hoy ya es la sexta economía del mundo, por delante de Italia y justo detrás de Francia y el Reino Unido. De seguir su ritmo de crecimiento, en pocos años se convertirá en la tercera economía nacional del mundo.

India, aunque con un ritmo de crecimiento menor, emerge como una gran potencia mundial dispuesta a establecer alianzas con otros grandes países en desarrollo, e Indonesia se encuentra en un proceso de transición política para conseguir encontrar su papel en el mundo como primera democracia islámica. Por su parte, Japón empieza a replantearse los axiomas sobre los que se ha basado su política exterior en relación

con Estados Unidos y con los demás países del continente desde la segunda guerra mundial.

En este contexto, hablar de «valores asiáticos» y de la aproximación asiática a las relaciones internacionales resulta fundamental para entender el mundo de mañana. Los trabajos que se presentan en este libro analizan diversos aspectos de esta nueva realidad y permiten avanzar en la comprensión de fenómenos que están en la raíz de los cambios que se producirán en el sistema internacional en los próximos años.

Desde Europa, y también desde España, debemos seguir con interés y atención los cambios que se puedan producir en Asia porque sin duda afectarán progresivamente a las nuevas alianzas que se crearán en un mundo que será necesariamente multipolar.

Para terminar, quiero agradecer al director del Programa Asia de la Fundació CIDOB, Seán Golden, su dedicación, que más allá de la organización anual en Barcelona de un seminario internacional destinado al continente asiático, ha permitido generar un renovado interés por Asia en nuestro país.

NARCÍS SERRA
Presidente Fundació CIDOB
Septiembre de 2004

Consideraciones iniciales. Valor y poder. La transformación del sistema internacional y los «valores asiáticos»¹

Manuel Montobbio

Resulta ya casi un lugar común aludir a aquella maldición china que dice que ojalá no te toque vivir épocas interesantes para referirnos a la que nos ha tocado vivir, más que al fin a la aceleración de la Historia, entre siglos de profunda transformación en el qué, el quiénes y el cómo del sistema internacional. Transformación marcada en buena medida tanto por los valores como por lo asiático, por su emergencia/retorno en la configuración de ese sistema internacional en transformación Doble perspectiva en la que procede enmarcar la emergencia y afirmación —a partir de su orgullosa proclamación a inicios de los noventa por Lee Kwuan Yew y otros líderes asiáticos— de los «valores asiáticos» y su papel en la configuración y transformación del sistema internacional. Perspectivas y cuestiones globales o ejes en que se estructura dicha problemática, a modo de grandes lentes o parámetros para abordarla globalmente, que se consideran a continuación, dejando el análisis, desde diferentes perspectivas, a las ponencias reunidas en esta obra.

Asistimos, tras el 11-S, en el pensamiento y en la acción, a un retorno a los valores como motor de las relaciones internacionales: frente a las concepciones más tradicionales del interés nacional en términos económicos o geoestratégicos, los valores éticos, la democracia o el respeto a los derechos humanos son contemplados —en la perspectiva del objetivo estratégico de la lucha contra el terrorismo— como elementos fundamentales del mismo, valores y objetivos que se tienen que promover a través de la acción internacional de los estados y actores. Como señalaban recientemente Leslie Gelb y Justine Rosenthal en *Foreign Affairs*, «We have passed from an era in which ideals were always flatly opposed to self interest into an era in which tension remains between the two, but

the stark juxtaposition of the past has largely subsided. Now ideals and self-interest are both generally considered necessary ingredients of national interest».²

Nueva centralidad de los valores en el pensamiento y en la acción internacional —especialmente de Estados Unidos, hiperpotencia necesaria con disyuntivas imperiales— que plantea a su vez, como cuestión fundamental, la de su universalidad.

Desde el fin de la guerra fría, fundamentalmente los grandes paradigmas globales que han intentado explicar teleológicamente el funcionamiento y la lógica global del sistema internacional y su evolución han sido dos: el «fin de la Historia» de Fukuyama y el «choque de civilizaciones» de Huntington. Si bien el primero plantea la superación de la tensión Este-Oeste —en el fondo, el enfrentamiento entre dos concepciones globales hijas de la razón ilustrada— por la hegeliana afirmación universal de uno de los modelos en pugna, el segundo propone un retorno a lo romántico, a lo identitario o civilizacional, como nuevo eje estructurador de las relaciones internacionales en un sistema para el que se mantiene como paradigma fundamental la estructuración en bloques. Si bien el 11-S —referente germinal de una nueva era en la configuración del sistema— confirma ese protagonismo de lo identitario en la definición de los objetivos, actores y dinámicas del sistema, cuestiona al mismo tiempo, decisivamente, el paradigma o la concepción de la estructuración en bloques del sistema, pues dicha concepción presupone fundamentalmente el protagonismo de los estados en el sistema, estructuradores decisivos de dichos bloques; mientras el nuevo enemigo protagónico tras el 11-S, el terrorismo internacional y sus actores, no es un bloque de estados —difícilmente, salvo muy contadas excepciones, siquiera alguno—, sino grupos o redes organizados que operan en (todos) los estados —apoyados quizá por alguno, beneficiados sobre todo (véase Afganistán) por la ausencia o fallo de éstos en determinados territorios—, con todo lo que ello implica tanto en cuanto al cómo —limitación de lo militar— como al quiénes —actoría no centrada protagónicamente en los estados— en la articulación de la respuesta.

¿Cuál ha sido, es y puede ser el papel de los «valores asiáticos» en este contexto? Su emergencia y consolidación es, de alguna manera, la afirmación cultural de un bloque o centro de gravedad del sistema emergente: con más de la mitad de la población mundial y del 25 % de los intercambios, Asia-Pacífico se configura crecientemente, al calor de su de-

sarrollo económico, como uno de los grandes centros de gravedad del sistema internacional.³ La proclamación de los «valores asiáticos» supone el reflejo, en el plano del discurso o de la afirmación cultural, del éxito de un modelo que, incorporando la tecnología occidental, ha sabido impulsar el desarrollo en el marco de los usos y tradiciones socioculturales orientales: lejos de «occidentalizar» la sociedad, el desarrollo se configura, así, en prueba de la validez de los modelos y paradigmas socioculturales propios, proclamados como los «valores asiáticos», al tiempo afirmación de lo propio y cuestionamiento y relativización de los supuestos valores universales que habían acompañado al «progreso» occidental, dando lugar a cuestionar dicha universalidad al presentarla como instrumento de los intereses occidentales, o al contraponer frente a ésta una universalidad alternativa. En términos marxianos, superestructura que sigue a la estructura; pero también superestructura que influye decisivamente en la configuración de la estructura, hacia dentro y hacia fuera.

Hacia dentro, pues los «valores asiáticos» se constituyen en discurso y *leitmotiv* sustentador de las especificidades de los modelos de desarrollo socioeconómico y de los regímenes políticos y sus procesos de cambio.

Hacia fuera, tanto en el cómo como en el qué. En el cómo, pues esa nueva centralidad de Asia-Pacífico conlleva, en los noventa, la emergencia de nuevos foros de relación con ella de los otros dos grandes centros de gravedad del sistema, fundamentalmente APEC desde el otro lado del Pacífico y ASEM desde la Unión Europea. Foros de los que se ha dicho que nacen para evitar otros foros, organizaciones o bloques más formales, estructurados o clásicos. Sea ésa o no la cuestión, lo cierto es que en ambos casos los socios no asiáticos hacen un esfuerzo de adaptación y aceptación de los planteamientos y modos de funcionamiento asiáticos —plasmación operativa de los «valores asiáticos»— como no han hecho en ninguna de las asociaciones que tienen establecidas con otras regiones o bloques⁴ —interés en el fondo que lleva a la adaptación en la forma—, como se refleja, entre otros aspectos, en la ausencia de un tratado o texto fundacional, en la importancia del diálogo informal entre los líderes o en la deliberación por consenso y la concentración en los ámbitos de coincidencia.

En el qué, como queda reflejado en el debate sobre importantes cuestiones de la agenda global, de las que resulta paradigmático el referente a los derechos humanos, como se puso de manifiesto en la Cumbre

Mundial sobre los Derechos Humanos (Viena, 1993) y sus preparativos. Frente a la argumentación occidental de la universalidad de los derechos humanos se abre el cuestionamiento de fondo —por ejemplo en torno a su carácter individual o social— y de forma —diálogo constructivo—, y la presentación de éstos como instrumento de dominación occidental desde los «valores asiáticos». Lo que no ha impedido ni impide, como muestra el resultado de la Cumbre de Viena y muchos casos prácticos, la confluencia y el consenso, desde la propia visión, en torno a ellos.

Entre el qué y el cómo se sitúa el debate o tensión entre unilateralismo y multilateralismo, definidor de la actual coyuntura. Multilateralismo cuya idoneidad teórica confronta en su operatividad práctica la cuestión de los valores que lo orientan o deben orientar, respecto a la que los «valores asiáticos» se configuran, una vez más, en factor relevante dentro de la estructuración y evolución del sistema internacional.

Todo ello nos lleva, a modo de conclusión, a la consideración de los «valores asiáticos», desde la perspectiva del sistema internacional, no sólo como resultado de la transformación de Asia-Pacífico y su emergencia como centro de gravedad del mismo, sino al tiempo como activo internacional de la región y sus actores, y como factor relevante y estructural en la configuración y evolución global de éste.

Notas

1. El autor suscribe el contenido de este artículo a título exclusivamente personal.
2. Leslie Gelb y Justine Rosenthal, «The Rise of Ethics in Foreign Policy. Reaching a Values Consensus», *Foreign Affairs*, vol. 82, nº 3, mayo-junio de 2003.
3. Para una visión de la emergencia de Asia-Pacífico como centro de gravedad del sistema internacional, véase Manuel Montobbio, «La gravedad del Pacífico», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 28, 1995.
4. Entre éstas, la OSCE constituiría posiblemente el paradigma o modelo.

Introducción

La puesta en marcha del Plan Marco Asia-Pacífico 2000-2002 del Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) inauguró una nueva época en los estudios asiáticos en España. En septiembre de 2001 se organizó en Santander el seminario *El nuevo orden internacional en Asia-Pacífico* en el marco de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP).¹ Otra consecuencia del Plan Marco fue la constitución de Casa Asia (www.casaasia.org) en Barcelona, aquel mismo año, como consorcio patrocinado por el MAE, por la Generalitat de Catalunya y por el Ayuntamiento de Barcelona.

Esta ciudad contaba ya con una consolidada historia de iniciativas en el campo de los estudios asiáticos en el entorno académico, como las de la Universitat Autònoma de Barcelona (www.uab.es), la Universitat Pompeu Fabra (www.upf.edu) y la Universitat de Barcelona (www.ub.edu), además de las del Programa Asia de la Fundació CIDOB (www.cidob.org), una plataforma que incluye expertos de toda España, de las universidades, del mundo empresarial y de las administraciones públicas

La sinergia creada por la nueva situación propició la propuesta de organizar, en el marco del Consorcio Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Barcelona - Centro Ernest Lluch (CUIMPB), un seminario anual sobre Asia, patrocinado por la Fundació CIDOB y por Casa Asia, y dirigido desde el Programa Asia de la Fundació CIDOB. El primero de estos seminarios Asia CUIMPB, *Asia hoy. Postcolonialismo y el nuevo orden mundial*, tuvo lugar en julio de 2002 y contó con la participación de un gran número de expertos españoles.² Paralelamente —en septiembre de 2002 y también en colaboración con el CUIMPB— el MAE y Casa Asia organizaron el seminario *Implicaciones del ingreso de China en la OMC: una perspectiva multidisciplinar*.³

El presente libro recoge los resultados del seminario *Multilateralismo versus unilateralismo en Asia: el peso internacional de los «valores asiáticos»*, el segundo organizado por la Fundació CIDOB y por Casa Asia en colaboración con el CUIMPB, celebrado en julio de 2003.⁴ Su concepción, organización y desarrollo estuvieron marcados por los acontecimientos geopolíticos de aquel momento: principalmente, por el debate internacional sobre la posibilidad de una intervención militar en Irak en el contexto pos 11-S de una guerra contra el terrorismo internacional, y por la posterior invasión y ocupación de Irak por parte de las fuerzas anglo-americanas sin haberse logrado consenso internacional en su respaldo.

Como punto de partida del seminario, se constató que la geoestrategia actual se debate en dos marcos distintos. Uno sitúa el nuevo orden mundial en un contexto de pos guerra fría, el otro en un contexto poscolonialista. Desde Occidente se habla a menudo de un «choque de civilizaciones» que pone en peligro el «fin de la historia» alcanzado por las sociedades herederas de los «valores universales» de la Ilustración europea. Y ello pese a que el conflicto de Irak, por ejemplo, pusiera de manifiesto profundas discrepancias entre Europa y Estados Unidos sobre la manera de interpretar esta herencia común. Mientras tanto, en todo caso, los intereses de Estados Unidos promueven el unilateralismo desde que el fin de la guerra fría eliminó su único contrapeso.

En este contexto los «valores asiáticos» resisten la tendencia unilateralista. Para los neoliberales, son un escudo utilizado por países de Asia para esquivar reformas que beneficiarían a los intereses de las empresas multinacionales, mayoritariamente con sede en las antiguas metrópolis. Para el mundo asiático, son una alternativa a los «valores occidentales», unos valores que habían justificado el imperialismo en su día y que ahora parecen justificar un neoimperialismo económico. Como alternativa a los aspectos negativos de los «valores occidentales», constituirían un necesario contrapeso al unilateralismo y fomentarían el multilateralismo.

Gran parte de la población mundial no puede ver los «valores occidentales» como universales porque ha sufrido las consecuencias de un imperialismo que se justificaba precisamente como extensión de aquellos valores; unos valores que han adquirido, por lo tanto, un cariz semiótico: se han convertido en símbolos de un tipo de comportamiento geopolítico que contradice el contenido moral de sus afirmaciones ideológicas.

Este libro reúne las aportaciones de expertos de Asia y de Europa al

debate sobre los valores asiáticos y occidentales. Al mismo tiempo, presenta la pugna entre las visiones unilateralista y multilateralista del nuevo orden mundial. Se trata de un debate cuya relevancia vienen a subrayar Narcís Serra en la Presentación, Manuel Montobbio en sus Consideraciones iniciales y Víctor Pou en el Epílogo.

Cabe destacar también la naturaleza innovadora y puntera de las aportaciones. Uno de los aspectos más sutiles del unilateralismo ha sido la imposición de un único paradigma teórico sobre el campo de la política internacional (el de la escuela realista) o sobre el de la economía internacional (el del consenso de Washington), tendiendo a marginar el papel de los valores socioculturales en cualquiera de estos grandes ámbitos de la geopolítica. Por lo tanto, la exposición y justificación de los argumentos multilateralistas debe desarrollar otros paradigmas teóricos.

Por otra parte, la falta de una larga tradición de estudios asiáticos en España, con la escasez bibliográfica sobre temas asiáticos en lengua castellana que esto conlleva, requiere que las exposiciones sean más detalladas y profundas para contextualizar mejor las nuevas aportaciones teóricas y paradigmáticas que aparecen en este libro, además de sus críticas a los paradigmas dominantes.

Un campo de estudio muy poco desarrollado en España es el de la seguridad internacional con especial referencia a Asia. Por esta razón la aportación de Muthiah Alagappa, «Gestión de la seguridad asiática. Competitividad, cooperación y evolución», adquiere especial relevancia. Además de ofrecer una muy completa exposición de los factores principales de cualquier debate sobre la seguridad en Asia y sobre el papel de Asia en la seguridad internacional, Alagappa da un repaso crítico a los distintos paradigmas que se han aplicado a la problemática de la seguridad en Asia. Demuestra así la necesidad de replantear estos temas para obtener perspectivas más completas.

En su «Análisis de China en una época de globalización: valores, epistemologías y economía política internacional», Shaun Breslin hace una deconstrucción de los paradigmas teóricos que se han aplicado a los análisis políticos y económicos de la China contemporánea y ofrece nuevas maneras de plantear estos análisis.

El capítulo dedicado a «Valores asiáticos y multilateralismo» hace hincapié en el debate entre la modernidad y la posmodernidad en China, en el marco de la pugna teórica entre las teorías de la política internacional que son consecuencia de la guerra fría y las que son consecuencia del

poscolonialismo. Además de analizar la definición de los «valores asiáticos», aporta ejemplos de los argumentos utilizados por intelectuales y estrategias chinos para criticar la geopolítica unilateralista de Estados Unidos.

La economía internacional juega un papel primordial en el desarrollo de los nuevos paradigmas en Asia y en el debate de los «valores asiáticos». La aportación de Pablo Bustelo, «Las relaciones económicas y el nuevo regionalismo en Asia oriental», hace una radiografía de la situación económica actual y de sus implicaciones para los conceptos de soberanía, de nacionalismo y de regionalismo en la zona. Por su parte, en «Economía y transformación de las dos Coreas», Josep Manuel Brañas explora la relación entre las ideologías divergentes del capitalismo y del comunismo durante la guerra fría y analiza el peso de los valores tradicionales en el desarrollo dispar de las dos Coreas.

Tal y como ya se ha anticipado, una de las aportaciones más relevante y novedosa de este libro es la que pretende recuperar la importancia de los valores socioculturales en los campos de la política y de la economía internacionales. Si en los artículos anteriores se hace referencia al papel de los valores en lo político y en lo económico, en «Los valores asiáticos y la internacionalización del confucianismo», Kam Louie demuestra la interdependencia existente entre los factores político-económicos y los socioculturales, además de dar un ejemplo muy claro del proceso de reconstrucción de valores que está en marcha en el ámbito chino como consecuencia de los nuevos retos político-económicos.

En el campo de la política internacional, el término «valores asiáticos» suele referirse específicamente a unos valores defendidos a lo largo de los años noventa por los gobernantes de Malaysia y Singapur. En «La sociedad china y la nueva cultura emergente», Guy Olivier Faure hace un análisis sociológico de los valores tradicionales que dominaron la sociedad china y de los cambios que se pueden detectar en estos valores como consecuencia de la globalización económica. Al mismo tiempo, cita un revelador análisis de los valores occidentales, hecho por uno de los principales *think tanks* chinos.

La globalización económica comporta grandes movimientos migratorios que, en el caso de Asia, han creado una nueva dinámica que Joaquín Beltrán analiza en «Transnacionalismo y diásporas asiáticas». El desarrollo de las economías asiáticas depende en gran parte de la participación en ella de los asiáticos de ultramar. En el caso de China, que ya es

el país que más inversión extranjera directa recibe, dos tercios de la misma procede de la diáspora china. Las implicaciones de la presencia de importantes comunidades asiáticas en España para el comercio exterior del país, por un lado, y para las políticas de integración y de bienestar social de las administraciones públicas, por el otro, son de suma importancia. En ambos casos requieren un nuevo planteamiento del fenómeno migratorio y un mejor entendimiento de la naturaleza transnacional y transterritorial de las diásporas asiáticas.

Tanto por la información que ofrecen como por los análisis que hacen y por los nuevos planteamientos teóricos que proponen, las aportaciones recogidas en este libro constituyen una base muy sólida para ahondar en el debate sobre el papel de los valores en la política y en la economía y sobre la conveniencia de un orden mundial multilateral o unilateral. Son debates cuyas implicaciones trascienden las limitaciones geopolíticas de Asia y que, a la vez, constituyen un estimulante reto: al considerar el factor sociocultural, aun cuando aumenta la complejidad de los análisis, nos acercamos con mayor profundidad a las razones que intervienen en la dinámica de las relaciones internacionales.

Agradecimientos

Este volumen contiene las versiones revisadas de las principales ponencias presentadas en el seminario sobre *Multilateralismo y unilateralismo en Asia: el peso internacional de los «valores asiáticos»*, celebrado en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), en el marco de los cursos de verano del Consorcio Universidad Internacional Menéndez-Pelayo de Barcelona - Centro Ernest Lluch (CUIMPB), los días 3 y 4 de julio de 2003, con el patrocinio de la Fundació CIDOB y de Casa Asia. Queremos expresar nuestro agradecimiento a los ponentes del seminario, Muthiah Alagappa (East-West Center, Washington, EEUU), Joaquín Beltrán (Universitat Autònoma de Barcelona), Josep Manuel Brañas (Universitat Autònoma de Barcelona), Shaun Breslin (Universidad de Warwick, Reino Unido), Pablo Bustelo (Universidad Complutense de Madrid), Guy Olivier Faure (China Europe Internacional Business School, Shanghai), Kam Louie (Universidad Nacional de Australia) por sus aportaciones y por la posterior elaboración y revisión de sus textos; a Manuel Mon-

tobbio (Ministerio de Asuntos Exteriores) y a Dolors Folch (Universitat Pompeu Fabra) por presidir las mesas redondas del seminario, que incluyeron a todos los ponentes, y asimismo a Jaume Giné (Secretario General, Casa Asia) y a Victor Pou (Comisión Europea). Queremos constatar y agradecer el apoyo incondicional y entusiasta del director del CUIIMPB, Joan Trullén, y de la secretaria ejecutiva del consorcio, Esther Masclans. En el caso de Casa Asia, queremos destacar el apoyo de su director, Ion de la Riva, en el patrocinio del seminario, y de Oscar Pujol y de Regina Llamas en su coordinación. La organización del seminario que ha dado origen a este libro ha sido uno de los resultados de la creación de un Programa Asia por parte de la Fundació CIDOB de Barcelona; queremos agradecer especialmente a su presidente, Narcís Serra, y a su director, Josep Ribera, su confianza para impulsar el programa, y a Eva Soms su labor de coordinación. Finalmente, queremos agradecer el apoyo de Anna Borrull y de Alex González en la edición del libro.

SEÁN GOLDEN
Barcelona, 2004

Notas

1. *El nuevo orden internacional en Asia-Pacífico*, 17-21 de septiembre de 2001, UIMPB, Santander. Directores: Pablo Bustelo y Fernando Delage; con el patrocinio del Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) y de la Asia-Europe Foundation (ASEF). Véase Bustelo, Pablo y Delage, Fernando (coords.), *El nuevo orden internacional en Asia-Pacífico*, Madrid, Ediciones Pirámide, 2002.

2. *Asia hoy. Postcolonialismo y el nuevo orden mundial*, 11-12 de julio de 2002, CUIIMPB, Barcelona. Director: Seán Golden; secretaria: Eva Soms; con el patrocinio de la Fundació CIDOB y de Casa Asia.

3. *Implicaciones del ingreso de China en la OMC: una perspectiva multidisciplinar*, 5-6 de julio de 2002, CUIIMPB, Barcelona. Director: Alfred Pastor; secretario: Jacinto Soler; con el patrocinio del MAE. Véase Soler Matutes, Jacinto, *El despertar de la nueva China*, Madrid, Catarata, 2003.

4. *Multilateralismo versus unilateralismo en Asia: el peso internacional de los «valores asiáticos»*, 3-4 de julio de 2003, CUIIMPB, Barcelona. Director: Seán Golden; secretaria: Eva Soms; con el patrocinio de la Fundació CIDOB y de Casa Asia.

PRIMERA PARTE

SEGURIDAD

Gestión de la seguridad asiática. Competitividad, cooperación y evolución

Muthiah Alagappa

Este artículo se basa en cinco supuestos: existe un orden de seguridad en Asia; se trata de un orden instrumental con algunos elementos normativos y contractuales; múltiples elementos lo sustentan; el papel que desempeña Estados Unidos es importante, pero no es el único pilar sobre el que descansa el orden asiático; y el orden tiende a mantenerse, de manera que se transforma sólo de manera gradual y en progresión ascendente. Ahonda en estos cinco supuestos, a partir de lo expuesto en otras obras publicadas (Alagappa, 1987, 1994, 1998; Alagappa, ed., 2003) y mi propia experiencia en el ámbito de la seguridad asiática de los últimos veinte años. Asimismo, apunta los obstáculos que deben superarse y los cambios que se requieren para que el modelo instrumental actual se consolide y acentúe su carácter normativo y contractual.

Primer supuesto: existe un orden de seguridad en Asia

Definimos orden internacional como el acuerdo formal o informal que regula la interacción entre estados soberanos en la consecución de sus fines privados y públicos. El criterio clave del orden reside en que la interacción interestatal se atenga sistemáticamente a determinadas reglas. Si una interacción se rige por unas reglas, se crea un entorno internacional predecible y estable: los estados pueden coexistir, coordinar su interacción o colaborar para alcanzar sus objetivos nacionales, comunes y colectivos; las diferencias y las disputas se resuelven por la vía pacífica, y el cambio se produce sin violencia. El orden no excluye la fuerza y la

guerra, pero limita su utilidad y fija unas normas para su utilización. Las reglas por las que se rige la interacción internacional pueden ser formales o informales, y codificarse explícitamente —a través de instrumentos mundiales o regionales, en forma de principios, normas o reglamentos, incluidas las leyes—, o implícitamente, cuando se infieren de la práctica. Se trata de reglas necesarias, cualquiera que sea la forma que adopten, por lo que deben reconocerse. La interacción internacional debe ceñirse a las mismas, si no en su totalidad, al menos en su mayor parte, de manera que transgredir reglas que gozan de amplia aceptación acarrea un coste político, diplomático, económico, jurídico o militar. En el momento en que se reúnen todas estas condiciones, es razonable pensar que existe un orden.

Así, afirmamos que existe un orden de seguridad en Asia porque concurren los siguientes elementos: la existencia de un marco normativo ampliamente compartido; el peso que tienen los principios y las normas que lo configuran a la hora de resolver los problemas que plantea la seguridad y garantizar la supervivencia del Estado; la utilidad de dichos principios y normas para que todos los estados del sistema de defensa asiático puedan mantener relaciones políticas y diplomáticas normales y coordinarse y cooperar entre ellos para lograr objetivos de seguridad comunes y privados. La violación de esos principios y normas conlleva un coste, por lo que actualmente los conflictos territoriales se están resolviendo o gestionando por la vía pacífica. Se han alcanzado varios acuerdos básicos incluso en la gestión de conflictos graves y en la limitación de la fuerza. Al mismo tiempo, no hay que olvidar que el alcance y la eficacia de las reglas varían según el caso y la región y que algunas han sido impugnadas. Sin embargo, pese a las crisis que se han venido produciendo periódicamente en Asia, las dos últimas décadas se han caracterizado en su mayor parte por su previsibilidad y estabilidad. No se ha producido ninguna guerra importante desde 1979 y la actividad económica internacional (comercio, inversiones, producción) ha florecido. El orden de seguridad asiático adolecerá de ciertos defectos, pero no por ello es un orden frágil.

Desde principios de los años cincuenta se ha ido configurando un marco normativo compartido que regula la interacción política internacional de los estados asiáticos. Sus normas fundamentales se han ido articulando a través de varias declaraciones, acuerdos y tratados. Los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica desarrollados por India y China en

1953 establecieron que la interacción interestatal debía regirse por los siguientes axiomas: respeto mutuo a la soberanía y la integridad territorial; rechazo a la mutua agresión; rechazo a la interferencia en los asuntos internos de otros países; igualdad y beneficio recíprocos, y coexistencia pacífica. Estos principios se incorporaron al comunicado final de la Conferencia Asiático-Africana celebrada en 1955 en Bandung, en la que participaron veintinueve países. El comunicado fijaba diez axiomas para que los países pudieran «vivir en paz como buenos vecinos y desarrollar relaciones amistosas». Los principios dieron forma, asimismo, al Movimiento de Países No Alineados, que acabó constituyéndose oficialmente en 1961. Varios estados asiáticos, incluidos India, Ceilán (Sri Lanka) e Indonesia, desempeñaron un papel clave en el desarrollo de este movimiento. Aunque no contiene ninguna referencia explícita a la Conferencia de Bandung o al Movimiento de Países No Alineados, el Tratado de Amistad y Cooperación en el Sureste Asiático de 1976, firmado y ratificado por los diez países del sureste asiático, recoge los principios anteriores. Los países que lo firmaron se comprometían en sus relaciones a guiarse por diversos valores: respeto mutuo a la independencia, soberanía, igualdad, integridad territorial e identidad nacional de todos los países; derecho de cualquier Estado a dirigir su existencia nacional sin interferencias externas, subversiones ni coerciones; no interferencia en los asuntos internos de otro país; solución de las diferencias o disputas por la vía pacífica; renuncia a la amenaza o al uso de la fuerza, y cooperación efectiva entre las partes firmantes.

La propuesta de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN) de que los países del Foro Regional de la ASEAN (ARF) que no pertenecieran al sureste asiático pudieran adherirse al tratado no se llegó a aceptar formalmente. Sin embargo, el ARF refrendó todos los axiomas y, en 1998, la ASEAN modificó el tratado para que los países que no pudieron adherirse a él lo hicieran finalmente. En la carta de la Asociación del Sur de Asia para la Cooperación Regional (SAARC) encontramos principios de conducta similares. La carta establece que, en el marco de la SAARC, la cooperación «debe basarse en el respeto a los principios de igualdad soberana, integridad territorial, independencia política, no interferencia en los asuntos internos de otros países y beneficio recíproco». La Organización para la Cooperación de Shanghai (SCO), considerada por Beijing y Moscú como el modelo de institución posterior a la guerra fría (en contraste con la OTAN y las alianzas bilaterales

establecidas en Asia por Estados Unidos), articula valores similares. China, India y otros países asiáticos reafirman que los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica y la Carta de la ONU siguen siendo fundamentales y que deberían servir de punto de partida para la creación de un nuevo orden político en Asia e incluso en el mundo. China ha procurado incluir referencias a la Carta de la ONU, los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica y el Tratado de Amistad y Cooperación de la ASEAN en sus acuerdos bilaterales de cooperación con otros países asiáticos.

Los observadores, en particular de Occidente, tienden a considerar que estas declaraciones y tratados no constituyen más que meros ecos formales de la Carta de la ONU y que su significación es escasa, ya que los países asiáticos no han llegado a traducir los principios en normas de conducta vinculantes y, con frecuencia, incluso los han infringido. Este cinismo podía justificarse en gran parte en los primeros años del poscolonialismo, que coincidieron con la guerra fría. Sin embargo, aunque estas normas pudieron ser formales al principio e infringirse con frecuencia, considero que con el tiempo han ido penetrando profundamente en la mentalidad de las élites políticas de toda Asia. En consecuencia, se ha ido configurando un marco normativo compartido cuya influencia en la conducta y las relaciones de estos países es cada vez más determinante.

La soberanía es la clave del marco normativo asiático. La reciente liberación de los países asiáticos del poder colonial o de situaciones de semicolonialismo, la aspiración de las élites políticas nacionales a construir estados-nación sólidos y los retos internos e internacionales que se asumen en los procesos de creación nacional y estatal actuales son un ejemplo del elevado valor que se otorga a la soberanía y a las normas relacionadas con la misma. Chung-in Moon y Chaesung Chun (Alagappa, ed., 2003: cap. 3) sostienen que en Asia prevalece el concepto westfaliano de soberanía. Sin embargo, observan también que los estados asiáticos no están capacitados para hacer que se cumplan las obligaciones internas y externas que se derivan de la soberanía. Esta situación conduce a la frecuente violación o impug nación de la misma, o a su renuncia voluntaria o involuntaria. La fidelidad al concepto westfaliano provoca tensiones en el ámbito nacional e internacional, dificulta los compromisos y la gestión de conflictos, facilita la injerencia en asuntos internos, genera una paz internacional inestable y favorece la creación de un orden de seguridad asiático de tipo instrumental. Volveremos sobre estas observaciones más adelante.

Llegados a este punto, conviene aclarar algunos aspectos relativos a la soberanía y al marco normativo asiático. En primer lugar, la soberanía sigue siendo, pese a sus problemas y carencias, el principio por el que se rigen las relaciones entre los estados asiáticos. En segundo lugar, salvo un reducido número de países, la capacidad política, económica y legal coercitiva de los estados asiáticos para hacer que se cumplan las obligaciones internas e internacionales derivadas de la soberanía se ha reforzado con los años. En tercer lugar, comparado con los primeros años de la etapa poscolonial, la comunidad internacional no ha impugnado el derecho de un pueblo a existir como Estado soberano más que en contadas ocasiones. Aunque existen numerosas disputas territoriales, en pocas se cuestiona la soberanía de manera directa o significativa. Además, si bien se podría argumentar que la soberanía plantea más problemas y más graves a nivel interno que internacional, también es cierto que los problemas internos se han reducido y se limitan cada vez más a las regiones periféricas. En cuarto lugar, pese a su adhesión formal al concepto westfaliano de soberanía, los estados asiáticos están cambiando actualmente su manera de interpretar y ejercer la soberanía. El cambio se torna especialmente evidente en el terreno económico, en el que las ventajas de participar en la economía global alientan a los países asiáticos a aceptar las limitaciones y compartir la soberanía nacional. Su vulnerabilidad frente a acontecimientos internacionales sobre los que apenas tienen control (acentuada tras la crisis económica de 1997) ha moderado, sin alterar significativamente, esa idea flexible de soberanía en el terreno económico. Algunos países asiáticos se han vuelto incluso más flexibles a la hora de ejercer la soberanía en el terreno político. China, por ejemplo, ha cedido competencias internas así como cierta soberanía internacional a Hong Kong y Macao, y se ha mostrado dispuesta a conceder un grado de control similar o incluso mayor a Taiwan con el fin de lograr la unificación. No obstante, no está dispuesta a conceder el control a regiones minoritarias como el Tíbet o Xinjiang, ni a compartir la soberanía internacional en el terreno político, como quedó demostrado con su inmediata negativa a reconocer a un Taiwan soberano o confederado.

Se ha planteado varias veces, aunque todavía no se ha avanzado mucho, la posibilidad de que Corea del Norte y Corea del Sur llegasen a un acuerdo confederal para resolver sus diferencias. Recientemente, el ministro de Asuntos Interiores indio, L. K. Advani, propuso también un acuerdo confederal para India y Pakistán. Sin embargo, Islamabad re-

chazó enseguida la propuesta, que consideraba un rechazo implícito de India a un Pakistán independiente y una simple artimaña del partido Bharatiya Janata (BJP, Unión Popular India) para absorber Pakistán. En el ámbito de la política interior, varios estados que habían rechazado la secesión e independencia directa —Indonesia, Sri Lanka, Filipinas y Birmania (Myanmar)—, se han mostrado más abiertos a estudiar otras opciones como el federalismo y la autonomía, con las que traspasarían competencias en casi todas las materias a las minorías. Estos cambios en la concepción y el ejercicio de la soberanía son de carácter instrumental. En el caso de China, por ejemplo, la flexibilidad responde al deseo de lograr sus objetivos de unificación y modernización económica. A su vez, la predisposición a traspasar poderes a las minorías de Sri Lanka, Indonesia y Filipinas obedece al deseo de atajar el coste político y financiero que se deriva de insurrecciones armadas de larga duración. No cabe duda de que, en algunos casos, las propuestas planteadas responden simplemente a una postura táctica. Ahora bien, la flexibilidad de las ideas indica un cambio, a la vez que subraya, al menos por ahora, los límites de ese cambio. Tal y como observa Stephen Krasner (1993), las ideas a menudo sirven de señuelo a la hora de conseguir determinados fines prácticos, pero con el tiempo pueden adquirir vida propia. Para resolver muchos de los conflictos internos e internacionales de Asia, se precisa una interpretación más flexible de la soberanía y esa flexibilidad puede surgir a medida que los estados ganen legitimidad, fuerza y confianza.

A finales de los ochenta y durante gran parte de los noventa se generó un intenso debate entre los defensores de los valores y modelos asiático y occidental (Alagappa, 1994; De Bary, 1998; Bauer y Bell, eds., 1999). Este debate —centrado en cuestiones concretas como la interferencia e intervención internacional en asuntos internos, la protección de derechos humanos y derechos de las minorías, y los sistemas de gobierno político y gestión económica— llevó a modificar algunos aspectos del marco normativo asiático, aunque ninguno de manera esencial. En la actualidad existe mayor concienciación en Asia de que los derechos humanos y la seguridad de las personas deben protegerse (Anwar, en Alagappa, ed., 2003: cap. 15) y de que el principio de no interferencia en asuntos internos no puede interpretarse en términos absolutos. Todavía se discrepa sobre cuál es el sistema político más adecuado, pero cada vez goza de mayor aceptación la idea de que la soberanía reside en el pueblo y de que debe promoverse la participación política. La forma que debe-

ría adoptar dicha participación sigue siendo objeto de polémica. En cuanto al sistema económico existen muchas menos discrepancias, aunque ha surgido una nueva preocupación: la vulnerabilidad frente a los cambios de la economía mundial. Aquí conviene realizar dos observaciones. En primer lugar, el debate sobre los valores, asociado a la crisis financiera de 1997, ha contribuido a transformar el marco normativo asiático sin cambiarlo radicalmente. La soberanía y los principios que la rigen siguen constituyendo pilares esenciales. En segundo lugar, las modificaciones son fruto del debate, la discusión y la presión (política y económica), no de la fuerza y la imposición. Los foros multilaterales interestatales oficiales y numerosas organizaciones y procesos no gubernamentales, a los que con frecuencia se ha descalificado tildándolos de meras tertulias, han cumplido una importante función socializadora y formativa (Acharya, Job, en Alagappa, ed., 2003: caps. 6 y 7).

La práctica estatal ha influido y se ha dejado influir por el marco normativo que se está desarrollando. En los primeros años, China infringía por norma los principios que postulaba. Recurría con frecuencia a la fuerza para resolver diferencias con otros países, difundía ideas revolucionarias, apoyaba movimientos de insurrección comunistas implicados en guerras revolucionarias en diversos países del sureste asiático e interfería a discreción en los asuntos internos de otros países. De un tiempo a esta parte, el comportamiento de China ha cambiado de manera sustancial. Aunque sigue utilizando la fuerza como arma política básica, actualmente Beijing procura solucionar sus numerosas disputas territoriales por la vía pacífica (Wang, en Alagappa, ed., 2003: cap. 11). China no es un Estado revolucionario y su objetivo no es derrocar regímenes de otros países asiáticos. Pese a que le preocupa el futuro de las comunidades chinas que no viven en la China continental, ha acabado por aceptar que se trata de ciudadanos de los países en los que residen. Estos cambios se han traducido, en general, en una marcada disminución de la injerencia china en los asuntos internos de otros países. En cambio, en el caso de India se pasó de un cumplimiento relativamente estricto del principio de no injerencia a una política fuertemente intervencionista en los asuntos de sus países vecinos, que alcanzó sus cotas más elevadas en los tiempos de Indira y Rajiv Gandhi, cuando Nueva Delhi intervino en Sri Lanka, las Maldivas, Nepal y Pakistán. India renunció a esta política desde finales de los ochenta y, actualmente, se muestra reticente cuando se la invita a intervenir en disputas y conflictos internos de países vecinos.

De acuerdo con la doctrina Gujral, India intenta establecer relaciones sólidas con sus vecinos basadas en principios como la no injerencia en los asuntos internos de otros países. (Pakistán constituye una excepción por su apoyo a grupos militantes paquistaníes y de Cachemira que llevan a cabo actividades terroristas en India.) En el pasado, Indonesia, Vietnam, Tailandia y otros países del sureste asiático interfirieron mutuamente en sus asuntos internos. Aunque hoy se siguen produciendo, esas injerencias son mucho menos frecuentes y menos graves que en los primeros años de independencia. Así pues, para los países de la ASEAN no es exagerado decir que el principio de no injerencia se ha vuelto clave para determinar su manera de entender y establecer relaciones interestatales. Los debates en torno a la no injerencia se han centrado en una interpretación dogmática del principio, no en su abandono.

En los primeros años del poscolonialismo, muchos países asiáticos cuestionaban la legitimidad de otros, intentaban derrocar sus gobiernos e intervenían libremente en los asuntos internos de sus países vecinos. Hoy, con la excepción de Taiwan y, en cierta medida, de Corea del Norte y Corea del Sur, los países asiáticos se reconocen entre sí; no persiguen el hundimiento político de los demás, ni aspiran a modificar su identidad nacional o régimen político mediante medidas de presión políticas, diplomáticas o económicas, o el uso de la fuerza. Las numerosas disputas por el territorio o el mar que subsisten en la actualidad son vestigios del pasado, además de consecuencia de la delimitación de fronteras marítimas establecida en el Tratado de Naciones Unidas sobre la Ley del Mar (UNCLOS; Wang y Blanchard, en Alagappa, ed., 2003: caps. 11 y 12). Salvo estas disputas, ningún país asiático busca anexionarse el territorio de otro. La China victoriosa se retiró de gran parte del territorio indio que había ocupado tras la guerra de 1962, e India no se anexionó Pakistán oriental hasta su intervención definitiva de 1971. Las tentativas de invadir y ocupar otro país (invasión de Vietnam y ocupación de Camboya) o anexionarse territorio (anexión de Timor Oriental por Indonesia) han encontrado oposición y se han frustrado.

A pesar de la importancia que la ASEAN daba a las normas (respeto a la integridad política y territorial de los estados existentes y renuncia al uso de la fuerza para salvar desavenencias), lo que llevó a las principales potencias (China y Estados Unidos) a oponerse a la ocupación de Camboya fueron básicamente los intereses geopolíticos. Ahora bien, esa oposición ayudó a consolidar los principios según los cuales la conquis-

ta y la ocupación ya no se consideran conductas aceptables en la Asia actual, de modo que cualquier violación de esta norma conllevará un coste. Gracias a la relativa solidez del marco normativo, muchos estados pequeños (Singapur y Brunei) o frágiles (Camboya, Laos, Bután, Nepal y Mongolia) han dejado de temer por su supervivencia. De hecho, actualmente muy pocos estados asiáticos tienen problemas para sobrevivir como entidades políticas independientes. Incluso Taiwan y Corea del Norte, cuya supervivencia sí plantea problemas, no se enmarcan en un contexto de peligro y temor como sostienen los defensores de la tesis de que Asia es peligrosa.

El hecho de que los ideales del marco normativo asiático coincidan con los de la Carta de la ONU no les resta valor. Es cierto que las normas europeas superan en amplitud e intensidad a las de la Carta de la ONU y a las asiáticas. Sin embargo, esta superioridad sólo indica que Europa cuenta con un orden más desarrollado, no que Asia carezca de él. Las reglas que se derivan de los principios anteriores conforman las relaciones que los países asiáticos establecen entre sí convencionalmente y que, en conjunto, representan el grueso de sus relaciones internacionales: relaciones diplomáticas, negociaciones políticas, relaciones económicas, viajes, acuerdos de colaboración y cooperación bilaterales y multilaterales, participación en foros regionales y subregionales. Los observadores se suelen fijar en los pocos casos en que no se aplican las reglas. La crítica sería razonable en casos que afectaran a toda la interacción. Sin embargo, en los conflictos coreano e indo-paquistaní, por ejemplo, la posibilidad de que se alterara el orden a escala regional es muy limitada. El conflicto taiwanés ha cerrado la vía a las relaciones políticas y diplomáticas de la isla con el otro lado del estrecho, pero no ha impedido el intercambio social y económico. Tampoco ha afectado de manera significativa a las relaciones que China y Estados Unidos mantienen en numerosos ámbitos, muchas de las cuales se desarrollan gracias a la existencia de reglas ampliamente reconocidas.

Incluso en los casos difíciles (Taiwan, Corea y Cachemira), las partes en liza han llegado a un acuerdo sobre cuáles son las reglas básicas de juego con las que debe gestionarse el conflicto. En el caso de Taiwan, por ejemplo, existe un acuerdo tácito entre Estados Unidos, la República Popular China (RPCh) y Taiwan de que la unificación habrá de llegar de manera pacífica y de que Estados Unidos se opondrá a cualquier anexión por la fuerza por parte de la RPCh o a una declaración unilateral de inde-

pendencia por parte de Taiwan. Pese a no contar con la aceptación total ni de China ni de Taiwan, que han llevado a cabo varias tentativas para desplazar la frontera a su favor, el acuerdo —reforzado por el despliegue de dos portaviones estadounidenses en 1996 y una firme declaración de George W. Bush en abril de 2001— se mantiene vigente. China no renunciará a la utilización de la fuerza, pero ha empezado a apostar por las relaciones económicas como vía para avanzar hacia una futura unificación. Beijing podría estar a punto, por lo tanto, de retomar el diálogo con el Partido Democrático Progresista (DPP) que gobierna Taiwan al otro lado del estrecho.

Se podría argumentar incluso que también se ha alcanzado un acuerdo de mínimos —que el conflicto no puede solucionarse por las armas— en el caso coreano. Pese a la retórica, ninguna de las partes tiene voluntad política ni capacidad militar para imponer una solución por la fuerza y, aunque las lograra reunir, una guerra conllevaría sin duda un coste muy elevado. Así pues, ninguna de las partes quiere una guerra. Cuando la crisis se agrava y sobrepasa cierto umbral, una parte o las dos se echan atrás, como sucedió en 1976 y 1994. En la península coreana, los enfrentamientos militares se han producido en los márgenes; no han tenido consecuencias sustanciales sobre el balance del conflicto ni los intereses fundamentales de ninguna de las partes. Algo similar se puede afirmar, con las debidas reservas, respecto al conflicto de Cachemira. Al dar por sentado que India llegaría a utilizar sus armas nucleares, Pakistán basó su estrategia en apoyar a movimientos militantes e infiltrar a un pequeño contingente de tropas regulares en la región india de Cachemira. La debilidad de esta estrategia se hizo evidente con la denuncia internacional de la infiltración paquistaní, que desató el conflicto de Kargil en 1998, así como con la guerra encabezada por Estados Unidos contra el terrorismo internacional y la movilización de India en respuesta a los atentados terroristas que sufrió en su territorio en octubre y diciembre de 2001. Pakistán se echó atrás en ambas ocasiones.

Algunos acontecimientos recientes —prohibición de movimientos islámicos de liberación militantes, ofensiva contra el terrorismo y formación de la Comisión Nacional de Cachemira, por ejemplo— indican que Islamabad podría haber llegado a la conclusión de que la solución al conflicto de Cachemira no pasará por el enfrentamiento militar contra India ni por el apoyo a movimientos militantes que llevan a cabo actividades terroristas en ese país. Nueva Delhi también podría estar aviniendo-

se a aceptar la necesidad de negociar con Pakistán. Por el momento, los dos países ya se han comprometido a no atacar sus instalaciones nucleares respectivas. Según un observador, como consecuencia de las crisis que se vienen produciendo desde 1998, la disuasión podría estar arraigando en las relaciones indo-paquistaníes (Haider, 2002). Ahora bien, a la luz de la importancia de los intereses que están en juego y la profunda animosidad que caracteriza esta relación bilateral, no se puede asegurar que esta tendencia conduzca a una solución definitiva al conflicto.

En Asia, las demás diferencias se están solucionando o al menos gestionando en su mayoría por la vía pacífica. Las diferencias territoriales de la RPCh con Birmania, Nepal, Mongolia, Afganistán, Pakistán, Rusia, Vietnam (frontera terrestre), Kazajistán y Kirguizistán se han resuelto. Quedan pendientes las disputas fronterizas sino-indias, tailando-birmanas, tailando-camboyanas, tailando-laosianas, malayo-filipinas, sino-butanianas y afgano-paquistaníes, así como la disputa ruso-japonesa por los territorios del norte y las islas Kuriles. Aunque los obstáculos que minan el camino hacia la solución de algunos de estos conflictos parecen difíciles de salvar en un horizonte cercano, la probabilidad de que estalle una guerra es escasa. Sin embargo, las refriegas militares que se producen ocasionalmente no se deben desestimar. Por otro lado, apenas se han acercado las posiciones en las reivindicaciones de los mares del este y del sur de China y no parece que vayan a hacerlo a corto plazo (Blanchard, en Alagappa, ed., 2003: cap. 12). En los mares del este y del sur de China también es posible que se produzcan refriegas militares ocasionalmente, pero, una vez más, es poco probable que se declare una guerra. En el mar del Sur no se ha producido ningún enfrentamiento militar desde 1998. Pese al estancamiento de la situación actual, se han dado pasos como la Declaración de Manila de la ASEAN en 1992 (que establece un código de conducta para resolver el conflicto de intereses en el mar del Sur de China), la adhesión del ARF a la declaración en 1995, la declaración de Beijing de que las diferencias podrían resolverse mediante consultas y negociaciones bilaterales amistosas conforme a la ley internacional (incluido el UNCLOS de 1982), y el diálogo entre China y la ASEAN; todos estos pasos han rebajado la tensión y podrían allanar el camino hacia una solución pacífica del conflicto. En abril de 2000, en su habitual foro de discusión, China y los países de la ASEAN debatieron el código de conducta y acordaron acelerar la elaboración de un borrador. Malasia, Singapur e Indonesia han pactado someter sus reivindicacio-

CUADRO I
Gastos de defensa de los principales países del sistema de seguridad asiático (en miles de millones de dólares americanos)

País	Gasto de 1989	% PIB	Gasto de 1994	% PIB ^a	Gasto de 1999	% PIB ^b	Observaciones
EEUU	294.900	5,7	280.600	4,3	275.500	3,1	Los servicios de inteligencia occidentales calcularon que el gasto de 1989 ascendía al doble de lo declarado oficialmente por el gobierno de la URSS.
URSS/Rusia	119.440	5,4	79.000	9,6	31.000	5,1	
China	6.600	1,6	6.400	5,6	39.500	5,4	La estimación de la paridad del poder de compra (PPC) para 1994 es de 28.500 millones de dólares americanos. (En el cuadro se indica la cifra declarada oficialmente.) La cifra de 1999 se calcula a partir de la PPC de 1999. El % del PIB de 1989 se calcula sobre el PNB (% del PNB).
India	8.940	3,3	7.330	2,8	14.200	3,4	Se indican las estimaciones de 1994 y 1999.
Japón	30.090	1,0	45.800	1,0	40.800	0,9	
Corea del Norte	4.154	n/a	5.600	26,6	2.100	14,3	Se indican las estimaciones de 1994 y 1999.
Corea del Sur	9.886	4,7	12.500	3,6	12.000	3,0	Se indican las estimaciones de 1994 y 1999.
Mongolia	2.680	n/a	17	2,8	19	1,9	
Taiwan	8.180	5,4	11.300	5,0	15.000	5,2	Se indica la PPC de 1999.
Birmania	334	2,0	1.800	3,1	2.000	5,0	
Malaysia	1.384	3,7	3.100	3,9	3.200	4,0	Se indican las estimaciones de 1989 y 1999.
Tailandia	1.801	2,8	3.600	2,6	2.600	1,9	
Vietnam	2.320	16,0	900	5,7	890	3,1	
Indonesia	1.593	1,9	2.400	1,4	1.500	1,1	NOTA: las cifras de gastos se han extraído de <i>The Military Balance</i> , publicado por Brassey para IISS, 1989-1990 a 2000-2001. Los «gastos militares» se han incluido en la medida de lo posible. En los casos en que no se habían publicado cifras de «gastos», se han incluido las de «presupuesto militar». En el cuadro se indican las cifras estimadas, la paridad del poder de compra (PPC), los datos de años de menor productividad y la revisión de las cifras oficiales por parte de los servicios de inteligencia.
Filipinas	1.280	2,9	1.100	1,4	1.600	2,1	
Singapur	1.490	5,6	3.100	4,8	4.700	5,6	IISS, 1996. «Comparación internacional de gastos de defensa y mano de obra militar».
Bangladesh	289	1,5	467	1,8	612	1,9	
Nepal	39	1,4	43	1,1	051	0,8	IISS, 2001. «Comparación internacional de gastos de defensa y mano de obra militar».
Pakistán	2.470	7,0	3.500	4,7	3.500	6,6	
Sri Lanka	233	3,5	516	6,9	807	5,1	

NOTA: las cifras de gastos se han extraído de *The Military Balance*, publicado por Brassey para IISS, 1989-1990 a 2000-2001. Los «gastos militares» se han incluido en la medida de lo posible. En los casos en que no se habían publicado cifras de «gastos», se han incluido las de «presupuesto militar». En el cuadro se indican las cifras estimadas, la paridad del poder de compra (PPC), los datos de años de menor productividad y la revisión de las cifras oficiales por parte de los servicios de inteligencia.

^a IISS, 1996. «Comparación internacional de gastos de defensa y mano de obra militar».

^b IISS, 2001. «Comparación internacional de gastos de defensa y mano de obra militar».

nes sobre las islas Pedra Branca (o Pulau Batu Putih), Sipitan y Ligitan al Tribunal de Justicia Internacional. Tailandia con Malaysia, Malaysia con Vietnam, e Indonesia (Timor Oriental) con Australia; todos ellos han convenido compartir el espacio marítimo sobre el que poseen intereses encontrados. Y para las disputas por el territorio terrestre o marítimo de resolución todavía incierta —como las que enfrentan a China e India, a Rusia y Japón, y las del mar del Sur de China—, se están manteniendo negociaciones bilaterales o multilaterales. La probabilidad de que se recurra a la fuerza o de que desemboquen en guerras declaradas es escasa.

A pesar de la escasa probabilidad de guerra, la fuerza todavía constituye un instrumento clave en la política estatal asiática. La amenaza de recurrir a ella no sólo sigue siendo el principal recurso utilizado en la gestión de tres graves conflictos (Kang, en Alagappa, ed., 2003: cap. 10), sino que desempeña un papel importante en la defensa de las fronteras terrestres y marítimas, las reivindicaciones marítimas, el control de la piratería y el contrabando, y la gestión de conflictos internos (Alagappa, ed., 2003: caps. 11, 12 y 14). Las armas nucleares y los misiles balísticos siguen siendo una opción tentadora y, de algún modo, han cobrado protagonismo tras el fin de la guerra fría (Cha, en Alagappa, ed., 2003: cap. 13). Defensa consume, por tanto, gran parte de los recursos estatales (véase el cuadro 1). En lugar de disminuir, los gastos de defensa se han mantenido o incluso han aumentado tras la guerra fría. Sin embargo, conviene realizar diversas observaciones. Para empezar, la utilidad de la fuerza se ha reducido. Desplegar la fuerza para invadir y ocupar otro país, o para anexionarse un territorio cuya pertenencia a otro país ha sido reconocida por la comunidad internacional, ha dejado de ser legítimo en Asia. La fuerza también ha perdido utilidad por la incapacidad de los estados asiáticos para imponer soluciones recurriendo a ella. China, India, Corea del Norte, Corea del Sur y Pakistán carecen de capacidad militar para imponer una solución (Kang, en Alagappa, ed., 2003: cap. 10). El coste político, diplomático, económico y militar de utilizar la fuerza se ha elevado (aunque todavía no se ha vuelto prohibitivo).

En segundo lugar, la adquisición de armas nucleares y misiles balísticos también limita la utilidad de la fuerza. Las armas nucleares, en especial las del tipo que poseen los estados asiáticos, no sirven para la guerra; además, disparan el coste que conlleva recurrir a la fuerza. La

compleja tecnología que se requiere para fabricar armas nucleares y sistemas de misiles más precisos y, por tanto, más utilizables, escapa al alcance de los estados asiáticos. En tercer lugar, al contrario de lo que se suele creer en Occidente, el umbral nuclear y la norma de ser el primero en disparar tienen tanta fuerza en los estados nucleares de segunda generación como en los de primera (Cha, en Alagappa, ed., 2003: cap. 13). Todo ello ha limitado el uso de la fuerza básicamente a escaramuzas militares en zonas periféricas, por el control de la tierra o el mar, y a operaciones de baja intensidad. La fuerza no se ha empleado contra intereses ni activos militares centrales. En cuarto lugar, la fuerza no es la única ni la primera arma que se utiliza siempre en la gestión de conflictos, aunque sean graves. Estas cuatro razones explican también que la función que desempeña la fuerza en la política internacional asiática se esté transformando. La fuerza se está volviendo más importante para la defensa, la disuasión y la protección que para la lucha. En el conflicto taiwanés, la función básica de la fuerza es disuadir a Taiwan de que se declare independiente e impedir que la RPCh se anexe la isla por la fuerza. En la península coreana, la fuerza es crucial para disuadir a las partes de que entren en guerra y para que se mantenga el *impasse* actual. En el conflicto indo-paquistaní, la fuerza también se está imponiendo como elemento de disuasión.

Finalmente, las principales potencias asiáticas se muestran más dispuestas a aceptar sistemas de control de armas mundiales y tecnología militar. La actitud de China ha cambiado notoriamente y ha pasado de la «acusación y la sospecha a una actitud más participativa y a un cauto respaldo de las normas internacionales sobre control de armas, desarme y no proliferación» (Yuan, 2000). Desde principios de los noventa, Beijing se ha adherido al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (TNP), ha apoyado su extensión indefinida de 1995, ha firmado y ratificado la Convención de Armas Químicas y ha suscrito el Tratado de Prohibición Total de Armas Nucleares (CTBT). Asimismo, se ha comprometido a acatar las Normas Internacionales de Control de Misiles (MTCR) y está introduciendo normas internas para regular la exportación de material nuclear, químico y mixto. A pesar de que sus avances en no proliferación todavía son irregulares y de que siguen existiendo interrogantes sobre la adhesión de China a las normas de control de armas, los pasos dados indican un cambio definitivo de actitud. India se ha opuesto rotundamente al TNP, pero desde 1998 se ha mostrado dispuesta a firmar el CTBT y a

suscribir el Tratado de Prohibición de Producción de Material Fisible (FMCT). También se ha comprometido a cumplir las MTC y ha firmado convenciones de armas químicas y biológicas. Al igual que China, se ha comprometido a no tomar la iniciativa en el uso de armas nucleares y se ha mostrado dispuesta a reconocer las zonas libres de armamento nuclear en zonas que no afectan directamente a su seguridad. La conducta de China frente al control de armamento está condicionada por su preocupación por la seguridad nacional, su imagen internacional, sus intereses comerciales y las ventajas que podría obtener en seguridad y tecnología al adoptar una actitud más positiva. El cambio de actitud de India obedece en gran medida a que desea ser aceptada como potencia nuclear y a reducir el impacto de las sanciones que le fueron impuestas tras las pruebas de 1998. Aunque la motivación principal es instrumental en ambos casos, el cambio de actitud de China e India es importante. Al adaptarse al *statu quo*, es probable que estos países aumenten también su adhesión a los sistemas de control de armamento.

La intensidad de las reglas varía en función del ámbito y la subregión. Las reglas son más amplias en el ámbito económico y regulan la gestión de conflictos. Aunque en su mayoría se trata de reglas mundiales, también existen reglas regionales limitadas. En materia de defensa las reglas son menos numerosas y se tratan, básicamente de principios y normas. Existen reglas específicas dedicadas a regular las relaciones rutinarias entre estados. Las que regulan la gestión de conflictos y el control de armamento y violencia quedan en segundo plano, son más implícitas y se basan en la amenaza de la fuerza. El principal objetivo de las reglas es favorecer la coordinación en aras de la coexistencia, e impulsar una cooperación limitada para solucionar problemas de seguridad comunes. A medida que el interés común por la supervivencia y el desarrollo económico de unos y otros se ha ido consolidando a través de acuerdos regionales y mundiales, en Asia ha ganado peso un sistema de relación basado en las reglas. Si bien es más evidente en el sureste asiático, este fenómeno se ha producido en toda Asia oriental. El interés mutuo por el crecimiento económico y la modernización han estimulado enormemente la cooperación económica y la interdependencia entre la mayoría de estados de ambas subregiones, cuya voluntad de forjar valores comunes e identidades distintas es cada vez mayor. Iniciado en el sureste asiático con los cinco miembros de la ASEAN, el fenómeno se ha extendido a los diez países del sureste asiático y ahora a Asia oriental a través de la Cum-

bre ASEAN Más Tres (China, Japón y Corea del Sur). Se han formulado proyectos comunes y planes de acción: ASEAN 20/20, el Plan de Acción de Hanoi, el plan de integración de la ASEAN, los objetivos de liberalización comercial del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) y el proyecto de Asia oriental. Aunque algunos de los objetivos de estos planes son ambiciosos y no todos se cumplirán, con ellos los gobiernos de estas subregiones declaran su intención política de construir un entorno predecible gobernado por unas reglas en el que puedan lograr sus objetivos nacionales, en lugar de someterse a los dictados de la estructura material o a las políticas de potencias extranjeras.

La interacción reglada está menos desarrollada en el sur de Asia, subregión todavía aquejada por la debilidad de Pakistán como Estado-nación y por el conflicto indo-paquistaní. Con los años, sin embargo, este conflicto ha dejado de ser central para la economía y la política internacional de Asia. Al parecer, India y los demás estados menos Pakistán han decidido superar este conflicto. Esos otros estados parecen haber aceptado la primacía india en la subregión, mientras que Nueva Delhi parece abandonar su actitud hegemónica coercitiva en la región. Se está avanzando en cooperación económica, aunque de manera lenta y vacilante. Sri Lanka ha llegado a un acuerdo comercial de trato preferente con India; Bangladesh estudia exportar gas natural a este mismo país. Al igual que los triángulos y cuadrángulos del sureste asiático, Bangladesh, India, Birmania y China están ensayando un sistema de cooperación económica en la zona comprendida por el noreste de la India, Bangladesh, Birmania y la provincia china de Yunnan. La transformación de la política regional india desde los primeros ministros Narasimha Rao e Inder Kumar Gujral, así como la nueva actitud de los demás países del sur de Asia, parecen haber propiciado los últimos cambios (todavía vacilantes). Algunos observadores (como Ayoob, 2000) creen que el sur de Asia, con la excepción de Pakistán, podría consolidarse rápida y definitivamente como sociedad internacional.

Tras un análisis global, resulta difícil negar la existencia de un orden de seguridad: un conjunto de reglas de conducta que permiten que las relaciones entre los países asiáticos sean estables y previsibles. Es cierto que en materia de seguridad la regulación es menos amplia, suele tener su origen en algún expediente y adolece de lagunas e infracciones, pero todo ello indica un cierto grado y un determinado tipo de orden, no su ausencia.

Segundo supuesto: orden instrumental con elementos normativos y contractuales

En Asia la vida social internacional posee elementos de diferentes paradigmas. Aunque en cierta manera parece caracterizarse por una interdependencia muy compleja, los elementos realistas se siguen imponiendo en seguridad. Ahora bien, la seguridad de los países asiáticos se rige por la defensa y la disuasión, no por la ofensa y la agresión. Además, algunos elementos realistas, como la lucha por el poder y la influencia, se contrarrestan con limitaciones normativas y la creciente interdependencia y cooperación en materia económica. En consecuencia, el orden de seguridad de Asia, marcadamente instrumental, también se ha dotado de elementos normativos y contractuales. Esta combinación se pone de manifiesto en los objetivos del orden, en los principios que fundamentan el marco normativo asiático, en el fin y en las funciones de las instituciones regionales y en el alcance y el ámbito del orden.

Los principales objetivos del orden asiático son de carácter nacional: supervivencia y prosperidad. El objetivo común de crear un entorno internacional estable y relativamente pacífico es significativo, ya que ayuda a conseguir objetivos nacionales. Tal y como se dijo en la introducción, la existencia como entidad política independiente sólo constituye un problema para una pequeña minoría de estados (aunque algunos estados pequeños y débiles no dan su existencia por sentado). En general, preocupan más la conservación y el desarrollo de la identidad nacional y la seguridad del Estado. Estos aspectos afectan a la supervivencia nacional y generan una enorme inquietud, lo que se refleja en la intensidad de los conflictos identitarios nacionales e internacionales y en la escasa predisposición de los estados asiáticos a ceder en estos temas. El crecimiento económico y la modernización, objetivos altamente prioritarios para casi todos los estados asiáticos, se consideran clave para impulsar la identidad nacional y ganar poder e influencia en el ámbito internacional, así como para mantener la legitimidad del régimen y gestionar los conflictos internos. Sin embargo, estos objetivos de origen instrumental y, en especial, el camino elegido para conseguirlos (participación en la economía capitalista mundial) han relegado a un segundo plano la lucha por la supervivencia nacional y han difuminado la jerarquía de objetivos nacionales (Wan, en Alagappa, ed., 2003: cap. 8). El elevado coste económico y político de una solución impuesta por la fuerza y la falta de ca-

pacidad militar para imponerla, por ejemplo, han llevado a la RPCh a rebajar sus aspiraciones de lograr la unificación que tanto desea. De todas formas, no está claro que esta moderación se mantenga en el caso de que Taiwan opte por una declaración unilateral de independencia.

Para lograr el crecimiento económico y la modernización mediante la participación en la economía mundial, los estados asiáticos deben actuar conforme a los acuerdos y las reglas internacionales. Por otro lado, su vulnerabilidad ante la presión internacional y las situaciones imprevistas —como el empeoramiento de la economía mundial— aumenta su necesidad de cooperar en el ámbito regional. Esta cooperación podría no sólo amortiguar su vulnerabilidad y darles mayor voz en los foros mundiales, sino también facilitarles la consecución de sus objetivos económicos nacionales. Al considerarse esencial para la supervivencia nacional y la prosperidad, la creación de un entorno estable y pacífico se ha convertido en el objetivo regional prioritario del orden de seguridad asiático. Pese a seguir subordinado a los principales intereses nacionales, este objetivo regional empieza a ganar terreno a los intereses nacionales. Ahora bien, aunque los objetivos del orden de seguridad regional en Asia (supervivencia nacional, prosperidad nacional, entorno estable) sean básicos, su complejidad e interrelación respaldan nuestra tesis de que el orden de seguridad regional asiático no responde únicamente a un afán de supervivencia en sentido estricto, sino también a la búsqueda de múltiples objetivos para los que se requiere la colaboración de toda la región.

A pesar de que el interés nacional predomina en política y seguridad, se define en gran medida en función del *statu quo*. El interés común en crear un entorno pacífico y estable; la expectativa de que los países de mayor peso demuestren su buen hacer como miembros de una comunidad y ofrezcan bienes públicos materiales e ideológicos que avalen su pretensión de ejercer de primeras potencias; el beneficio mutuo que puede aportar la cooperación, todo ello empieza a moldear y ampliar el concepto de interés nacional. Por otro lado, la aspiración de China de ocupar un lugar legítimo en la región y en el mundo, la política de Beijing de disipar las sospechas y temores que sus vecinos albergan sobre su poder creciente y la búsqueda de la modernización económica mediante la participación de China en la economía capitalista mundial constituyen una firme apuesta en un entorno internacional estable y sientan las bases para una buena política con los países vecinos. Todos estos factores moderan

la actitud china frente a Taiwan, el mar del Sur de China y otras disputas territoriales. Cuando estalló la crisis financiera de 1997, por ejemplo, China no devaluó el yuan a pesar de que la medida le habría beneficiado. En su lugar, intentó demostrar su buen hacer y mostrarse como una potencia responsable que actúa en interés de una comunidad más amplia. Ahora bien, la evolución del interés nacional hacia un bien público más amplio sigue siendo incipiente y vacilante, así que podría invertirse si se produjera algún acontecimiento que afectase a intereses primordiales de China. Por otro lado, las principales potencias asiáticas creen que el *statu quo* perjudica sus intereses, por lo que se muestran reticentes a definir sus intereses nacionales de manera más abierta, teniendo en cuenta los intereses de otros estados.

El protagonismo de la autonomía y el interés nacionales se refleja tanto en la importancia que la soberanía (autonomía internacional y máximas competencias internas) cobra en el marco normativo asiático como en la naturaleza de la cooperación regional que se ha desarrollado. La función principal de esa cooperación no es modificar la identidad y el interés, sino facilitar la coexistencia pacífica y una colaboración limitada en asuntos en los que el beneficio sea recíproco. De las diversas propuestas elaboradas por la ASEAN, la Cumbre ASEAN Más Tres y el APEC, ninguna aspira a crear una identidad política colectiva que pase por encima de la identidad y los intereses nacionales. La voluntad de avanzar hacia una comunidad integrada no existe ni siquiera en el terreno económico. Esta postura se expresa en los fines que declaran perseguir las organizaciones regionales, los principios que inspiran su creación, las reglas y los procedimientos en los que basan su actuación y el limitado papel que desempeñan en la gestión de conflictos. La defensa de la autonomía nacional ha impedido que se adopten objetivos y normas vinculantes. Incluso en los casos excepcionales en los que sí se han fijado esos objetivos, ha resultado difícil cumplirlos. La política de la ASEAN —decisiones consensuadas y prioridad de los procesos frente a los objetivos— ha inspirado el funcionamiento de las instituciones regionales. Pese a la importancia de los principios y las normas, se tiende a rehuir aquellas medidas destinadas a resolver disensiones y limitar el uso de la fuerza. Esto explicaría que Asia carezca de sistemas de regulación.

Existe también mucha reticencia a ceder autoridad y recursos, así como competencias en la gestión de conflictos, a las instituciones regionales. Los países asiáticos han mostrado sus reservas a la hora de crear

secretarías de pleno derecho en los diversos foros regionales. Se necesitaron más de dos décadas para que la ASEAN acordara el nombramiento de su secretario general y definiera su cargo y funciones (Alagappa, 1987). El ARF y la Cumbre ASEAN Más Tres carecen todavía de secretarías propias independientes. Además, los recursos humanos y financieros disponibles de las tres instituciones son modestos. En gestión de conflictos, los estados miembros se han mostrado reacios a asignar competencias en prevención, incluso al ARF, la principal institución de defensa multilateral de Asia. El mecanismo establecido para la resolución de conflictos en el Tratado de Amistad y Cooperación de 1976 sigue sin aplicarse. Se ha intentado dar algunos pasos (como la mediación de terceros) para que la ASEAN dispusiera de más autonomía en la gestión de conflictos y, en un futuro, el ARF podría asumir algunas funciones preventivas. Sin embargo, con la reticencia de los estados miembros a ceder poder en materias clave, las instituciones regionales como la ASEAN (y en menor grado el ARF) serán probablemente más útiles promoviendo el entendimiento y evitando que las disensiones desemboquen en hostilidades declaradas que impidiendo desde el principio que surjan esas disensiones o conteniendo y resolviendo los conflictos. A la hora de contener y resolver los conflictos, es probable que la autoayuda, las negociaciones bilaterales y la actuación concertada por dos o más grandes potencias, o por la primera potencia mundial, Estados Unidos, den mejor resultado.

Otra característica destacada del orden de seguridad asiático es su aislamiento del ámbito internacional. Al considerar que el orden interno garantiza la continuidad del Estado, los países asiáticos se muestran poco dispuestos a dejar la resolución de sus conflictos internos en manos de instituciones mundiales o regionales. No delegan en las instituciones regionales la protección de los derechos humanos y de las minorías, por ejemplo, y se oponen con rotundidad a la intervención internacional en sus asuntos internos (Swamy y Gershman, en Alagappa, ed., 2003: cap. 14; Anwar, en Alagappa, ed., 2003: cap. 15). El papel de las instituciones regionales se reduce al debate y la discusión de las normas. A diferencia de su actuación en el conflicto camboyano, la ASEAN se abstuvo de tomar la iniciativa en Timor Oriental, que fue considerado un asunto interno de Indonesia. De hecho, los países de la ASEAN no aportaron tropas de pacificación hasta que la operación no fue aceptada por Indonesia y autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU. Ni la ASEAN ni el ARF desean asumir el papel del pacificador en la región ni utilizar co-

lectivamente la fuerza en nombre de la comunidad, ni en el ámbito interno ni en el internacional.

Tercer supuesto: múltiples vías hacia la seguridad

El marcado carácter instrumental del orden de seguridad asiático también se refleja en el predominio de un enfoque competitivo. La autoayuda, las alianzas, el equilibrio de poderes y la hegemonía son las principales vías por las que se avanza hacia el orden de seguridad. Ahora bien, estas vías ceden cada vez más terreno frente a la cooperación. Aunque prevalece el enfoque competitivo, ninguna de ellas se ha impuesto sobre las demás. El orden de seguridad asiático tras el fin de la guerra fría descansa sobre múltiples vías, cada una de las cuales cumple funciones que le son inalienables.

La preponderancia de Estados Unidos y los bienes públicos que aporta este país tienen un gran peso en la gestión de la seguridad asiática (Mastanduno, en Alagappa, ed., 2003: cap. 4). Washington cumple funciones básicas de disuasión y protección, fundamentales para estabilizar las relaciones de las principales potencias e impedir que se declare la guerra en el estrecho de Taiwan y en la península coreana. Japón y, en menor grado, India y algunos países del sureste asiático ven en Estados Unidos un contrapeso esencial frente al creciente poder de China. Por su parte, China, Corea del Sur y otros países asiáticos creen que la dependencia japonesa de Estados Unidos en materia de seguridad está impidiendo a Japón convertirse en una potencia normal. Además de apaciguar las relaciones de las principales potencias, Washington ha contribuido de manera determinante a disipar crisis como la de la península coreana en 1994, el estrecho de Taiwan en 1996 y Cachemira en 1998 y entre 2001 y 2002. Ninguno de los principales estados asiáticos habría podido disiparlas aunque hubiera querido, ya que o bien estaban implicados en el conflicto o sufrían un «déficit de legitimidad». Sólo Estados Unidos contaba con legitimidad y recursos para poner fin a las crisis. La intervención de Washington también fue imprescindible para conseguir que la ONU desplegara sus tropas de pacificación en Camboya y Timor Oriental. El capital, la tecnología y los mercados estadounidenses siguen siendo primordiales para la prosperidad de los países asiáticos.

La hegemonía está muy presente en el orden de seguridad asiático, pero tal y como observó Michael Mastanduno (Alagappa, ed., 2003: cap. 4) adolece de algunas carencias. La gestión estadounidense de la seguridad asiática se ha basado en la contención. Washington no se ha interesado tanto (ni ha obtenido los mismos resultados) cuando se trataba de resolver conflictos, promover relaciones estables entre las principales potencias y desarrollar instituciones regionales efectivas. Para transformar su poder en autoridad y lograr una mayor hegemonía efectiva, Estados Unidos debe superar varios obstáculos: integrar China e India en el sistema sin perder el apoyo de Japón, mantener el apoyo político interior y el dinamismo de la economía necesarios para conservar la hegemonía, y evitar caer en «la tentación de la arrogancia, el triunfalismo y la unilateralidad» (Mastanduno, en Alagappa, ed., 2003: cap. 4). Volveremos sobre los límites del papel estadounidense en la gestión de la seguridad en el apartado siguiente.

La vía hegemónica descansa en el poder y la autoridad de un único Estado, mientras que el equilibrio de poderes se basa en el esfuerzo de cada Estado por mejorar su seguridad desde el propio Estado o mediante alianzas o alineamientos. Avery Goldstein (Alagappa, ed., 2003: cap. 5) afirma que el orden de seguridad asiático se rige fundamentalmente por el equilibrio de poderes. Al igual que en cualquier otro lugar, los estados asiáticos intentan conservar y mejorar su posición de poder y, a la vez, contrarrestar y limitar el poder de aquellos países que, en su opinión, amenazan (o podrían amenazar) sus intereses principales. Estados Unidos busca mantener su predominio mientras construye un poder en Asia que contrarreste el poder creciente de China; China intenta compensar el poder estadounidense al tiempo que limita el poder de Japón e India; Japón e India buscan afianzar su propio poder y neutralizar el de China; Taiwan, Vietnam y Filipinas también intentan neutralizar a China; Pakistán busca contrarrestar el poder de India; para Corea del Norte y Corea del Sur el objetivo es neutralizarse mutuamente, aunque también les preocupa el poder creciente de China y Japón; a Corea del Norte le preocupa, además, el protagonismo de Estados Unidos. Por debilidad e incapacidad para equipararse con sus rivales, muchos países asiáticos utilizan el armamento nuclear como instrumento de neutralización y disuasión: China frente a Estados Unidos; India frente a China; Pakistán frente a India y Corea del Norte frente a Estados Unidos y Corea del Sur. Cuando no se logra un nivel de seguridad propia adecuado ni se dispone de la op-

ción nuclear, se busca el equilibrio mediante alianzas y alineamientos: Japón con Estados Unidos para contrarrestar a China; Corea del Sur con Estados Unidos para frenar a Corea del Norte; Taiwan con Estados Unidos para disuadir a China; Filipinas con Estados Unidos para frenar a China en el mar del Sur de China, y Singapur con Estados Unidos para contener a sus vecinos directos.

El equilibrio de poderes del orden de seguridad asiático sirve principalmente al objetivo de la supervivencia. En el caso de la supervivencia de Taiwan y Corea del Sur y Corea del Norte, resulta determinante. En otros casos, el equilibrio de poderes persigue otros fines, como mejorar el propio estatus, la autonomía estratégica y la flexibilidad para asegurarse una posición favorable en la gestión de conflictos y para ganar poder de negociación. Aunque el equilibrio de poderes puede mejorar la seguridad nacional disuadiendo a otros estados de entrar en guerra y recurrir a la agresión, su potencial para resolver conflictos y crear un entorno estable y prosperidad nacional es cuestionable. Tal y como observa Goldstein (Alagappa, ed., 2003: cap. 5), es evidente que en Asia se recurre al equilibrio de poderes, pero su contribución al orden de seguridad no está tan claro. Pese a que desempeña un papel destacado, no podemos decir que el orden de seguridad asiático se base en él. La distribución del poder y las líneas de amistad y enemistad tendidas en Asia no permiten crear sistemas de equilibrio bipolares o multipolares, ni conciertos de poder. Varios analistas (Rosencrance, 1992; Allison *et al.*, 2001; Kupchan y Kupchan, 1991; Shirk, 1997) han defendido que deberían crearse conciertos mundiales y regionales, pero Asia no reúne las condiciones necesarias para ello (Acharya, 1999; Goldstein, en Alagappa, ed., 2003: cap. 5). No obstante, en ocasiones las principales potencias han formado endebles coaliciones *ad hoc* para resolver problemas de interés común, como la crisis de la península coreana de 1994. El hecho de que las principales potencias dialoguen periódicamente en un foro puede ser útil a la hora de construir un modelo de seguridad en Asia.

El poder es fundamental en las vías de la hegemonía y el equilibrio de poderes. El desequilibrio de poder entre Estados Unidos y los países asiáticos y la creencia entre algunos de estos últimos de que las soluciones basadas en el poder no conducirían a un orden estable, aumentó el interés por las instituciones multilaterales al fin de la guerra fría, lo que llevó a la creación del ARF en 1994. Al principio, las instituciones regionales y subregionales eran las «armas de los débiles», que intentaban

ganar poder en el sistema regional y construir un orden de seguridad regulado que redujera el centralismo y creara un entorno relativamente pacífico y previsible. Con el tiempo, las instituciones regionales han ido acaparando la atención de las primeras potencias, en particular de China. Tras superar sus reticencias iniciales, Beijing ha empezado a ver que el ARF y organizaciones subregionales como la SCO podían serle útiles como foros a través de los que alcanzar sus objetivos en seguridad.

Si nos atenemos a criterios racionalistas, la contribución de las instituciones multilaterales al orden de seguridad asiático no ha sido decisiva (Acharya, en Alagappa, ed., 2003: cap. 6). Su fracaso a la hora de gestionar conflictos y proporcionar bienes públicos materiales parece justificar la posición realista de que las instituciones importan sólo en los márgenes. Así, varios observadores ven en las instituciones regionales un instrumento complementario de las vías de la hegemonía y el equilibrio de poderes. Aunque resulta difícil negar que las instituciones regionales son demasiado débiles para gestionar conflictos, tampoco se pueden diseñar las limitaciones que en este sentido tienen las soluciones basadas en el poder. Con este último tipo de soluciones se ha logrado evitar la guerra, pero no se han zanjado las numerosas disensiones y conflictos de la región. Al contrario, en algunos casos incluso se ha agravado el conflicto y dificultado su resolución.

A pesar de sus carencias, las instituciones regionales han contribuido a mejorar significativamente algunos aspectos. Al crear una conciencia regional y un sentido del bien común, han moldeado el concepto de interés nacional en algunos ámbitos y los medios que se utilizan para alcanzar determinados fines. La interacción en el ARF y la ASEAN, por ejemplo, ha llevado a Beijing a modificar su estrategia en el mar del Sur de China. La interacción regular, la sensibilidad hacia lo que preocupa a los demás y la posibilidad de eliminar recelos y aliviar tensiones: todo ello son aportaciones clave de las instituciones regionales. E incluso es más importante su función socializadora. La ASEAN ha contribuido de manera decisiva a organizar el marco normativo del sureste asiático, con el consiguiente fracaso de la SAARC. Pese a no haber resuelto las diferencias entre los estados miembros, ha evitado que se declaren la guerra entre ellos creando un sentido de pertenencia a una comunidad. En cuanto al ARF, su corta carrera, el mayor número de miembros y la mayor amplitud del territorio en el que actúa hacen difícil valorar sus resultados. Sin embargo, la vía abierta por este foro para debatir asuntos con-

trovertidos y su poder para limitar el uso de la fuerza en la gestión de conflictos, como el del mar del Sur de China, reflejan su utilidad en este terreno.

A pesar de la polémica generada en torno a su efectividad, las instituciones multilaterales regionales y subregionales no van a desaparecer. Ningún Estado se ha retirado de ellas. Varios estados incluso están intentando entrar en el ARF, aunque sólo sea para asegurarse reconocimiento y protección e influir en la agenda y el funcionamiento del único foro regional sobre seguridad que existe en Asia. Estas instituciones multilaterales de cooperación se han convertido en piezas clave del sistema de seguridad asiático. Aunque su papel y aportación son limitados, para ejercer su función no pueden recurrir a soluciones basadas en el poder, por lo que no se trata de meros instrumentos complementarios. Es más útil verlas como una de las múltiples vías existentes, con funciones concretas en materia de seguridad. En gran parte, el reciente desencanto que ha rodeado a las instituciones regionales se debe a que las expectativas eran poco realistas. Hasta ahora las principales aportaciones de estas instituciones se han producido en el importante, pero intangible, terreno de las ideas y los procesos. Para poder solucionar realmente problemas de seguridad comunes y colectivos, deben superar determinados obstáculos que se comentarán en el último apartado de este capítulo.

Las instituciones multilaterales mundiales —las que forman parte del sistema de seguridad de la ONU— no cumplen ningún papel destacado en la gestión de la seguridad regional de Asia desde 1945 (Foot, en Alagappa, ed., 2003: cap. 9). La ONU no participa en los conflictos de Taiwan, Corea o Cachemira, ni en las numerosas disputas territoriales asiáticas. Si bien ha lanzado dos importantes operaciones de pacificación en Asia desde el fin de la guerra fría, en Camboya y Timor Oriental, no actúa en ninguno de los numerosos conflictos internos actuales. Existen diversos motivos para explicar esta situación: primero, la presencia de varios participantes de peso —Estados Unidos, China, Rusia e India—, tres de ellos con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, y la reticencia a someter las diferencias surgidas en sus áreas de influencia al arbitraje de la ONU; segundo, la extendida percepción en Asia de que la ONU no es más que un instrumento de dominación de las potencias imperiales y los países occidentales avanzados; finalmente, la creciente contradicción entre la agenda cada vez más liberal de la ONU y las normas y los valores westfalianos todavía respetados en Asia.

A pesar de su limitado papel en la gestión de conflictos, la ONU cumple, al igual que las instituciones regionales, algunas funciones en la gestión de la seguridad asiática. En primer lugar, actúa como «profesor de normas». Los principios establecidos en la Carta de la ONU inspiran el marco normativo regional y subregional asiático. Sin embargo, la creciente agenda liberal de la ONU genera tensiones y, en Asia, es vista como una imposición de Occidente, que controla la Secretaría General. Así, los dirigentes asiáticos invocan los principios de la Carta a la vez que cuestionan las inquietudes liberales (derechos humanos, democracia, intervención justificada o humanitaria) que ahora presiden la agenda de la ONU. En segundo lugar, el sistema de la ONU se valora por dos motivos: el desarrollo de sistemas de control de armamento mundial como TNP, CTBT, CWC, BWC y FMCT y el apoyo a iniciativas como la creación de zonas libres de armamento nuclear regionales. Salvo esta última iniciativa, Asia no cuenta con sistemas de control de armamento regionales; la regulación procede de los sistemas mundiales. En tercer y último lugar, en Asia no existe ningún mecanismo de pacificación regional. Cuando las circunstancias lo requieren, la ONU es quien tiene la palabra. El hecho de que se mantenga al margen no implica que sea irrelevante, sino simplemente que su papel es limitado.

La cooperación económica es una vía clave en Asia. La interdependencia económica entre los estados del este y el sureste asiático ha aumentado significativamente en las últimas dos o tres décadas, ya que el desarrollo económico y su consecución mediante la participación en la economía capitalista mundial se han convertido en prioridades nacionales (Wan, en Alagappa, ed., 2003: cap. 8). En algunos casos, la cooperación económica es consecuencia de una política deliberada. Aunque la seguridad nacional sigue siendo una de las preocupaciones tradicionales principales, muchos países asiáticos conceden igual o mayor importancia al crecimiento y desarrollo económicos, lo que ha dado lugar a una interpretación más amplia del concepto de seguridad nacional (Alagappa, 1998). Los países asiáticos son realistas y comerciantes. La aparición de un sistema comercial asiático dentro de un sistema mundial superior ha tenido varias consecuencias sobre la seguridad regional. Primero, el incremento de las relaciones económicas ha aumentado la complejidad de las relaciones entre Estados Unidos, China y Japón. A menudo las tensiones de un sector se compensan con los beneficios obtenidos en otro. Las ventajas económicas, por ejemplo, han contribuido a estabilizar las

tortuosas relaciones políticas y de seguridad sino-estadounidenses. Por su parte, las ventajas en seguridad han suavizado las tensas relaciones económicas que Japón y Estados Unidos mantenían en los ochenta. Segundo, la cooperación y la interdependencia económicas han actuado como bálsamo en la gestión de controversias, incluida la del grave conflicto del estrecho de Taiwan. En el caso taiwanés, las relaciones económicas han resistido a las crisis y han sentado la base para que los lazos a través del estrecho se puedan retomar y desarrollar tras la resolución de las crisis. En casos de interdependencia económica débil o inexistente, como India y Pakistán, se imponen las consideraciones políticas y de seguridad, y el diálogo se vuelve mucho más difícil. Tercero, gracias a la creciente interdependencia económica, la fuerza ha dejado de ser importante para conseguir objetivos económicos. Cuarto, la cooperación e interdependencia económicas obligan a los países asiáticos a respetar los acuerdos internacionales y a regirse por las reglas de los sistemas mundiales y globales, lo que acentúa el objetivo de la estabilidad nacional y regional. Y quinto, el crecimiento económico mediante la participación en la economía capitalista mundial ha transformado el concepto de interés nacional, ha modificado los intereses estatales y la configuración del poder (cada vez más diverso y complejo) y, en algunos casos, ha favorecido la transición democrática o la evolución hacia sistemas políticos más participativos.

De todo ello no se deduce que la cooperación e interdependencia económicas puedan resolver por sí mismas las diferencias políticas, hacer que la fuerza sea irrelevante o evitar la guerra. Ahora bien, conducen a un concepto más complejo del interés nacional y, salvo en casos extremos, vuelven improbable el uso directo de la fuerza. Además, favorecen una interacción regulada y, por tanto, una relaciones interestatales estables y predecibles. Han provocado cambios y, en algunos casos, promovido transformaciones (Wan, en Alagappa, ed., 2003: cap. 8). De todas formas, el efecto de la cooperación económica sobre la seguridad no es unidireccional. Las consideraciones políticas pesan enormemente en situaciones como Taiwan, Corea y Cachemira. Para que pueda darse una cooperación económica duradera, es necesario que previamente se tomen determinadas decisiones políticas. Las consideraciones políticas pueden frenar la cooperación, antes incluso de que se tome la primera decisión, aunque los casos de Taiwan y Japón demuestran que cada vez es más difícil. En Japón, por ejemplo, cada vez preocupa más la ayuda económica

que se ha prestado a una China pujante, que ahora es vista como una amenaza para la seguridad del país. Sin embargo, ahora para Tokio sería difícil cortar la ayuda económica y la cooperación totalmente. Todavía existen poderosos grupos en Japón que argumentan que la mejor manera de controlar a China es aumentar su interdependencia económica con Japón y la región. El vínculo de la interdependencia económica con la seguridad es complejo. Llegados a este punto, es importante destacar que los países asiáticos utilizan diversas estrategias. La incapacidad para resolver disputas y evitar la guerra no sólo constituye un defecto de los argumentos comerciales liberales, sino también de las estrategias realistas.

De todo lo anterior se deduce que el orden de seguridad asiático descansa sobre múltiples vías, cada una al servicio de determinadas funciones. En cierto modo, las diferentes vías se complementan, pero al superponerse (el problema de la centralidad y el papel del sistema de alianzas estadounidenses en la región, por ejemplo) también generan una tensión. La existencia de vías antagónicas, que reflejan las diferentes aspiraciones y los problemas de legitimidad de las grandes potencias, podría constituir un obstáculo a la creación de un orden de seguridad más coherente en la región. De todas formas, no es infrecuente hallar diferentes vías para la construcción de un orden y, en cierta manera, resulta saludable. Si una vía falla, se puede compensar con otra y, de este modo, evitar el fracaso definitivo o esfuerzos inconmensurables.

Cuarto supuesto: varios pilares para la estabilidad

Muchos analistas atribuyen la paz y la estabilidad asiáticas al poder de disuasión y protección de Estados Unidos. En su opinión, el desentendimiento estadounidense agravaría el problema de la seguridad y llevaría la inestabilidad a Asia (Christensen, 1999, 2000; Kupchan, 1998). Esta idea es básica en la política oficial de Washington y se utiliza como argumento para justificar la abierta presencia militar de Estados Unidos en la zona. No cabe duda de que Estados Unidos desempeña un papel destacado en la seguridad asiática, pero no es el único elemento que favorece la paz y la estabilidad en Asia, ni siquiera el más importante. De hecho, la intervención estadounidense no siempre ha favorecido la estabilidad. La exportación de la guerra fría a Asia intensificó los conflictos locales, pro-

vocó dos guerras violentas y polarizó el continente. Estados Unidos cumple actualmente una función disuasiva determinante (en el estrecho de Taiwan, por ejemplo), aunque algunos países asiáticos la perciben como instigadora y desestabilizadora. Al mismo tiempo, varios países asiáticos consideran que la determinación estadounidense de seguir promoviendo sistemas de defensa nacionales y antimisiles no hace más que demostrar la unilateralidad de su política y su posible efecto desestabilizador. En la década de los ochenta, los países asiáticos vivieron las medidas económicas adoptadas unilateralmente por Estados Unidos como un ataque; al mismo tiempo, se sintieron víctimas de la política de defensa estadounidense. La indiferencia inicial de Estados Unidos y su posterior respaldo a la dura respuesta dada por el FMI a la crisis económica asiática también fueron criticados en la región. Mi intención, con este escrito, no es restar importancia al papel de Estados Unidos, sino darle la dimensión que le corresponde.

Se imponen tres preguntas: ¿es Estados Unidos responsable de la transformación asiática?, ¿se deben la paz y estabilidad actuales a la abierta presencia militar de Estados Unidos y a su política de defensa en la zona? y ¿se mantendrían la paz y la estabilidad en caso de reducirse el papel desempeñado por Estados Unidos o incluso de retirarse Estados Unidos totalmente de Asia? Las dos últimas preguntas tienen difícil respuesta, pues apenas hay precedentes de casos similares en otras partes del mundo. De todas formas, se puede adelantar una respuesta razonada teniendo en cuenta la historia reciente (posguerra) y los cambios que se están produciendo en la región. Los países aliados con Washington se beneficiaron claramente de la función disuasiva cumplida por Estados Unidos durante la guerra fría y la posibilidad de acceder al mercado, el capital y la tecnología estadounidenses, pero para los que se hallaban en el bando contrario las consecuencias fueron negativas. La confrontación de Estados Unidos con la Unión Soviética polarizó la región, que quedó dividida en dos bandos hostiles y algunos países no alineados. Esta polarización y la pleitesía rendida a las grandes potencias no sólo exacerbó los conflictos locales, sino que entorpeció la regulación de las relaciones entre los países asiáticos. La esencia del problema reside en que la sociedad internacional se ha desarrollado más en el sureste asiático que en el noroeste, una subregión en la que Estados Unidos ha seguido manteniendo una fuerte política intervencionista. Contra el pronóstico generalizado de que el sureste asiático se desmoronaría tras la retirada estadounidense y

de que los países irían cayendo uno tras otro como las piezas de un dominó, los países de la zona, empezando por los cinco fundadores de la ASEAN e incluyendo a los demás hasta llegar a los diez que hay en total, han evitado competir entre ellos y declararse la guerra. El alargamiento de la guerra fría y la invasión vietnamita de Camboya con el respaldo de la Unión Soviética constituyeron graves obstáculos al proceso. Sin embargo, en vez de debilitar a la ASEAN, los obstáculos propiciaron la cooperación regional y la creación de un marco autóctono que regulase las relaciones entre los países del sureste asiático.

Los analistas sostienen con frecuencia que el noreste y el sureste asiático no son comparables. Los intereses de las cuatro primeras potencias convergen en el noreste, por lo que los conflictos se agudizan más que en el sureste. Aunque en su mayor parte irrefutable, esta afirmación obvia el hecho de que el sureste asiático también ha vivido una guerra intensa en la que estuvo implicado Estados Unidos y un enfrentamiento (el conflicto camboyano) en el que participaron de manera directa China e indirecta la Unión Soviética. El hecho de que los intereses de las primeras potencias confluyan en la zona y se agraven los conflictos no significa necesariamente que el noreste asiático se pueda desestabilizar si Estados Unidos retira su presencia. La tesis de que la estabilidad del noreste asiático descansa sobre el papel de Estados Unidos se basa en varias aserciones (Zagoria, 1993): Estados Unidos está impidiendo que se declare la guerra en la península coreana y el estrecho de Taiwan; Estados Unidos protege a sus aliados y amigos, lo que permite a estos últimos reducir sus presupuestos de defensa; casi todos los países confían en Estados Unidos y lo prefieren; la alianza entre Estados Unidos y Japón en materia de seguridad evita que Japón se remilitarice y se inicie una carrera armamentística en la región; Estados Unidos controla la acumulación de poder e influencia de China, temida por los demás países asiáticos.

Aunque hay algo de verdad en todas estas afirmaciones, gran parte de lo que contienen es discutible. La intervención de Estados Unidos en la península coreana es determinante, pero Corea del Norte, sin duda la parte más débil del conflicto, difícilmente podría invadir Corea del Sur si Estados Unidos retirara su apoyo. De hecho, el despliegue militar estadounidense complica la búsqueda de una solución al conflicto. El apoyo de Estados Unidos a Taiwan disuade a la RPCh de recurrir a las armas, pero a la vez perpetúa y posiblemente agrava el conflicto, sin visos de solucionarse. Si bien la red de alianzas creada por Estados Unidos le gran-

jea algunos aliados y amigos (Japón, Corea del Sur), genera aprensión entre estados no aliados como China y Rusia, que se ven obligados a acercar posiciones para contrarrestar el predominio y las políticas estadounidenses. Esta división podría polarizar la región. La lógica de frenar la emergencia de Japón, defendida por algunos dirigentes estadounidenses y de la que otros se han hecho eco (incluidos algunos japoneses), no valora en su justa medida los cambios que el país nipón ha experimentado en los últimos cincuenta años. En su lugar, acentúa el antagonismo histórico generado por Japón con el colonialismo y las agresiones. El antagonismo existe, es importante y debe resolverse, pero no debe dominar las relaciones entre los países asiáticos. Es posible que el freno estadounidense esté retrasando su integración y desarrollo en la región. La contención de China, cuyo poder creciente preocupa en la región, tampoco goza de buena aceptación entre muchos países asiáticos. Para estos países sería preferible apostar por una amplia política de compromisos, incluso en el terreno militar. No pueden pasarse por alto el profundo recelo y la animosidad que reinan en las relaciones sino-vietnamitas. Sin embargo, tras la guerra fría, Hanoi, con escasas opciones, acercó posiciones con Beijing en vez de buscar el enfrentamiento o embarcarse en un aumento contraproducente de su capacidad militar. Por lo tanto, pese a su innegable importancia, el papel de Estados Unidos tiene sus limitaciones y no goza de aceptación universal. Como veremos en breve, existen otros factores que explican tanto la reciente transformación de la región como la paz y la estabilidad relativas que se han alcanzado.

Además, Estados Unidos no es siempre el factor central en las relaciones de las primeras potencias del noreste asiático. La RPCh y la URSS fueron aliadas, después enemigas y ahora vuelven a entenderse. La postura de Estados Unidos ante la amistad y la enemistad de ambos países ha variado a lo largo del tiempo. Aunque Beijing se alineó con Washington a partir de 1971 y durante casi dos décadas, a principios de los ochenta empezó también a acercarse a Moscú. Este acercamiento y las relaciones amistosas que hoy mantienen ambos países poco tienen ya que ver con Estados Unidos, si no es tal vez en un sentido negativo. Ambos países llegaron a entenderse a pesar de la diferente relación que mantenían con Estados Unidos y sin la ayuda de este último.

Las relaciones de Rusia y de China con Japón también han seguido caminos distintos. Los cambios en las relaciones entre Estados Unidos con la URSS y después con Rusia no han afectado esencialmente a las re-

laciones ruso-japonesas. Tokio sigue mirando hacia Moscú con recelo, la disputa sobre los territorios del norte sigue sin resolverse y todavía no se ha firmado un tratado de paz. Japón ha sido aliado de Estados Unidos durante los últimos cincuenta años, pero su relación con China ha cambiado con el tiempo y no siempre a la par con las relaciones sino-estadounidenses. En los primeros años, cuando la estrategia estadounidense en Asia se basaba en contener la amenaza de una revolución comunista china, Japón no veía a China como una amenaza. La alianza con Estados Unidos cobró importancia para Japón en el momento en que la amenaza soviética se ciñó sobre Asia. La revisión de las directrices por las que se rige la cooperación entre Japón y Estados Unidos en materia de defensa, realizada en 1997, se centraba en el papel de China. Aunque tiene su importancia, la alianza con Estados Unidos no siempre rige las relaciones de Japón con las demás grandes potencias. Además, la política de seguridad japonesa no está sólo condicionada por los cambios que se producen en el sistema, sino también por factores internos, en particular por la fuerte orientación pacifista de su sociedad.

Todo ello no significa que el papel de Estados Unidos a la hora de mantener la estabilidad carezca de importancia ni que su retirada de Asia no pueda tener consecuencias. Ahora bien, su función en lo que respecta a la seguridad, pese a ser importante, no es ni el único ni el principal motor de la paz y la estabilidad en la región. La paz y la estabilidad descansan sobre varios pilares. La consolidación de los países asiáticos como estados-nación modernos es fundamental para explicar la transformación de Asia. Han reducido su vulnerabilidad nacional e internacional, pero aumentado su capacidad para defender su soberanía interna y externa, lo que les ha permitido reconocerse mutuamente como unidades. El reconocimiento mutuo, prioridad básica de casi todos los gobiernos asiáticos, ha generado, junto con los imperativos del desarrollo económico, un interés común por la supervivencia mutua, la prosperidad y la creación de un entorno internacional regulado y estable. La paz y estabilidad relativas que reinan en Asia también se han visto favorecidas por una estructura normativa internacional que ha naturalizado los conceptos de soberanía, no interferencia en asuntos internos, actividad económica privada y restricción del uso de la fuerza. La garantía de supervivencia (salvo en algunos casos), la apuesta por un crecimiento basado en la economía de mercado, el creciente protagonismo de las normas en el comportamiento internacional y la continua atención prestada al poder estratégico y a la

capacidad militar han llevado a Asia a desarrollar una vida social internacional compleja, que combina la competitividad con la cooperación, y han preparado el terreno para el desarrollo de un orden de carácter instrumental y, a la vez, normativo y contractual. A la estabilidad en la región han contribuido, asimismo, el fin de la guerra fría, la transición de una distribución del poder bipolar a un sistema unipolar y los bienes públicos aportados por Estados Unidos. La suma de todos estos factores —la consolidación de los países asiáticos, la mayor importancia de las normas y el paso de la antigua distribución de poder a una estructura en la que Estados Unidos se erige en la fuerza dominante— explican que haya estabilidad y prosperidad, pese a los graves problemas que actualmente amenazan la seguridad.

Muchos de los primeros conflictos internos e internacionales de Asia tuvieron su origen en el proceso de descolonización, en la construcción de nuevos estados en los países asiáticos que acababan de alcanzar la independencia y en la imposición de la dinámica de la guerra fría en aquel proceso. La causa de los conflictos internos de Asia ha de buscarse en la reciente creación y la debilidad de la mayoría de países asiáticos que se constituyeron como estados-nación modernos, así como en la tensión generada a continuación entre facciones antagónicas que pugnan por construir sus identidades nacionales y sistemas de dominación política. Las tendencias secesionistas y los cuestionamientos de legitimidad resultantes debilitaron a los estados emergentes (en muchos casos ya debilitados) y favorecieron la interferencia competitiva en sus conflictos internos. Muchos de los conflictos internacionales asiáticos iniciales —como las guerras de Indochina, la guerra coreana, el conflicto taiwanés, las guerras indo-paquistaníes o el enfrentamiento de Indonesia con Malaysia y Singapur—, surgieron a raíz del proceso de descolonización y la exportación de la guerra fría a Asia.

Con los años, los países asiáticos se han constituido como estados-nación modernos. A pesar de que sólo unos cuantos se han consolidado plenamente y de que varios deben resolver todavía graves problemas, muchos han avanzado ya un largo camino desde su independencia. Las identidades nacionales se han afianzado, los sistemas políticos gozan de una amplia aceptación y se ha aumentado sustancialmente la capacidad estatal. Como he dicho antes, en ciertos países asiáticos perviven tensiones secesionistas, pero en su mayoría hoy estas tensiones se limitan a la periferia. Ni siquiera Indonesia, pese a su profunda agitación interna, corre

peligro real de desintegrarse más que en las regiones periféricas de Aceh y Papúa Occidental. Aunque en numerosos países el sistema político todavía se encuentra en transición, actualmente lo que se cuestiona no es la legitimidad de los sistemas políticos, sino el mismo ejercicio del poder estatal por los dirigentes correspondientes. Y este cuestionamiento se expresa mayoritariamente a través de las urnas o las protestas públicas. La legitimidad del sistema político sólo se pone en tela de juicio en China, Vietnam, Birmania, Corea del Norte y Pakistán. En comparación con los primeros años de independencia, la capacidad de la mayoría de países asiáticos para integrarse, administrarse, desarrollarse y protegerse ha mejorado de manera sustancial. Actualmente están mucho mejor preparados para controlar sus asuntos internos, defender su soberanía externa y cumplir con sus obligaciones internacionales. Se han aceptado y reconocido mutuamente. Salvo en el caso de Taiwan, casi todos los países aceptan el mapa político actual de Asia.

Por otro lado, la consolidación de los estados asiáticos se ha visto favorecida también por la importancia otorgada al desarrollo económico desde mediados de los años sesenta. El éxito de Japón a la hora de «alcanzar a Occidente» ha sido determinante. En un intento de emular a Japón, los demás países asiáticos —con las nuevas economías industriales en cabeza (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur), seguidas por los nuevos países en vías de industrialización (Malaysia, Tailandia y Filipinas), después por China y Vietnam, y finalmente por India y otros países asiáticos del sur— conceden máxima prioridad al crecimiento económico. Tal y como se apuntó más arriba, la ponderación del crecimiento económico ha desdibujado la tradicional jerarquía de intereses, ha creado un interés común por la cooperación en pos de un beneficio mutuo y ha facilitado la aparición de redes comerciales y productivas e instituciones regionales (Katzenstein y Shiraishi, eds., 1996). El desarrollo de la economía de mercado y la participación en la economía mundial capitalista han acentuado la convergencia de objetivos nacionales que obligan a los estados asiáticos a acatar determinadas normas y reglas internacionales. Esto no quiere decir que no haya diferencias ni desacuerdos. Hoy la convergencia es mayor que cuando los estados abrazaron dos modelos de desarrollo antagónicos, el capitalista y el socialista, e incluso se ha acentuado desde que estalló la crisis financiera de 1997, que parece haber desacreditado el modelo estatal de desarrollo asiático. La concentración en el desarrollo económico aumenta el valor que se da a la esta-

bilidad internacional y modera el empeño con el que se persiguen los objetivos de seguridad tradicionales.

La consolidación de los estados asiáticos ha alimentado a y se ha nutrido de la creciente relevancia de las normas internacionales que regulan la soberanía, la actividad económica privada y la limitación del uso de la fuerza. Estos principios contribuyen a la supervivencia incluso de estados asiáticos pequeños y débiles. La invasión vietnamita de Camboya y la anexión indonesia de Timor Oriental, por ejemplo, fueron rechazadas por los estados asiáticos y la comunidad internacional y, finalmente, se contuvieron. Con la excepción de Taiwan (y posiblemente de Corea del Sur y Corea del Norte), ningún país asiático corre peligro de desaparecer del mapa político en un futuro próximo. La expansión y la anexión territoriales no se encuentran entre los objetivos de ningún país asiático.

Tal y como ya dijimos, la vida social internacional que hoy se desarrolla en Asia combina elementos del realismo y del liberalismo comercial y se acerca cada vez más a una compleja interdependencia. Aunque existe una política imperial, en Asia la política internacional no se rige por la ley de la jungla. Tampoco se deja llevar mecánicamente por imperativos estructurales. Los estados interactúan, en su mayor parte, de acuerdo con una serie de principios aceptados: respeto mutuo a la soberanía y la integridad territorial, por ejemplo, y respeto a los acuerdos internacionales. Estos principios no siempre se respetan, pero en cualquier caso las violaciones son la excepción y no la regla. La política imperial queda contrarrestada no sólo por estos principios, sino también, y cada vez más, por la mayor predisposición a cooperar para conseguir un beneficio mutuo, sobre todo en el terreno económico. Los imperativos de los intereses comunes y el beneficio mutuo son tan importantes como la competitividad y la política de suma cero.

A la paz y la estabilidad relativas de Asia han contribuido, finalmente, la posición preponderante de Estados Unidos y los bienes públicos aportados por este país. A través de su red de alianzas y del despliegue adelantado de tropas, Estados Unidos disuade de la guerra en la península coreana y en el estrecho de Taiwan, proporciona seguridad a sus aliados y amigos, mantiene abiertas las líneas de comunicación por mar, mitiga el dilema de la seguridad y contribuye, en general, a la estabilidad de la región. El liderazgo y el apoyo estadounidense han sido determinantes para disipar las crisis y lograr que se adopten medidas para restaurar la confianza y resolver diferencias en los conflictos regionales más impor-

tantes. La seguridad y la estabilidad proporcionadas por Estados Unidos —junto con el acceso a su mercado, capital, tecnología y oportunidades de formación— se han convertido en los pilares de la prosperidad experimentada en la región. No obstante, Estados Unidos no quiere encargarse de controlar todos los aspectos que afectan a la seguridad. Miró hacia Australia y los países de la ASEAN, por ejemplo, a la hora de buscar quien asumiera la responsabilidad de Timor Oriental. Además, Washington no tiene fuerza suficiente para redactar e imponer por libre las reglas del juego. Consciente de ello, intenta mejorar su posición de varias maneras: fortaleciendo su red de alianzas en la región; comprometiéndose y confraternizando con los países más grandes (China, Rusia e India) al margen de la red, con el fin de conducirlos hacia un marco acorde con su visión mundial y regional; apoyando a instituciones multilaterales amigas de ámbito regional o subregional (aunque sólo como complemento de su red de alianzas) y oponiéndose a aquellas que considera hostiles; y recurriendo a la amenaza de la fuerza contra aquellos países que ponen en peligro sus intereses y los de sus aliados y amigos.

Casi todos los países asiáticos aceptan el protagonismo de Estados Unidos en la seguridad regional de la zona. Sin embargo, la tesis defendida por Washington y algunos analistas —a saber, que sin la intervención estadounidense en la seguridad asiática y su avanzada presencia militar, el dilema de la seguridad se instalaría definitivamente en Asia y desataría una feroz competencia por el poder entre los países asiáticos, con el consiguiente perjuicio para la estabilidad y la prosperidad en la región— es, cuando menos, discutible. Algunos países, en particular China, rechazan estas tesis con el apoyo de Rusia, ya que ven en la hegemonía estadounidense un elemento de provocación y desestabilización. El Tratado de Amistad y Cooperación firmado por China y Rusia en julio de 2001 supone un intento de coordinar las políticas nacionales con el fin de contrarrestar la unilateralidad de Estados Unidos. Cuando se afirma que Estados Unidos mantiene a raya el dilema de la seguridad asiática, no se tienen en cuenta las implicaciones de la consolidación de los estados asiáticos, el desarrollo de la sociedad internacional y el efecto estabilizador de las normas. En última instancia, lo que se sostiene es que el poder y la fuerza se impondrán a las normas. Ahora bien, esta tesis, imposible de demostrar o refutar, sobrestima claramente la importancia del papel desempeñado por Estados Unidos. Las consecuencias de que se redujera la intervención estadounidense en la seguridad asiática —o se

cumpliera el improbable y peor de los augurios, que Estados Unidos se desvinculara totalmente de la misma—, podrían ser menos desastrosas de lo que se ha postulado.

El dominio estadounidense criticado por China y Rusia es aceptado, no obstante, por la mayoría de países asiáticos (o, por lo menos, no cuestionado). Ahora bien, esta aceptación obedece a motivos instrumentales. Estados Unidos proporciona bienes públicos inestimables para los que hasta hoy no existe una alternativa solvente. Entre los países asiáticos y Estados Unidos se produce cierta convergencia en lo que respecta a los principales objetivos, normas y reglas que regulan la interacción internacional y que afectan a la supervivencia. Esa convergencia se observa también en sus modelos de desarrollo económico respectivos, aunque existen discrepancias sobre la función de las instituciones mundiales y regionales en la gestión de las crisis y sobre el contenido y el ritmo que han de caracterizar la reforma de las economías nacionales. La discrepancia se acentúa al confrontar las visiones diferentes políticas y estratégicas, en particular la propuesta estadounidense de que la seguridad y la estabilidad en la región se basen en su red de alianzas, su pretensión de que la democracia y los derechos humanos constituyan valores universales y su idea de que los asuntos internos no son prerrogativa del Estado.

La necesidad de apoyarse en una potencia, y además extranjera, para mantener el orden en la región, causa malestar general en Asia. China, Rusia, India y, en cierta manera, Japón se sienten insatisfechos con el *statu quo* y se afanan por mejorar su posición para equipararse entre sí y con Estados Unidos. Al mismo tiempo, los países más pequeños intentan no convertirse en peones de un juego que se libra entre las grandes potencias. Aunque el orden de seguridad desarrollado tras el fin de la guerra fría contiene elementos hegemónicos, no constituye un orden hegemónico en el sentido gramsciano. No existe una visión común del mundo ni una unidad ideológica. Por lo tanto, tal y como se ha observado antes, hay otros factores que definen el orden de seguridad asiático: el equilibrio de poder (mediante el desarrollo de sus capacidades nacionales y su alineación) entre los países asiáticos y con o contra Estados Unidos; la bilateralidad; la acción concertada de un grupo determinado de estados en asuntos concretos, en la que se puede incluir Estados Unidos (como en los casos de Camboya y Corea) o no (ASEAN Más Tres); la participación en las instituciones multilaterales mundiales y regionales (ONU, OMC, APEC, ARF, ASEAN Más Tres y SCO) con vistas a limitar el po-

der y la influencia de Estados Unidos y otras potencias asiáticas; y el diálogo de Asia con Europa (ASEM) para disminuir la dependencia de Estados Unidos. Las múltiples capas que conforman el orden surgido tras la guerra fría se complementan en algunos casos, pero también han provocado tensiones y conflictos.

Quinto supuesto: evolución

El cambio podría llegar por variaciones en el principio organizativo del sistema, la distribución de poder o el contenido ideológico del orden y su legitimidad. Teniendo en cuenta el gran valor que Asia y Estados Unidos otorgan al concepto de Estado-nación soberano y la presencia de varias grandes potencias, parece poco probable que el sistema asiático varíe su principio organizativo. Conservará su carácter anárquico, aunque la distribución jerárquica del poder se mantendrá. Es posible que los estados avancen hacia interpretaciones más flexibles del concepto de soberanía y que el crecimiento económico y la modernización adquieran todavía mayor protagonismo en las agendas nacionales. Por otro lado, es probable que aumente la interdependencia económica y que la liberalización de las economías controladas, combinada con la revolución tecnológica e informática, erosionen el control estatal en varios sectores. Los agentes no gubernamentales, transnacionales y multinacionales podrían ganar importancia en política interna e internacional. El uso de la fuerza seguirá perdiendo peso. Probablemente, el orden interno estará cada vez más sometido a vigilancia internacional. Aunque todos estos cambios tendrán una influencia trascendental sobre la distribución de poder y el contenido del orden, el Estado soberano seguirá siendo el agente principal y el principio de la soberanía seguirá rigiendo el funcionamiento del sistema asiático. Los imperios, el dominio colonial, los protectorados y la integración o la unión políticas voluntarias no parecen escenarios probables. De producirse cambios en el orden de seguridad asiático, obedecerán probablemente, a su vez, a cambios en la distribución de poder o la estructura ideológica.

Parece improbable que la distribución de poder cambie radicalmente. Las predicciones de que Japón se convertiría en una potencia de primer orden y haría frente a Estados Unidos no se han cumplido (Vogel,

1979; Fingleton, 1994). Dada la situación política, económica y social actual de Japón, y visto el auge de otras potencias asiáticas, en particular de China, no parece probable que Japón vaya a convertirse en la potencia hegemónica de Asia. En este momento, China parece tener muchas más probabilidades de conseguirlo. Las previsiones sobre paridad del poder adquisitivo indican que China podría convertirse en la economía más poderosa del mundo hacia el 2015 o 2020. Ahora bien, nada nos asegura que China, a diferencia de Japón, pueda desarrollar todo su potencial. Tiene frente a sí muchos retos políticos y económicos que superar. La contradicción entre un sistema económico abierto y la monopolización del poder político por el Partido Comunista Chino (PPCh), el desarrollo de un sistema político legítimo, la elevada tasa de paro y la propagación de las protestas sociales, la vulnerabilidad del sistema bancario, la difícil reforma del sector de las empresas estatales; éstos son sólo algunos de los problemas que Beijing debe resolver. Aunque el espectacular crecimiento económico de la RPCh sirve de inspiración a varios países asiáticos, su sistema político y económico no es un modelo que haya que imitar. De hecho, la misma Beijing está buscando un modelo político y económico adecuado hacia el que avanzar. Algunos dirigentes chinos, como Jiang Zemin, se han sentido atraídos por sistemas políticos con una parte dominante y con una limitada competitividad en los márgenes, como en el caso de Singapur. En el terreno económico, es poco probable que Beijing pueda ofrecer el mismo nivel de seguridad pública y bienestar que Estados Unidos en un futuro próximo o articular una visión regional solvente que resulte aceptable para la mayoría de países asiáticos.

La irreversible decadencia de Estados Unidos y el imparable crecimiento de los estados asiáticos que numerosos analistas predijeron en los años ochenta y noventa no se han producido. La lucha y el relevo hegemónicos son improbables. Estados Unidos seguirá siendo, seguramente, la potencia dominante durante al menos otra década o dos. Su primacía en varios flancos clave (economía, alta tecnología, capacidad bélica y poder de persuasión) no parece que pueda ceder significativamente en los próximos años. Además, entre la clase política estadounidense existe un amplio consenso en torno a la idea de que Washington debe intervenir y desempeñar un papel clave en Asia. (Los defensores de la desvinculación de Asia y Europa son una minoría marginal entre la clase política estadounidense. Para más información sobre los argumentos utilizados para defender la desvinculación, véase Gholz *et al.*, 1997.) Este consen-

so se ha reforzado al declararse la guerra contra el terrorismo internacional. La continua oferta de bienes públicos por Estados Unidos, así como la desconfianza mutua entre los grandes países asiáticos, que no parece que vaya a disminuir en un futuro próximo, respalda nuestra tesis de que Estados Unidos seguirá desempeñando un papel central en los asuntos de seguridad de Asia. Sin embargo, es probable que, con el tiempo, las principales potencias asiáticas —China, Japón e India— ganen poder, influencia y protagonismo frente a Estados Unidos. Aunque todavía debe abordar serios problemas y podría sufrir algún revés, todo indica que la economía china, que ya parece haber despegado, crecerá a un ritmo bastante rápido. India, con enormes desafíos por delante, sigue en la fase de despegue, pero en general se acepta que ha de reformar y desarrollar su economía con más rapidez. De hecho, la economía india ha mantenido índices de crecimiento más que respetables en la última década y es probable que esa tendencia se mantenga. No se sabe si Japón saldrá de su estancamiento económico, pero sigue siendo la segunda economía del mundo y tecnológicamente está avanzando. Su evolución hacia un país «normal» mejorará su prestigio y su posición en Asia.

A medida que cambia el concepto de identidad, el poder, la influencia y la función que desempeñan las principales potencias asiáticas, las percepciones y expectativas de cada una de ellas se irán acercando. Este proceso ya se ha iniciado en la relación sino-japonesa. Pese a criticar la revisión de las directrices que regulan la cooperación de Estados Unidos y Japón en defensa y que dan a Japón mayor protagonismo en la seguridad regional, Beijing ha acabado por aceptar que Japón va camino de convertirse en una potencia normal y que a China le interesa canalizar ese proceso. Beijing también podría haber llegado a la conclusión de que es preferible un Japón independiente que un Japón cliente de Estados Unidos. El ajuste de las relaciones sino-rusas ya se comentó anteriormente. También se han producido cambios en las relaciones sino-indias. Aunque Beijing y Nueva Delhi mantienen dudas una respecto a la otra y siguen sin haber resuelto sus diferencias sobre las líneas de frontera, parece que tienden a acercar posiciones y a encauzar su relación por la senda de un buen entendimiento a largo plazo. No deberíamos extraer conclusiones demasiado precipitadas de estos acontecimientos, pero tampoco podemos pasarlos por alto. Ahora bien, si hasta ahora me he centrado en las grandes potencias, es importante recordar que Asia cuenta con varias potencias de segundo orden (Indonesia, Pakistán, Vietnam, Tailandia, Co-

rea del Sur y, potencialmente, una Corea unificada) que se podrían convertir en grandes potencias respecto a otras regiones. En Asia, estos países determinan el orden de seguridad en el ámbito subregional.

Las consideraciones anteriores conducen a varias conclusiones. Parece improbable que se produzca una lucha hegemónica en la próxima década o dos. Seguramente el poder y la influencia de China aumentarán con gran rapidez entre los países asiáticos, pero no parece probable que el sistema regional se vuelva bipolar ni a corto ni a medio plazo. La bipolaridad no sólo depende de la distribución del poder, sino de las indiscutibles líneas de amistad y enemistad que subyacen en Asia. Aunque ya se avanzó en los primeros años tras el fin de la guerra fría, no se prevé que se instaure un orden multipolar en un horizonte cercano. Sin embargo, es posible que veamos cómo se construye un sistema con varios niveles de influencia en el que países grandes como China, India y Rusia lleven las riendas de sus respectivas subregiones. Las riendas podrían llevarlas con o sin la colaboración de Estados Unidos y de otras potencias asiáticas.

Volviendo a la dimensión conceptual, el orden de seguridad asiático experimentará probablemente un importante avance en los años venideros. La soberanía seguirá siendo el principio rector y seguramente aumentará la capacidad de la mayoría de estados para hacer que se respeten los aspectos internos e internacionales de la soberanía; sin embargo, estos estados harán probablemente una interpretación y un uso más flexibles del concepto de soberanía. Esto ya sucede así en el sector económico. A medida que la actividad económica gane terreno en países como China e India, los estados se integren en la economía capitalista mundial y arraiguen sistemas de comercio, producción e inversión regionales y bilaterales, la necesidad de limitar y compartir la soberanía por el interés nacional y colectivo se volverá más fácil de aceptar. Además, la reforma y el desarrollo económicos crearán seguramente sociedades más plurales y modificarán las estructuras de poder nacionales, lo que devolverá el poder y la autoridad a los estados, provincias y grupos minoritarios. En el terreno político, las demandas de las sociedades que han aumentado su pluralidad y el imperativo de poner fin a los conflictos internos de larga duración conducirán a sistemas políticos más participativos y harán más viables opciones como el federalismo y la autonomía. De producirse, estos cambios tendrían varias consecuencias. Reforzarían un concepto flexible de soberanía, difuminarían la frontera entre política nacional e in-

ternacional y darían protagonismo a los agentes no gubernamentales en la gestión de asuntos tanto nacionales como internacionales. Los derechos humanos y los derechos de las minorías también saldrían beneficiados, ya que los estados estarían más dispuestos a delegar la protección y la defensa de esos derechos en instancias regionales e internacionales. Los cambios se trasladarían al marco normativo asiático.

Paralelamente, es probable que se extendiese el consenso en torno a los valores. Tal y como dijimos, la actividad económica privada y la búsqueda del desarrollo económico mediante la participación en la economía capitalista mundial ya son valores universalmente aceptados en Asia, aunque el péndulo se haya desviado en exceso y pronto sea necesario corregir las consecuencias negativas de la globalización. En la actualidad no se discute el modelo de desarrollo, sino la velocidad de las reformas y la distribución de los beneficios y los costes de ajuste. En el terreno político, cada vez está más generalizada la idea de que la soberanía reside en el pueblo y de que la participación pública y el reconocimiento son necesarios para establecer regímenes y gobiernos legítimos. En las dos últimas décadas se han producido transiciones democráticas en Filipinas, Corea del Sur, Taiwan, Mongolia, Rusia, Bangladesh, Nepal, Tailandia e Indonesia. Sin embargo, en algunos de estos países se han instaurado democracias frágiles, que podrían sufrir un retroceso. Varios países se niegan, como China, Vietnam, Pakistán, Birmania y Corea del Norte. Ahora bien, la legitimidad de los sistemas políticos de casi todos estos países se ha erosionado ostensiblemente y sus dirigentes políticos dan palos de ciego tratando de hallar sistemas de organización política alternativos. En China, por ejemplo, crece la opinión de que el PPCh no puede seguir monopolizando el poder político (Dickson, 2001) y se han dado ya algunos pasos para evitarlo, como ampliar la base del partido comunista mediante la admisión de empresarios y la convocatoria de elecciones locales. La cuarta generación de dirigentes del PPCh podría verse obligada a adoptar medidas de mayor alcance que permitan avanzar hacia una democracia a la china. La reciente evolución política de Taiwan y Corea del Sur demuestra que la democracia no es incompatible con los valores confucianos chinos. Asia camina a largo plazo hacia la economía de mercado, la democratización y la protección de los derechos individuales y de las minorías. Pero en el terreno político los valores tardarán en cambiar. Será un proceso lleno de tensiones y no exento de recaídas. Sin embargo, todos estos cambios —el auge de las potencias asiáticas, la

consolidación de los estados asiáticos y el fortalecimiento del marco normativo asiático— restarán gradualmente protagonismo al papel de Estados Unidos en el orden de seguridad asiático.

La velocidad y la dirección de esta transformación variarán en función de si se producen o no determinadas situaciones. Una crisis económica prolongada de Estados Unidos (como la que se produjo en la segunda mitad de la década de los ochenta), una guerra en la península coreana o una guerra en el estrecho de Taiwan con un alto número de bajas estadounidenses llevarían a cuestionarse la intensidad y el coste de la política de Estados Unidos en Asia, mientras que en Corea y Japón crecería la oposición al despliegue avanzado de tropas estadounidenses. Si Estados Unidos desoyera las preocupaciones de Asia —o se centrara más en obtener beneficios que en proporcionarlos—, Asia podría cuestionarse la confianza que deposita en Estados Unidos como piedra angular del orden asiático. Una política exterior expansionista de China o Japón también pondría en peligro la hegemonía estadounidense. De producirse uno o varios de estos supuestos, en Asia podría instaurarse rápidamente un equilibrio de poderes natural en el que las consideraciones instrumentales pesarían enormemente en la política internacional. En cambio, con una salida negociada a las crisis de Corea o Taiwan y un crecimiento económico continuado en los países asiáticos, se evolucionaría hacia un equilibrio de poderes artificializado caracterizado por el entendimiento entre los agentes principales. Pero de producirse prolongadas crisis económicas y convulsiones internas en las grandes potencias asiáticas, especialmente en China, probablemente se reforzaría la posición dominante de Estados Unidos.

Si se mantiene el actual modelo de evolución, es probable que los elementos normativos y contractuales ganen peso en el orden de seguridad asiático. También es posible que se desarrollen algunos aspectos de la solidaridad. A medida que se intensifiquen el comercio, la inversión y otras formas de interacción económica, política y social, será más fácil resolver el resto de conflictos sin recurrir a la guerra. Regirse por las reglas en las relaciones internacionales será la norma. Este hipotético escenario, en el que el optimismo no está reñido con la cautela y que contradice la idea de que Asia es un lugar peligroso, se extrapola de las situaciones vividas en la región en las últimas dos o tres décadas. Este prudente optimismo no significa que no queden problemas por resolver. Los hay y muchos. Ahora bien, a la hora de enfrentarse a los retos que se

apuntan en este estudio, el objetivo no debe ser crear un modelo totalmente nuevo. Este enfoque resulta inviable. Al fin y al cabo, no estamos escribiendo sobre una *tabula rasa* y los problemas no se resuelven de la noche a la mañana. El objetivo debería ser, por el contrario, reforzar gradualmente las fuerzas y los elementos que caracterizan el marco actual con el fin de que en Asia se cree un orden de seguridad más sólido.

Bibliografía

- Acharya, Amitav (1999), «A Concert of Asia?», *Survival*, 41 (3), pp. 84-101.
- Alagappa, Muthiah (1987), «ASEAN Institutional Framework and Modus Operandi: Recommendations for Change», en Noordin Sopiee, Chew Lay See y Lim Siang Jin, eds., *ASEAN at the Crossroads*, Kuala Lumpur, ISIS Malaysia.
- (1994), *Democratic Transition in Asia: The Role of the International Community*, Honolulu, East-West Center Special Report, 3.
- (1998), «Asian Practice of Security: Key Features and Explanations», en Muthiah Alagappa, ed., 2003.
- Alagappa, Muthiah, ed. (2003), *Asian Security Order. Instrumental and Normative Features*, Stanford, CA, Stanford University Press.
- Allison, Graham, Karl Kaiser y Sergei Karaganov (2001), «The World's Needs a Global Alliance for Security», *International Herald Tribune* (París), 21 de noviembre.
- Ayoob, Mohammed (2000), «From Regional System to Regional Security: Exploring Key Variable in the Construction of Regional Order», *Australian Journal of International Affairs*, 53 (3), pp. 247-260.
- Bauer, Joanne R. y Daniel A. Bell, eds. (1999), *The East Asian Challenge for Human Rights*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Christensen, Thomas J. (1999), «China, The U.S.-Japan Alliance, and the Security Dilemma in East Asia», *International Security*, 23 (4), pp. 49-80.
- Christensen, Thomas J. (2000), «Spirals, Security, and Stability in East Asia», *International Security*, 24 (4), pp. 195-200.
- De Bary, W. Theodore (1998), *Asian Values and Human Rights: A Confucian Communitarian Perspective*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Dickson, Bruce (2001), «Taiwan's Democratization: What Lessons for China?», en Muthiah Alagappa, ed., *Taiwan's Presidential Politics: Democratization and Cross-Strait Relations in the Twenty-first Century*, Armonk, N.Y., M. E. Sharpe.

- Fingleton, E. (1994), *Blindside: Why Japan is Still on Track to Overtake the U.S. by the Year 2000*, Boston, Houghton Mifflin.
- Gholz, Eugene, Daryl C. Press y Harvey M. Sapolsky (1997), «Come Home America: The Strategy of Restraint in the Face of Temptation», *International Security*, 21 (4), pp. 5-48.
- Haider, Ejaz (2002), «Stable Deterrence and Flawed Pakistan Nuclear Strategy», *Friday Times*, Islamabad, 2 de febrero.
- IISS, International Institute for Strategic Studies (1996), *The Military Balance 1995-1996*, Londres, Oxford University Press.
- (2001), *The Military Balance 2000-2001*, Londres, Oxford University Press.
- Katzenstein, Peter J. y Takashi Shiraishi, eds. (1996), *Network Power: Japan and Asia*, Ithaca, Cornell University Press.
- Krasner, Stephen D. (1993), «Westphalia and All That», en Judith Goldstein y Robert O. Keohane, eds., *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*, Ithaca, Cornell University Press.
- Kupchan, Charles A. (1998), «After Pax Americana: Benign Power, Regional Integration, and the Sources of a Stable Multipolarity», *International Security*, 23 (2), pp. 40-79.
- Kupchan, Charles A. y Clifford A. Kupchan (1991), «Concerts, Collective Security, and the Future of Europe», *International Security*, 16 (1), pp. 114-161.
- Rosencrance, Richard N. (1992), «A New Concert of Power», *Foreign Affairs*, 71(2), pp. 64-82.
- Shirk, Susan L. (1997), «Asia-Pacific Regional Security: Balance of Power or Concert of Powers?», en David A. Lake y Patrick M. Morgan, eds., *Regional Orders*, University Park, Pennsylvania State University Press.
- Vogel, Ezra F. (1979), *Japan as Number One: Lessons for America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Yuan, Jing-Dong (2000), «The Evolution of Chinese Nonproliferation Policy 1989-1999: Progress, Problems, and Prospects», ponencia presentada en el *41st Annual Convention of the International Studies Association*, Los Ángeles.
- Zagoria, Donald S. (1993), «The Changing U.S. Role in Asian Security in the 1990s», en Sheldon W. Simon, ed., *East Asian Security in the Post-Cold War Era*, Armonk, N.Y., M. E. Sharpe.

SEGUNDA PARTE
GEOPOLÍTICA

Análisis de China en una época de globalización: valores, epistemologías y economía política internacional

Shaun Breslin

Análisis de China en una época de globalización

En muchos aspectos, analizar la economía política de China en la época anterior a la reforma era mucho más sencillo que en la actualidad. De hecho, China nunca fue un Estado puramente totalitario,¹ y en este punto los analistas dedicaron mucho tiempo y esfuerzos intentando encontrar el auténtico espacio de poder, prestando especial atención al enfrentamiento entre distintas tendencias elitistas,² el papel de los militares,³ y el poder de los líderes provinciales.⁴ Y, naturalmente, los líderes chinos siempre mantuvieron relaciones con las superpotencias en mente a la hora de definir sus estrategias de desarrollo nacional. Sin embargo, la naturaleza cada vez más autárquica de la política china posibilitó el análisis de la economía política de ese país en términos casi exclusivamente nacionales.⁵

Tras el nuevo compromiso de China con la economía global en la era posMao, y en particular tras la visita de inspección por el sur (el famoso *nanxun*) realizada por Deng Xiaoping en 1992, este enfoque nacional ya no resulta eficaz. Esto no significa que el contexto nacionaldoméstico no sea importante, ni mucho menos. Las consideraciones nacionales siguen siendo esenciales para entender la economía política actual. Sencillamente, los asuntos nacionales por sí solos no nos permiten entender realmente todo lo que está en juego. Intentar enfrentarse al contexto nacional de reforma ya es de por sí bastante complicado, pero la desalentadora realidad para los analistas de la China contemporánea es que ahora es necesario enfrentarse también a la dinámica y al funcionamiento de la economía política global: «La separación entre lo local y lo glo-

bal ya no se sostiene, puesto que las nuevas jerarquías de la economía global atraviesan las fronteras nacionales y regionales» (Gamble *et al.*, 1996: 10).

Y, por si fuera poco, existe un grado adicional de complejidad. Aunque muchos no estarían de acuerdo conmigo, yo considero que la distinción entre relaciones internacionales (RI) según la concepción tradicional y relaciones económicas internacionales tampoco se sostiene. A pesar del predominio de la teoría realista en las interpretaciones de las RI de China tanto desde el punto de vista de los observadores externos como desde la propia comunidad china, creo que la separación ontológica entre lo nacional y lo internacional y entre lo político y lo económico resulta confusa más que esclarecedora.

Si pensamos en los «valores» y evaluaciones de las disposiciones regionales y multilaterales, evidentemente el enfoque ontológico y epistemológico adoptado para analizar estas disposiciones es importante. Uno de los argumentos de este estudio es que los enfoques predominantes para analizar las RI chinas y el lugar que ocupa China en el mundo conceden mucha importancia al Estado nacional como nivel de análisis y se basan en nociones realistas y estadistas de las relaciones internacionales. Antes de continuar, quisiera señalar que no voy a abrazar una postura del tipo de Kenichi Ohmae (1995) que defiende que el Estado es irrelevante en el funcionamiento del sistema internacional, que el Estado está «muerto». No tendría sentido reflexionar sobre China o sobre el multilateralismo sin reconocer la importancia de las relaciones diplomáticas y de gobierno a gobierno oficiales. Tampoco tendría sentido negar la importancia del Estado como factor clave en las RI de China o en las relaciones económicas internacionales. Más tarde expondré que una dinámica clave en las RI chinas es la relación entre los actores estatales locales y los actores no estatales internacionales. Pero eso no es óbice para que la «alta» política estatal nacional cree las condiciones en las que se desarrollan estas relaciones localizadas. Puede que los hombres de negocios taiwaneses desempeñen un papel importante a la hora de determinar la evolución de lugares como Dongguan (Sasuga, 2002), pero los órganos estatales nacionales mantienen el control global en las relaciones entre Taiwan y la RPC. No es ni una cosa ni la otra, sino cómo interaccionan las dos.

Sin embargo, me atrevería a decir que en sí mismos los niveles de análisis estadistas e intergubernamentales no bastan para explicar toda la

historia. En particular, mi opinión es que el enfoque en las relaciones bilaterales nacionales no toma en consideración factores determinantes en las RI chinas y la forma en que las fuerzas externas inciden parcialmente en la evolución de la economía política china, especialmente, aunque no sólo, a la luz de la entrada de China en la OMC. En primer lugar, simplemente planteo que la literatura principal sobre las RI se olvida de que los actores económicos ocupan un puesto destacado, especialmente los actores económicos no estatales. En segundo lugar propongo (y ya lo propuse más detalladamente en Breslin, 2000) que los niveles nacionales de percepción no tienen en cuenta el desigual modelo sectorial y geográfico de las relaciones económicas internacionales de China y las implicaciones políticas de este proceso. Es cierto que muchos en China, y en el exterior, reconocen desde hace tiempo la importancia de las autoridades locales en la construcción de las relaciones económicas internacionales chinas (de ello hablaré detalladamente más adelante), pero habiendo trasladado estos análisis al plano local, mi argumento es que tienen que ir más allá de lo bilateral y situarse en el plano global (o al menos regional) para analizar cómo estas manifestaciones locales de globalización están relacionadas con los procesos del capitalismo capitalistas globales y transnacionales. En resumen, la tarea es considerar los vínculos entre política nacional, economía nacional, relaciones internacionales y economía internacional. Los procesos de globalización generan redes localizadas e internacionalizadas de relaciones que requieren ser consideradas junto con el ámbito bilateral para saber cómo teorizar mejor sobre las relaciones internacionales chinas contemporáneas.

*Estudios de área, economía política internacional (EPI)
y etnocentrismo epistemológico*

La idea clave de este estudio es plantear que los modelos de EPI proporcionan el mejor método para entender la dinámica del cambio en la China contemporánea. Sin embargo, no parto de una aceptación exenta de sentido crítico de la disciplina de la EPI. En efecto, sugiero que dicha disciplina plantea muchos elementos del etnocentrismo epistemológico. Con esto quiero decir que mucha de esta literatura se basa en interpretaciones que se cimentan en concepciones del papel del Estado en el mundo contemporáneo, ya que éste se fundamenta en la experiencia de las

democracias industrializadas avanzadas. Dicha separación entre el Estado y el mercado que sostiene muchos de los análisis de la EPI en Occidente no siempre resulta ser cierta fuera del propio contexto occidental.

Van Wolferen (1990), por ejemplo, proclama desde hace tiempo que los analistas de «Occidente» fracasan en su intento por entender Japón porque parten de falsos supuestos. Según Van Wolferen, el concepto de una separación entre lo «público» y lo «privado» que subyace en algunas investigaciones de economía política no está presente en Japón. Para Deans (1997: 17-43), esto es fruto de «la interpretación tradicional de la “economía” en Asia oriental y la manera en que se establecieron allí las economías de mercado». En efecto, en algunos aspectos, según Polanyi (1944) el capitalismo japonés no es tan «diferente» del capitalismo europeo y, naturalmente, del estadounidense. La «gran transformación» de la industrialización de Europa en el siglo XIX marca el «rumbo singular» que tomó de la norma predominante creando la separación institucional de la sociedad en una esfera política y económica.

En el fondo, aquí el planteamiento es que la naturaleza del Estado japonés y el capitalismo japonés es diferente. Quizá tenga una estructura industrial parecida a la occidental, pero la naturaleza del Estado y la del capitalismo japonés no es igual que la misma que la del Estado y el capitalismo estadounidenses, o los estados y los capitalismo europeos. De hecho, incluso dentro de Occidente no existe un único modelo de capitalismo o un único modelo de «Estado». Por ello un estudio comparativo de capitalismo es esencial para reconocer la divergencia.

Efectivamente existen dos problemas. El primero es el predominio de los estudios de las economías industrializadas avanzadas mencionado anteriormente. Incluso algunos de los mejores trabajos comparativos sobre capitalismo siguen poniendo el acento en las economías industrializadas avanzadas. Coates (2000), por ejemplo, se centra en una comparación entre Estados Unidos, Suecia, Alemania y Reino Unido, mientras que Crouch y Streeck, eds. (1997) analizan en el mismo sentido a Italia, Suecia, Reino Unido, Francia, Estados Unidos y Japón. Un triple análisis similar de Europa, Estados Unidos y Japón es también evidente en Berger y Dore, eds. (1996). Si bien estos trabajos son muy útiles a la hora de exponer las variedades de capitalismo dentro de las sociedades industrializadas avanzadas, destaca la falta de análisis de las economías menos desarrolladas.

En el mismo sentido, con una breve excepción en los análisis de las

crisis financieras asiáticas, los debates de los estados en desarrollo son minoritarios en las principales revistas de la EPI. De todos modos, hay diferencias entre las revistas estadounidenses y las europeas, en particular las británicas y en especial en la *New Political Economy*.⁶ Cabe destacar que los editores de *New Political Economy* son especialistas en «áreas en desarrollo». También sucede que, en principio, *New Political Economy* no incide en un solo enfoque teórico, sino en una estructura o «juego de herramientas» que abarca enfoques plurales no exclusivistas:

La metodología de la nueva economía política rechaza la vieja dicotomía entre agencia y estructura, y estados y mercados, que separaba la economía política clásica en distintas disciplinas. En cambio, se propone construir sobre la base de estos enfoques en ciencias sociales que han intentado desarrollar un análisis integrado (Gamble *et al.*, 1996: 5-6).

El segundo es el peligro de flexibilidad de ampliación de conceptos. Cuando China era «diferente», cuando era una economía planificada por el Estado, era relativamente fácil de analizar. Sabíamos que era diferente y la tratábamos como tal (aunque a veces se la clasificaba erróneamente junto con otros estados «diferentes», asumiendo que las economías socialistas eran todas iguales, por ejemplo). Ahora que China está introduciendo una reforma y abandonando el socialismo, cada vez resulta más difícil de clasificar. Hacer frente a los retazos que siguen siendo distintos es relativamente fácil. El problema es lo conocido.

Construcción de imágenes de China

Aunque adoptemos el método correcto, surge otro problema por la manera en que construimos una imagen del estudio de caso específico. Mi planteamiento es que las concepciones de China, no sólo pero especialmente en Estados Unidos, a menudo exageran deliberadamente la importancia de ese país y proporcionan una base falsa para la política oficial.

Existen varios libros populistas en Estados Unidos que invocan el fantasma de una China en alza que se convertirá en la mayor amenaza para los intereses de Estados Unidos en los años venideros.⁷ En honor a la verdad, debemos admitir que los enfoques más que positivos de los éxitos económicos que emanan de la propia China fomentan, aunque no generen,

esta clase de exageraciones. Como comentó Gordon Chang (2001) en sus declaraciones ante la Comisión EEUU-China House US-China Commission en agosto de 2001:

Actualmente China ofrece la imagen del éxito. Los líderes chinos nos dicen que están realizando un gran trabajo y nos proporcionan estadísticas que así lo ratifican. Los especialistas extranjeros (no chinos) nos aseguran que la República Popular tiene un brillante futuro por delante. Todos podemos observar el potencial de China y sentir vértigo. Extrapolamos, multiplicamos y nos dejamos llevar por la imaginación.

La escuela estadounidense que presenta a China como una amenaza describe a ésta como una amenaza vigente para la región de Asia oriental, donde su actitud hacia Taiwan y sus pretensiones sobre las islas del mar del Sur de China la convierten en una fuerza potencialmente desestabilizadora. Este desafío regional se ve también reforzado por las crecientes necesidades energéticas de China, que según Calder (1997) serán la clave para la (in)estabilidad de la región en el futuro. A corto plazo, China supone una amenaza para el equilibrio de poder económico y militar de Asia oriental y llegará a dominar la región. Algunos incluso sugieren que China está desafiando a Estados Unidos en términos militares y económicos (Bernstein y Munro, 1997). Tal y como expuso Segal (1998: 442), no sin cierta ironía, «a juzgar por las declaraciones de los gabinetes de estrategia norteamericanos, China es un “competidor de igual por igual” de Estados Unidos que se está preparando para “la guerra que viene”».

Para los defensores de este punto de vista, a Occidente (que normalmente significa Estados Unidos) no le interesa acelerar el ascenso de la superpotencia china introduciéndola en la sociedad internacional. En su lugar, Estados Unidos podría estar construyendo una alianza estratégica con Japón en un intento por frenar a China. Cuando menos, el compromiso de China debe ir acompañado de concesiones significativas por parte de los chinos.

La escuela de la «oportunidad china», por su parte, reconoce los desafíos potenciales que puede suponer una China en alza, pero estos desafíos se contrarrestan con las oportunidades que puede ofrecer el crecimiento chino. Nos guste o no, debemos tratar con la China que tenemos. China es demasiado grande y demasiado importante para poder frenarla (o para arriesgarse con una política de contención). Tiene la población

más numerosa del mundo, una importante economía en crecimiento, es una potencia nuclear y uno de los principales contribuyentes a los asuntos medioambientales globales. China tiene también un escaño permanente en el consejo de la OIT y naturalmente es miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. Como tal, por nuestra propia seguridad nos interesa gestionar el papel global de China a través del compromiso (*engagement*).

Además, el rápido crecimiento de la economía china significa sencillamente que es una oportunidad demasiado importante que no podemos dejar escapar. Las oportunidades comerciales que ofrece el desarrollo de China implican que a Occidente le interesa aprovechar al máximo el crecimiento chino mediante una política de compromiso. Junto con este enfoque se recurre a menudo a las epistemologías de las relaciones internacionales liberales para promover la reforma nacional «positiva» en China integrándola en un sistema de reglas internacionales.

Para los defensores del compromiso, una prueba evidente de la importancia de China son las cifras de crecimiento. Y no hay duda de que el historial de crecimiento de China en la era de la reforma es impresionante. Sin embargo, esas cifras no cuentan toda la verdad. La economía china empezó a desarrollarse partiendo de una base mínima, con lo cual no es difícil obtener amplios incrementos porcentuales; si un año producimos un tractor y al siguiente producimos dos, el incremento es del cien por cien, pero seguimos teniendo sólo tres tractores. Incluso aceptando las cifras más elevadas sobre el tamaño de la economía china recurriendo a los cálculos PPP (Purchasing Power Parities, paridad de poderes adquisitivos), China todavía es un país relativamente pobre. Utilizando el PPP, China ocuparía aproximadamente el lugar 120 en la lista de naciones más ricas del mundo en términos de renta *per cápita* y bajaría hasta el puesto 140 utilizando las estadísticas chinas. Si bien casi todos los observadores coincidirían en que la experiencia de la reforma china ha dado resultados mucho mejores que la experiencia rusa, incluso después de dos décadas de crecimiento de dos dígitos, la renta *per cápita* de Rusia sigue siendo el doble de la de China.

Esto no significa que el crecimiento chino sea un espejismo. Simplemente que las estadísticas no son apolíticas, y las interpretaciones y la política pueden ser fruto del uso selectivo que se haga de las estadísticas. La manera en que se construyen visiones de China a partir de estos enfoques puede impedirnos comprender hasta qué punto la actual transición

del socialismo ha impactado realmente en la población china. Tanto los que quieren fomentar la contención de China (la escuela de la amenaza china) como los que quieren alcanzar compromisos (la escuela de la oportunidad china) tienen tendencia — interés personal, de hecho — a sobrevalorar a China para reforzar a sus argumentos a favor de prescripciones políticas.

CUADRO 1
Construcción de imágenes de China

Imagen	A cargo de (ejemplos)	Respuesta política propuesta
China es una amenaza; militarmente, económicamente y para las normas de seguridad globales e internacionales.	Elementos del colectivo de seguridad de EEUU Intereses de empresarios y trabajadores que se ven amenazados por el crecimiento económico de China.	Contener a China siempre que sea posible.
China es un importante mercado emergente que ofrece increíbles oportunidades.	Intereses comerciales que quieren invertir en China.	Llegar a acuerdos.
China es una potencia nuclear con un escaño permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y un peso cada vez mayor en la economía global.	Pragmáticos.	Llegar a acuerdos/obligar con cautela.
China es un Estado autoritario maligno que oprime a su pueblo de forma inaceptable.	Organizaciones de derechos humanos, grupos religiosos grupos gubernamentales.	Contener.
China sigue siendo un Estado pobre que necesita ayuda para solventar sus problemas.	Departamento británico de desarrollo internacional.	Llegar a acuerdos.
China es un Estado pobre y el nivel de crecimiento, bienestar y poder se ha exagerado mucho.	Segal, Chang.	No hay necesidad de llegar a acuerdos o de contener.

Una vez más, pues, ante el riesgo de simplificación excesiva, el cuadro 1 presenta un ejemplo de seis visiones populares de China — todas ellas vi-

siones construidas— utilizadas por grupos e intereses específicos para defender una política preferente hacia China. De manera concluyente, estas interpretaciones parten de una ontología estadista y realista, con China como una entidad unitaria y los estados como actores unitarios, y considera el poder como algo en manos de los estados-nación. En la siguiente sección utilizaré el ejemplo de la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001 como estudio de caso de cómo los enfoques de la EPI que rechazan estas ontologías estadistas ofrecen formas alternativas de entender las nociones de poder e influencia a la hora de considerar el papel económico global de China.

Estudio de caso: China y la OMC

La entrada de China en la OMC en la reunión ministerial de Dohar de 2001 marcó el final de casi quince años de negociaciones entre las autoridades chinas, el grupo de trabajo de la OMC sobre la adhesión de China y los principales estados miembros desarrollados de la OMC con economías desarrolladas. Al comienzo, y durante buena parte de este período, las motivaciones de los negociadores chinos eran bastante claras y lógicas: proteger al máximo a los productores nacionales de la competencia internacional y garantizar al mismo tiempo el acceso de los exportadores a los mercados del mundo desarrollado. Sin embargo, el acuerdo firmado en última instancia por China es en cierto modo un reflejo-espejismo exacto de estas motivaciones, ya que conlleva una abertura del mercado que pondrá en peligro los intereses de muchos productores nacionales y ofrece a otros estados una protección teórica considerable ante un probable aumento de las importaciones chinas. De hecho, lejos de entrar como un «país en desarrollo», como proclamaron algunos en China, mi opinión es que los chinos accedieron a una serie de condiciones y concesiones muy superiores a las negociadas previamente para la incorporación de otros países en desarrollo (y, en ciertos aspectos, más restrictivas que las ofrecidas a algunos países desarrollados).

Una explicación de este desajuste se encuentra en parte en la estructura legal de la propia OMC, que proporciona a los países desarrollados bastante libertad de acción para imponer condiciones a los países candidatos a la entrada. Las normas que rigen las negociaciones de en-

trada de los candidatos son, cuando menos, imprecisas, y a pesar del carácter multilateral de la OMC como organización, se transforman en muchos casos en negociaciones bilaterales que otorgan un poder desproporcionado a los estados miembros. Pero lo que es esencial para este estudio es que también se debe al cambio de motivación de «burócratas estatales globalizadores» de China (Sklair, 1995: 135-136) durante los últimos años de negociación. Si bien originalmente había sido concebido para proteger a los productores de la competencia del mercado y la necesidad de reformar, el acuerdo final debería interpretarse como un instrumento externo para imponer la comercialización y la reforma —en colaboración con las élites globalizadoras internacionales que quieren incluir a China en las reglas comerciales multilaterales, y promover los cambios económicos y políticos internos dentro del país.

El estudio de las negociaciones de adhesión de China a la OMC revela un cambio en lo que yo denomino el «compromiso socialista sedimentado» que rige la relación entre la reforma económica interna y las normas institucionales internacionales en la política del sistema de gobierno chino. Según las condiciones de la globalización, este cambio, y sus consecuencias, se pueden explicar mejor si tenemos en cuenta que el «neoliberalismo disciplinario» (Gill, 1995) combinado con las preferencias políticas variables de las élites globalizadoras, desdibuja las distinciones entre lo nacional y lo internacional, y entre lo político y lo económico. De este modo, cualquier intento por comprender las negociaciones de China para entrar en la OMC conlleva necesariamente el análisis de los contextos internacionales (RI/EPI) y nacionales (estudios de área) que juntos permiten configurar los detalles del protocolo de adhesión final.

Desde el inicio del proceso de reforma chino en 1978 hasta la entrada en la OMC, el enfoque chino oficial a la internacionalización se caracterizó por un enfoque dual. Allí donde ya se habían establecido industrias nacionales, se protegieron de la competencia internacional con el impulso de las inversiones extranjeras para modernizar las tecnologías y las prácticas existentes. Pero especialmente después de 1993 se implantó una estrategia relativamente liberal para estimular la inversión destinada a promover las exportaciones. De hecho, con la entrada en la OMC, cerca del 60 % de todas las importaciones entraron en China libres de aranceles en forma de componentes que se procesaban y se volvían a exportar como productos acabados (Lardy, 1998, 2002). En resumen, el gobierno intentó inteligentemente utilizar los elementos de la economía

global que eran beneficiosos para fomentar el crecimiento (en particular de las exportaciones) y rechazar los elementos que se consideraban perjudiciales para los intereses nacionales.

El Partido Comunista, en el gobierno desde 1949, había creado un sistema en el cual los intereses de la clase obrera industrial (en particular los trabajadores en plantilla en empresas estatales) y los campesinos ocupaban un puesto destacado en el proceso de toma de decisiones. Al iniciar la reforma y abandonar el socialismo, los líderes chinos han tenido cuidado en garantizar que estos sectores clave no sufrieran demasiado con la introducción del mercado. Por ejemplo, mientras que la introducción de un sistema más orientado al mercado en la agricultura dio lugar a un aumento de las rentas rurales, el mercado era puramente «nacional»: las importaciones estaban considerablemente restringidas con el uso de aranceles y otras barreras a las importaciones. El mercado se utilizaba allí donde resultaba ventajoso, pero se evitaba allí donde se temía su impacto. La reforma comportaba un compromiso con el sistema socialista residual «sedimentado» y la importancia cada vez mayor de las reglas del internacionalismo liberal.

A lo largo del proceso de negociación había un considerable malestar en China sobre la conveniencia de entrar en la OMC. La oposición se basaba en parte en consideraciones ideológicas (Fewsmith, 2001) no tanto voces marxistas sino voces «nacionalistas» que se oponían al dominio estadounidense del sistema internacional. De hecho, como declaraba Hughes (1997), existe una tensión o contradicción inherente dentro de China entre nacionalismo y globalización. Si bien se aceptaba y se acepta que China tiene que participar en la economía global para alcanzar sus objetivos de crecimiento económico, al mismo tiempo existe la preocupación de que una integración económica cada vez mayor aumente la vulnerabilidad de China ante las presiones económicas —no sólo en lo económico, sino en el sentido de que los actores principales (en particular Estados Unidos) utilicen las fuerzas económicas para presionar a China en cuestiones de política y seguridad—. Por este motivo surgieron divisiones dentro del liderazgo entre los que defendían la lógica de la transformación económica y los que entendían que los asuntos de seguridad nacional concebidos a la manera tradicional debían ser prioritarios.

Sin embargo, la mayor preocupación procedía de temores más pragmáticos sobre las implicaciones de la adhesión para los sectores clave de la economía china. Aquí volvemos al concepto de un «compromiso so-

cialista sedimentado» entre adoptar la globalización y defender a los que podrían salir perdiendo con la globalización. Durante el proceso de transición del socialismo, el gobierno intentó, cuando fue posible, proporcionar paliativos a los que iban a perder más con el desmantelamiento del viejo sistema, mientras que permitía el desarrollo de un sistema más orientado al mercado. En los sectores urbanos se asignaron abundantes paliativos manteniendo la producción en las empresas estatales mediante la concesión de subvenciones primero y la ampliación de los préstamos a través del sistema financiero y bancario después. En el campo, la concesión de subvenciones a los productores se ha visto incrementada recientemente con la ampliación de préstamos a través del sistema financiero, en particular teniendo en cuenta que muchas empresas a pequeña escala de pueblos y términos municipales a pequeña escala pasaron de ser motores del crecimiento económico a sumideros del sistema financiero a finales de los noventa.

Para algunos en China (y fuera), el ya frágil sistema existente podría pasar a ser potencialmente inestable si los compromisos con la OMC no permitieran seguir apoyando a los grupos vulnerables. Los ingresos agrícolas podrían caer con la reducción de las subvenciones y la afluencia de grano más barato de los mercados internacionales; las empresas con pérdidas podrían ir a la bancarrota e incluso aquellas que producen beneficios podrían contraer deudas con el aumento de la competencia internacional; los exportadores —en especial los del sector estatal— podrían sufrir si el gobierno les negara su apoyo. Como indicaba un informe de investigadores de la Academia de Ciencias Sociales de China, «el desempleo estructural podría ser el principal coste de reajuste de la entrada de China en la OMC (Yu Yongding *et al.*, 2000: 1-2). Si esto se convierte en realidad, o no, es de algún modo irrelevante; en la política, las percepciones e ideas políticas, combinadas con futuros inciertos, a menudo existen con cosas más importantes que las realidades.

Un buen ejemplo de los cambios necesarios para conseguir este compromiso se encuentra en la «Hoja de ruta de noviembre» redactada por la Oficina de Representación Comercial de Estados Unidos (USTRO) en 1995 como guía para las reformas que querían que se introdujeran antes de que China se uniera a lo que más tarde sería la OMC. Aunque se presentó en pleno proceso de negociaciones, más o menos ofrece una visión general de las principales áreas en las que los miembros de la OMC querían que China introdujera reformas antes de ratificar su adhesión. Al

margen de los asuntos comerciales «habituales» como aranceles, derechos comerciales y acceso a sectores «cerrados» de la economía china, la USTRO presionaba para que se aplicaran otras reformas. Por ejemplo, las subvenciones otorgadas a los exportadores, productores agrícolas y empresas deficitarias daban lugar a desequilibrios entre los productores nacionales y los extranjeros. Lo mismo sucedía con la ausencia de una reforma de precios, que favorecía a los productores nacionales permitiéndoles adquirir productos inputs por debajo del coste real del mercado, mientras que las empresas extranjeras en China debían pagar el precio del mercado por los mismos productos. Además, la inconclusa convertibilidad de la moneda dio lugar a restricciones en el acceso a la moneda extranjera y también significó que convertir o repatriar beneficios fuera difícil, si no imposible; la falta de transparencia en la configuración de la política china (y en particular el monopolio de la agencia de noticias estatal, Xinhua, en la divulgación de información económica) situaba a los forasteros en desventaja; el incumplimiento del derecho de propiedad intelectual costaba millones a los propietarios de *copyright*; y la aplicación desigual del sistema fiscal según el cual las empresas locales solían negociar acuerdos de no sujetos a impuestos con el gobierno local entrañaba la aplicación de aranceles fiscales ocultos a las empresas extranjeras.

Las autoridades chinas argumentaron que la entrada en la OMC no significaría una reducción repentina de dicha protección. Querían entrar como una nación en vías de desarrollo, lo cual, según ellos, les permitiría conservar muchas de estas medidas protectoras para con los contextos nacionales. De hecho, tras la decisión formal tomada en Doha de aceptar a China como miembro de la OMC, los medios de comunicación oficiales chinos destacaron la «victoria» de los negociadores chinos al asegurar que China entraba como país en desarrollo.

Pero esta autodenominación de «nación en desarrollo» no tiene peso legal, ya que la OMC no ofrece ninguna definición formal de lo que es en realidad un Estado en desarrollo. Al final prevaleció el pragmatismo, independientemente de cómo quisiera catalogarlo el gobierno chino. Por ejemplo, se debatió largo y tendido sobre si China debía limitar las subvenciones agrícolas al 5 % (como país desarrollado) o al 10 % (como país en desarrollo). Pero el acuerdo final establece las subvenciones para las producciones agrícolas en un 8,5 % del valor de la renta agrícola, resultado de duras negociaciones y regateos y no del debate sobre si China era un país desarrollado o en desarrollo. Además, China accedió a adhe-

rirse al artículo 6.2 del Convenio Agrícola de la OMC, que, según el Servicio Agrícola Exterior del Ministerio de Agricultura de Estados Unidos significa que «China accedió a renunciar a la cláusula de exención para países en desarrollo».⁸

En realidad, el protocolo de adhesión de China comportaba importantes concesiones que superaban con mucho las obligaciones de «países en desarrollo» previamente admitidos. Lejos de ser un gran éxito de negociación, el acuerdo chino resulta ser uno de los acuerdos de adhesión más restrictivos, si no el que más. Como indicaron Kawai y Bhattacharya (2001: 2) del Banco Mundial, «la escala de medidas liberalizadoras acordadas sobrepasa los esfuerzos realizados en muchos países en desarrollo y *desarrollados*» (cursiva añadida por el autor). De hecho, Jeffrey Garten (2001), decano de la Escuela de Dirección de Empresas de Yale, opina que las concesiones chinas han ido tan lejos que Estados Unidos debe reconocer que será política y económicamente difícil para el gobierno chino aplicar todos los acuerdos:

Para entrar en la OMC, China ha hecho concesiones extraordinarias [...] Pequin se ha comprometido a aplicar unos aranceles más bajos que los de cualquier otro país en desarrollo y ha renunciado al uso de subvenciones clave que normalmente están permitidas por la OMC. Ha accedido a que otros gobiernos nieguen la entrada a sus productos con menos justificación que la exigida por las leyes comerciales internacionales existentes, al tiempo que les ha permitido mantener unas restricciones sobre la importaciones de productos textiles y ropa durante períodos de tiempo más largos que de costumbre.

Explicación de la entrada de China

A raíz de la entrada de China, tanto los actores de ese país como los externos se esforzaron por describir el protocolo como una operación *win-win*, todos ganan. Por parte de los chinos, esta visión positiva era más evidente en las declaraciones del principal negociador chino, Long Yongtu, y otros políticos más antiguos. El planteamiento *win-win* de la entrada de China también predominaba en las declaraciones de la propia OMC, del Banco Mundial y de otras organizaciones internacionales. Al considerar estos informes, no podemos olvidar que las propias previsiones y análisis económicos están politizados. Seguramente a las autorida-

des chinas no les interesa decir que el acuerdo que han firmado perjudicará seriamente a la economía y la sociedad china. Los informes de organizaciones como el Banco Mundial, el FMI y los economistas que cuentan con el beneplácito de Washington también tienen una misión política: demostrar que se obtendrán increíbles beneficios del libre comercio con China, unos beneficios que también redundarán en el mundo desarrollado. Por encima de todo, se trata de vender una idea.

El objetivo perseguido del hecho de entrar en la OMC resulta bastante chocante teniendo en cuenta las concesiones de China. Y más chocante todavía a la luz de las conclusiones de las crisis financieras asiáticas. Uno de los principales motivos por los que China sobrevivió a los peores estragos de las crisis fue que mantuvo una economía relativamente cerrada, con una estructura financiera rigurosamente protegida. Quizá por encima de la última generación de países en desarrollo de Asia oriental, el compromiso de China con la economía global se erigía como un buen ejemplo de cómo cosechar beneficios del mercado global manteniendo al mismo tiempo una férrea defensa frente a los peligros de la globalización. Como dijo Yu Yongding (1999: 15) justo antes del acuerdo China-Estados Unidos que abrió el camino para la entrada:

Durante muchos años, los observadores habían criticado la lentitud de China en desarrollar los mercados financieros y liberalizar su cuenta de capital. El propio gobierno chino también estaba preocupado por la lentitud de los progresos. De manera bastante artificial, el inconveniente pasó a ser una ventaja. Debido al control de capital, al poco desarrollo de los mercados financieros y a la falta de instrumentos financieros sofisticados, como futuros sobre acciones y *forwards* de divisas, el yuan chino o RMB no sucumbió a los ataques de los especuladores internacionales.

¿Por qué, pues, arriesgar todo esto para entrar en la OMC?

En parte se podría explicar porque los no miembros no tienen ni voz ni voto a la hora de concebir las futuras reglas del comercio mundial. En gran medida, en la OMC el poder está en manos del cuarteto Estados Unidos, Japón, la Unión Europea y Canadá, que se reúnen en privado para establecer las agendas que les interesa fomentar. Probablemente la naturaleza opaca de los procesos de poder de la OMC hace difícil que países como China puedan establecer agendas, pero al menos China, como miembro, puede participar en los debates y negociaciones.

Otra explicación podría ser la necesidad de estabilizar el acceso de China a los principales mercados occidentales, en particular a Estados Unidos. Aunque el acceso al mercado estadounidense se facilitaba con la renovación anual de la cláusula de Nación Más Favorecida, en China había bastante malestar por la incertidumbre creada. Por un lado, el tamaño (y crecimiento) del excedente comercial de China con Estados Unidos se utilizaba como ejemplo de los peligros de incorporar a China por parte de aquellos cuyos intereses económicos estaban en juego (especialmente los productores textiles y de juguetes de Estados Unidos). Por otro, los que criticaban la situación de los derechos humanos en China, los defensores de la independencia del Tíbet, los detractores de la política china de hijo único, los contrarios a la transferencia de tecnología nuclear a Pakistán y a la venta de armas de China pedían que se establecieran unas condiciones políticas antes de firmar cualquier acuerdo económico con China. La entrada en la OMC se veía como una forma de despolitizar los temas de acceso al mercado y de facilitar la adopción de mecanismos multilaterales de resolución de conflictos.

Para comprender la importancia de los mercados de exportación para el desarrollo chino, es imprescindible considerar la relación entre el crecimiento de las exportaciones y el crecimiento «interno». El deseo de China de unirse a la OMC alcanzó su punto más alto dos veces: en 1989 y a finales de los noventa. En ambas ocasiones, la economía nacional china era deflacionaria, lo cual hacía que el crecimiento de las exportaciones fuera el único medio de generar crecimiento y a su vez de minimizar el impacto de la deflación en el desempleo. En 1989, el detonante fue un temor real a que Estados Unidos y el TLC se convirtieran en fortalezas económicas impenetrables para los países en desarrollo al margen de la OMC. En los noventa, el crecimiento continuo de las exportaciones significaba un respiro que permitía hacer frente a la inflación nacional y eliminar la elevada proporción de empresas estatales deficitarias.

Todos estos elementos combinados permiten explicar por qué algunos líderes chinos sintieron la necesidad de apostar por la entrada en la OMC durante 1999. Lo que no hicieron fue explicar la oportunidad de esta política ni por qué la aceptación de que los beneficios del ingreso en la OMC pesaban más en aquel momento que los inconvenientes de la apertura de la economía china a la competencia. Llegados a este punto deberíamos analizar una tercera explicación que combina la considera-

ción de la política interior china y los intereses de actores externos clave. Un elemento fundamental es el desempleo potencial provocado por una combinación de la reforma de las empresas estatales y los criterios de entrada en la OMC.

En su etapa como viceprimer ministro encargado de introducir la reforma financiera y después como primer ministro de China, Zhu Rongji tenía la misión de hacer valer el cambio en un aparato del Partido-Estado muy reticente. Incapaz de desarrollar un entorno nacional positivo para la reforma, Zhu se dirigió al entorno internacional cuando visitó Washington en marzo de 1999. En un intento por conseguir un acuerdo de entrada en la OMC de una vez por todas, Zhu ofreció muchas concesiones al gobierno estadounidense. Un acuerdo hubiera supuesto la confirmación exterior y el apoyo a la posición de Zhu, e impuesto limitaciones definidas desde el exterior sobre sus colegas más conservadores. Muchos miembros de la élite política china argumentaron que estas concesiones iban demasiado lejos y, para empeorar las cosas para Zhu, estas concesiones ni siquiera permitieron obtener una respuesta afirmativa por parte de EEUU.

Naturalmente, los que eran escépticos con el enfoque de Zhu enseguida sacaron provecho. Las llamadas a la precaución y al control se multiplicaron cuando la estrategia antiinflacionista que Zhu había puesto en marcha desde 1994 superó sus objetivos y empezó la deflación. Con la preocupación de los trabajadores por el desempleo potencial y la posibilidad de un aumento en los gastos de educación, salud, bienestar y vivienda, las reducciones repetidas de los tipos de interés y las estrategias keynesianas de reflación no tuvieron el impacto deseado sobre la demanda interna. Existía, pues, la perspectiva de replantearse la política, sin volver a las viejas ideas maoístas, sino introduciendo la liberalización de forma más moderada y ralentizando la abertura al mundo (o incluso procediendo a un cambio de rumbo moderado).

Por segunda vez, Zhu se dirigió a la comunidad internacional y a Estados Unidos para buscar la confirmación y el apoyo externos. Como observaron Groombridge y Barfield (1999) en su momento, «la entrada de China en la OMC ayudará a reforzar la posición del primer ministro Zhu Rongji, que se enfrenta a la difícil tarea de mantener a China en el camino de la reforma». Y también desde Estados Unidos cada vez tenían más claro que las alternativas al puesto de primer ministro de Zhu y a sus inclinaciones económicas no eran demasiado plausibles. Por lo tanto, ha-

cia noviembre de 1999 Zhu buscaba el apoyo y la presión exteriores en su lucha con otros miembros de las élites del Partido-Estado chino. Al mismo tiempo, los intereses estadounidenses veían con buenos ojos la incorporación de China al sistema mundial y la adopción de una agenda de liberalización; y la mejor forma de conseguirlo era manteniendo la posición de Zhu Rongji dentro del liderazgo chino.

Esto no quiere decir que Estados Unidos hubiera firmado cualquier acuerdo fueran cuales fueran las concesiones ofrecidas. Y prueba de ello son los dos años de intensas negociaciones tras la firma en noviembre de 1999 del acuerdo entre China y Estados Unidos. Según nuestra opinión, la entrada de China en la OMC comportaba beneficios claros y específicos para los intereses nacionales de Estados Unidos, en especial para los productores agrícolas, la industria del automóvil y los servicios financieros. Pero el acuerdo también satisfacía otros intereses. A corto plazo, proporcionaba a Zhu un instrumento exterior para presionar a las fuerzas internas contrarias para que aceptaran una mayor liberalización nacional. Fewsmith (2001: 574) afirma que:

Frustrado por la obstrucción burocrática a una reforma sustancial, Zhu quería valerse de las presiones competitivas exteriores para forzar la reestructuración. Como observó Zhu en su informe en la reciente reunión del Congreso Nacional del Pueblo, «La economía china ha alcanzado un punto en el cual no puede seguir desarrollándose sin ser reestructurada».

A largo plazo, eso debería obligar a China a respetar las «reglas internacionales» del comercio establecidas por las democracias industrializadas avanzadas. Y este enfoque aparece en las declaraciones oficiales de Estados Unidos sobre el impacto de la entrada de China en la OMC, resumidas por un representante de la Casa Blanca en marzo de 2000:

El acuerdo de adhesión de China intensificará y ayudará a incorporar las reformas de mercado —y dará autoridad a los líderes chinos que quieren que su país se oriente rápidamente hacia la libertad económica. Al abrir el mercado de telecomunicaciones chino, incluido Internet y los servicios vía satélite, el acuerdo expondrá al pueblo chino a la información, a las ideas y al debate en todo el mundo. Y la entrada de China en la OMC permitirá reforzar el imperio de la ley en China y aumentar la probabilidad de que se adapte a las reglas globales.⁹

Así pues, ¿cómo podemos explicar este proceso mediante los diferentes enfoques y epistemologías? En mi opinión, las visiones realistas no permiten explicar toda la historia y, dependiendo de la posición ideológica, la respuesta nos la dan dos enfoques de la EPI. Primero, el enfoque oficial estadounidense (y también de la UE) sobre la entrada de China en la OMC encaja en un enfoque liberal de las relaciones internacionales para interpretar la EPI. En el aspecto nacional, pone de manifiesto que el Estado no es un actor unitario, sino que cuando los estados actúan internacionalmente representan un subconjunto de intereses dentro de la esfera nacional. Por parte china, los que apostaban por los beneficios de la reforma eran minoría pero controlaban la política. Por parte de EEUU y la UE, la política hacia China y la OMC reflejaba el poder de los intereses económicos que intentaban sacar provecho del acceso al mercado chino. Internacionalmente, los enfoques de EEUU y la UE se interpretan como una defensa de los cambios internos en China a través de un proceso de implicación en la economía política global, y la consiguiente transmisión de valores y reglas del exterior a China.

Segundo, debemos considerar la «EPI crítica». Igual que el liberalismo, la EPI crítica no concibe el Estado como un actor unitario. Pero difiere de la escuela liberal destacando la importancia de las «fuerzas sociales» o «clases» como punto de partida para el análisis. Al desarrollar su concepto del nuevo constitucionalismo, Gill (1995: 415) apunta al poder estructural de la economía estadounidense, que permite al gobierno de Estados Unidos controlar

[...] el acceso a su vasto mercado como palanca de poder, unido a una recomposición del clima económico internacional, sometiendo a otras naciones a las disciplinas del nuevo constitucionalismo y rechazando al mismo tiempo someterse también a ellas.

Cox (1999: 12) también nos presenta una visión teórica clave argumentando que:

Hay algo que se podría llamar un bloque histórico naciente que consiste en las fuerzas económicas colectivas más poderosas, sus aliados en el gobierno y la variedad de redes que desarrollan las pautas políticas y propagan la ideología de la globalización. Actualmente por lo general los estados desempeñan el papel de agencias de la economía política global, con la tarea de adaptar las políticas y prácticas nacionales a las exigencias del

liberalismo económico global. Esta estructura de poder se sustenta desde fuera del Estado a través de un consenso político global y de la influencia de las finanzas globales sobre la política estatal, y desde dentro del Estado mediante estas fuerzas sociales que se benefician de la globalización (el segmento de la sociedad que se integra en la economía mundial) [...] El neoliberalismo es hegemónico ideológicamente y en términos de política.

Creo que el análisis de Cox supone el punto de partida y también el punto final para interpretar la mecánica de la posición china en la economía política global. Y para ratificar este argumento, pasaré a mi segundo estudio de caso y al análisis de la Inversión Directa Extranjera (IEDE) y el papel económico global de China.

Segundo estudio de caso: IEDE y el papel de China en el sistema económico global

En la sección final de este texto me referiré a cómo el resurgimiento económico de China encaja en los órdenes regionales y globales. Volviendo al principio del mismo, allí planteaba que los enfoques predominantes consideran al Estado-nación como la fuente de «poder» en el sistema global. Sobre la base de la anterior cita de Cox, propongo que deberíamos abandonar las concepciones nacionales y pensar en el papel de las empresas económicas globales como fuente de poder en la economía política global. Anteriormente he utilizado el ejemplo del comercio para intentar demostrar esta afirmación. A continuación me centraré en la inversión global y su relación con la producción global y el poder.

En la abundante literatura sobre Inversión Directa Extranjera (IEDE) en China, uno de los temas recurrentes es destacar la importancia de la inversión «china» en la RPC. Ya sea la inversión de los estados «chinos» como Hong Kong, Macao, Taiwan o Singapur, o por el *hauqiao* y la diáspora china en otros estados, la importancia de esta inversión china es considerable. En los últimos años, la proporción de inversión de Latinoamérica ha aumentado extraordinariamente, hasta el punto de que esa inversión supera a la inversión norteamericana y también a la europea. Prácticamente toda la inversión latinoamericana procede de las islas Vír-

genes británicas (actualmente el segundo inversor principal en China) y las islas Caimán (el octavo).

La explicación de este aumento en las inversiones son los regímenes fiscales de las islas Vírgenes y Caimán. Los inversores de otros países —en particular Taiwan— se introducen en estos paraísos fiscales para reducir (o eliminar) sus obligaciones fiscales. Así pues, si descartamos que la inversión de las islas Vírgenes se origina realmente en dichas islas, ¿cómo podemos fiarnos de las cifras bilaterales como indicador de quién está invirtiendo en China?

Lo que demuestra el ejemplo de las islas Vírgenes es que no basta con observar las cifras bilaterales para conocer la verdadera fuente de inversión. Asimismo, las cifras comerciales bilaterales no siempre nos dicen de dónde proceden las mercancías y dónde se venden finalmente. Todos sabemos que las cifras comerciales bilaterales tergiversan la interpretación de la dirección real del comercio chino, en gran parte debido al papel continuado de Hong Kong como conducto entre China y el resto del mundo. En este sentido, opino que debemos desglosar las cifras de inversión y considerar las implicaciones de las redes de producción posfordiana, y los flujos de capital transnacional (y multinacional). De este modo se reduce la importancia de las nociones «nacionales» o «territoriales» de inversión (y comercio) y se otorga un mayor énfasis al papel de los actores no estatales en las «redes de producción orientadas al producto» y las «empresas de fabricación por contrato», ambas transnacionales por naturaleza.

Lo que las cifras nos cuentan

En 2002, China superó a Estados Unidos como principal receptor de la IEDE de ese año.¹⁰ La IEDE acumulada en China en el período de reforma superó los 400.000 millones de dólares americanos a principios de 2003, y China representa aproximadamente el 20 % de la IEDE global de los países en desarrollo. En China la IEDE adopta dos formas: la inversión de acceso al mercado y la inversión para la producción de exportaciones. La última domina la IEDE en China y representa al menos las dos terceras partes de toda la IEDE y las empresas con inversión extranjera (EIE) representan sólo la mitad de todo el comercio chino. Si a esto añadimos los productores nacionales chinos que producen bajo contrato

para la exportación con componentes extranjeros, la cifra se acerca al 60 %.¹¹

Tradicionalmente, en China el valor añadido es relativamente bajo en estas EIE orientadas a la exportación. En un anterior trabajo sobre IEDE en China, Lardy (1994) calculaba que los componentes importados solían representar el 90 % del valor de las exportaciones de las EIE. En 2000, el valor de las importaciones de empresas con inversión extranjera era del 98 % del valor de las exportaciones; de hecho, 1998 fue el primer año en que el valor de las exportaciones de las EIE superó el valor de sus importaciones, aunque éste es un indicador muy aproximativo porque incluye todas las importaciones, no sólo las utilizadas para producir exportaciones. Si sólo tenemos en cuenta el comercio de procesos de montaje de componentes importados, las cifras muestran que en 2000 las importaciones representaron el 86,5 % del valor de las exportaciones comerciales de estos procesos comerciales de montaje.¹²

Considerando la base dual de la IEDE en China, los factores determinantes de la IEDE también tienen que dividirse en dos. Para la inversión orientada al mercado, el principal factor determinante es el tamaño de la economía china y las perspectivas de desarrollo futuro. Si bien los inversores orientados al mercado pueden obtener beneficios en China, para la mayoría la decisión es si en el futuro el potencial de China compensa los actuales obstáculos que impiden el libre y completo acceso a la economía nacional, un potencial que en el ámbito de los negocios para muchos se desarrollaría con la entrada de China en la OMC.

Para los inversores orientados a la exportación, los factores determinantes de la inversión son bastante claros, y se dividen en los factores *push* (empujón) y *pull* (tirón). Los factores *push* son el aumento de los costes de producción (principalmente mano de obra y suelo) en otros sitios, en especial en Asia oriental. Además, la importancia del mercado estadounidense para los exportadores significaba que los tipos de cambio relativos, además de evitar las cuotas estadounidenses, también actuaban como factor *push* para los exportadores japoneses (Cumings, 1987).

La IEDE de los estados «desarrollados» en China ha aumentado en los últimos años. En 2002, a raíz de la entrada de China en la OMC, por ejemplo, la inversión contratada por los inversores estadounidenses aumentó en un 25 % con respecto a 2001 (O'Neill, 2003). Sin embargo, un tema recurrente en la literatura sobre IEDE en China es la importancia de la inversión procedente del resto de Asia en general, y de la «Asia china» en

particular. Houde y Lee (2000: 7) calculan que entre 1993 y 1998, Hong Kong aportó más de la mitad de toda la inversión en China, Taiwan cerca del 8 % y Singapur alrededor del 4,5 %. En el mismo sentido, Wolf (2002: 134) calcula que «dos terceras partes [de toda la inversión] procede de los chinos “en el extranjero”, especialmente los de Taiwan, Hong Kong y el sureste asiático». Si a esto añadimos la inversión de Japón, la cifra para el conjunto de Asia aumenta hasta cerca del 80 %, con Europa¹³ y Norteamérica concentrando entre el 7 y el 9 % cada una según las cifras que se utilicen.

No es de extrañar, pues, que el alcance de la inversión china y asiática en China, combinado con los flujos comerciales concomitantes, haya llevado a muchos a desarrollar las perspectivas regionales de integración económica, y con razón. Existen tres subgrupos principales que definen esta literatura.

Primero tenemos una rama de la literatura que subraya la importancia de los vínculos entre las empresas chinas expatriadas en la diáspora china y la inversión en ese país. Esta literatura se concentra en las «redes bambú» que vinculan las Empresas Familiares Chinas (Chinese Family Businesses, CFBEFC) con las crecientes relaciones económicas internacionales de China. Se recurrió mucho a esta literatura para explicar al público norteamericano por qué las empresas estadounidenses habían prosperado relativamente poco en comparación con las empresas asiáticas a la hora de acceder a China. Aquí se hace énfasis en los lazos culturales entre los chinos diseminados por toda Asia y la «patria» china; lazos de lealtad y confianza, compenetración cultural, lengua común, y también lazos más íntimos con las autoridades gubernamentales que los establecidos por los que no son chinos. Además, esta red crea vínculos entre las CFBEFC de la región (no sólo entre las CFBEFC y China) que se amplían formando conglomerados transregionales (Rauch y Trindade, 2002).

La segunda rama de la literatura destaca la irrupción de una economía integrada que atraviesa las fronteras nacionales de los estados «chinos» —Macao, Hong Kong, Taiwan y la RPC. Mientras que Huntington (1996: 170) utilizó la expresión «la Gran China y su esfera de coprosperidad» para definir este proceso, la mayoría de analistas evitan la noción de coprosperidad (con sus connotaciones de potencia militar y colonización relacionadas con el esfuerzo japonés de los años treinta) y se quedan con «la Gran China».

Incluso el término de «la Gran China» tiene detractores porque su

interpretación no está clara (Harding, 1995). También está la cuestión de si la economía integrada incluye a toda China o sólo a las provincias costeras que controlan las relaciones económicas internacionales chinas. Aun así, algunos argumentan que el bajo nivel de interacción económica entre las provincias chinas «internacionalizadas» implica que no hay una sola región (Sasuga, 2002), sino una serie de subregiones o microrregiones que se solapan.

Por este motivo el planteamiento de Naughton, ed. (1997) proporciona la mejor interpretación de la Gran China, principalmente porque se abstiene de ofrecer una definición categórica y en su lugar establece un claro enfoque multinivel. En el nivel más bajo, existe un círculo de la Gran China que abarca el nivel más elevado de integración —la que hay entre Hong Kong y la provincia del delta del río de las Perlas, Guangdong (que representa más de la mitad de las inversiones globales en la provincia). El segundo nivel de integración cubre las provincias más internacionalizadas de China (Guangdong y Fujian), Hong Kong y Taiwan. El nivel más elevado del círculo, que todavía no cuenta con la plena integración, comprende las tres economías chinas en total.

Naughton también evita el error de aislar la «integración china» de la economía regional de Asia oriental en su conjunto. El tercer subgrupo principal dentro de la literatura¹⁴ es precisamente la integración regional de Asia oriental. Quizás el mejor resumen de estos enfoques es la declaración realizada por Cumings (1987):

Es un error evaluar el modelo de industrialización en cualquiera de estos países: este enfoque no tiene en cuenta, a través de la falacia de la disgregación, la unidad e integridad fundamentales del esfuerzo regional en este siglo.

La principal ventaja de este enfoque sobre las nociones de «Gran China» es que reconoce la importancia de los intereses económicos japoneses —no sólo la inversión japonesa directa en China, sino también el significativo papel desempeñado por los intereses japoneses en la inversión de Hong Kong, Taiwan y otros lugares en China. Por lo tanto «intenta introducir dinamismo en la teoría comercial tradicional, por lo demás estática» (Hatch, 1998), y evita algunos de los errores de utilizar simplemente las cifras comerciales y de inversión bilaterales al considerar los principales actores e intereses externos en la apertura de China a la economía

global. Además este enfoque introduce un contexto histórico en los procesos actuales.

Y lo que las cifras no nos cuentan

Sin embargo, existe el riesgo de que al buscar la integración regional el enfoque olvide la importancia de los actores extrarregionales. Hou (2002: 1) ofrece quizá la interpretación más radical de este enfoque:

Al igual que las selvas tropicales de la cuenca del Amazonas, Asia es un ecosistema casi completo económicamente hablando [...] Del mismo modo que es inútil para cualquier biólogo individual tratar de desenmarañar las interdependencias del ecosistema del Amazonas, es imposible para cualquier economista definir completamente las relaciones comercio/inversión multilaterales entre las economías asiáticas.

De la misma forma que la literatura sobre la Gran China puede correr el riesgo de ignorar la importancia de otros actores regionales de Asia oriental en la integración «china», la literatura sobre integración de Asia oriental debería evitar el error de ignorar a los actores e intereses extrarregionales.

El acento puesto sobre estas distintas ramas de integración regional es muy comprensible e importante. Como dice Naughton (1997), es evidente que ha habido una rápida integración de las economías (sub)chinas, entre ellas y con la economía regional en general. Sin embargo, considero que al centrarnos en las mecánicas regionales es fácil pasar por alto las extrarregionales. Y esta tendencia a pasar por alto la mecánica global se ve reforzada si nos centramos únicamente en las cifras de inversión oficiales que ocultan la importancia de actores e intereses extrarregionales. Lo que las cifras de inversión no nos dicen es de qué manera los actores extrarregionales encajan con la economía china. Con esto no quiero negar la importancia de la regionalización, sino sugerir que la regionalización y la globalización son procesos simbióticos. En particular, mi opinión es que las empresas de Hong Kong, Singapur y Taiwan desempeñan un papel clave como intermediarios entre China y la economía política, de lo cual se deriva que a menudo los procesos de regionalización dependen de los procesos globales.

Un buen ejemplo es el caso de la producción de las muñecas Barbie, del cual se informó por primera vez en *Los Angeles Times* en 1996,¹⁵ y que posteriormente fue citado en el Libro Blanco «On Sino-US Trade Balance» del Consejo de Estado Chino (1997). La empresa Mattel, con sede en El Segundo, California, fabrica la muñeca Barbie. Mattel subcontrata a una empresa en Taiwan para producir las muñecas. La empresa taiwanesa importa plástico de Oriente Medio y cabello sintético de Japón. Las muñecas son semiacabadas en Taiwan y después se exportan a China a través de Hong Kong para las últimas fases de la producción. De allí, las muñecas se vuelven a exportar a través de Hong Kong a los mercados del mundo desarrollado.

Chan (1996) ha investigado procesos similares en la producción de zapatillas deportivas en la provincia de Guangdong. La mayor fábrica de zapatillas deportivas del mundo en Guangdong es una *joint venture* (empresa mixta) con la empresa Yu Yuan en Taiwan, y produce zapatillas para Reebok, Nike y Adidas. Las estadísticas de IEDE e importaciones indican la importancia de las relaciones con el resto de Asia y las cifras de exportación muestran otras exportaciones chinas a Japón y Occidente; de hecho, las marcas de los productos se asocian a las principales corporaciones occidentales. En el mismo sentido, Sasuga (2002) ha demostrado que los ordenadores que llevan la marca *made in China* producidos mediante inversiones taiwanesas en el sur de China (principalmente Dongguan) no contienen ningún componente chino al margen de eventuales productos para periféricos (por ej.: estructuras de plástico para teclados, etc.). Todos los componentes de alta tecnología se fabrican en Taiwan, Japón o Estados Unidos, y la mayoría de empresas taiwanesas funcionan con licencias OEM (Original Equipment Manufacturer, fabricantes de equipos originales) de empresas japonesas o estadounidenses.

En la primera etapa de las nuevas relaciones con China, la mayoría de empresas occidentales invertían en China para vender a China. Este ya no es el caso. Pero para acceder a China, muchas empresas occidentales utilizan intermediarios asiáticos. Aquí hay que considerar tres elementos distintos.

El primero es la inversión «de segunda mano», que se produce cuando las empresas asiáticas firman acuerdos OEM con las principales empresas occidentales, y se da especialmente en la industria informática y de alta tecnología. Estas empresas asiáticas recurren a China para la mano de obra intensiva de los procesos de montaje. El segundo es el uso

de empresas de fabricación de mercancías (CME, Commodity Manufacturing Enterprises). Las principales CME son de origen norteamericano, pero han establecido centros en Asia oriental; un buen ejemplo es Flextronics en Singapur. Muchas de las principales empresas del mundo ya no producen sus mercancías y lo dejan en manos de las CME. De este modo, las cifras de la inversión de Flextronics en China muestran la integración interasiática, pero dependen del uso de Flextronics por importantes empresas occidentales.

El tercero son los fabricantes de la cadena de suministros global (Global Supply Chain Manufacturers, GSCM). A diferencia de las CME, estos GSCM no se originan en Occidente, sino en la misma Asia oriental. Aquí la ventaja comparativa se basa en que saben y entienden cómo hacer negocios en China y que tienen los contactos necesarios para trabajar de forma eficaz. En estos casos, la empresa occidental firma un contrato con el GSCM para producir una cantidad específica de mercancías a determinado precio y nivel de calidad. El GSCM se encarga de todo el proceso de producción.

Conclusiones

De este último ejemplo se deriva que si sólo consideramos las cifras bilaterales, podemos inferir un enfoque basado en los crecientes vínculos económicos entre el sur de China, Hong Kong y Taiwan. Si bien estos vínculos se están desarrollando visiblemente, debemos procurar ver la imagen en su conjunto, una imagen que sugiere que las redes localizadas son el resultado de redes de producción globalizadas más amplias, muchas de las cuales tienen su origen en Japón y Estados Unidos.

La conclusión más obvia de este último estudio de caso es que no es posible hacer generalizaciones válidas simplemente analizando las cifras bilaterales. Al analizar las implicaciones políticas de las relaciones económicas internacionales, existe todavía la tendencia a centrarse en las relaciones bilaterales entre los estados-nación. Si aplicamos estos enfoques al caso chino, se extraen una serie de conclusiones que influyen en la manera de interpretar la posición de China en la economía política global y regional, conclusiones que según mi opinión son erróneas.

En la realidad de la producción global, la inversión y el comercio

no encajan en este claro marco conceptual bilateral y estadista. Las redes de producción posfordianas son multinacionales por naturaleza, con actores no estatales en una serie de estados que participan en la producción de un solo artículo. De este modo, las nociones nacionales o territoriales de inversión y comercio pueden eclipsar la mecánica real de la producción global y generar conclusiones erróneas sobre la naturaleza del poder en la economía política global. Con este estudio espero demostrar que el poder real en términos de distribución global de la producción reside no tanto en manos de estados como China sino de las principales empresas, a menudo con el apoyo de sus gobiernos nacionales. No se trata tanto del siglo XXI como «siglo pacífico» sino —«una vez más»— como «siglo atlántico».

Notas

1. Quizás el enfoque más totalitario al analizar la política china en la época anterior a la reforma sea el de Barnett (1967), e incluso él modificó posteriormente su interpretación (Barnett, 1971).

2. Los mejores ejemplos tal vez sean Teiwes (1984) Chang (1975) y Pye (1980).

3. Véase Whitson (1969, 1972) y Whitson y Huang (1973).

4. Existen buenos análisis sobre el papel de los líderes provinciales, con conclusiones opuestas. Para obtener una muestra de estos trabajos, véase Whitney (1969), Donnithorne (1967, 1969, 1972, 1976, 1981), Goodman (1986), Lardy (1975, 1976, 1978), Solinger (1982), y Teiwes (1972).

5. Una excepción destacable es Eckstein (1966).

6. Para profundizar en las diferencias entre la EPI estadounidense y la británica, véase Murphy y Nelson (2001).

7. Algunos ejemplos de ello son Brahm, ed. (2001), Gertz (2002), Overholt (1994), Bernstein y Munro (1997), Timperlake y Triplett (1999) y Mosher (2001).

8. <http://www.fas.usda.gov/itp/china/accession.html>

9. The U.S.-China WTO Agreement Will Help Promote Reform, Accountability, and Openness in China, Oficina de Prensa de la Casa Blanca, 8 de marzo de 2000 <http://usinfo.state.gov/regional/ea/uschina/wtofact2.htm>

10. «China to Draw US\$50bn FDI, to be World's No 1 Recipient», *People's Daily (English language)*, 5 de diciembre de 2002.

11. «Statistical Data», *China & World Economy*, nº 1, 2000, pp. 57-61, octubre de 2002.

12. Cifras de la Asociación China de Empresas con Inversión Extranjera en <http://www.etisu.com/>
13. El Reino Unido es el principal inversor europeo en China, con casi el doble del valor de Alemania, situada en segundo lugar.
14. Este enfoque a menudo comporta ampliar el modelo de integración económica regional de Akamatsu (1962) para incluir a China.
15. «Barbie and the World Economy», *Los Angeles Times*, 22 de septiembre de 1996.

Bibliografía

- Akamatsu, K. (1962), «A Historical Pattern of Economic Growth in Developing Countries», *The Developing Economies* (marzo-agosto), pp. 3-25.
- Barnett, A. (1967), *Cadres, Bureaucracy and Political Power in Communist China*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1971), *Our China Policy: The Need for Change*, Nueva York, Foreign Policy Association.
- Berger, S. y Dore, R., eds. (1996), *National Diversity and Global Capitalism*, Ithaca, Cornell University Press.
- Bernstein, Richard y Munro, Ross (1997), *The Coming Conflict With China*, Nueva York, Vintage.
- Brahm, Laurence, ed. (2001), *China's Century: The Awakening of the Next Economic Powerhouse*, Hoboken, N. J., Wiley.
- Breslin, S. (2000), «Decentralisation, Globalisation and China's Partial Re-engagement with the Global Economy», *New Political Economy*, 5 (2), pp. 205-226.
- Calder, Kent (1997), *Asia's Deadly Triangle: How Arms, Energy, & Growth Threaten to Destabilize Asia-Pacific*, Londres, Nicholas Brearley.
- Chan, Anita (1996), «Boot Camp at the Show Factory: Regimented Workers in China's Free Labour Market», *The Washington Post*, 3 de noviembre.
- Chang, Gordon (2001), «Evidence to the House U.S-China Commission, 2nd August», <http://www.uscc.gov/tescha.htm>
- Chang, P. (1975), *Power and Policy in China*, University Park, Penn., Pennsylvania University Press.
- Coates, D. (2000), *Models of Capitalism: Growth and Stagnation in the Modern Era*, Oxford, Blackwell.
- Cox (1999), «Civil Society at the Turn of the Millennium: Prospects for an Alternative», *Review of International Studies*, vol. 25, n.º 1, enero.
- Crouch, C. y Streeck, W., eds. (1997), *Political Economy of Modern Capitalism: Mapping Convergence and Diversity*, Londres, Sage.

- Cumings, Bruce (1987), «The Origins and Development of the Northeast Asian Political Economy: Industrial Sectors, Product Cycles, and Political Consequences», en Deyo, F. C., ed., *The Political Economy of the New East Asian Industrialism*, Nueva York, Cornell UP., pp. 44-83.
- Deans, Phil (1997), *Japan-Taiwan Relations, 1972-1992: Virtual Diplomacy and the Separation of Politics and Economics*, University of New Castle, tesis doctoral, pp. 17-43.
- Donnithorne, A. (1967), *China's Economic System*, Londres, Allen and Unwin.
- (1969), «Central Economic Control in China», en Adams, R. (ed.), *Contemporary China*, Londres, Peter Owen, pp. 151-178.
- (1972), «China's Cellular Economy: Some Economic Trends Since the Cultural Revolution», *The China Quarterly* (52), pp. 605-619.
- (1976), «Centralization and Decentralization in China's Fiscal Management», *The China Quarterly* (66), pp. 328-340.
- (1981), *Centre-Provincial Economic Relations in China*, Canberra, ANU Contemporary China Centre, documento de trabajo 16.
- Eckstein, A. (1966), *Communist China's Economic Growth and Foreign Trade*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Fewsmith, Joseph (2001), «The Political and Social Implications of China's Accession to the OMC», *The China Quarterly*, (167), pp. 573-91.
- Gamble, A., Payne, A., Hoogvelt, A., Dietrich, M. y Kenny, M. (1996), «Editorial: New Political Economy», *New Political Economy*, 1 (1), pp. 5-11.
- Garten, Jeffrey (2001), «China in the OMC: Let's Cut It Some Slack», *Business Week*, 8, octubre.
- Gertz, William (Bill) (2002), *The China Threat: How the People's Republic Targets America*, Washington, D.C., Regnery Publishing.
- Gill, Stephen (1995), «Globalisation, Market Civilisation, and Disciplinary Neoliberalism», *Millennium*, 24 (3).
- Goodman, D. (1986), *Centre and Province in the People's Republic of China: Sichuan and Guizhou 1955-1965*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Groombridge, Mark y Barfield, Claude (1999), *Tiger by the Tail: China and the World Trade Organization*, Washington, D.C., The AEI press.
- Harding, H. (1995), «The Concept of "Greater China": Themes, Variations and Reservations», en David Shambaugh, ed., *Greater China, the Next Superpower?*, Oxford, Oxford University Press, pp. 8-34.
- Hatch, W. (1998), «Grounding Asia's Flying Geese: The Costs Of Depending Heavily On Japanese Capital And Technology», NBR Briefing Paper.
- Hou, Jack (2002), «China's IDE Policy and Taiwanese Direct Investment (TDI) in China», *Hong Kong University of Science and Technology Centre for Economic Development*, documento de trabajo 0206.
- Houde, Marie-France y Lee, Hak-Loh (2000), «Main Determinants and Impacts

- Of Foreign Direct Investment On China's Economy», *OECD Working Papers On International Investment Number 2000/4*.
- Hughes, Christopher (1997), «Globalization and Nationalism: Squaring the circle in Chinese IR Theory», *Millennium*, 26 (1), pp. 103-124.
- Huntington, Samuel (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Kawai, Masahiro y Bhattasali, Deepak (2001), «The Implications of China's Accession to the World Trade Organisation», ponencia presentada a *Japan and China: Economic Relations in Transition*, enero de 2001, Tokyo, p. 2. Cita-do con permiso de los autores.
- Lardy, Nicholas (1975), «Centralization and Decentralization in China's Fiscal Management», *The China Quarterly* (61), pp. 25-60.
- (1976), «Reply» [to Donnithorne (1976)], *The China Quarterly* (66), pp. 340-345.
- (1978), *Economic Growth and Distribution in China*, Cambridge, CUP.
- (1994), *China and the World Economy*, Washington, D.C., Institute for International Economics.
- (1998) *China's Unfinished Economic Revolution*, Washington, D.C., Brookings.
- (2002), *Integrating China Into the Global Economy*, Washington, Brookings.
- Mosher, Steven (2001), *Hegemon: China's Plan to Dominate Asia and the World*, San Francisco, Encounter.
- Murphy, C. y Nelson, D. (2001), «International Political Economy: a Tale of Two Heterodoxies», *British Journal of Politics and International Relations*, 3 (3), pp. 393-412.
- Naughton, B., ed. (1997), *The China Circle: Economics and Electronics in the PRC, Taiwan, and Hong Kong*, Washington, Brookings.
- Ohmae, K. (1995), *The End of the Nation State*, Londres, Harper Collins.
- O'Neill, Mark (2003), «Hong Kong, Virgin Islands take top places in China investment stakes», *South China Morning Post*, 10 de febrero.
- Overholt, William (1994), *The Rise of China: How Economic Reform Is Creating a New Superpower*, Nueva York, W. W. Norton.
- Polanyi, Karl (1944), *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press.
- Pye, L. (1980), *The Dynamics of Factions and Consensus in Chinese Politics*, Santa Mónica, Rand.
- Rauch, J. E. y V. Trindade (2002), «Ethnic Chinese Networks in International Trade», *Review of Economics and Statistics*, 84 (1), pp. 116-130.
- Sasuga Katsuhira (2002), *The Dynamics of Cross-Border Micro-Regionalisation Between Guangdong, Taiwan and Japan: Sub-national Governments, Multi-national Corporations and the emergence of Multi-Level Governance*, University of Warwick, tesis doctoral.

- Segal, Gerry (1998), «Still a Fragile Power», *New Political Economy*, 3 (3), pp. 442-444.
- Sklair, Leslie (1995), *Sociology of the Global System*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Solinger, D. (1982), «Politics in Yunnan Province in the Decade of Disorder: Elite Factional Strategies and Central-Local Relations», *The China Quarterly*, (92), pp. 628-662.
- State Council (1997), *On Sino-US Trade Balance, Beijing: Information Office of the State Council Of the People's Republic of China*, marzo de 1997.
- Teiwes, F. (1972), «Provincial Politics in China: Themes and Variations», en Lindbeck, J., ed., *China: Management of a Revolutionary Society*, Londres, Allen and Unwin, pp. 116-189.
- (1984), *Leadership, Legitimacy and Conflict in China*, Macmillan.
- Timperlake, Edward y Triplett, William (1999), *Red Dragon Rising: Communist China's Military Threat to America*, Washington, D.C., Regnery Publishing.
- Van Wolferen, K. (1990), *The Enigma of Japanese Power*, Nueva York, Vintage.
- Whitney, J. (1969), *China: Area, Administration and Nation Building*, Chicago, University of Chicago Press.
- Whitson, W. (1969), «The Field Army in Chinese Communist Military Politics», *The China Quarterly* (37), pp. 1-30.
- (1972), «Organizational Perspectives and Decision Making in the Chinese Communist High Command», Scalapino, R., ed., *Elites in the People's Republic of China*, Seattle, University of Washington Press, pp. 381-415.
- Whitson, W. y Huang Chen-hsia (1973), *The Chinese High Command: A History of Communist Military Politics, 1927-71*, Nueva York, Praeger.
- Wolf, Charles (2002), *Straddling Economics and Politics: Cross-Cutting Issues in Asia, the United States, and the Global Economy*, Santa Mónica, Rand Corporation.
- Yu Yongding (1999), «China's Macroeconomic Situation and Future Prospect», *World Economy and China* (3 y 4).
- Yu Yongding, 余永定 *et al.*, eds. (2000), *Zhongguo «RuShi» Yanjiu Baogao: Jinru OMC de Zhongguo ChanYe 中国“入世”研究报告: 进入 OMC 的中国产业 (Research Report on China's Entry into OMC: The Analysis of China's Industries)*, Beijing, Social Sciences Documentation Publishers.

Valores asiáticos y multilateralismo

Seán Golden

Al principio del siglo xvii, y mientras los primeros misioneros jesuitas europeos llegaban a Beijing (Pekín), donde el emperador chino les concedió libertad de actuación, en Londres se fundó la East India Company, con la clara intención de explotar comercialmente las rutas de la época del «Descubrimiento». Al mismo tiempo, y mientras que en el Imperio Mogul del subcontinente indio el emperador musulmán Aqbar había decretado una total libertad de creencias, en Roma la Inquisición quemó a Giordano Bruno por su heterodoxia.

A lo largo de los siglos xiii y xiv el Vaticano había enviado varios emisarios a las cortes del Imperio Mongol, pero no se establecieron relaciones duraderas ni estables. Aquella fue la época de la dinastía Yuan en China (1275-1368), pero los europeos la conocieron como *Cathay*, un país que creyeron que era distinto de China, descrito por viajeros árabes, como Ibn Batuta (1304-1368). Marco Polo afirmó haber vivido y trabajado allí durante diecisiete años al servicio de Kubilai Khan (1275-1292). Tras el cambio de dinastía, de Yuan a Ming (1368-1644), el almirante musulmán chino Zheng He (1371-1433) organizó siete expediciones navales a través del océano Índico, con fines diplomáticos y culturales. Entre 1405 y 1433 visitaron primero la península arábiga, y de allí descendieron por la costa africana hacia el sur, siguiendo las rutas árabes y chinas ya establecidas y llegando hasta Madagascar. La mayor de estas expediciones reunió más de 300 barcos diseñados para navegar en alta mar (la Armada Invencible tenía unos 130).

Si se hubiera mantenido esta política de exploración, pronto las flotas chinas hubieran dado la vuelta por el sur de África, yendo hacia el oeste, y después hacia el norte, dando así pie a una historia de Europa y

del resto del mundo bien diferente de lo que ocurrió realmente.¹ Los chinos hubieran descubierto Europa. Pero un cambio de emperador puso fin a la política de exploración de Zheng He, y fueron los portugueses, empezando con Bartolomeu Diaz (1450-1500), los que dieron la vuelta por el sur de África, hacia el este y después hacia el norte, abriendo paso hacia Asia. Ya que los venecianos de Marco Polo monopolizaron el acceso a través del Próximo Oriente, y que el Vaticano otorgó a Portugal el monopolio de la ruta que había descubierto, Colón tuvo que ensayar una nueva ruta hacia el oeste para llegar a Asia, topándose por el camino con las Américas.

Aunque las consecuencias del «Descubrimiento» hecho por Colón ocuparon a los europeos durante mucho tiempo, éstos se introdujeron también en Asia. La aventura americana tuvo una gran influencia en el desarrollo de las modernas ideas de la Ilustración europea, que ayudaron a convertir las metrópolis imperialistas de Europa en los países más poderosos del mundo. Una vez consolidado este poder, empezaron a exportar sus ideas hacia el resto del mundo, incluyendo Asia, donde provocaron un enfrentamiento político, económico y cultural que ha perdurado hasta nuestros días. No es posible entender el papel de los «valores asiáticos» en el contexto del multilateralismo sin conocer este fondo histórico. Las dos partes, «Este» y «Oeste», han llegado a la conyuntura actual por vías distintas y desde perspectivas diferentes.

La geoestrategia actual se debate en dos marcos distintos. Unos sitúan el nuevo orden mundial en un contexto de posguerra fría, otros en un contexto poscolonialista. «Occidente» habla de un «choque de civilizaciones» que pone en peligro el «fin de la historia» alcanzado por las sociedades herederas de los «valores universales» de la Ilustración europea. Sin embargo, el conflicto de Irak ha puesto de manifiesto profundas discrepancias entre Europa y Estados Unidos sobre la manera de interpretar esta herencia común. Mientras tanto, los intereses de Estados Unidos promueven un unilateralismo desde que el fin de la guerra fría eliminó su único contrapeso.

En este contexto los «valores asiáticos» resisten la tendencia unilateralista. Para los neoliberales, son un escudo utilizado por los países de Asia para esquivar reformas que beneficiarían los intereses de las empresas multinacionales. Para el mundo asiático son una alternativa a los valores «occidentales», unos valores que habían justificado el imperialismo en su día, y que ahora parecen justificar un neoimperialismo eco-

nómico. Como alternativas a los aspectos negativos de los valores «occidentales», constituirían un necesario contrapeso al unilateralismo y, como consecuencia, fomentarían el multilateralismo.

Gran parte de la población mundial no puede ver los valores occidentales como «universales» porque ha sufrido las consecuencias de un imperialismo que se justificaba precisamente como extensión de estos valores, que han adquirido un cariz semiótico: se han convertido en símbolos de un tipo de discurso que pretende justificar una geopolítica que se autodefine como idealista pero que en la práctica genera unas consecuencias reales que contradicen este contenido idealista.

Antes de entrar en detalle en un análisis del debate sobre los valores asiáticos y los valores occidentales que se lleva a cabo en China, y sobre su rechazo de la «modernidad» occidental a favor de una «posmodernidad» china, será necesario dibujar a grandes rasgos el marco histórico e ideológico de estos conceptos.

El debate *Guerra y paz en el siglo XXI: las relaciones transatlánticas*, organizado por la Fundació CIDOB en Barcelona en enero de 2003,² puso de manifiesto las profundas discrepancias entre Estados Unidos y la UE sobre la manera de estructurar un nuevo orden mundial. En este debate, Robert Kagan resumió su conocido argumento³ que cita a Thomas Hobbes (1588-1679) para justificar la visión estadounidense de un mundo peligroso y desordenado que necesita perentoriamente la intervención activa, decidida y unilateral de Estados Unidos como única superpotencia capaz de imponer el orden por la fuerza; y que cita a Immanuel Kant (1724-1804) para justificar la visión europea de un mundo que podría regirse de una manera racional, ordenada y consensuada a través de instituciones multilaterales.

Este argumento de Kagan, cuya interpretación de Hobbes y de Kant fue rechazada por los participantes europeos en el debate, presupone que Estados Unidos y la Unión Europea deben compartir una misma visión del mundo porque son igualmente herederos de una Ilustración común que estableció de una vez por todas cuáles son los valores universales de la humanidad. Es el mismo tipo de argumento que utilizó Francis Fukuyama en su famoso artículo sobre «el fin de la historia»,⁴ que repasó el concepto de la historia de Hegel para concluir de manera contundente y triunfalista (y seguramente prematura) que: «What we are witnessing is not just the end of the Cold War, or a passing of a particular period of postwar history, but the end of history as such: that is, the end point of

mankind's ideological evolution and the universalization of Western liberal democracy as the final form of human government».

Tanto Kagan como Fukuyama definen esta herencia de la Ilustración, resumida en los dos conceptos básicos de la democracia liberal y el mercado libre, como axiomática, como «universal» y, por lo tanto, extensible pero también exigible a todas las otras culturas del mundo. Esta es la esencia de la nueva doctrina neoconservadora que rige la actual política estadounidense, en combinación con la otra aportación ya clásica de Samuel P. Huntington, el concepto del «choque de civilizaciones»,⁵ que propone que la diversidad cultural del mundo —es decir, la no aceptación de estos valores como universales, la defensa de valores alternativos— será la principal amenaza al eventual éxito total de estos valores heredados de la Ilustración por el mundo «occidental», es decir, Estados Unidos y la Unión Europea.

Las profundas discrepancias entre estadounidenses y europeos en la interpretación de la herencia común de los valores de la Ilustración se hicieron más patentes todavía en las semanas posteriores al debate celebrado en Barcelona y anteriores a la intervención angloamericana en Irak. El escritor Oscar Wilde dijo una vez que los ingleses y los norteamericanos eran dos grandes pueblos separados por un idioma común. En el contexto actual, podríamos decir que la UE y EEUU son dos grandes pueblos separados por una Ilustración común.

Desde el punto de vista del resto del mundo las cosas cambian. Lo que parecen ser profundas discrepancias entre la UE y EEUU no lo parecen desde las culturas poscolonizadas que ven EEUU-UE, aliados a través de la OTAN, como un gran bloque monolítico de intereses compartidos. En este contexto poscolonial, debemos situar cualquier análisis de los valores asiáticos y de sus implicaciones geoestratégicas. Para llevar a cabo este análisis hace falta deconstruir algunos de los paradigmas que constituyen los marcos que han servido hasta ahora para definir y analizar la problemática.

El paradigma que ha marcado las teorías geoestratégicas de EEUU y de la OTAN ha sido el concepto de la guerra fría, de la contención del comunismo, visto como una gran amenaza a la herencia común de la Ilustración, a cualquier precio. Con la caída del muro de Berlín y la desintegración de la ex Unión Soviética, ya no queda comunismo por contener, y esta amenaza a la herencia común ha sido «vencida». Aun así, el paradigma de la contención de un enemigo claramente peligroso, fácil de

identificar y, por lo tanto, bien definido, sigue rigiendo la política norteamericana (hasta el punto de inspirar a algunos neoconservadores a erigir China en futuro e inevitable enemigo de EEUU, provocando así un distanciamiento entre China y EEUU que podría convertir esta preocupación en una profecía que se autocumple).

El paradigma guerra fría/posguerra fría representa una visión basada en un período corto de la historia moderna, una visión que prima los intereses propios de los antiguos poderes imperialistas. Otro paradigma que sirve para analizar la situación geopolítica actual es el paradigma del poscolonialismo, que forma parte de un proceso histórico de más larga duración, el proceso del imperialismo, empezando con el colonialismo y pasando por la descolonización y sus consecuencias. Desde la perspectiva de este segundo paradigma, la guerra fría forma parte del proceso colonialismo/poscolonialismo.

Pero hay también otro cambio muy importante: el poscolonialismo prima los intereses de las antiguas colonias por encima de los de las antiguas metrópolis. Una consecuencia fundamental de este proceso poscolonialista es el análisis crítico de los valores que el imperialismo utilizó para justificarse, análisis que incluye la deconstrucción de los valores de las metrópolis y la recuperación de los valores nativos.

En el mejor de los casos la recuperación nativista se hace también de manera crítica y deconstructiva. En el peor de los casos representa un simple rechazo de cualquier valor ajeno a favor de una simple glorificación no crítica de cualquier valor propio, a la retrocreación atavística de valores propios que nunca existieron. Inevitablemente, el mero hecho de deconstruir los valores de las antiguas metrópolis cuestiona intrínsecamente su universalidad, y si se admitiera esta deconstrucción de su universalidad, quedaría abierta una brecha relativista que el neoconservadurismo estadounidense aborrece profundamente. En la práctica este aborrecimiento refleja un etnocentrismo radical que comporta una intolerancia de la diversidad de valores culturales —de la etnodiversidad— y, como consecuencia, provoca advertencias del riesgo de un choque de civilizaciones.

Por lo tanto, estos dos paradigmas parecen ser incompatibles y opuestos. Es más, la deconstrucción de los valores occidentales por los análisis poscolonialistas convierte estos mismos valores, supuestamente universales y justificados, en la causa misma de muchos de los males que ha padecido el resto del mundo, y convierte a los herederos de la Ilustra-

ción en los malos de la película. Uno de los autores más representativos de este proceso ha sido Edward Said, cuyo libro *Orientalismo*⁶ centra muchos de los debates poscolonialistas, tanto en Occidente como en Oriente.

Un tercer paradigma que sirve para situar este debate es el concepto de la «modernidad» como proceso de consolidación del sistema capitalista y de la democracia liberal como modelos para la modernización económica y política. En este contexto, la *modernidad* vuelve a ser una versión de la herencia de la Ilustración. Lo que propuso Fukuyama en su momento fue que la *modernidad* ya se había consolidado y que no hacía falta buscar ninguna evolución posterior. Lo único que había que hacer era extender este modelo al resto del mundo.

Si el término *modernidad* sirve para describir y definir una época y un proceso históricos que se han consolidado, como postula Fukuyama, y que, por lo tanto, han terminado, ¿cómo sería o cómo debería ser el período posterior? Si el período posterior no representa ningún cambio respecto al período anterior, sería una simple continuación, pero si el período posterior difiere del anterior, esta *posmodernidad* representaría un modelo distinto y alternativo a la *modernidad*.

Uno de los primeros autores que señaló de manera crítica una relación directa entre la herencia filosófico-ideológica de la Ilustración y el desarrollo del modelo político-económico capitalista definido ahora como la *modernidad* fue Karl Polanyi.⁷ Éste atribuyó la problemática política de la época moderna directamente a la consolidación de este modelo capitalista. «Los orígenes de la catástrofe se remontan a los esfuerzos utópicos del liberalismo económico para establecer un sistema de mercado autorregulado». El motor ideológico de esta *modernidad* ha sido la herencia filosófica de la Ilustración, y esta *modernidad*, es decir, esta consolidación del modelo político-económico capitalista ha incluido el imperialismo. Así se puede concluir que la herencia filosófica de la Ilustración también ha sido el motor ideológico del imperialismo.

Como consecuencia, y para los teóricos de la *posmodernidad*, aquella *modernidad* no puede servir como modelo de modernización de las ex colonias, ni debe mantenerse en las sociedades más desarrolladas. La *posmodernidad* lleva a cabo una revisión crítica de la *modernidad*, tanto desde el punto de vista de las clases desfavorecidas por el desarrollo del modelo capitalista en las antiguas metrópolis como para los pueblos colonizados por el imperialismo que fue parte intrínseca del mismo modelo.

Una vez establecido este marco teórico para el debate entre la *modernidad* y la *posmodernidad* en China, resulta curioso descubrir que algunas de las raíces más profundas de la Ilustración se encuentran en el contacto cultural que hubo entre China y Europa a lo largo de los siglos XVII-XVIII.

En el año 1601 llegaron a Beijing dos jesuitas europeos, el italiano Matteo Ricci y el español Diego de Pantoja. La presencia de los jesuitas en Beijing abrió las puertas de un intercambio cultural⁸ de suma importancia entre China y Europa, pero su presencia, tolerada por el imperio chino, y la eficacia del puente intercultural que iban construyendo, fueron subvertidas un siglo más tarde por la misma intolerancia que en Europa había quemado a Bruno y silenciado a Galileo.

Los jesuitas tradujeron al latín las obras canónicas del confucianismo y las difundieron por Europa. Además, mantuvieron correspondencia con algunos de los pensadores más importantes de lo que se convertiría posteriormente en la Ilustración europea. Leibniz y Voltaire correspondieron a los jesuitas en Beijing. Montesquieu se entrevistó en varias ocasiones con Arcadio Huang, un chino que llegó a París a través de los misioneros y se convirtió en bibliotecario de la colección asiática del rey francés. Estas entrevistas influyeron *L'Esprit des lois*. Voltaire se inspiró en las descripciones que recibió de los jesuitas del sistema político de un mandarinato basado en los méritos propios de las personas, demostrados a través de un sistema de exámenes públicos, para inventar el concepto de la función pública. Se inspiró en las descripciones del emperador chino para inventar el concepto del déspota ilustrado. Se inspiró en el confucianismo secular para justificar el concepto de una religión natural. *El arte de la guerra* de Sunzi⁹ fue traducido al francés por el jesuita Joseph-Marie Amiot, tuvo cinco ediciones en pocos años y seguramente llegó a las manos de Napoleón.

Durante esta época —que terminó con la supresión de los jesuitas a mediados del siglo XVIII—, la imagen que Europa tuvo de China era totalmente positiva. Fue la época de la *chinoiserie*. Una vez roto el puente intercultural creado por los jesuitas, entró en el vacío de las relaciones entre Europa y China otro actor de suma importancia, la East India Company, que fue el motor de la conquista de la India en el siglo XVIII y cuyo negocio con el opio en China provocaría las primeras agresiones imperialistas en aquel país. Donde los jesuitas practicaron una política de adaptación a la cultura china para mantener sus buenas relaciones con el

poder, demostrando sus buenos conocimientos de la lengua y la cultura y su gran respeto por ambas, además de un eficaz afán de servir a los intereses del imperio chino, la política lingüístico-cultural de la East India Company hizo todo lo contrario.

En el año 1736 James Flint, un joven empleado de la East India Company en Guanzhou (Cantón), se ofreció para aprender la lengua china para beneficio de la empresa. En 1753 el mismo Flint redactó una carta en chino al emperador, transcrita por un ayudante chino, solicitando un trato más favorable para su empresa. Su redacción demostró una falta total de conocimientos del protocolo y de los registros necesarios para dirigirse al emperador y mostró un claro prejuicio a favor de los intereses de la empresa inglesa y no a los intereses del imperio chino. Como consecuencia, se ordenó la detención del autor del escrito. Pero además, se ejecutó a la persona china que había transcrito la carta, por su falta de respeto a la estilística y al protocolo oficiales. Por todo ello, se prohibió a todo el pueblo chino la enseñanza de la lengua a los extranjeros y la transcripción de sus documentos.

Durante una generación la empresa no tuvo acceso a intermediarios chinos en China. En el año 1792 el gobierno británico envió a lord MacCartney en misión diplomática a China para negociar la relajación de las restricciones sobre el comercio. Pero no se encontró en el Reino Unido ninguna persona que pudiera actuar de intérprete. Contrataron dos novicios chinos en Nápoles, que huyeron tan pronto llegaron a China, por la prohibición todavía vigente de ayudar lingüísticamente a los extranjeros. A lo largo del viaje un joven inglés de 12 años había aprendido chino gracias a ellos. Fue el único miembro de la misión que pudo actuar como intérprete. Aun así, la misión MacCartney falló estrepitosamente, en gran parte por errores en el campo del protocolo y falta de conocimiento de la cultura.

El contraste entre la política lingüístico-cultural de los jesuitas, por un lado, y de la East India Company, por el otro, demuestra la gran diferencia entre una empresa motivada por el deseo de acercarse a otra cultura y una empresa motivada por el deseo de explotar aquella otra cultura. Se había interrumpido la fluida transferencia intercultural que facilitaron los jesuitas, y en su ausencia rigieron los criterios del beneficio propio —es decir, la explotación— que caracterizaron la gran transformación hacia el capitalismo imperialista, es decir, la *modernidad*.

Una consecuencia muy significativa de este contraste fue la inver-

sión total de la imagen de China en Europa. Lejos de ser el gran modelo que había sido para Voltaire, a China se le aplicó la metáfora del «hombre enfermo de Asia», y para los grandes pensadores de la tardo-Ilustración, como Hegel, Kant o Marx, China se había convertido en un modelo completamente negativo. Ya había comenzado el proceso de la construcción social de una realidad que justificaría la agresión militar y la colonización parcial de China por parte de los poderes imperialistas de Europa, de Estados Unidos y (más tarde) de Japón.

Justo en el período transitorio entre la *chinoiserie* y «el hombre enfermo de Asia», se encuentra otro gran pensador de la Ilustración, François Quesnay (1694-1774), líder de los fisiócratas y conocido popularmente como el «Confucio de Europa». En su libro *El despotismo de la China*, propuso la reorganización de la economía francesa sobre la base de la agricultura, como se hizo en China. Vio en el ejercicio del poder de los mandarines chinos un reflejo de *La República* de Platón, y su admiración para lo que vio como política de intervención gubernamental mínima en la economía china inspiró el concepto fisiócrata de *laissez-faire* en el marco económico.

Tanto el despotismo ilustrado y la función pública, por un lado, como el concepto *laissez-faire* del mercado libre, por otro, son conceptos igualmente constituyentes de la herencia de la Ilustración que tienen sus orígenes en un modelo chino. Del mismo modo, *Les Droits de l'Homme* y *laissez-faire* son igualmente partes de la herencia común de la Ilustración, pero en este caso pueden ser vistos como las semillas de una importante contradicción interna de esta filosofía que posteriormente se proclamaría fuente y autora de los valores proclamados «universales».

A partir del fracaso de la embajada de MacCartney y de la denigración generalizada de la imagen de China, la *modernidad* europea se introdujo en China por la fuerza de las armas. No es posible entender la actitud actual de la sociedad china hacia esta *modernidad*, ni su propia versión de la *posmodernidad*, sin recordar este hecho.¹⁰ Esta actitud es el resultado, por un lado, de las consecuencias de las catástrofes que el país ha padecido durante el último siglo y medio y, por otro, de su deseo de recuperar el tiempo perdido como consecuencia de estas catástrofes, para modernizar la economía y mejorar su nivel de vida.

Aunque encontremos en la tradición china algunos de los elementos que inspiraron la Ilustración que modernizó Europa, estos mismos elementos impidieron lo mismo en su país de origen. La cultura, las es-

estructuras socioeconómicas y políticas, y la psicología social que constituyen el sistema de valores y la ideología tradicional —los conocidos «valores asiáticos»— impidieron en su día una respuesta adecuada a las ambiciones de los poderes imperialistas a lo largo de los siglos XIX-XX. Como consecuencia, China sufrió sin interrupción, y hasta finales del siglo XX, todo un conjunto de desastres.

A mediados del siglo XIX, China perdió dos «guerras del opio» contra el Reino Unido y Francia, que impusieron la humillación de la extraterritorialidad y la progresiva pérdida correspondiente de soberanía territorial y de gestión de las grandes infraestructuras de transporte y de la aduana. Hubo una gran rebelión de los Taiping, que se hicieron con el control de la mitad meridional del país durante casi quince años, hasta su derrota militar por una fuerza de tropas extranjeras que intervinieron para mantener en el poder la decadente dinastía Qing que, por ser una dinastía manchú fue, para la mayor parte de la población, igualmente extranjera, y que, por ser un gobierno débil, favorecía los intereses de los imperialistas. Los Taiping se inspiraron en parte en una versión propia e igualitaria del cristianismo introducido por misioneros protestantes, pero mezclaron esta visión con aspectos tradicionales de la cultura popular china, produciendo así una hibridización que despertó los recelos y el rechazo tanto de los cristianos extranjeros como de las clases acomodadas chinas. Durante la segunda mitad del siglo XIX hubo varias sublevaciones étnicas y/o antimanchúes. A finales de siglo la pérdida de una primera guerra contra Japón humilló al país. La rebelión xenófoba de los *boxers*, una reacción a los privilegios que la extraterritorialidad había otorgado a los misioneros y otros extranjeros, y la incapacidad de la dinastía manchú de hacer frente a la explotación extranjera del país cerró el siglo. Esta rebelión provocó otra intervención militar de los poderes imperialistas, que la aprovecharon para imponer más condiciones humillantes y económicamente desastrosas.

A principios del siglo XX, China experimentó una revolución republicana que derrocó la última dinastía en 1912. El fracaso del intento de crear una democracia parlamentaria después de la revolución dio paso a una serie de luchas interprovinciales entre los «señores de la guerra». A partir de los años veinte empezó una guerra civil entre las fuerzas del Partido Nacionalista (*Guomindang*) y el Partido Comunista, que duraría con interrupciones hasta el año 1949. A principios de los años treinta empezó la invasión japonesa, que duraría hasta el final de la segunda guerra

mundial en 1945. En 1949 Mao Zedong proclamó la creación de la República Popular China, aprovechando la ocasión para afirmar que «el hombre enfermo de Asia» se había puesto de pie (una premonición de la importancia que tuvo el nacionalismo chino en la ideología de la revolución comunista que no se ha apreciado en «Occidente» hasta que los roces entre China y Estados Unidos de la última década lo hicieron más patente).

A partir de los años cincuenta empezaron las grandes campañas de lucha entre clases y de colectivización de las tierras que Mao utilizó para movilizar la población y consolidar su poder, y que incluyeron varias purgas, la campaña antiderechista, el Gran Salto Adelante (que provocó una terrible hambruna) y la Revolución Cultural. A principios de los años cincuenta China luchó contra EEUU en Corea, con una gran pérdida de vidas. Hubo un bloqueo diplomático y económico, promovido por EEUU como parte de su estrategia de guerra fría, y que provocó tensiones bélicas con Taiwan. La no aceptación por parte de China de la hegemonía de la Unión Soviética en el ámbito comunista provocó una traumática ruptura a finales de los años cincuenta. Los traumas de la Revolución Cultural no cesaron hasta después de la muerte de Mao en 1976, y el proceso de apertura y de reforma de la posterior época de Deng Xiaoping se topó con la dura y sangrienta represión del año 1989.

Como resultado de todo este proceso de inestabilidad permanente, la población actual de China, con la excepción de la gente más joven, no ha conocido, hasta la época actual, ni la estabilidad ni la prosperidad.

Para hacer frente a la situación de debilidad y de inestabilidad creada por las agresiones imperialistas, los reformistas chinos siempre han seguido dos tendencias opuestas: el rechazo total de la cultura tradicional porque había sido un impedimento intrínseco a la modernización del país, o el intento de aprovechar las ventajas de importar desde el extranjero una modernización científica y tecnológica, con sus correspondientes ventajas económicas, sin perder la «quintaesencia» de la cultura tradicional.

Mao fue un buen ejemplo de la primera tendencia. Pretendía borrar la cultura tradicional a favor de su propia visión de un comunismo con características chinas, pero su política de lucha de clases permanente impidió la modernización del país. El entusiasmo y el idealismo del pueblo chino que había apoyado la revolución murieron con los excesos de la «Gran Revolución Cultural del Proletariado».

Deng y sus sucesores tipifican la segunda tendencia. Después de la muerte de Mao pusieron en marcha una política de *kaifeng*, de apertura económica, sobre la base de un pragmatismo político y el intento de crear un «mercado libre con características socialistas». Donde Mao había dicho «mejor rojo que experto», Deng replicó «no importa si el gato es blanco o negro mientras cace ratones». Aunque Deng proclamó «enriquecerse es glorioso», también insistió en que la economía china y su sociedad deben ser como «un pájaro en una jaula» pueden entrar los aires del exterior, pero el pájaro no puede escapar de la jaula.

Ha desaparecido el fondo ideológico del Partido Comunista chino (que acaba de acordar la militancia de capitalistas) pero no su afán de controlar de manera centralizada la evolución de la economía y la política de la sociedad. La pugna librada entre el confucianismo tradicional y el comunismo al estilo chino ha dado paso a un consumismo rampante, sin un claro sistema de valores, y que reinterpreta tanto el comunismo como el confucianismo para poner en marcha un tipo de «capitalismo confuciano» (término que utilizo para contrastar el motor ideológico del capitalismo chino con el «capitalismo protestante» de Max Weber).¹¹ Como resultado de este proceso se ha convertido a Confucio, que se opuso tajantemente al beneficio propio como motor del comportamiento humano, en el nuevo modelo del empresario exitoso.¹²

Las guerras del opio y otras intervenciones militares a lo largo de los siglos XIX-XX sirvieron a los intereses de empresas y de países imperialistas, pero no a los intereses chinos. Este proceso sí que fue un «choque de civilizaciones»: un choque violento y traumático entre los valores culturales y las estructuras socioeconómicas y políticas de la sociedad tradicional china, y los valores de una Ilustración europea y norteamericana que acompañaron e inspiraron las estructuras del poder en la construcción de imperios del nuevo orden capitalista. Mientras conquistaron el mundo, los herederos de la Ilustración proclamaron unilateralmente que sus valores eran evidentes y universales. Esta misma universalidad les sirvió, al fin y al cabo, como justificación de sus conquistas económicas y geopolíticas.

Con esta crítica de la autoproclamada universalidad de los valores de la Ilustración no quiero negar la existencia de valores universales. Tampoco quiero sugerir que no hay valores de la Ilustración que sí que son universales. No es éste el tema de mi estudio. La existencia de otros sistemas de valores no impide la existencia de valores universales. De

hecho, como muchos autores asiáticos (como Amartya Sen)¹³ en el debate sobre los valores asiáticos han mostrado, se puede llegar a los mismos valores universales a través de los diversos sistemas de valores asiáticos (porque provienen de diferentes fuentes —hindú, budista, musulmán, confuciana— y porque hay, por lo tanto, más de un sistema de valores asiáticos).

El rechazo de los valores «occidentales» como universales, hecho por las sociedades «orientales», responde más al proceso poscolonialista, es decir, a un proceso semiótico: no representa un análisis de los contenidos específicos de los valores propuestos, sino una reacción contra la fuente que los proclama universales. Se contrasta el contenido idealista de los valores proclamados con la realidad del comportamiento de quienes los proclaman. Si el resultado de este contraste demuestra una hipocresía patente, sería difícil tomar en serio el discurso que proclama estos valores. Lo que se rechaza es el discurso de las antiguas metrópolis: si en el pasado imperialista se demostró ser un engaño, ¿por qué no lo será ahora también?

La crítica de la universalidad de los valores de la Ilustración no se limita al discurso poscolonialista. John Gray, historiador de las ideas y máximo experto en la Ilustración, ha sido especialmente crítico al respeto:¹⁴

Alcanzar una transformación semejante [a la ruptura producida en la vida económica inglesa por la creación del libre mercado que opere con independencia de las necesidades sociales] es actualmente el objetivo principal de organizaciones transnacionales como la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Para avanzar en este proyecto revolucionario, estas organizaciones siguen el liderazgo del último gran régimen ilustrado del mundo: Estados Unidos. Los pensadores de la Ilustración como Thomas Jefferson, Thomas Paine, John Stuart Mill y Karl Marx nunca dudaron que el futuro de todas las naciones del mundo consistía en aceptar alguna versión de las instituciones y valores occidentales. La diversidad cultural no era un rasgo permanente de la vida humana sino una etapa del camino hacia la civilización universal. Todos estos pensadores abogaron por la creación de una única civilización mundial en la que las variadas tradiciones y culturas del pasado quedaron superadas por una comunidad nueva y universal basada en la razón.

Un único mercado global es probablemente la forma final del proyecto ilustrado de una civilización universal. No es la única variante de ese

proyecto que se ha ensayado en este siglo sembrado de falsas utopías. La ex Unión Soviética encarnaba una utopía ilustrada rival, la de una civilización universal en la que en lugar de mercados había planificación centralizada.

Pese a que es imposible conciliar un libre mercado global con cualquier tipo de economía planificada, lo que estas utopías tienen en común es más importante que sus diferencias. En su culto a la razón y a la eficiencia, su ignorancia de la historia y su desprecio por esos modos de vida que abocan a la pobreza o a la extinción, ambas encarnan la misma soberbia racionalista y el mismo imperialismo cultural que han marcado las tradiciones principales del pensamiento ilustrado a lo largo de su historia.

En este contexto la defensa de unos valores «asiáticos» —la quintesencia de la cultura china— supone una resistencia multilateral a la tendencia unilateralista que marca el capitalismo global del Consenso de Washington y la nueva doctrina geoestratégica de la administración Bush de Estados Unidos. Por ello el concepto de la *modernidad* es tan ambivalente en el contexto de la China moderna.

Por una parte, en su día la falta de *modernidad* debilitó al país cuando fue atacado por poderes extranjeros, e impidió la reforma de su economía y de sus instituciones sociopolíticas. Los reformadores de principios del siglo xx bautizaron esta modernidad que faltaba con los nombres simbólicos de «Señora Ciencia» y de «Señora Democracia». Es la *modernidad* que aportaron y que aportan los *huaqiao*, los chinos de ultramar, como Sun Yat-sen, cuya revolución republicana fracasó a principios de siglo, o como los chinos de la actual diáspora, cuyas inversiones son el motor que hoy da tan buenos resultados para la economía china y que mejoran su nivel de vida.

Por otra parte, los países que profesaron esta *modernidad* democrática y científica no respetaron sus propios valores en sus tratos con China. Para muchos pensadores chinos, esta incoherencia histórica sugiere una hipocresía que quita todo mérito a los «valores universales» de la Ilustración desde el punto de vista chino. La protección de los derechos sindicales o de los niños, o la imposición de normas de protección del medio ambiente, pueden ser interpretados no como la defensa de unos valores intrínsecos y universales, que es lo que profesa Occidente, sino como medidas de un proteccionismo encubierto por parte de países que exigen un mercado libre para su propio beneficio, pero que no quieren abrir sus propios mercados al resto del mundo. La exigencia de normas,

instituciones y un Estado de derecho que beneficien el libre comercio en el ámbito internacional por parte de países herederos de la Ilustración europea queda en entredicho cuando estos mismos países no respetan las normas e instituciones internacionales si no les benefician. El proteccionismo que estos países practican sistemáticamente a favor de sus agricultores y en contra de la importación de productos agrícolas de los países en vías de desarrollo sería uno de los ejemplos más evidentes. El hecho de que Estados Unidos sea el país con más casos de incumplimiento de las normas del libre comercio pendientes delante de la OMC sería otro.

El Consenso de Washington predica los valores del libre comercio y del mercado libre como si fueran leyes de la naturaleza, como antiguamente los marxistas defendieron el materialismo dialéctico e histórico. Mientras tanto, los intereses de las multinacionales y de Estados Unidos promueven un unilateralismo desenfrenado desde que la caída de la Unión Soviética eliminó el único contrapeso creíble a Estados Unidos.

Es verdad que los valores asiáticos son una arma de doble filo que puede diluir ciertos valores occidentales, como el respeto a la libertad individual, pero al mismo tiempo, plantean las grandes cuestiones filosóficas de una manera alternativa, llegando a conclusiones distintas en algunos casos, o a conclusiones parecidas sobre bases diferentes. Además, promueven la solidaridad y la convivencia del grupo como gran valor social.

Kagan cita a dos pensadores europeos del siglo XVII (Hobbes y Kant) para establecer un contraste entre una visión pesimista de un mundo con una tendencia natural hacia la violencia interesada que sólo puede ser controlado por la imposición del más fuerte (Hobbes según Kagan), con una visión del imperativo categórico donde la razón debe imponerse por la fuerza de sí misma, y no a través de la imposición de la fuerza. Amitav Acharya, un experto indio en temas estratégicos basado en Singapur, argumenta que los asiáticos son también hobbesianos en su visión del mundo, pero que llegan a conclusiones distintas de las de Kagan.¹⁵

A lo largo del primer milenio a.n.e el pensamiento político chino fue dominado por el debate entre una visión «distópica» del mundo y una visión «utópica». La visión distópica, llamada «realista» por muchos expertos occidentales, vio al ser humano como un tipo de autómatas gobernado por sus instintos: el deseo de satisfacerse y de evitar el dolor. Desde esta perspectiva se podría diseñar un eficaz sistema de control social

basado en la adecuada aplicación de castigos o de recompensas. Esta filosofía dio pie a la escuela de pensamiento chino conocido como el legismo.¹⁶ La perspectiva utópica, que caracterizaría el confucianismo a lo largo de la historia china, confió en la educación y en la política económica para crear un sistema humanista de control social.

Mencio¹⁷ (371-289 a.n.e.), el más importante seguidor de Confucio (551-479 a.n.e.), vio al ser humano como una criatura que nace con una naturaleza que contiene unas «semillas» (la compasión, la vergüenza, la capacidad de reconocer jerarquías, la capacidad de distinguir entre verdadero y falso) con la potencia de desarrollarse en «virtudes» (el altruismo, un sentido del deber, el respeto a las normas sociales, la razón). Mencio elaboró un análisis de la política económica para explicar por qué las circunstancias sociales determinan si estas semillas se desarrollarán o no en las virtudes sociales deseadas. La mayoría de las traducciones de Mencio a lenguas europeas recurren a una terminología cristiana que sugiere que Mencio vio la naturaleza humana como «buena» por sí misma, pero el razonamiento de Mencio no es éste, ni tiene su fuente en el cristianismo. Aun así, predica unos valores sociales altamente positivos.

Xunzi (*h.* 298-238 a.n.e.), el otro gran seguidor de Confucio en la Antigüedad, con ciertas afinidades con el pensamiento legista, vio al ser humano como una criatura egoísta que seguiría sus instintos si no fuera por el proceso de socialización y de educación. La mayoría de las traducciones de Xunzi a las lenguas europeas también recurren a una terminología cristiana que sugiere que él vio la naturaleza humana como «mala» por naturaleza, pero esto no es precisamente lo que dice el texto chino, ni tiene su fuente en el cristianismo. Aun así, predica los mismos valores que Confucio y Mencio.

Mencio no es Kant y Xunzi no es Hobbes, pero los cuatro analizaron los mismos temas, en épocas y culturas diferentes. Antes de proclamar la universalidad de Hobbes y/o de Kant, haría falta estudiar más a fondo los valores proclamados por otras culturas. Mozi¹⁸ (479-381 a.n.e.) describió los orígenes de la sociedad humana y de un sistema de gobierno en términos muy parecidos a los de Hobbes (1588-1679), pero llegó a conclusiones distintas y predicó un tipo de igualitarismo y de utilitarismo. También podemos encontrar obras clásicas del pensamiento político en otras culturas «orientales», como las de Ibn Jaldún, en el ámbito islámico o la *Arthashastra* o la *Panchatantra*, en el ámbito indio, que apor-

tan matices muy importantes a la definición de valores y de instituciones, así como de procesos sociales y políticos.

El rico debate del pensamiento político que dominó aquel primer milenio a.n.e. en China fue muy pragmático, como demuestra el caso del famoso «Debate sobre la sal y el hierro» (*Yantie Lun*) del año 81 a.n.e., entre ministros distópicos y letrados utópicos, sobre el papel de los monopolios estatales que intervinieron en los mercados para garantizar precios asequibles para el pueblo de los productos de necesidad. Este debate tuvo sus repercusiones en el mundo moderno a través de una tesis doctoral, *Los principios económicos de Confucio y su escuela*, publicada por la Universidad de Columbia en 1911, que llamó la atención de Henry Wallace, quien, como vicepresidente de Franklin Delano Roosevelt, formuló la Ley del Ajuste Agrícola de 1938. Esta ley se inspiró en el concepto del «granero siempre normal» (es decir, lleno), una traducción literal de un antiguo término chino para el mecanismo de intervención gubernamental en los precios del mercado del grano.¹⁹

Así se puede ver cómo unos valores chinos inspiraron tanto la Ilustración como el *New Deal*. Aun así, el unilateralismo del Consenso de Washington se autoproclama «universal» en términos absolutistas y excluyentes porque es etnocéntrico, incapaz de admitir la teoría de la construcción social de la realidad²⁰ y de cuestionarse. La consecuencia de todo esto es una forma virulenta de etnocentrismo que se convierte en una amenaza a la etnodiversidad. Como reacción a esta tendencia, cualquier otro sistema de valores se transforma en un hecho diferencial.

El concepto de *laissez-faire* forma parte de la herencia de la Ilustración tanto como la Declaración Universal de los Derechos Humanos y como el marxismo. Si es verdad que el convencimiento de la universalidad de estas ideas justificó su imposición, deberíamos volver a examinar los valores de la Ilustración desde una perspectiva crítica, y no defenderlos ciegamente contra cualquier sistema alternativo. El hecho de que el movimiento nazi creyó haber encontrado una justificación filosófica para su ideología en algunos aspectos del pensamiento de Nietzsche no quiere decir que tuvo razón, pero sí que hay que volver a analizar aquellos aspectos del pensamiento de Nietzsche que se prestaron a una mala interpretación. En este sentido se puede preguntar si los valores de la Ilustración forman parte del espíritu protestante del capitalismo (al estilo Max Weber), o si son epifenómenos del capitalismo protestante (al estilo del marxismo simplista). Muchos pensadores asiáticos identifican la

modernidad con este sistema de valores del capitalismo occidental. Encuentran sus orígenes en la Ilustración y su aplicación en el imperialismo más salvaje.

Los valores asiáticos, que rechazan la *modernidad* europea a favor de una versión propia de la *posmodernidad*, surgen de las mismas fuentes que algunos valores de la Ilustración, pero la *posmodernidad* china tiene algunas características muy diferentes de su versión occidental (que, desde un punto de vista marxista, no podría escapar a la contaminación de la misma *modernidad* que rechaza).

El primer debate sobre los valores asiáticos surgió a principios de los años noventa, cuando el *boom* de los tigres asiáticos se presentó como sistema capitalista alternativo. Sus defensores principales eran el primer ministro Mahathir y Noordin Sopiee de Malaysia, y el ministro principal Lee Kuan Yew, Tommy Koh, George Yeo, Kishore Mahbubani de Singapur.²¹ Defendieron la existencia de un sistema de valores asiáticos en el marco de un poscolonialismo nativista, que rechazó la tutela y las imposiciones de Occidente. Podemos resumirlos así:²²

- un conjunto de valores compartidos por diferentes nacionalidades y etnias de Asia oriental;
- la comunidad prevalece sobre el individuo;
- el orden y la armonía prevalecen sobre la libertad particular;
- rechazo a la separación de la religión de otros aspectos de la vida;
- un énfasis especial en el ahorro y la moderación en los gastos;
- una insistencia en la necesidad de trabajar bien;
- respeto hacia el liderato político;
- una relación no adversaria entre el gobierno y el sector empresarial;
- un énfasis en la lealtad hacia la familia;
- una insistencia en interpretar el éxito económico de estos países en relación con estos valores, y no de acuerdo con modelos supuestamente neutrales ni por la adopción de valores occidentales;
- el desarrollo de sistemas políticos modernos en sociedades asiáticas debe hacerse de acuerdo con estos valores específicos de las culturas asiáticas, que no son susceptibles a la reforma o a la crítica basada en principios liberal-demócratas desarrollados en sociedades occidentales;

- el convencimiento de la existencia de una gran transformación que está en marcha, y que involucra el ascenso de «Oriente» y el ocaso de «Occidente»;
- inquietud hacia ciertos «valores occidentales», relacionados con un excesivo énfasis en el individuo a costa de la comunidad, una falta de disciplina social y un exceso de tolerancia de la excentricidad y la anormalidad en el comportamiento social (que implica que «Occidente» podría aprender de los «valores asiáticos»).

«Occidente» no dudó en rechazar estos argumentos, y a partir de la crisis financiera asiática del año 1997 la validez de los mismos para justificar un modelo distinto del desarrollo económico perdió mucha de su fuerza. Podríamos resumir los contraargumentos occidentales así:

- un único conjunto de «valores asiáticos» no cuadra con la diversidad religiosa (islam, confucianismo, budismo) y otras divisiones de la región, ni con las importantes transformaciones sociales y culturales en marcha actualmente;
- muchos valores asiáticos son igualmente occidentales, a veces inculcados por asiáticos formados en Occidente;
- debe cuestionarse el papel en el análisis social o económico de «valores asiáticos» o «valores occidentales» o «cultura» en general, porque el cambio económico puede ser el resultado de otros procesos más profundos; las culturas son cosas contingentes, reconstruidas, construidas o inventadas para servir los objetivos específicos de sus inventores;
- en muchos casos defender unos valores específicamente «asiáticos» es defender unos regímenes autoritarios bajo el concepto del excepcionalismo cultural;
- los «valores asiáticos» son una construcción de lideratos asiáticos y no las creencias tradicionales de sus pueblos;
- la ideología de los «valores asiáticos» es un conservadurismo radical que sirve a las necesidades del capitalismo en una etapa concreta de su desarrollo en ciertas sociedades asiáticas, que combine el estatismo con la economía de mercado;
- no hay acuerdo sobre los «valores asiáticos» dentro de la misma región; algunos líderes defienden los valores liberales «universales»;

- no han servido como sistema ideológico unificador de la región;
- existe un estándar doble: los que defienden la piedad filial se preocupan porque los hijos no apoyan a los padres; los que critican Occidente por ser materialista, quieren enriquecerse.

El debate sobre los valores promovido desde Singapur por Lee Kuan Yew se enmarca claramente en el contexto poscolonialista de rechazo de los valores de las antiguas metrópolis a favor de los valores nativos. Yew afirmó que

para Estados Unidos, ser desplazados, no en el mundo sino sólo en el Pacífico occidental por un pueblo asiático durante tanto tiempo despreciado por decadente, débil, corrupto e inepto, es muy difícil de aceptar desde el punto de vista emocional. El sentimiento de supremacía cultural de los estadounidenses hará que este ajuste resulte muy difícil de admitir. Los estadounidenses creen que sus ideas —las de la supremacía del individuo y la libertad de expresión sin límites— son universales. Pero no lo son; nunca lo han sido.²³

El caso chino es algo diferente del de Malaysia o del de Singapur, porque China es la fuente principal del confucianismo, que es la base del sistema de valores de Asia oriental. Además, China ha sido desde hace varios milenios una gran civilización y un poder regional de máxima categoría. Por lo tanto, los pensadores chinos pueden elaborar su crítica de la *modernidad* y su propuesta de la *posmodernidad* con más confianza en sí mismos. Para muchos pensadores chinos, China debería modernizarse sin pasar por la *modernidad* occidental. Debería «saltar» el sistema de valores de la Ilustración que ellos ven como una justificación del imperialismo, y desarrollar una economía y unas instituciones que sean válidas para enriquecer el país y mejorar el nivel de vida de su población, pero sin permitir la imposición de valores que favorecen un Occidente que ya es rico.

Estos pensadores han visto que la disidencia cultural en los países occidentales profesa los valores de la *posmodernidad* como rechazo a los de la *modernidad*. En este contexto, dicen que debería ser posible modernizar el país pero al mismo tiempo ahorrarse la imposición de unos valores que los mismos países occidentales (o su disidencia cultural, como mínimo) ya rechazan. De esta manera, China podría llegar a la *pos-*

modernidad sin haber pasado por la *modernidad*; podría mantener sus propios valores, su «quintaesencia» cultural. (En esta teoría hay un eco del afán de Mao de hacer «el Gran Salto Adelante», llegando al comunismo sin haber pasado por el socialismo, todo hay que decirlo). No haría falta aceptar como valores «universales» unos valores que pertenecen a una *modernidad* ya caducada desde el punto de vista del pensamiento posmodernista.

A lo largo de los años noventa han florecido dos nuevas escuelas de pensamiento chino: *houxiandai zhuyi* (posmodernismo) y *houzhimin zhuyi* (poscolonialismo). Su popularidad ha favorecido la creación de un nuevo término que las combina en una sola tendencia: *houxue* (estudios «pos»).²⁴ El intelectual Xu Jilin resume esta tendencia así:

To consider the factors internal to epistemology, [the «anti-Western» theorists of the 1992] all had begun by accepting the mainstream discourse of the Western intellectual genealogy. They believed that Western modernist thought should and could contribute to China's modernization adequate intellectual resources and patterns for action. As a consequence, the deeper their previous commitment, the more they were able to discover that the supposed universals of modernist theory were really nothing more than particular products of Western history/culture and were separated by a great gulf from the discourse of China's contemporary culture and historical tradition. This gap between western theory and Chinese discourse made it impossible for them not to shift their gaze from Western mainstream discourse and toward marginal discourses such as postcolonial cultural theory, analytical Marxism, and so forth. They hoped to find there inspiration for a pattern of modernization that would fit Chinese conditions [...] Unlike previous cultural conservatives, these scholars' plan was not to «confront Western learning with native learning», but rather to «use aliens to control the aliens», to use Western marginal discourses to resist Western mainstream discourse.

From the external, sociological perspective, the anti-Western trend is closely connected to a series of changes in the environment at home and abroad. Following the sudden takeoff of the Chinese economy, the national strength of China grew enormously; and the first reaction of a disfavored people that is emerging from its disfavored status is to say «no» to those privileged peoples it has long been attempting to overtake. In the 1980s, China's contacts with the west were limited, conflicts of interest were rare, and intellectuals had a flattering image of the West, so that Westernization had a suitable psychological support. But from the beginning of the 1990s

China began to enter into the international political-economic system, and conflicts between China and the West became more and more direct: the opposition of the Western countries, particularly the United States, to China's joining the WTO and hosting the Olympic Games, trade frictions, the Yinhua incident, and a series of other events caused Chinese intellectuals to lose a great part of their faith in the West. Behind their beautiful Western discourse, they discovered ugly relationships of power, and an unequal power relationship that the Western countries were determined to force onto China. Thus the nationalistic feeling of Chinese intellectuals was greatly awakened, so that anti-Westernism had a deep psychological foundation.²⁵

Los proponentes del *houxue* insisten en diferenciarse de los teóricos del poscolonialismo y del posmodernismo occidentales. Como dice Zhang Yiwu:

This exploration tries, first, to find a new position: «the Other of the Other». While seeking to transcend the old condition of «Otherness» and refusing to take either side of the oppositions of universal/particular, classic/modern, it reflects on both in the context of contemporary culture and offers new insights. Second, it implies participation in contemporary culture—it implies the Gramscian role of the «organic intellectual». It neither stands apart from culture, nor tries to transcend culture, but seeks theoretical advances from within the dialectical thought of transformations in society and culture. It maintains a critique of Western cultural hegemony, but this critique does not imply a decisively nativistic conservative perspective. This new perspective allows a new grasp on the «condition» of hybridity in contemporary China. This grasp was made possible by an appropriation of Western theories, but this appropriation does not imply the use of theory to advance interpretations of the Chinese context; rather, it recognizes that the transcendence of theoretical hegemony is dependent on reflection about and critique of theory. This requires the use of theory to critique theory, using contemporary Chinese conditions to reflect on theory, and using theory to match contemporary Chinese conditions, so as to produce a two-sided hermeneutic and gain a new cultural imagination and creativity.²⁶

Aunque muchos de estos autores citan las teorías de Edward Said, lo hacen de una manera crítica y deconstructivista, como son los casos de Zhang Kuan o de Wang Ning:

The international situation since the end of the Cold War shows an ever more obvious tendency toward reorganization on the basis of ethnic characteristics and cultural identity. Ideology correspondingly fades. Although the West continues to present itself as powerful, postcolonial criticism brings a bit of deconstruction to all the myths of grandiose Western discourse—and for us this is surely a good thing. No doubt about it, Said and anticolonialism are not reasons for stopping China's processes of reform and openness in favor of closing the door and protectionism, but for the sake of strengthening the cultural self-image and ethnic solidarity of the Chinese people as we go forth to face the stirrings of a «clash of cultures», these are questions that no responsible Chinese intellectual can fail to take seriously (Zhang Kuan).

The «Orient» does not merely refer to a geographical location. It also has a very profound political and cultural connotation. This «Orient» has become the «other» of the West, from which perspective Western people reflect its world. Thus it is absolutely necessary for them to have such an «other» [But] Said's «Orient» or «Orientalism» also has its ideological and cultural limitations [...] the «Western» idea or culture that we usually deal with in effect refers to the ideology or cultural concepts based on the bourgeois value standard prevailing in Europe and America, while those contrary to them are normally regarded as the «Oriental» concepts. It is on the basis of this striking difference in ideology and culture that the East and the West were in a state of opposition during the cold-war period after World War II [...] [and now, after the Cold War] according to Samuel Huntington, «the great divisions among humankind and the dominating source of conflict will be cultural» (Wang Ning).²⁷

En el discurso de los líderes políticos se encuentra una forma paralela del debate intelectual y teórico sobre la *posmodernidad* china. Este hecho complica el debate sobre el posmodernismo y el poscolonialismo en China. Muchos líderes políticos e intelectuales «oficiales» se han apoderado de la terminología y de las teorías «pos» para disfrazar su defensa de políticas inmovilistas.²⁸ Aun así, su estrategia representa una resistencia importante al neoimperialismo cultural que predica la modernidad de la Ilustración como único sistema de valores universales. Además, destacan las contradicciones internas entre la retórica modernista y las actuaciones de sus defensores (una metodología de análisis crítico que es la herencia del pensamiento de Mao Zedong). El ministro de Asuntos Exteriores Qiao Shi dijo que «cualquier intento de imponer la propia voluntad o los propios valores a los demás o de unificar el mundo según un determina-

do modelo de “civilización” fracasará de manera irremediable [...]. Ningún sistema económico es bueno para todos los países. Cada uno debe seguir su propio camino, como ha hecho China».²⁹ Wang Yizhou, vicedirector del Instituto de Política y Economía Mundial de la Academia China de las Ciencias Sociales, el principal *think tank* del gobierno chino, respondió así en una tertulia organizada a través de Internet después de que la OTAN atacó con misiles la embajada de China en Belgrado:³⁰

«*What is NATO's Strategy?*»

First, from a defensive military organization it is becoming a tool for expansion, first to all of Europe, then to the whole globe [...] Second, NATO's new concept demands that NATO no longer stay within its traditional geographical bounds: it will expand to wherever it is needed. For example, the first step was a peaceful eastward expansion with the entry of Poland, Hungary, and the Czech Republic; the next step is to press on toward the Mediterranean and North Africa; it may be that step three is to expand to the other nations of the world in order to realize NATO's goal of replacing the U.N.

Third, in the past NATO was a strictly military alliance, and now it is moving in the direction of military government, so that, for example, it will no longer be concerned with security alone but will take on human rights issues, refugee issues, drug issues, criminal issues, etc. This is NATO's ambition of global expansion.

The speed of China's modernization is sure to disturb the present international political and economic order and insensibly threatens U.S. and Western leadership. So we will certainly become the object of more and more attacks. The rest of the world will come forth with all kinds of excuses and pretexts for limiting or cornering China —human rights, the environment, non-proliferation, guided missile technology, trade deficits, etc. By setting impossible requirements, they hope to limit China's development, confine China to a frame set by themselves [...].

About the «anatomy of U.S. hegemony» and the United States's use of theory to shore up their hegemony»: [...] American hegemony, apart from its military and political aspects, is a cultural or conceptual hegemony. This is a much more complex, much craftier form of hegemony. Think of Hollywood movies or the global position of the English language, or American inventiveness in the field of ideas.

We can point to any number of examples to show how U.S. hegemony gets various kinds of theoretical support. The first and most famous is the «clash of cultures» theory, which is a plan to give the United States the dominant role in determining the value of every people, every culture,

every civilization [...]. Another aspect is what is called «peace and democracy». Here the plan is to tell every country in the world: if you follow the pattern of the Western «democracies», you'll have peace and security, but if you refuse Western «democracy», you'll meet the same fate as Yugoslavia [...]. Another means is the famous principle that «human rights take precedence over national sovereignty».

Aunque los pensadores de la *posmodernidad* china destacan la diferencia entre su versión «Oriental» y la de «Occidente», la voz crítica occidental llega a deconstruir también los valores de la Ilustración a través de su comparación con valores asiáticos, como demuestra John Gray:³¹

Las profundas diferencias entre el capitalismo asiático y el de los países occidentales no disminuirán con el tiempo. Reflejan diferencias, no sólo en las estructuras familiares sino también en la vida religiosa de las culturas en las que esos distintos capitalisms están enraizados. El mayor sociólogo del capitalismo, Max Weber, tenía razón cuando vinculaba el desarrollo del capitalismo en Europa noroccidental con el protestantismo.

Los pensadores sociales y los economistas occidentales están equivocados al suponer que todo capitalismo llegará a asemejarse a la cultura económica —extremadamente individualista— de Inglaterra, Escocia y parte de Alemania y los Países Bajos. El capitalismo francés o italiano no lo han hecho. En nuestros tiempos, el capitalismo de los países poscomunistas con tradición religiosa ortodoxa será diferente al de cualquier país «occidental» protestante o católico: ni las instituciones de la sociedad civil laica, ni el Estado limitado de esos países occidentales se ha desarrollado en ninguna cultura ortodoxa. El capitalismo ruso, igual que los demás capitalisms del mundo ortodoxo, será *sui generis*.

Lo mismo vale para los capitalisms asiáticos: el capitalismo indio nunca convergirá con el de los países cuya principal herencia religiosa es confuciana, budista o musulmana. Puede que el sistema de castas de la India sea el sistema social más estable del mundo, habiendo sobrevivido los desafíos del budismo, del islam y del secularismo fabiano, y seguramente condicionará profundamente el crecimiento de cualquier capitalismo autóctono indio.

El nuevo capitalismo de Asia oriental está libre de la pesada carga occidental de disputa ideológica sobre los méritos de los sistemas económicos rivales. Esto es así en parte porque la mayor parte de las tradiciones religiosas de Asia oriental no pretenden ser exclusivas. Esta falta de reivindicación de una única verdad es paralela a un enfoque pragmático en política económica.

En las culturas asiáticas, las instituciones de mercado se consideran instrumentalmente, como medios para la creación de riqueza y de cohesión social, no teológicamente fines en sí mismos. Uno de los atractivos que tienen los «valores asiáticos» es que, al adoptar una aproximación a la vida económica totalmente instrumental, evitan las obsesiones occidentales que hacen de la política económica un terreno de conflicto ideológico. La libertad «asiática» con respecto a la teología económica permite que las instituciones de mercado se juzguen y se reformen en referencia a cómo sus actuaciones afectan a los valores y a la estabilidad de la sociedad.

Hemos entrado en la era del ocaso de Occidente. No es una era en la que todos los países asiáticos vayan a prosperar y todos los países occidentales deban sufrir un declive. Es un período en el que la identificación de «Occidente» con la modernidad está terminando. Puede que la propia idea de «Occidente» se haya vuelto arcaica: las viejas polaridades de «Oriente» y «Occidente» ya no captan la diversidad de culturas y de regímenes del mundo.

Una Asia monolítica es, en buena medida, algo tan quimérico como la «civilización occidental». El crecimiento inexorable de un mercado mundial no da lugar a una civilización universal, sino que hace de la interpenetración de las culturas una condición global irreversible.

Una consecuencia de la *posmodernidad* china, que es una *antimodernidad* occidental, es el papel del nuevo o renovado nacionalismo chino, que es, a la vez, una respuesta al vacío de valores creado por el fracaso del modelo comunista. El clima de la guerra fría, con su anticomunismo irreflexivo, ocultó el papel importante del nacionalismo en el éxito del Partido Comunista chino. Este Partido, que luchó contra los invasores japoneses en su día (a diferencia del Partido Nacionalista, el *Guomindang*, que reservó sus fuerzas para confrontar a los comunistas una vez acabada la guerra), ha recuperado para el país su papel de gran jugador en la arena de la política internacional. Hoy en día, China percibe la unipolaridad de la geopolítica de Estados Unidos como una amenaza a su futuro, y promueve la reconstrucción de un mundo multipolar como remedio a la situación creada después de la desaparición de la ex Unión Soviética.

Éste no es un tema trivial: uno de los *best sellers* chinos más importantes de los años noventa ha sido el libro *China puede decir ¡No!*³² En combinación con la tendencia de la derecha norteamericana de promover la idea de una rivalidad inevitable EEUU-China, el nacionalismo chino podría convertirse en uno de los factores geopolíticos más impor-

tantes de este nuevo siglo. Que el nacionalismo chino, que podría ser visto como un síntoma de la misma *modernidad* que China profesa rechazar,³³ se convierta en síntoma de la *posmodernidad* china, no deja de ser una paradoja. Aun así, la defensa china de un sistema de valores alternativo al sistema predicado por las antiguas metrópolis occidentales no deja de ser un elemento de contrapeso igualmente importante para el futuro de este nuevo siglo.

Notas

1. Golden, Seán, «From the Society of Jesus to the East India Company: A Case Study in the Social History of Translation», en Marilyn Gaddis Rose, ed., *Beyond the Western Tradition. Translation Perspectives XI*, Binghamton, NY, State University of New York at Binghamton Press, 200, pp. 199-215; Menzies, Gavin, *1421: The Year China Discovered America*, Londres, Harper Collins, 2003.

2. *Guerra y Paz en el siglo XXI: las relaciones transatlánticas*, debate que organizó la Fundació CIDOB, bajo el patrocinio del alcalde de Barcelona y en la perspectiva del Forum Universal de las Culturas 2004, 18/01/2003. Ponentes: John Ikenberry, Robert Kagan, Kenton Keith (EEUU); Anthony Giddens, Pascal Lamy, Javier Solana (UE). Moderadores: Manuel Castells, Narcís Serra.

3. Kagan, Robert, *Poder y debilidad: Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*, traducción de Moisés Ramírez Trapero, Madrid, Taurus, 2003 (basado en su artículo «Power and Weakness», *Policy Review*, verano de 2002).

4. Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, traducción de P. Elías, Barcelona, Planeta, 1992 (basado en su artículo «The End of History?», *The National Interest*, verano de 1989).

5. Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.

6. Said, Edward, *Orientalismo*, traducción de María Luisa Fuentes, Madrid, Libertarias-Prodhuft, 1990; *Cultura e imperialismo*, traducción de Nora Cattelli, Barcelona, Anagrama, 1996.

7. Polanyi, Karl, *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta, 1989.

8. Golden, *op. cit.*

9. Sunzi, *Sunzi, L'art de la guerra*, introducción y traducción de Seán Golden y Marisa Presas, Barcelona, Edicions Proa, 2000; Laozi, *Laozi. Daodejing. El libro del «dao» i del «de»*, introducción, comentarios y traducción de Seán Golden y Marisa Presas, Barcelona, Edicions Proa, 2000.

10. Golden, Seán, «China sin Mao: los cambios sociales como política», en *El nuevo orden internacional en Asia-Pacífico*, Bustelo, Pablo y Delage, Fernando, eds., Madrid, Ediciones Pirámide, 2002, pp. 161-177; Golden, Seán, «Alguns condicionants de la cultura xinesa contemporània», *Àmbits de Política i Societat*, n° 23, verano de 2002, pp. 48-51; Golden, Seán, «La Xina del segle XXI. El dilema de la modernitat», *dcidob*, primavera de 2003, pp. 4-8; Golden, Seán, «Modernidad versus postmodernidad en China», en Golden, Seán y Soms, Eva, eds., *La nueva China y sus relaciones con la Unión Europea y España*, *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 63, septiembre/octubre de 2003, pp. 9-32; Lu Xun, *Mala Herba*, introducción y traducción de Seán Golden y Marisa Presas, Barcelona, Edicions 62, 1994.

11. Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1979; Chow, Rey, *The protestant ethnic and the spirit of capitalism*, Columbia University Press, Nueva York, 2002; Redding, S. G., *The Spirit of Chinese Capitalism*, Berlín, de Gruyter, 1990; Redding, S. Gordon y Whitley, Richard D., «Beyond bureaucracy: analysis of resource coordination and control», Clegg, S. R. y Redding, S. G., eds., *Capitalism in Contrasting Cultures*, Berlín, de Gruyter, 1990.

12. Kam, Louie, «Confucius as Sage, Teacher, Businessman: Transformations of the wen Icon», *Theorising Chinese Masculinity. Society and Gender in China*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 42-57.

13. Sen, Amartya, «Our Culture, Their Culture», *NR* (1 de abril de 1996); «Human Rights and Asian Values: What Lee Kuan Yew and Le Peng don't understand about Asia», *The New Republic* (14 de julio de 1997), vol. 217, n°s 2-3; «Human Rights and Asian Values», *NR* (14 de julio de 1997); *Development as Freedom*, Nueva York, Knopf, 1999; Yu, Anthony, «Enduring Change: Confucianism and the Prospect of Human Rights», *Lingnan Journal of Chinese Studies*, 2 (2000), pp. 27-70; de Bary, Wm Theodore y Tu Weiming, eds., *Confucianism and Human Rights*, Nueva York, Columbia University Press, 1998; de Bary, Wm. Theodore, *East Asian Civilizations. A Dialogue in Five Stages*, Cambridge, Harvard University Press, 1988; Peerenboom, Randall, «The Limits of Irony: Rorty and the China Challenge», *Philosophy East and West*, 50 (2000), pp. 56-89; Rorty, R., «Response to Peerenboom», *Philosophy East and West*, 50 (2000), pp. 90-92; «Symposium: "Public Sphere"/"Civil Society" in China», *Modern China*, 19 (1993).

14. Gray, John, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 12-14.

15. Acharya, Amitav, *International Herald Tribune* (23 de enero de 2003).

16. Han Fei Zi, *Han Fei Zi. El arte de la política (Los hombres y la ley)*, estudio preliminar de Pedro San Ginés Aguilar, traducción de Yao Ning y Gabriel García-Noblejas, Madrid, Tecnos, 1998; Anne Cheng, *Historia del pensamiento chino*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002.

17. *Los Cuatro libros. Confucio, Mencio*, prólogo, traducción y notas de Joaquín Pérez Arroyo, Madrid, Alfaguara, 1981; Confucio, *Confucio. (Maestro Kong). Lun Yu, Reflexiones y enseñanzas*, traducción, introducción y notas de Anne-Hélène Suárez, Barcelona, Kairós, 1997; Anne Cheng, *op. cit.*

18. Mo Ti, *Mo Ti. Política del amor universal*, estudio preliminar de Fernando Mateos, traducción y notas de Carmelo Elorduy, Madrid, Tecnos, 1987.

19. Wm. Theodore de Bary, *East Asian Civilizations. A Dialogue in Five Stages*, Cambridge, Harvard University Press, 1988, p. 19; Chen Huang-chang, *The Economic Principles of Confucius and His School*, Nueva York, Columbia University Press, 1991; Bodde, Derk, «Henry Wallace and the Ever-Normal Granary», *Far Eastern Quarterly*, 5 (agosto de 1946), pp. 411-416; Bodde, Derk, *Essays on Chinese Civilization*, ed., Charles Le Blanc y Dorothy Borei, Princeton, Princeton University Press, 1981, pp. 18-20, 218-233.

20. Berger, Peter y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984; Eagleton, Terry, *La idea de la cultura: una mirada política sobre los conflictos culturales*, Barcelona, Paidós, 2001.

21. Kim Dae Jung, «Is Culture Destiny?», *Foreign Affairs*, 73, 6 (1994); Lee Kuan Yew, «Culture is Destiny», *Foreign Affairs*, 73, 6 (1994); Lee Kuan Yew, Interview, *New Perspectives Quarterly*, vol. 13, n° 1 (invierno de 1996); Lee Teng-hui «We Must Defend Ourselves», *Newsweek*, 20 (mayo de 1996); Mahathir, Mohamad y Shintaro, Isihara, *The Voice of Asia*. Tokyo: Kodansha International, 1995; Qiao, Shi, Interview, *New Perspectives Quarterly*, vol. 14, n° 3, (verano de 1997); Umehara, Takeshi, «Ancient Japan shows post-modernism the way», *New Perspectives Quarterly*, vol. 9 (primavera de 1992); Anwar, Ibrahim, «A global convivencia vs. the clash of civilizations», *New Perspectives Quarterly*, vol. 14, n° 3 (verano de 1997), pp. 31-43.

22. Milner, Anthony, «What's Happened to Asian Values» (1999), <http://www.anu.edu.au/asianstudies/values.html>

23. Lee Kuan Yew [ministro principal, Singapur], entrevista, *New Perspectives Quarterly*, vol. 13, n° 1 (invierno de 1996), p. 4, Gray, *op. cit.*, p. 211.

24. Saussy, Haun, «Postmodernism in China», *Great Walls of Discourse and Other Adventures in Cultural China*, Cambridge, MA., Harvard University Press, 2001, pp. 118-145; Chow, Rey *Writing Diaspora: Tactics of Intervention in Contemporary Chinese Cultural Studies*, Bloomington IN, Indiana University Press, 1993; Chow, Rey, «Can One Say "No" to China?», *New Literary History*, 28 (1997), pp. 147-151; Chow, Rey, *Ethics After Idealism: Theory-Culture-Ethnicity-Reading*, Bloomington IN., Indiana University Press, 1998; Liu Kang y Tang Xiaobing, *Politics, Ideology and Literary Discourse in Modern China*, Durham, NC., Duke University Press, 1993; Lu, Sheldon, «Art, Culture, and Cultural Criticism in Post-New China», *New Literary History*, 28 (1997), pp. 111-133; Tang Xiaobing, «The Function of New Theory: What Does It Meant to Talk

About Postmodernism in China?», en Liu Kang y Tang Xiaobing, eds., *Politics, Ideology and Literary Discourse in Modern China*, Durham, NC., Duke University Press, 1993, pp. 278-299; Yeh, Michelle, «Chinese Postmodernism and the Cultural Politics of Modern Chinese Poetry», *Cross-Cultural Readings of Chineseness*, Yeh Wen-hsin, ed., *China Research Monographs*, 51, Berkeley, CA., Institute of East Asian Studies, 2000, pp. 100-127; Zhang Longxi, «Postmodernism and the Return of the Native», *Mighty Opposites: From Dichotomies to Differences in the Comparative Study of China*, Stanford: Stanford University Press, 1998, pp. 184-212; Zhang Xudong, «On Some Motifs in the Cultural Discussion», *Chinese Modernism in the Era of Reforms*, Durham, NC., Duke University Press, 1997, pp. 71-99; Zhao, Henry Y. H., «Post-Isms and Chinese New Conservatism», *New Literary History*, 28 (1997), pp. 31-44; Zheng Min, «Shijimo de huigu: Hanyuyuyan biange yu Zhongguo xinshi chuanguo» [Retrospect at Century's end The Transformation of the Chinese Language and Modern Chinese Poetic Creation], *Wenxue pinglun*, 3 (1993), pp. 5-20.

25. Xu Jilin, «Wenhua rentong de kunjin-90 niandai Zhongguo zhishijie de fanxihua sichaog» [«Las dificultades de la identidad cultural: la tendencia anti-Occidental en la vida intelectual china de los años 90»], *Zhanlüe yu guanli*, 18 (1996), pp. 100-101; Saussy, *op. cit.*, p. 122.

26. Zhang Yiwu, «Chanshi “Zhongguo” de jiaolü» [«La ansiedad de interpretar “China”»], *Ershiyi shiji*, 29 (junio de 1995), pp. 134-135; Saussy, *op. cit.*, p. 135.

27. Zhang Kuan, «Zai tan Sayide» [«Sobre Said otra vez»], *Dushu* (octubre de 1994), 14; Saussy, *op. cit.*, p. 128; Wang Ning, «Orientalism Versus Occidentalism», *New Literary History*, 28 (1997), pp. 59-61; Saussy, *op. cit.*, p. 231, n. 21.

28. Saussy, *op. cit.*, hace un análisis muy crítico de los argumentos y los exponentes de los estudios «pos».

29. Qiao, Shi [Politburo Chino], entrevista, *New Perspectives Quarterly*, vol. 14, nº 3 (verano de 1997), pp. 9-10; Gray, *op. cit.*, p. 213.

30. Wang Yizhou, *People's Daily Online* (20 de mayo de 1999), «Wang-you de shengyin: Wang Yizhou boshi da wangyou wen, xia» («Voces de nuestra comunidad Internet: Dr. Wang Yizhou responde a las preguntas de los lectores»; <http://www.peopledaily.com.cn/item/199905/14/wyz-wy.html>); Saussy, *op. cit.*, pp. 140, 141.

31. Gray, *op. cit.*, pp. 244-246.

32. Song Qiang, Zhang Zangzang, Qiao Bian, *Zhongguo keyi shuo «bu»* [«China puede decir ¡No!: elecciones políticas y emocionales para el período posguerra fría»], Beijing, Zhonghua gongshang lianhe chubanshe, 1996.

33. Anderson, Benedict, *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres, Verso, 1987.

TERCERA PARTE
ECONOMÍA INTERNACIONAL

Las relaciones económicas y el nuevo regionalismo en Asia oriental

Pablo Bustelo

Introducción

En contraste con otros casos, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la Unión Europea (UE), Asia oriental en su conjunto no ha tenido hasta muy recientemente mecanismos formales de integración regional que vinculasen a toda la región. Las únicas excepciones han sido la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental o ASEAN (circunscrita al sureste asiático y, como se verá más adelante, con importantes limitaciones en su proyecto de área de libre comercio) y la iniciativa transpacífica del foro de Cooperación Económica en Asia-Pacífico (APEC), con participación de países de la orilla americana del océano Pacífico.

Las rivalidades históricas (especialmente entre Japón y China), la renuencia de Japón a ejercer el liderazgo, la oposición de Estados Unidos y, más recientemente, la creciente competencia entre China y la ASEAN son factores que, entre otros, explicaban esa anomalía. No obstante, la situación ha cambiado mucho en años recientes, con el desarrollo del llamado «nuevo regionalismo».

Los acuerdos comerciales regionales

El Área de Libre Comercio de la ASEAN (AFTA)

Hasta hace bien poco el único organismo formal de integración que existía en Asia oriental era la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental

(Association of Southeast Asian Nations, ASEAN, por sus siglas en inglés). Como es bien sabido, la ASEAN fue creada en 1967 con cinco miembros (Filipinas, Indonesia, Malaysia, Singapur y Tailandia), grupo al que posteriormente se sumaron Brunei en 1984, Vietnam en 1995, Laos y Myanmar en 1997 y, finalmente, Camboya en 1998. Por tanto, la ASEAN agrupa en la actualidad a los diez países del sureste asiático.

Desde el punto de vista económico, la iniciativa más importante de la ASEAN ha sido el proyecto de crear un Área de Libre Comercio de la ASEAN (ASEAN Free Trade Area, AFTA en sus siglas en inglés). Esa iniciativa se aprobó en la cumbre de jefes de Estado y de gobierno de la ASEAN que se celebró en Singapur en 1992.

El AFTA persigue crear un área de libre comercio entre los países participantes. Su primera fase comenzó en enero de 2002 cuando los seis miembros iniciales de la ASEAN (Brunei, Filipinas, Indonesia, Malaysia, Singapur y Tailandia) redujeron los aranceles en sus intercambios bilaterales a menos del 5 %. La segunda fase, consistente en asegurar el acceso sin aranceles de los productos de los restantes países de la ASEAN (Camboya, Laos, Myanmar y Vietnam) a los mercados más solventes de la Asociación, dio comienzo en 2003. La tercera fase comenzará cuando esos cuatro últimos países ingresen en el AFTA y tengan que reducir sus aranceles a menos del 5 % entre el 2006 y el 2010. Finalmente, los seis primeros países tendrán aranceles nulos y eliminarán las barreras no arancelarias en 2010, mientras que los cuatro restantes estarán obligados a hacerlo en 2015. En suma, si se cumple ese calendario, en 2015 no existirán barreras comerciales en los intercambios entre los diez países de Asia suroriental.

El primer inconveniente del proyecto del AFTA es la gran disparidad de las economías de la ASEAN, en la que hay dos economías pequeñas y muy ricas (Singapur y Brunei), tres economías intermedias (Filipinas, Malaysia y Tailandia) y un grupo importante de economías pobres (Indonesia, Vietnam, Laos, Camboya y Myanmar). Así, los intereses son muy distintos: por ejemplo, Singapur (con un mercado interior pequeño) tiene más interés en el AFTA que Indonesia, cuya población supera los 200 millones de habitantes.

Un segundo inconveniente del AFTA es que su comercio intrazona (el comercio entre los países miembros) es, en términos relativos, muy escaso, ya que los países que participan en el proyecto son más competitivos que complementarios entre sí. La proporción del comercio intra-

AFTA, aunque ha progresado en los últimos años, es todavía pequeña (22,7 % del comercio total en 2001, frente al 21,1 % en 1993), sobre todo en comparación con los intercambios intrazona de otras áreas de libre comercio en Europa o América (67 % en la UE y 59 % en el TLCAN). Además, si se excluye Singapur, que es un centro de intermediación comercial (esto es, que reexporta bienes procedentes de Malaysia e Indonesia), el comercio intraAFTA ronda un muy escaso 6 %. Los porcentajes referidos no sólo a los seis países de la primera etapa del AFTA sino a los diez países de la ASEAN no son muy distintos (16,2 % en 1990 y 24,5 % en 2000). La reducción de los aranceles hasta un máximo del 5 % en el comercio intraAFTA desde 2002 y en el comercio entre todos los países de la ASEAN desde 2006 podría aumentar la proporción de los intercambios intrazona, pero en ningún caso (salvo si hubiera importantes cambios estructurales que fomenten la división del trabajo entre los países) de manera significativa. Las razones son la ya mencionada falta de complementariedad de las economías del sureste asiático, que sorprendentemente no parece haber aumentado con la incorporación a la ASEAN de los países — más pobres — de Indochina y de Myanmar, y también las exclusiones de algunos sectores (el del arroz en general, el del automóvil en Malaysia o el petroquímico en Filipinas, por citar sólo algunos ejemplos) del proceso de desarme arancelario.

En octubre de 2003, la ASEAN acordó crear una comunidad económica (ASEAN Economic Community, AEC) del sureste asiático en 2020, en lo que se interpreta como un salto cualitativo importante en el proceso de integración en la zona.

El nuevo regionalismo

Desde hace sólo unos pocos años, en Asia oriental se está registrando un auge de lo que se denomina «nuevo regionalismo económico», basado en la adopción de varias iniciativas regionales: por una parte se han alcanzado dos grandes acuerdos llamados «plurilaterales» (ASEAN Más Tres y ASEAN-China, estando un tercero, ASEAN-Japón, en fase de estudio) y, por otro lado, han empezado a firmarse o a estudiarse acuerdos comerciales bilaterales entre países de la región. Ese doble fenómeno es novedoso en la medida en que tradicionalmente los países de Asia oriental carecían de esquemas de integración regional (con la única excepción, ya

mencionada, de la ASEAN) y habían optado, en su política comercial exterior, por un enfoque multilateral, a través primero del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y luego de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Entre los nuevos acuerdos regionales de tipo plurilateral, destaca el proceso ASEAN Más Tres, que reúne a los diez países de la ASEAN con las tres grandes naciones del noreste asiático (China, Corea del Sur y Japón). Ese proceso se constituyó en 1997 y, hasta la fecha, su logro más notable ha sido la Iniciativa de Chiang Mai (mayo de 2000). En Chiang Mai (Tailandia), los bancos centrales de los países participantes acordaron crear un fondo común de reservas en divisas para poner a disposición de los países afectados por ataques especulativos contra sus monedas y se comprometieron a intercambiar información sobre los movimientos de capital a corto plazo, creando así un sistema de alerta anticipada para prevenir crisis financieras.

Sin embargo el proceso ASEAN Más Tres va mucho más allá: tiene como objetivo declarado, tal y como fue expresado en la cumbre de Phnom Penh de noviembre de 2002, la creación progresiva de un Área de Libre Comercio de Asia Oriental (EAFTA en sus siglas en inglés), con un paso intermedio que podría ser el de transformar la cumbre anual de jefes de Estado y de gobierno de ASEAN Más Tres en cumbre de Asia oriental (East Asia Summit).

Conviene recordar que ya en 1990 el Primer ministro de Malaysia, Mahathir Mohamad, propuso la creación de un East Asian Economic Grouping (EAEG), agrupación formada por las economías asiáticas de la APEC, propuesta que entonces fue rechazada por EEUU y sus aliados en la zona (Japón y Corea del Sur). Esa propuesta surgió de la suspicacia de Malaysia frente al foro transpacífico de la APEC, cuya agenda consideraba que estaba dominada por los intereses particulares de EEUU. Pese a que, con el tiempo, Mahathir suavizó su idea para convertirla en un East Asian Economic Caucus (EAEC), un simple foro de discusiones, pero tampoco fue aceptada por parte estadounidense ni japonesa. En la propuesta malaya de principios de los años noventa estaba, pues, el embrión del proceso ASEAN Más Tres.

Un segundo gran acuerdo regional plurilateral es el alcanzado en 2002 entre ASEAN y China para formar una área de libre comercio en 2010 entre China y los seis primeros miembros de la ASEAN y en 2015 entre China y los cuatro últimos miembros de la ASEAN (Vietnam, Laos,

Myanmar y Camboya). Por el momento, China ha otorgado ya un trato arancelario preferente a sus importaciones procedentes de esos cuatro países, trato que hará extensivo a toda la ASEAN en 2007. El resultado del proceso será un área de libre comercio en una zona que hoy tiene 1.700 millones de habitantes, un producto bruto conjunto de dos billones de dólares y un comercio exterior de 1,23 billones de dólares. El área ASEAN-China resulta de interés para ambas partes: para China, porque podría reducir su déficit comercial con el sureste asiático, y para ASEAN su dependencia de los mercados de EEUU, la UE y Japón así como atraer inversión extranjera orientada a la exportación hacia el pujante mercado chino. Por ejemplo, Filipinas o Malaysia destinan hoy más de una tercera parte de sus exportaciones a EEUU y la UE, proporción que desean reducir por tratarse de mercados poco dinámicos y proclives a tendencias proteccionistas.

Una tercera iniciativa plurilateral es el proyecto de acuerdo de libre comercio entre Japón y la ASEAN, en fase de estudio a finales de 2003. También están en estudio dos proyectos importantes más: ASEAN-Corea del Sur y, aunque afecta a un país de Asia meridional, ASEAN-India.

En cuanto a los acuerdos bilaterales, están firmadas o en fase de negociación, estudio o consideración varias iniciativas que relacionan entre sí a países de la zona: Japón-Singapur (2002), China-Hong Kong-Macao (2003), Japón-Corea del Sur, Japón-Taiwan, Japón-Tailandia, Japón-Indonesia, Japón-Filipinas, Corea del Sur-Singapur, Corea del Sur-Tailandia, etc.) además de otras con países de Oceanía o América Latina (Singapur-Australia, Singapur-Nueva Zelanda, Japón-México, Corea del Sur-Chile, Tailandia-Australia, etc.).

Factores del nuevo regionalismo

Los factores del nuevo regionalismo en Asia oriental pueden enumerarse de la siguiente manera.

La cada vez mayor integración económica entre los países de Asia oriental. La integración económica en Asia oriental ha progresado mucho en los últimos años, tal y como reflejan las estadísticas de comercio e inversiones entre los países de la zona. Con arreglo a datos de la OMC, los

intercambios comerciales de Asia en su conjunto (categoría, formada por Asia oriental, Asia meridional y Oceanía, empleada por la OMC pero representativa de Asia oriental, puesto que Asia meridional y Oceanía conjuntamente no llegan siquiera a una décima parte de las exportaciones totales de Asia) son cada vez más intrarregionales. Entre 1990 y 2000 el peso de Asia como destino de las exportaciones asiáticas ha aumentado del 42 al 49 %, mientras que han disminuido las proporciones destinadas a América del Norte (del 28 al 26 %) y a la UE (del 19 al 16 %). En cuanto a las inversiones directas en Asia oriental, el 40 % procede ya de otros países de la región. Una quinta parte de la inversión japonesa en el extranjero se destina a Asia oriental, China se ha convertido en el primer destino de las inversiones directas coreanas y los principales inversores en los países de Indochina son otros países del sureste asiático (Malaysia o Tailandia) o economías del noreste asiático (Taiwan, Japón y Corea del Sur).

La voluntad de dar respuesta a la formación de bloques comerciales en otras partes del mundo. La consolidación del TLCAN y la iniciativa del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), junto con la profundización y la ampliación de la UE, son contemplados con recelo en Asia oriental. La razón principal reside en sus prácticas proteccionistas (restricciones a las importaciones de productos agrícolas y de acero) e incluso mercantilistas (subsidios agrícolas e incluso industriales, por ejemplo en aeronáutica) que hacen temer a los exportadores asiáticos que su acceso a los mercados occidentales se verá cada vez más dificultado con el paso del tiempo. Por tanto, en Asia oriental las nuevas tendencias regionalistas son en buena medida el reflejo de la existencia, en la economía mundial, de grandes bloques introvertidos y rivales.

Las graves crisis financieras que sacudieron a varios países de la región en 1997-1998. Las crisis asiáticas mostraron una gran capacidad de contagio regional y fueron afrontadas, como ya se señaló, por el Fondo Monetario Internacional (FMI) sobre la base de un diagnóstico equivocado y también, al menos durante un tiempo, con una «cura» basada en una receta errónea. La reacción de los países asiáticos fue, en primera instancia, la de proponer, como hizo Japón, la creación de un Fondo Monetario Asiático (FMA), lo que fue descartado inmediatamente por EEUU y el FMI. En ausencia de ese organismo regional, lo que se ha hecho es constituir un

conjunto de medidas autóctonas de protección para evitar, en la medida de lo posible, la recurrencia de las crisis y, en el caso de que estallaran, para limitar su contagio regional. Por ejemplo, en la cumbre de ASEAN Más Tres de Brunei de 2001 se propuso la constitución de un mecanismo regional de autodefensa en materia de cooperación financiera.

La profunda crisis de la APEC. El Foro de Cooperación Económica de Asia-Pacífico (Asia-Pacific Economic Cooperation, APEC) fue creado en 1989 y está formado en la actualidad por veintiún países y territorios de las dos orillas del océano Pacífico. Por parte asiática, son miembros de APEC Japón, Corea del Sur, los seis primeros países de la ASEAN (Brunei, Filipinas, Indonesia, Malaysia, Singapur y Tailandia), China, Hong Kong, Taiwan y Vietnam. Por parte americana, son miembros de la APEC Canadá, Estados Unidos, México, Perú y Chile. También forman parte de la APEC Australia, Nueva Zelanda, Rusia y Papúa-Nueva Guinea. Los tres objetivos principales o pilares de la APEC son: 1) la liberalización del comercio (la creación de una área transpacífica de libre comercio para 2010 en el caso de los países desarrollados y 2020 en el de los países en desarrollo); 2) la facilitación de los negocios de comercio e inversiones; y 3) la cooperación económica y técnica (el programa ECOTECH). En todas las cumbres de jefes de Estado y de gobierno de la APEC, pero especialmente en las seis últimas (Kuala Lumpur en 1998, Auckland en 1999, Brunei en 2000, Shanghai en 2001, México en 2002 y Bangkok en 2003), se han registrado dos grandes enfoques contrapuestos: el anglosajón, dirigido por Estados Unidos, partidario de desarrollar prioritariamente la liberalización económica y de crear un organismo más formalizado, y el asiático, más interesado en la cooperación económica y en un organismo informal o laxo. Además, hoy existe una grave crisis programática de la APEC, ya que el pilar de cooperación económica y técnica (ECOTECH) no se ha aprovechado y desarrollado suficientemente, mientras que las medidas (voluntarias) de liberalización comercial y de facilitación de los negocios se aprueban año tras año de manera ritual, pero sin que exista un compromiso claro de llevarlas adelante. Por añadidura, la falta de progreso en la agenda económica de la APEC se ha visto potenciada por la introducción de nuevos temas en el Foro, como, por ejemplo, la lucha internacional contra el terrorismo en las cumbres de Shanghai, México y Bangkok. Muchos analistas y algunos gobiernos asiáticos consideran que la APEC puede estar condenada ya a la irrele-

vancia, lo que es a la vez causa y efecto de las nuevas iniciativas regionales en Asia.

La insatisfacción de los países asiáticos con la lenta liberalización comercial multilateral llevada a cabo bajo los auspicios de la OMC. Como es bien sabido, el fracaso de la cumbre de Seattle de 1999 fortaleció las iniciativas regionales. Tras el fracaso de la cumbre de Cancún de 2003, las perspectivas de una exitosa liberalización comercial multilateral no son precisamente boyantes. En particular, la incapacidad de la OMC para combatir el proteccionismo agrícola de los países desarrollados y sus nuevas tendencias restrictivas en algunos productos industriales es observada con frustración por muchos gobiernos asiáticos, que empiezan a buscar caminos alternativos para fomentar sus intercambios comerciales. Es más, los *nuevos temas* que se han incluido o que se pretenden incluir en la agenda de la OMC (normas laborales y medioambientales, políticas de competencia, derechos de propiedad intelectual, etc.) no son del agrado de muchos países asiáticos, que temen que no sean más que un mero disfraz para encubrir medidas proteccionistas en los países desarrollados.

La creciente competencia entre China y otras economías de la región y, en particular, las de la ASEAN. Los países del sureste asiático temen que la competitividad de los productos chinos les desplace de terceros mercados, especialmente tras el ingreso de China en la OMC, y que las inversiones extranjeras se desvíen hacia el poderoso vecino septentrional. Entre 1990 y 2000 el aumento de las exportaciones de China (15 % de media anual) ha sido bastante mayor que el de las ventas al exterior de la ASEAN (11 %). En lo que atañe a las inversiones, basta señalar que en 2001 en China la inversión directa extranjera ascendió a más de 46.000 millones de dólares, mientras que la dirigida a la ASEAN fue de sólo 13.300 millones. Apenas unos años antes, la situación era muy diferente. En 1990-1995 la inversión directa en China ascendió a 19.400 millones de dólares de media anual, mientras que la recibida por los hoy diez países de la ASEAN fue sólo ligeramente inferior (16.900 millones). Los países de la ASEAN han reaccionado ante esa situación con una abierta defensa del proceso de liberalización de los intercambios comerciales entre la ASEAN y China, lo que les podría asegurar al menos el acceso de sus exportadores al pujante mercado interior chino y quizá también ga-

rantizarles un incremento de las inversiones extranjeras orientadas a la exportación hacia China.

Perspectivas del nuevo regionalismo

Hasta la fecha, el nuevo regionalismo económico asiático ha progresado más en materias monetarias y financieras (iniciativa de Chiang Mai, por ejemplo) que en temas comerciales. Hay dos razones que explican ese hecho. En primer lugar, las crisis financieras de 1997-1998 fueron vividas de manera traumática en Asia oriental, acostumbrada a un crecimiento económico rápido y exento de sobresaltos. La prioridad principal de Asia oriental es por tanto que las crisis financieras no se repitan. En segundo lugar, existen todavía importantes rivalidades comerciales entre los propios países asiáticos, como en lo que atañe, por ejemplo, a la apertura de los mercados agrícolas (y singularmente el del arroz) en Japón o Corea del Sur.

Sin embargo, todo parece indicar que se están dando los primeros pasos de una integración regional en el terreno comercial. Con todo, subsisten algunas incertidumbres.

Una primera incertidumbre es si el proceso ASEAN Más Tres desembocará o no en un Área de Libre Comercio de Asia Oriental (East Asian Free Trade Area, EAFTA, en sus siglas en inglés), área que supondría un mercado conjunto de casi 2.000 millones de consumidores (1.450 millones en el noreste de Asia y 500 millones en el sureste asiático). A finales de 2003 se estaba haciendo un estudio de viabilidad del EAFTA. La principal ventaja del EAFTA es que, a diferencia del AFTA, reuniría a economías con importantes complementariedades (Japón y China o Corea del Sur y la ASEAN).

Otra incertidumbre es si se creará, como un eventual paso intermedio antes del EAFTA, un Área de Libre Comercio del Noreste de Asia (North East Asia Free Trade Area, NEAFTA), formada por Japón, China (incluyendo, claro está, a Hong Kong y a Macao y quizá también a Taiwan) y Corea del Sur.

En cualquier caso, lo que parece seguro es que continuará la proliferación de acuerdos comerciales bilaterales entre países de la zona, proceso que a la larga podría contribuir a cualquiera de los dos anteriores.

Finalmente, resultará de extremo interés observar si en Asia las eventuales áreas de libre comercio seguirán el modelo institucional o formal de otras zonas (UE o TLCAN) o bien se decantarán por un modelo funcional o informal, pauta ésta que suele ser la preferida por los países asiáticos. Por ejemplo, en la cumbre de APEC de Osaka de 1996 se habló de una vía asiática o *Asian Way* (acuerdos informales, toma de decisiones por consenso, medidas voluntarias, etc.) en contraposición con la opción europea o el enfoque norteamericano. Puesto que la discrepancia al respecto con EEUU en la APEC se ha mantenido, no cabe descartar que los países asiáticos apliquen ese enfoque asiático en sus propios esquemas de integración.

Sea como fuere, todo parece indicar que estamos asistiendo, aunque de manera progresiva, al nacimiento de una verdadera comunidad económica de naciones de Asia oriental. Tal alumbramiento no haría sino reflejar la duradera existencia de una economía mundial sustentada en tres grandes bloques: el americano con el TLCAN y, si prospera, también el ALCA, el europeo con la UE ampliada y el asiático con unas siglas que aún no pueden precisarse.

Bibliografía

- Banco Mundial (2003), *East Asia Integrates: A Trade Policy Agenda for Shared Growth*, Banco Mundial, Washington, D.C.
- Bustelo, P. (2003a), «The Impact of the Financial Crises on East Asian Regionalism», en F.-K. Liu y P. Régner, eds., *Regionalism in East Asia: Paradigm Shifting?*, Londres, Routledge-Curzon, pp. 141-152.
- (2003b), «Situación e incertidumbres de la integración económica en Asia-Pacífico», en E. Palazuelos, ed., *Claves de la economía mundial*, Madrid, ICEX-ICEI, pp. 345-349.
- (2003c), «Menos economía y más seguridad: la crisis de la APEC tras la cumbre de Bangkok», *Análisis del Real Instituto Elcano*, 11 de noviembre.
- Clarete, R., C. Edmonds y J. S. Wallack (2003), «Asian Regionalism and Its Effects on Trade in the 1980s and 1990s», *Journal of Asian Economics*, vol. 14, nº 1, febrero, pp. 91-129.
- Harvie, C. y H.-M. Lee (2002), «New Regionalism in East Asia: How Does It Relate to the East Asian Economic Development Model?», documento de trabajo nº 02/10, Department of Economics, University of Wollongong, Australia.

- Lloyd, P. J. (2002), «New Regionalism and New Bilateralism in the Asia-Pacific», *Visiting Researcher Series*, n° 3, Institute of Southeast Asian Studies, Singapur, mayo.
- Sakakibara, E. y S. Yamakawa (2003), «Regional Integration in East Asia: Challenges and Opportunities», World Bank East Asia Project, mimeografiado.

Economía y transformación de las dos Coreas

Josep Manuel Brañas

En el seminario *Asia hoy. Poscolonialismo y el nuevo orden mundial*,¹ transmitía a los asistentes mi visión sobre la evolución económica de Corea del Sur, en la sinergia del contexto confuciano y el mercado con la que Corea del Sur consiguió, en poco más de una década, un crecimiento y desarrollo sin precedentes. El entorno internacional ha variado significativamente desde entonces, los fenómenos provocadores de cambios radicales continúan acelerando nuestra realidad cotidiana, aunque haya pasado solo un año. Esta lección tiene por objeto explicar el reto de la reunificación de la península coreana observando las constantes, irregulares, difíciles y deseadas relaciones en su evolución desde la división en dos estados, que no dos naciones. La distinta evolución económica, política, social, humana, artística y de relaciones, tanto interna como internacional de Corea del Norte y Corea del Sur nos dan las señales de las dificultades de su integración, pero también su capacidad de superar cualquier obstáculo.

La diferencia se gesta en el momento de su división y en la elección de caminos distintos, alineándose en bloques diferentes, representados por la planificación y el mercado, el socialismo y el capitalismo.

Los instrumentos utilizados para el crecimiento han sido diferentes, pues los objetivos también lo eran, pero ambos consiguieron crecer con un fuerte intervencionismo del Estado. Corea del Norte no pudo mantener ese crecimiento por mucho tiempo y Corea del Sur lo ha mantenido de forma constante. Las teorías sobre dotación de recursos, liberalización y dejar hacer al mercado no explican el progreso de Corea del Sur; por eso se avanzan en otras hipótesis de trabajo. Mi propuesta es que la diferencia radica en la motivación de los individuos, dándoles la posibilidad

de entrar en juego, en ejecutar las actividades económicas productivas como en la participación en la distribución en contraprestación del esfuerzo realizado. El crecimiento, la reunificación o cualquier propuesta dirigida a la sociedad deberá tomar en consideración los valores, los principios y las motivaciones para encontrar los instrumentos incentivos adecuados a los destinatarios, con el fin de conseguir su implicación en el proceso. Los valores asiáticos no son ni mejores ni peores que otros; en el fondo las motivaciones humanas son similares y lo importante es contar con ellas en la programación de las políticas.

La génesis de la diferencia

De un sistema tributario bajo el imperio del Centro, aunque manteniendo la independencia como Reino de Corea, el país pasó a ser colonizado por Japón en 1910, después de un período de dependencia militar desde 1896 que le privó de su industrialización y de encontrar su propia vía de desarrollo y su papel en el contexto internacional. La liberación del yugo japonés, en 1945, no significó la liberación total sino la división de la nación en dos estados. La guerra civil permitió que el territorio fuese el teatro de operaciones de la confrontación de los dos bloques, iniciándose así la época de la guerra fría que duraría en todo el resto del mundo hasta la caída del muro de Berlín en 1989 y que en Corea sigue vigente. La invasión japonesa, en 1910, convirtió al país en el granero de Japón para alimentar y preparar el estado de guerra, que estalló formalmente con el bombardeo de una población civil, por primera vez en la historia —Shanghai 1937— iniciándose la segunda guerra mundial en Asia.

Corea del Norte, poseedora de recursos industriales y de materias primas, inició la carrera de la industrialización siguiendo los pasos de la URSS. Logró sus objetivos, en lo económico, con un gran avance en los primeros años, y en el campo político también, ya que en 1958 había conseguido estatizar toda la economía, incluso los pequeños negocios minoristas. Poco tiempo después rompió con la URSS y mantuvo su relación con China, manteniéndose hasta hoy, con grados de intensidad fluctuante. En 1976 empezó un estancamiento, al que seguirá un retroceso que llevará a la situación actual de aislamiento y a la necesidad de encontrar nuevas vías de recuperación.

En contraste con la capacidad industrial del Norte, el Sur, carente de todo tipo de recursos, materias primas, energía e incluso instalaciones industriales, y con la dependencia de los fondos de ayuda logró, paradójicamente, alcanzar el nivel de Corea del Norte tras el inicio del despegue industrial en 1960 y mantiene un progreso constante hasta situarse entre los primeros 18 países del mundo por su PNB.

En las explicaciones sobre el crecimiento de los países se suele destacar la dotación de recursos, la cultura, las políticas de sustitución de importaciones, la creación de un mercado abierto, la liberalización de la economía y la entrada en juego de la inversión extranjera como factor decisivo en el proceso de crecimiento. Sin embargo, en el caso de Corea se descartan los factores de dotación de recursos como elementos decisivos del progreso; las culturas no han sido, en sí mismas, retardadoras o aceleradoras del proceso de crecimiento, ya que el confucianismo ha sido utilizado en el Norte y en el Sur de forma distinta, aunque con éxito para los objetivos de los dos estados. Tampoco la liberalización de la economía y el mercado han sido la guía del crecimiento, ni en uno ni otro Estado. En Corea del Sur el crecimiento se consiguió con un gobierno intervencionista y en Corea del Norte se creció sólo en los primeros años después de la independencia, en los que el desarrollo y poder del Estado fue absoluto. La motivación individual, los incentivos a los individuos y las familias fueron importantes en este avance, en el Sur con la autorización a todo tipo de actividades privadas, incluso la enseñanza, y en el Norte por la potenciación del sentimiento nacionalista. La política ha contado con el «continente», con los destinatarios, en todas las medidas, en todos los instrumentos, para lograr un crecimiento sostenido y permanente.

La liberación de Corea de la colonización japonesa y la instauración de un control de cada parte por dos sistemas económicos y políticos opuestos entre sí, a un lado y otro del paralelo 38, es sin duda el primer elemento de la diferencia de la evolución económica y social. La Declaración de la República Democrática Popular de Corea en el Norte, tras la promulgación de la Constitución de carácter liberal en el Sur, en 1948, y la celebración de elecciones marcó el inicio de una nueva fase de la historia. Éste es un segundo elemento de la diferencia de evolución entre ambas partes. En el Norte la colectivización, en el Sur la expropiación y reforma de la propiedad de la tierra, son los dos elementos determinantes de una participación distinta de los individuos en los cambios que se de-

ben realizar. Hasta después de la guerra civil en 1953, la implantación en el Norte de la planificación tipo soviética y en el Sur la instauración del sistema de mercado intervenido, bajo el control de las fuerzas militares norteamericanas, significó el inicio de la guerra fría e internacionalizó la guerra civil coreana. Éste es un tercer elemento básico que hay que tener en cuenta para entender las diferencias entre una y otra parte de la nación coreana.

La gestación de la diferencia está básicamente en estos tres elementos pero la diferencia posterior, el crecimiento del Norte en los primeros años y el estancamiento del Sur y posterior trueque de posiciones, estancamiento del Norte y crecimiento espectacular del Sur no radica en estos tres elementos sino en otros muchos factores a los que nos referiremos a continuación. Pero antes veamos qué nos dice la teoría sobre las causas del crecimiento y el desarrollo.

Los factores teóricos del crecimiento y la realidad

Los factores del crecimiento que se han considerado relevantes en la teoría y que lo son, sin duda, no parecen dar una explicación adecuada en el caso coreano.

La teoría de la dotación de recursos no explica el distinto desarrollo de las dos Coreas. Los recursos naturales, energéticos e industriales eran más numerosos en el Norte que en el Sur, que sólo disponía de capacidad agrícola; sin embargo ha progresado el territorio que tenía menos recursos.

Los recursos humanos y los valores confucianos eran los mismos en el Norte que en el Sur, su interpretación era idéntica en ambas partes —al menos hasta su división— y no es achacable a la modificación o eliminación de los mismos la diferencia de crecimiento, puesto que no sólo no se eliminaron en ninguna de las partes sino que tampoco es fácil modificar los valores básicos de una sociedad en pocos años.

Las características culturales tampoco permiten explicar diferencias de crecimiento en los dos territorios, puesto que eran, como en el caso de los valores, los mismos en ambas partes. Quizá si consideramos como variable el uso de las características culturales, y no las características en sí mismas, podemos encontrar su utilidad para explicar las pau-

tas del proceso evolutivo. El uso y la manipulación de las características sí parecen ser relevantes en la explicación de la evolución económica y social de ambas partes. Los elementos confucianos que conformaban gran parte de los valores de la población fueron utilizados con objetivos distintos en una y otra parte y las motivaciones e incentivos aplicados por los dos estados tuvieron en cuenta esos valores tradicionales y los utilizaron para sus propios objetivos. En el Norte se usaron para crear la doctrina *juche* de autosuficiencia que domina el país desde entonces y que motivó a los ciudadanos a colaborar; en el Sur para conseguir su cooperación en la dura tarea de salir de la miseria, trabajando más horas que en cualquier otro país del mundo.

Otro elemento que la literatura considera como factor clave del desarrollo es la política económica. La política industrial en el Norte, la concentración en la industria pesada, generó un considerable salto en los primeros años, pero decayó más tarde, no sólo por la dificultad de la planificación en sí misma sino por la falta de cooperación de la población, carente de la motivación adecuada, una vez se había extinguido la fiebre revolucionaria comunitaria. En el Sur la política de sustitución de importaciones en los primeros años y la reforma agrícola no sirvieron para desarrollar el país, que continuó dependiendo de los fondos de ayuda, que llegaban del exterior. Sólo más tarde cuando se potenció la política comercial y la industria ligera y se dio margen a las actividades privadas, Corea del Sur empezó a crecer. La política industrial sobre la industria pesada, a partir de mediados de los setenta, favoreció la creación de un «círculo virtuoso» — actividades comerciales-industria ligera-comercio exterior-industria pesada-comercio exterior-tecnología-comercio — que puso al país en el camino del crecimiento sostenido.

Así pues, desde el punto de vista teórico, políticas distintas de planificación socialista en el Norte y de planificación coercitiva, a través del mercado en el Sur, dieron resultados positivos en ambas partes, lo cual indica que políticas distintas dan resultados similares. Es necesario buscar tras ellas algún otro factor que las hace eficientes más allá de los instrumentos y las medidas específicas.

La formación humana, el capital humano de los economistas, no tuvo un papel clave en el principio del despegue, puesto que el nivel de analfabetismo era enorme en ambas partes, y después de una etapa colonial en la que pocos coreanos habían tenido la posibilidad de acudir a las universidades. La formación fue decisiva en el desarrollo de Corea del

Sur a partir de los años sesenta, después de una política de favorecer la entrada en la universidad a todos los coreanos, aunque no fue gratuita para los ciudadanos, pero que vieron en ella no sólo el valor confuciano tradicional por la cultura, sino también una de las formas de subir en la escala económica y social. El desarrollo y esfuerzos sobre la formación universitaria en el Sur a partir de los primeros años de la independencia permitieron la incorporación de gente preparada y capaz de asimilar nuevas tecnología de forma rápida y eficaz. Corea del Sur es hoy el país con más doctores *per cápita*, que simboliza un estatus más que un título.

Los regímenes políticos distintos podrían ser vistos como la causa del crecimiento. Se podría argumentar la instauración de la libertad en el Sur y del autoritarismo en el Norte. Sin embargo, el grado de autoritarismo fue enorme en las dos partes. La democracia, no sólo la política sino también la económica, era inexistente en los dos territorios. No parece que el régimen dictatorial pueda explicar el despegue de los dos países, aunque sí que es importante en el proceso concreto.

Desde el punto de vista de la actuación económica caben destacar las características de las políticas de ambos estados. En el Sur, la planificación fue tan coercitiva y el sistema político tan autoritario que decidía, incluso, dónde debía invertir el sector privado. El control lo realizaba a través de mecanismos económicos, a través de la concesión del factor más escaso, el crédito. Sin embargo, el sistema encontró una combinación coerción-mercado eficiente, eficaz, barata y satisfactoria para todos, aunque las mujeres y los trabajadores soportaron gran parte del esfuerzo. El Estado omnipresente decidía qué, dónde, cuánto y quién debía invertir y dejaba en manos de los privados, fundamentalmente los grandes conglomerados o *chaebols*, la ejecución y el cómo. Estos eficientes ejecutores de la política, ayudados por la burocracia, dieron lugar a una versión muy especial de sistema capitalista, al que podríamos nominar el capitalismo-confuciano.

Si estos factores, recursos, cultura, política, liberalismo, valores fundamentales en el crecimiento no explican la diferencia de crecimiento en el Norte y en el Sur, ni tan siquiera en el Sur, habrá que seguir buscando otros factores que aumenten la capacidad explicativa de las pautas del crecimiento económico surgido en el Sur y su distanciamiento con el Norte.

Como decíamos, no se pueden achacar las diferencias de crecimiento a la cultura, ni a los valores, ni a la diferente dotación de recur-

sos, ni la explotación del nacionalismo profundo, ya que ambas partes utilizaron, y utilizan, el mismo argumento. Tampoco el mercado puede ser considerado como el director de la economía, pues sólo fue un instrumento al servicio de los objetivos de la política. En el Norte no hubo mercado y en el Sur no había suficiente mercado, y el que había no funcionaba libremente. Había un monopolio absoluto del comercio exterior (creación de nueve empresas de comercio —*trading*—, autorizadas al intercambio). En el mercado interior, gran parte de las transacciones se realizaban en las propias empresas para obtener ventajas de costes de transacción, de información e intercambio de los mejores ejecutivos entre las empresas filiales, que impedía un mercado de «cerebros o de conocimientos» libre; y, evidentemente, la aplicación de precios políticos a muchos productos y servicios, incluso los financieros, se hizo de acuerdo con decisiones políticas. La realidad es que el mercado fue un buen instrumento de la política y funcionó adecuadamente.

Un factor presente en las dos partes en el momento de iniciarse el despegue fue la motivación individual y colectiva hacia el éxito, a cooperar para el progreso. El factor dictatorial no fue una causa para no cooperar sino que la dictadura consiguió incentivar a los individuos, con mayor o menor uso de la fuerza. Ésta o la necesidad, o quizás las dos, crearon una cooperación necesaria para la aplicación de las políticas. La motivación de los individuos era alta en los dos territorios, y si bien el comunitarismo continuó siendo elevado tanto en el Sur como en el Norte, en el Sur empezó a contaminarse positivamente con el individualismo, desempeñando un papel coadyuvante de la sinergia de los dos sistemas y culturas, del mercado y de las políticas liberales, del comunitarismo y del individualismo. En el Norte el comunitarismo existía en el ámbito colectivo pero no había entrado en el mercado y no cabía una tendencia a lo individual, dado que la tradición confuciana premiaba el no ser uno sino ser parte de un todo y que la idea *juche* remarcaba esa participación colectiva y que el país no había tenido contacto con la individualidad occidental ni con el mercado. Estos factores impidieron, a la larga, la aparición de una motivación individual necesaria para cualquier cambio permanente aunque fuera revolucionario.

En el Sur aparece o se desarrolla un factor nuevo, un nuevo valor: el éxito individual en las actividades empresariales, el desarrollo del comercio, el contacto con el exterior, la valoración social de la figura del empresario, del comerciante, de la actividad empresarial están presentes

en la sociedad. Esta nueva dimensión de un valor casi menospreciado en el pasado otorgó a la motivación individual y, por ende, a la social un prestigio y la convirtió en un factor potencial de progreso y cambio. En un país como Corea en el que la religión es aceptada y en la que conviven todas las tendencias, y quizás el único país asiático donde el protestantismo y el catolicismo han ganado un porcentaje importante de la sociedad, se aceptó una influencia nueva que transformaba los anteriores valores.

Por el contrario en el Norte se va desarrollando una nueva ideología, la *juche*, conjunto de elementos comunistas, confucianos, comunitarios y religiosos que cierra un círculo en sí mismo y que, acompañado con el distanciamiento de los socios comerciales e ideológicos, va dejando al país aislado política, económica, social y filosóficamente.

La nueva situación en el Sur creó una sinergia del sistema tradicional confuciano con el sistema capitalista a través del mercado que permitió poner en juego las aptitudes más adecuadas para cada objetivo. Disciplina, jerarquía, fidelidad y horas de trabajo potenciaron el poder de producción del país, desplazaron la frontera de posibilidades de producción y crearon riqueza, que se administró de forma compartida entre el mercado y la autoridad, igual que se administraron los recursos productivos y el crédito.

El sector público, el Estado, controló, dirigió y decidió, como se ha dicho antes, qué había que producir y cuándo había que hacerlo. La novedad en el Sur fue que el Estado no decidió cómo había que hacerlo, sino que incentivó a las empresas concediéndoles privilegios; si tenían éxito en los campos en que el Estado les había sugerido, les otorgaba créditos favorables y les castigaba sin crédito si fracasaban o no acataban las directrices de las líneas de inversión. Es decir, premiaba a los ganadores y castigaba a los perdedores o no cooperantes, y aunque muchos cooperantes murieron en el intento, los que quedaron se hicieron poderosos en el ámbito interno y competitivos en el internacional. Fue una combinación de sector público y privado que produjo resultados positivos en la economía. Esta simbiosis no está muy lejos de lo que había ocurrido en Europa en sus primeros años de industrialización, y secunda el principio del dilema del prisionero sobre las ventajas de la cooperación y no la búsqueda del máximo beneficio. Algunos autores califican de proceso esquizofrénico las pautas de crecimiento de Corea del Sur, puesto que no se produjo una adaptación del sistema político, social

o de valores y se mantuvieron muchas de las instituciones anteriores, pero sirvió para crecer.

Evolución económica y política

Desde el punto de vista económico, la evolución de las economías de Corea del Norte y Corea del Sur muestran un recorrido absolutamente distinto desde mediados de siglo xx. En este apartado se presentan algunas de las cifras más significativas de las economías respectivas, relacionándolas con los acontecimientos más importantes que permiten ligar los datos con las causas subyacentes. Sin embargo, muchos de los factores que la literatura suele indicar como factores clave del desarrollo, el alto nivel de inversión, la alta tasa de ahorro, la preferencia por la educación y la formación, ciertas políticas industriales y comerciales no responden bien a las preguntas siguientes: ¿por qué los coreanos ahorraban tanto? ¿Por qué eran tan amantes de la cultura? ¿Por qué la tasa de inversión era tan alta con relación a los otros países con idénticos niveles de renta? ¿Por qué los trabajadores se sentían parte de la empresa y, sin embargo, no dejaban de defender sus propios puntos de vista? ¿Por qué no admitieron inversión extranjera y se financiaron por créditos, que eran más caros? Para responder a estas preguntas hay que acudir a las condiciones sociales, a los aspectos sociales, a los aspectos culturales, a la sinergia de su propia cultura con el mercado y a los intereses colectivos interpretados por sus dirigentes. Las cifras nos permitirán ver la situación y los cambios pero no la dinámica del mismo; para ello habrá que profundizar en el estudio de las sociedades y de sus motivaciones económicas, tanto de los individuos como de la sociedad en su conjunto.

En Corea del Sur, el PNB *per cápita* ha evolucionado desde 63 dólares en 1953, año en que finalizó la guerra civil, a 10.307 dólares en 1997, año de la crisis financiera asiática. En el intervalo los datos son los siguientes: en 1955, 65 dólares, en 1960, 80 dólares, en 1965 la cifra alcanzaba los 105 dólares, pero ya en 1975 la cifra era de 591 dólares, y en 1985 alcanzó los 2.150 dólares, cifra en la que se produce, según los especialistas en consumo, un cambio de comportamiento de los hábitos del consumidor y de la estructura de consumo de los ciudadanos. En 1990 ya había alcanzado los 5.600 dólares y en 1996 los 11.400 dólares *per cápita*.

ta, descendiendo a 10.378 dólares el año de la crisis y a 6.800 dólares en 1998, descenso que iba relacionado con la devaluación del won, la divisa surcoreana.

Entre 1953 y 1960 el progreso fue muy lento y además los únicos ingresos provenían de fondos de ayuda, pero de 1961 a 1963 los fondos se redujeron, cuando ya se había producido el golpe de Estado del general Park y la administración Kennedy presionaba a los regímenes dictatoriales. En 1963 la política de fomento de exportaciones se colocó como el principal objetivo nacional, y en 1973 las exportaciones se habían multiplicado por cuatro. Simultáneamente, el capital llegó del exterior por el envío de las remesas de emigrantes o soldados en la guerra de Vietnam, al que había que añadir capital procedente de Japón tras el inicio de normalización de relaciones entre los dos países en 1965, por decisión del general Park y a pesar de las reticencias de gran parte de la población.

En 1974, tras la crisis del petróleo, Corea inició una política de industrialización, industria pesada y química, contra todas las opiniones de expertos y asesores de organismos internacionales, consiguiendo un crecimiento del PNB de dos dígitos (10 %) entre 1974-1979 y un superávit de la balanza de pagos por primera vez en su historia, aunque con una inflación del 25 % en los años 1974 y 1975.

El asesinato del presidente, a manos del jefe de la guardia secreta, creó inestabilidad y generó el descenso del crecimiento del PNB. La balanza por cuenta corriente se deterioró, alcanzando la cifra de 5 mil millones de dólares de déficit, que no volverá a sufrirse hasta 1995, dos años antes de la crisis en Asia.

Las cifras más espectaculares son las de exportación, pues pasan de exportar un millón de dólares en 1973 a cinco millones de dólares en 1975, a 17 millones en 1980 y a 132 mil millones en 1997. En 1998, primer año posterior a la crisis financiera asiática, las exportaciones alcanzaron la cifra de 132 mil millones de dólares y la balanza corriente un superávit de 22 millones de dólares. La cifra de deuda externa se redujo también entre 1997 y 1998 en 10 mil millones de dólares. Esta mejoría permitió reducir la deuda con el FMI y probar una vez más la motivación y el comunitarismo de la población, que entregó voluntariamente el oro de sus joyas para hacer frente a la deuda.

Las cifras de paro fueron muy reducidas en todo el período, alrededor del 4 % hasta 1985 y del 2 % entre 1990 y 1997, subiendo al 6,8 %

en 1998, la más alta desde el año 1960 en el que se produjo el golpe de Estado del general Park y que había alcanzado el 11,7 %.

Entre 1980-1986 se produjo la liberalización económica, aunque quedaron pendientes las reformas estructurales del sistema financiero, la reforma de la propiedad, préstamos entre filiales de las grandes empresas y un alto endeudamiento de las empresas con relación a su capital y que generó una crisis generalizada compensada por la buena marcha de las exportaciones. En 1987, año de los «tres bajos» como se conoce en Corea, los tipos de interés, los precios del petróleo y el tipo de cambio generaron una mejora de la actividad productiva aunque también una burbuja financiera.

Una de las debilidades del sistema de crecimiento coreano fue la alta dependencia de pocas empresas muy diversificadas en sus actividades y con un poder de mercado enorme. Entre 1981 y 1988 las diez primeras empresas de Corea representaban entre el 21 y el 25 % del PNB de Corea, lo que da una idea del poder de las mismas.

Corea sólo vio reducido el crecimiento del PNB en un 6,7 % en 1998, año posterior a la crisis, pero en 1999 y 2000 las cifras de crecimiento fueron de 10 % y de 8,7 % respectivamente, mientras que la inflación fue del 0,9 % y del 2,3 % en los mismos años. El sistema de planificación fue estricto y controlado por funcionarios competentes elegidos por meritocracia, entre los universitarios que habían acudido a las universidades más prestigiosas del país.

En el otro lado de la balanza se encuentra Corea del Norte, donde las cifras no pueden ser más significativas para explicar el deterioro de sus relaciones externas. En 1945, en el momento de la división de la península, el Norte disponía del 80 % de toda la producción industrial química, metalúrgica y eléctrica, y Corea del Sur solo de más del 50 % en la industria alimentaria y del 80 % en la textil. En cuanto a capacidad de producción energética, carbón y de la industria en general, Corea del Norte tenía el 99, el 98 y el 53 % respectivamente.

En 1990 la situación había cambiado totalmente. Corea del Norte continuaba con tres veces más de capacidad de producción de carbón, pero la producción era la tercera parte de la capacidad de la de Corea del Sur. En energía térmica la variación era más dramática, pues Corea del Sur multiplicaba por cinco la capacidad de Corea del Norte. En energía atómica no se conoce la capacidad de Corea del Norte pero no parece que pueda ser muy grande dado el resto de cifras de producción y capacidad. En pe-

tróleo en crudo la capacidad de Corea del Norte era veinte veces inferior a la del Sur. La capacidad portuaria era mil veces superior en el Sur y para otros indicadores de producción de automóviles, televisiones y construcción la distancia es todavía superior.

Un dato especialmente importante para entender la evolución de la economía de Corea del Norte nos lo da la evolución de las cifras de exportaciones. La cifra de comercio exterior de 1989 se redujo en un 8,4 %, y ha venido descendiendo permanentemente desde entonces, con cifras del 41,4 % de reducción en 1991. En 1994 se volvió a reducir en un 20 % y en la actualidad la cifra de comercio exterior es muy baja. Además el 70 % lo realiza con países de la antigua órbita comunista, habiendo llegado a ser sólo el 59 % en 1977, año en que las transacciones con otros países fueron las mayores de su historia.

Dado que el gasto público de Corea del Norte representaba el 72 % en 1989 y la proporción no parece que pueda haber disminuido, estamos en una situación en la que los ciudadanos deberán aprender el nuevo sistema de mercado para salir de la miseria.

El proceso constitucional en Corea del Sur y la evolución en Corea del Norte

El 23 de julio de 1953 finalizó la guerra civil con el armisticio entre Corea del Norte y las fuerzas militares norteamericanas, en representación teórica de las UN, sin la participación de Corea del Sur por decisión de su presidente, Sigman Rhee. Japón se había convertido de nuevo en potencia industrial al suministrar a Corea bienes para la guerra. EEUU había modificado su política en el área, puesto que necesitaba un punto de apoyo en sus relaciones internacionales en Asia, después de la consolidación de la URSS como potencia y la aparición de un nuevo poderoso país de economía centralizada y gobierno socialista en China. Japón salió beneficiada de este cambio de relaciones internacionales y marcó las líneas de evolución del futuro, no sólo en Asia sino en el mundo.

Sigman Rhee, elegido presidente de forma indirecta por el Parlamento, había estado exiliado en China durante la dominación japonesa. Regresó al país, apoyado por el gobierno militar norteamericano y por las fuerzas más reaccionarias. Realizó una segunda reforma agrícola pero

sin objetivos económicos claros. La expropiación se hizo pagando a los expropiados con bienes industriales procedentes de las empresas reservadas a los nacionales japoneses durante todo el período colonial. La mayor parte de los recursos financieros procedía de la ayuda externa que se distribuyó de forma irregular según los designios del presidente.

Cambió la Constitución para poder acceder a un tercer mandato pero las revueltas estudiantiles lograron su expulsión en 1960, iniciándose de esta forma una tradición de revueltas estudiantiles movilizadoras del resto de la sociedad, al menos hasta la llegada de la democracia en 1992, que tendría efectos importantes en la evolución política posterior. En el 2002 la participación de los estudiantes y jóvenes en las elecciones presidenciales dio la victoria a un candidato que se presentaba contra el candidato tradicional y del núcleo tradicional del poder, ayudados esta vez por un nuevo instrumento técnico, Internet, que permitió la convocatoria de los jóvenes, que se implicaron más que en elecciones anteriores.

Con la huida del presidente en 1960 se dio paso a la segunda república, pero el nuevo presidente no logró controlar las revueltas que fueron la excusa para un golpe de Estado, por parte del general Park, formado parcialmente en Japón, tanto en organización militar como empresarial. El general gobernó hasta 1979 y durante su mandato la recuperación económica sacó al país de la miseria aunque fue endureciendo la dictadura.

La evolución, en la República Democrática Popular de Corea, se caracterizó por un rápido proceso de colectivización, de eliminación de todo tipo de propiedad privada. A principios de los cincuenta no existía ni un pequeño comercio privado. Es la más rápida colectivización y la más exhaustiva implantada en cualquier país. En 1958 se retiraron las fuerzas rusas de Corea del Norte. La vía de «autosuficiencia» de Corea del Norte se intensifica como filosofía social y política y se critica el revisionismo soviético. Se va consolidando la doctrina *juche*, que dominará todo tipo de actividad y de pensamiento en Corea del Norte

El golpe de Estado en el Sur, llevado a cabo el 16 de mayo de 1961, fue rápido y se anunció por radio con seis puntos clave del programa: anticomunismo, mantenimiento de la relación con EEUU, respeto a los estatutos de la UN, erradicación de la corrupción, reunificación nacional como base constitucional y crecimiento económico prioritario. «Primero crecer, después la política», era la máxima del general Park.

La población, por fuerza o por necesidad o por ambas, colaboró en el proceso productivo y junto a la motivación de salir de la miseria dio

lugar a una estructura política y económica que determinará el futuro durante mucho tiempo.

El general Park, tal como había dicho, se presentó a las elecciones por sufragio universal en 1963, como civil, bajo las siglas del Partido Democrático, creado al efecto. Ganó por muy poco margen. Se inició un sistema muy particular, en el que cada presidente creará un nuevo partido. Esta práctica continuaba vigente en las últimas elecciones del 2002.

Desde el punto de vista político, el régimen mejoró las relaciones con la administración norteamericana, deterioradas con Kennedy, más estricto con los abusos del dictador y que había amenazado con retirar parte de las tropas de Corea del Sur. Con un nuevo presidente norteamericano se amplió la colaboración, en especial en la guerra de Vietnam, que dio a Corea varias oportunidades, entre las que cabe destacar la entrada de divisas procedentes de los soldados y emigrantes, cobros por el suministro de servicios y bienes a las tropas norteamericanas y aprendizaje tecnológico. Las empresas coreanas construyeron puentes, aviones, se aprendió a gestionar las compañías y a generar beneficios empresariales para invertir y entrar en nuevos sectores, lo que fue muy importante en la crisis del petróleo, y a entrar como suministradores de obras llave en mano en los países productores. Vietnam fue a Corea lo que Corea había sido a Japón: el punto de inflexión del salto económico y de industrialización rápida.

El restablecimiento de relaciones con Japón en 1965, el cobro de indemnización de guerra y la llegada de divisas desde EEUU introdujo un nuevo elemento en el proceso económico: una fuerte dependencia del comercio exterior de Japón y la adquisición de tecnología y dependencia comercial de EEUU, posteriormente.

En el interior, la política populista logró en muchos aspectos la colaboración de muchos ciudadanos e instituciones. Utilizó, básicamente, el mismo procedimiento que para las empresas. A los ayuntamientos que colaboraban y participaban en la reconstrucción de edificios, de bosques y de escuelas se les otorgaba el material para construir. A los que no lo graban la participación de los ciudadanos, en horas de trabajo o de cualquier otra forma, se les privaba de la posibilidad de disponer de material, dado que todo estaba en manos del Estado.

El proceso político siguió su curso y en 1967 se produjo una nueva victoria de Park, con amplia mayoría. La dictadura se endureció y en 1971 Park se enfrentó a un nuevo candidato: Kim Dae Jung, futuro pre-

sidente (1998-2002) y premio Nobel de la Paz. Park ganó las elecciones, proclamó la ley marcial y persiguió a los oponentes y la dictadura se endureció. Modificó la Constitución para poder volver a ser reelegido.

En el ámbito internacional las condiciones y relaciones entre los estados pertenecientes a los dos bloques tuvieron un cambio radical. Beijing y Washington se acercaron, con la política del ping-pong de Nixon, que hizo pensar al general Park en la necesidad de su propia defensa militar. Los hechos harán cambiar la política económica de Park Chung Hee y se establecerá una nueva política industrial, la de la industria pesada y química que significará la consolidación de una economía de grandes conglomerados y con grandes conexiones con el gobierno y la administración, y aunque era una administración eficiente no dejaba de mantener los intereses tradicionales, ligados a provincias, escuelas, conexiones y empresas. Este estilo de organización informal combinado con los planes quinquenales determinará el proceso posterior de crecimiento económico y de relaciones empresariales, todavía vigente.

La normalización de relaciones entre China y Japón también fue vista por Corea del Sur con una nueva perspectiva de relaciones políticas y económicas contrarias, y junto al empeoramiento de la situación en Vietnam, se interpretó como un aumento de debilidad del país, frente a amenazas externas. Se publicó la Nueva Constitución (Yushin, 1972) por la que se daba poder ilimitado al presidente y se permitía un indefinido número de mandatos. Aunque tenía muchos contestatarios, la 4^a república se estableció y en las nuevas elecciones de 1978 la oposición, dirigida por Kim Young-Sam, ganó más diputados que el partido del presidente, aunque éste continuaba siendo el líder. Se inicia así un período de recrudescimiento aún mayor del régimen, concretado en más represión, expulsión de Kim del Parlamento y todo tipo de arbitrariedades en el campo político hasta llegar a la anulación, de hecho, de los partidos políticos.

Las protestas estudiantiles, secundadas por los obreros de la industria, se multiplicaron, y a la vez que se estaba generando un crecimiento económico, sin precedentes, con grandes esfuerzos por parte de obreros y de la mano de obra femenina, se acrecentó la protesta política en demanda de libertades de todo tipo. En estas circunstancias y con la industrialización acabada y la industria pesada y química en marcha, sobredimensionada por el sistema de ayuda crediticia, se produjo el asesinato, a cargo del jefe de la policía secreta, del general Park. Se creó una situa-

ción de inestabilidad, de deterioro de la situación económica, que persistió hasta 1983, aunque se logró mejorar la balanza de pagos con anterioridad y ello dio confianza en el exterior, lo que permitió mantener créditos al país y a las empresas. Los Juegos Olímpicos de Seúl dieron la oportunidad de avanzar enormemente en todos los campos.

El nuevo presidente en funciones convocó elecciones, pero el general Chun provocó una masacre en Kwangju, sede de Kim Dae-jung. Éste es condenado a muerte, aunque aplazamientos posteriores de la sentencia le salvaron la vida. El partido de Chun ganó las elecciones sin oposición, pues los principales líderes estaban perseguidos o reclusos y no podían presentarse. La represión se hace más dura que en las etapas anteriores y así se llega a cierta dicotomía social. En 1985 se celebraron nuevas elecciones parlamentarias, en las que la división de los partidos de la oposición, los de Kim Youn-Sam y Kim Dae-jung, les privó de la victoria y de la implantación de la democracia.

En 1987 se produjeron muchas protestas de masas contra Chun, que fue sustituido por Roh Tae-woo, candidato oficialista, pero que en el último momento y contra todo pronóstico aceptó un nuevo principio constitucional, por el que se establecían elecciones directas del presidente, iniciándose el principio de un proceso que llevará a la elección del primer presidente civil y a la democracia en las próximas elecciones.

Por su parte, y cada vez más aislada, Corea del Norte, continuaba con la implantación de la filosofía *juche*. Tras la retirada en 1958 de las tropas soviéticas y chinas del territorio coreano, el proceso de aislamiento económico se aceleró y empezó un descenso económico con altibajos. En 1973 se produjo un hecho que marcará un hito en Corea del Norte: se desmanteló la Comisión de las UN para la unificación y rehabilitación de Corea y eso hizo pensar a las autoridades de Corea del Norte en una posición de fuerza mayor o de debilidad del contrario. Corea del Norte creyó situarse en su época dorada ya que en 1975 se abandonó la doctrina Hallstein, por la que Corea del Sur rompería relaciones con los que reconocieran a Corea del Norte y esto les hizo pensar de nuevo en una situación de mayor fuerza propia.

En Corea del Sur la democracia se consolidó poco a poco y en 1987, en vísperas de los Juegos Olímpicos, las múltiples manifestaciones y protestas, aceptadas y secundadas por los profesores y otros grupos de prestigio, según la tradición confuciana, forzarán un cambio rápido hacia la democracia.

Los acontecimientos internacionales tuvieron un peso importante en la aceleración de la caída de las dictaduras. Los nuevos aires internacionales contra dictaduras se manifestaron también en Filipinas y en diferentes foros internacionales se creó una corriente de opinión poderosa.

Los Juegos Olímpicos de Seúl fueron el punto de inflexión de la política coreana. Las partes, empresarios y trabajadores, habían estado silenciosos ante un acontecimiento de tal importancia, pero una vez finalizado las movilizaciones se reanudaron. Las movilizaciones habían llegado a ser más de cinco mil en el año anterior a los Juegos y se redujeron a unas decenas en el año de las elecciones y volvieron a más de seis mil después de los Juegos Olímpicos.

Finalmente, en 1992, después de tres intentos anteriores, se consiguió la democracia en Corea del Sur. El primer intento había sido en 1961 con «la revolución estudiantil», el segundo en 1979 con las protestas de Busan, y finalmente las de Masan y Kwangjyu en 1980. El avance económico se completaba ahora con la instauración de la democracia, aunque todavía quedaban temas pendientes, de los que cabe destacar la reunificación, la lucha contra la corrupción y la reestructuración económica.

En 1992 Kim Young-Sam ganó las elecciones presidenciales y formó el primer gobierno civil. El otro candidato, Kim Dae-jung, perdió por un pequeño margen del 8 %. El regionalismo perduraba. Busan había ganado esta vez. Los votos de los presidentes electos respondían a un viejo criterio de territorio, muy arraigado en la tradición coreana.

Entre los principales cambios realizados en este período deben destacarse: nominación de las cuentas bancarias, claridad y transparencia de las cuentas de los partidos políticos para evitar la corrupción y el control de los lazos entre políticos y grandes empresas y la entrada del país en los organismos internacionales occidentales. En este entorno y con una nueva consulta electoral, en la que ganó Kim Dae-jung, llegó la crisis financiera de Asia.

La crisis financiera de 1997

Aunque no hay consenso absoluto sobre la causa de la crisis en Corea del Sur, existen elementos que hacen pensar en la coincidencia de factores

internos y externos que la agudizaron e hicieron insuperable la crisis. La política macroeconómica inadecuada, su retardo en actuar en el tipo de cambio, demasiada rapidez en la entrada en los organismos internacionales, deuda externa a corto plazo muy elevada (aunque los organismos internacionales habían situado aquel mismo año un riesgo muy bajo para Corea del Sur), ayudas financieras a empresas sin criterios de rentabilidad, especulación en los mercados financieros y reducción súbita de entradas de capital por contagio del pánico exterior, fueron algunas de las razones que explican la crisis en Corea.

La ayuda del FMI imponía ciertas condiciones políticas, de liberalización, a las que había que añadir otras de tipo interno. Desde el punto de vista político, algunos de los cambios más importantes realizados desde entonces han sido: cambios en la organización de la policía secreta, desarticulación de sociedades secretas u ocultas, reducción de la virulencia contra el comunismo, procesamiento de los anteriores presidentes por corrupción (condena a muerte a Chu y a 27 años a Roh, más tarde suavizadas). Y aunque en este contexto se producen nuevos conflictos con Corea del Norte relativos a espías y violación del territorio surcoreano sin embargo los contactos entre los dos Estados se hacen más frecuentes.

El eterno candidato a la presidencia, Kim Dae-jung, que volvió a la política a última hora, ganó las elecciones presidenciales, dando a las relaciones intercoreanas un nuevo impulso, concretadas en la *Sunshine Policy*. Consigue la presidencia gracias al apoyo de su antiguo perseguidor, que había sido jefe de gobierno con el general Park, y al que nombra Primer ministro. Estos tipos de alianzas también son peculiares de Corea y permiten entender el alto grado de pragmatismo de la sociedad.

La *Sunshine Policy* de Kim Dae-jung

El cambio constitucional propuesto por Kim Young-Sam para permitir una nueva reelección no prosperó. La victoria de Kim Dae-jung se tradujo en la intensificación de una política clara de reunificación y la puesta en marcha de varios cambios estructurales en la organización económica. Caben destacar los siguientes aspectos del inicio de la *Sunshine Policy* de cooperación con el Norte: el presidente logra, en el año 2000, concertar la primera reunión entre los presidentes de los dos territorios,

después de las negociaciones previas a través de la empresa Hyundai: propone la reforma del sistema empresarial y de los *chaebols* como uno de los puntos básicos de su política; la reestructura del sistema financiero público y privado será otro de los ejes de batalla de su programa electoral, y junto a la promulgación de una nueva legislación favorable a la entrada de inversiones de capital extranjero, se conforma su política.

Esta política de acercamiento venía antecedida por una serie de encuentros en los años anteriores que permitían hablar de cierta continuación aunque en realidad era un nuevo proceso y no un impulso a lo existente. Los antecedentes de esas relaciones son conocidos por sus declaraciones finales. Corea del Norte inició conversaciones con el Sur en 1972; tras el acercamiento de EEUU a Beijing, Nixon había retirado un tercio de las tropas situadas en Corea del Sur y en 1971 había anunciado la visita a Beijing. Corea del Norte, que ya había perdido la ayuda de la URSS, perdía también la ayuda de China, ya muy debilitada, pues desde la Revolución Cultural Beijing y Pyongyang se habían distanciado, lo que obligó a aumentar los gastos militares, ya muy elevados.

Las relaciones intercoreanas de 1972 acabaron con un comunicado conjunto de tres puntos:

1. Tendencia a la reunificación desde la independencia de las partes y sin presiones externas.
2. Ambas partes acuerdan que la reunificación debería darse por vía pacífica.
3. La reunificación se hará superando diferencias e ideologías.

En 1987 las cosas habían empeorado en Corea del Norte, justo cuando Corea del Sur llega a la democracia y alcanza un nivel económico significativo, entre los tigres asiáticos, las reuniones se paralizaron entre los dos estados.

En 1992, tras reanudar conversaciones, se produce otra declaración del mismo nivel que abarcó aspectos concretos: acuerdo de reconciliación, acuerdo de no agresión, acuerdo de intercambio y cooperación institucional y propuesta de sustitución del armisticio por un acuerdo de paz.

Los ámbitos que se especifican en la declaración son amplios, para dejar abierto todo tipo de relaciones y de cooperación: tecnología, ciencia, educación, literatura, arte, salud, deportes, medio ambiente, periodismo, etc.

En el año 2000 el paso dado fue espectacular, por el alto nivel de las reuniones. La declaración conjunta de los dos presidentes —Summit— abarcaba los siguientes aspectos:

- Reunificación por vía pacífica.
- Compromiso de realizar esfuerzos para la reunificación por todas las vías posibles.
- Inicio de intercambio de familias y prisioneros.
- Intento de un desarrollo económico equilibrado de Norte y del Sur, aumento de la confianza mutua a través de la realización de todo tipo de actividades y celebración de acontecimientos de forma conjunta, deportivos, culturales, reuniones, etc.
- Diálogo intergubernamental directo entre autoridades de los dos estados.

Estos principios estaban de acuerdo con los de la política del presidente Kim Dae-jung expresados en la ya citada *Sunshine Policy* y explicitada en varios puntos clave: no tolerancia de provocación armada del Norte, acuerdo de no absorción de Corea del Norte por Corea del Sur, reanudación de los intercambios deportivos y otros de todo tipo cultural, impulso a la economía norcoreana por cooperación y coexistencia pacífica y eliminación de la guerra fría.

Entre los efectos positivos de estas reuniones cabe destacar, aparte de los ya conocidos, el concreto papel desempeñado por Corea del Sur en el restablecimiento de relaciones diplomáticas de muchos países europeos con Corea del Norte a partir de 2001 y que puede haber sido de suma importancia ante los acontecimientos posteriores y el cambio de posición de la administración norteamericana de Bush, menos tolerante que Clinton.

Dificultades para la unificación

La concreción práctica de los acuerdos y el camino de la reunificación son difíciles por muchos tipos de contratiempos, entre los que los intereses de todas las potencias implicadas y la importancia geoestratégica de la península coreana son decisivos. Cabe referirse a los siguientes factores que dificultan la reunificación: la imprevisible política de Corea del

Norte que hace difícil una estrategia concreta, la dimisión del ministro para la unificación Lim Dong-won en Corea del Sur (lo que indicó una cierta reticencia desde la propia Corea del Sur), en la crisis del proyecto turístico del monte Kumgang. Europa y otros países establecieron relaciones diplomáticas con Corea del Norte a partir de marzo del 2001, pero los acontecimientos del 11 de septiembre han dado un giro a la posición frente al terrorismo. Corea del Norte entró en el «eje del mal» de EEUU. La discusión sobre la posesión o no de potencial atómico en Corea del Norte y las dificultades en Irak y Afganistán han dejado en suspenso la ayuda a Corea del Norte y el proceso de reunificación aletargado.

No pueden dejar de considerarse a las nuevas relaciones internacionales y al papel creciente de China, no sólo en el contexto asiático sino también en el contexto mundial. El peso económico de China, el peso político que ha decidido tener y la especial relación con Corea del Norte hacen impensable una solución de la península sin contar con el gigante, por poder, por prestigio y por confianza de las partes. Además, Corea del Norte está tomando nota del proceso del Partido Comunista chino hacia la creación de una economía de mercado sin perder el poder político.

Junto a estos obstáculos hay que añadir la propia concepción de las partes de lo que crean que ha de ser la reunificación y destacar los siguientes obstáculos y objetivos previos: Corea del Norte propone una Federación —una nación, un Estado, dos sistemas y dos gobiernos (1988 Kim Jong-II), establecer anteriormente una ley de seguridad nacional, revisar el acuerdo sobre la existencia de tropas norteamericanas en Corea del Sur y la necesidad de entrar en la economía de mercado por parte del Norte de forma paulatina. La recuperación económica del Sur y su estabilidad política son elementos previos para la reunificación, ya que la experiencia alemana los ha hecho más conscientes del coste de la reunificación. La economía de Corea del Sur deberá modificar muchos aspectos de su estructura económica y normas de funcionamiento, que aún están pendientes desde la crisis.

El país ha logrado mantener un crecimiento constante del PNB y un aumento de las exportaciones, ha conseguido la reducción del déficit exterior, la aplicación de políticas expansivas de demanda con éxito y ha mejorado la situación de IDE creciente y favorable. Pero hay aspectos cualitativos pendientes: finalizar la reestructuración empresarial de los *chaebols*, la modificación del sistema bancario, la introducción de cam-

bios en la contabilidad y el cambio legislativo sobre financiación de las filiales y otros aspectos que están en proceso de cambio y deberán estar consolidados antes de la reunificación.

A la sombra de China

La experiencia de la URSS, el desmantelamiento político primero y el posterior desastre económico del coloso por una parte; la posición de China, su propio proceso de entrada en los canales comerciales del mundo, la transformación interior de la estructura económica china, con un cambio al mercado sin perder el poder del PCCh; la desconfianza de Corea del Norte en EEUU y la negativa por parte de éstos de cambiar el tratado actual de armisticio por un tratado de no agresión; el viaje de Kim Jong-il por Rusia y China sin resultados positivos desde el punto de vista de logros económicos o políticos; la necesidad de negociar con EEUU, aunque se incorpore una reunión a seis; el peso creciente de Japón y el aumento de relaciones bilaterales; la fluctuante relación con Japón, son aspectos que hay que tener en cuenta, en el contexto de las transformaciones de China y la forma en que se está manejando la entrada en la OMC desde el poder político tradicional. No sería de extrañar que el régimen de Corea del Norte estuviera tomando nota para hacer una «revolución a la China, paulatina, secuencial, progresiva y desde el poder», aunque su fuerza y el «respeto» internacional no son comparables.

Cuestiones abiertas

La complejidad de los pactos y la pauta concreta de reunificación no es exclusivamente un tema coreano ; deberá pasar por el tamiz de las grandes potencias implicadas en la zona. En un mundo globalizado y con necesidad de la multipolaridad, la reunificación dependerá y estará ligada a los acontecimientos y la situación concreta en que se produzca.

La existencia de capacidad atómica en Corea del Norte, el mayor protagonismo de los países asiáticos en los asuntos del continente, el acercamiento directo de Corea del Norte y Corea del Sur, cuya unifica-

ción cambiaría todo el panorama estratégico en Asia, y las posiciones contradictorias de las potencias ante la reunificación son aspectos que pesarán en el proceso, ya que cada uno tiene intereses diferentes en dicho proceso y en el final. Rusia, puede ver fortalecida su posición frente a las otras potencias política y económicamente, pues dispone de tierras y recursos por explotar limítrofes con Corea. China es favorable a la reunificación, pero sus relaciones con Japón pueden complicarse después de la misma. Japón prefiere una Corea sin conflicto, pero una Gran Corea le resta protagonismo en la zona; además deberá pagar parte del coste de la reunificación, en armamento y en ejército. Está también el especial papel de EEUU y sus intereses específicos, ya que no quiere perder protagonismo en la península, y en Asia en general. La seguridad en Asia y la suya propia podían haber descansado en Afganistán e Irak pero las cosas no están ayudando demasiado a la estabilización.

El desarrollo de Corea del Sur y el estancamiento y atraso de Corea del Norte no parecen descansar ni en los recursos naturales ni en la diferencia de cultura tradicional ni en los valores confucianos en sí mismos ni en la industrialización planificada ni dejando actuar el mercado ni en el nacionalismo ni en las políticas liberalizadoras del Sur ni en la industria pesada ni en mano de obra masiva y barata ni en la inversión extranjera ni en el ahorro. La organización económica de mercado como instrumento, cierta planificación orientativa pero decisiva, el comercio exterior como medio de aprendizaje y como instrumento de adquisición de tecnología, son necesarios para el crecimiento, pero si las medidas han de conseguir la participación de la gente será necesario contar con sus valores y motivaciones para incentivarlos.

Los casos de Corea del Sur y de Corea del Norte pueden servir para indagar en la búsqueda de un factor de crecimiento, que podríamos señalar como «motivación a los individuos» basado en el diseño de una política adecuada y con unos instrumentos que consigan encontrar los incentivos idóneos para lograr esa motivación, de los individuos y de las instituciones. Cualquier política que vaya dirigida a la actuación de personas deberá considerar sus principios, valores y construcción mental de la realidad. En este sentido habrá que introducir sin duda los valores asiáticos.

Los valores asiáticos

Las políticas de crecimiento y de desarrollo deberán incorporar los valores asiáticos como un elemento específico de las mismas, en los objetivos, en los instrumentos y en la aplicación de éstas.

Los valores son clave en la pauta de comportamiento de los individuos, y afectan a su vez al proceso económico de crecimiento. Los valores en sí mismos no pueden ser interpretados como animadores o retardadores del cambio, como se había dicho de los valores confucianos (y ahora se dice de los valores de la religión islámica). Lo importante es la utilización de los mismos como instrumentos de política. Los valores tradicionales no pueden contraponerse a la democracia. Lo que importa es la utilización de estos valores.

Los mismos valores asiáticos, confucianos, han desempeñado un papel complementario distinto en las dos Coreas, con motivaciones diversas y en contextos políticos distintos y contrarios. En ambas han servido para motivar a los individuos al trabajo, a la lealtad, al progreso y, también, al seguimiento, al machismo, a la privación de la mujer de sus derechos, pero no en sí mismos, sino en su interpretación.

La política parece marcar la diferencia para generar crecimiento, pero no en los instrumentos sino en los objetivos y en la mentalización, que entronca individuos con objetivos, individuos con motivaciones, individuos con instrumentos, individuos con instituciones, en definitiva individuos con la sociedad, la política y la economía.

Nota

1. Consorcio Universidad Internacional Menéndez-Pelayo de Barcelona-Centro Ernest Lluch, 11-12 de julio de 2002.

CUARTA PARTE
CULTURA Y SOCIEDAD

Los valores asiáticos y la internacionalización del confucianismo

Kam Louie

En este estudio, me gustaría enfocar el tema de los valores asiáticos desde el punto de vista de Confucio y el confucianismo y cómo se han revalorizado en China y en el exterior en los últimos, y extraños, veinte años. Al utilizar el confucianismo como estudio de caso de los cambios en la concepción de los valores asiáticos y al mostrar cómo se ha ido reconfigurando continuamente para adaptarse a las distintas épocas y regiones, mi intención es demostrar que en el nuevo orden mundial las aspiraciones regionales o nacionales se pueden transformar rápidamente en ideales transnacionales o transregionales. En una época en la que el multiculturalismo es defendido en tantos países y en la que la gente y la información circulan tan deprisa por todo el globo, las actitudes y las normas culturales se transforman de manera más rápida y profunda que nunca. También son más fácilmente explotadas y adquiridas por aquellos que argumentan que el mundo ya está preparado para una «lucha de civilizaciones».

Muchos de los participantes en el debate sobre los valores asiáticos consideran que el confucianismo es la clave para interpretar el pensamiento y el comportamiento asiático. Al demostrar cómo Confucio como modelo de emulación y el confucianismo como sistema filosófico han sido reinterpretados sucesivamente en las últimas décadas, intentaré justificar que la premisa según la cual hay valores básicos en la cultura china que son inmutables no es sostenible. La conclusión de esta tesis es que los valores asiáticos también están sujetos a transformaciones constantes. Con eso no quiero decir que no haya grupos de personas con creencias e ideales comunes. Los hay, y a menudo sus líderes manipulan sus convicciones con fines nacionalistas, en discursos retóricos sobre «ellos» y

«nosotros». Mi argumento es que en el nuevo orden mundial las ideologías regionales y nacionales atraviesan las fronteras más deprisa y más a menudo que nunca. Una consecuencia de este cruce de fronteras es que tanto las ideologías como los inmigrantes que las abanderan renacen bajo distintas formas. Además, estas reencarnaciones actúan directamente sobre los que se quedan en casa, de modo que los valores sociales y los patrones de pensamiento también cambian.

Los orientales, los asiáticos y los chinos

Antes de embarcarme en un debate sobre el confucianismo, quisiera justificar por qué he elegido un único sistema de pensamiento entre todos en mi planteamiento sobre los valores asiáticos. Al margen del hecho de que el confucianismo sea considerado por la mayoría de observadores de los valores asiáticos como un elemento clave de estos «valores asiáticos» en los últimos años, tengo una razón mucho más indiscutible. «Asia» es demasiado extensa y el sistema de creencias en Asia demasiado plural y desigual para demostrar lo que quiero decir de manera eficaz en tan poco espacio de tiempo. Naturalmente, podría centrarme en cada región asiática y demostrar cómo los valores individuales de estas regiones han cambiado con las transformaciones políticas y económicas particulares de cada región, pero me resulta imposible hacerlo en un solo artículo. También podría asumir que los valores asiáticos se refieren a una única entidad establecida. Pero si consideramos que además de diversos sistemas de creencias minoritarios, Asia tiene partidarios de las grandes tradiciones mundiales, con muchos seguidores del budismo, el islamismo, el hinduismo, el confucianismo y el cristianismo, sencillamente no tiene sentido hablar de los valores asiáticos como un sistema coherente.

Voy a empezar con una breve reflexión sobre cómo se estudia Asia. En las universidades, a menudo los estudiantes e investigadores de las diversas culturas y lenguas de Asia se agrupan en departamentos de Estudios Asiáticos. Si bien esto resulta problemático, muchos de estos departamentos se engloban dentro de una denominación todavía más problemática: Estudios Orientales. «Oriental» es más difícil de definir que «asiático» porque «oriental» se refiere a regiones del norte de África, como Egipto, y al continente asiático. Además, tradicionalmente los

Estudios Orientales implicaban el estudio de lenguas y literaturas clásicas, mientras que los Estudios Asiáticos se refieren cada vez más a análisis sobre ciencias sociales y humanidades en la región asiática. Y lo que es más importante, la erudición orientalista se ve cada vez más como una empresa colonialista en la cual los «orientales» se mistifican y «alienan» en beneficio de la percepción europea. Sin duda, aunque la imaginación orientalista conjeturaba imágenes vívidas y perdurables, la noción de «Oriente» podía tener o no una base en la realidad.

Quisiera volver al orientalismo para introducir mi planteamiento porque lejos de ser un asunto finiquitado con Edward Said, sigue inquietando a muchos. Por ejemplo, el 13 de mayo de este año, un estudiante de posgrado de la Universidad de Estocolmo planteó una cuestión en la lista de correo electrónico de H-ASIA. En ella declaraba que su departamento, como habían hecho muchos otros, estaba considerando la posibilidad de cambiar el nombre de Lenguas Orientales por el de Lenguas Asiáticas. Identificaba a dos sectores opuestos en su departamento: los que estaban a favor del cambio eran jóvenes, asiáticos y miembros jóvenes de la plantilla o posgraduados, y los que estaban en contra eran viejos, blancos y catedráticos o profesores adjuntos.

Esta breve carta provocó muchas respuestas procedentes de todo el mundo. Como era de esperar, algunas respuestas señalaban que se había llevado a cabo abundante investigación, excelente y original, en departamentos de Estudios Orientales y que las denominaciones no importaban, que un cambio de nombre estaba de más. Algunos creían que la noción de «oriental» estaba desfasada y que se había forjado en la mente popular del mismo modo que los nombres asociados a cosas a propósito para que sonaran más exóticas, como restaurantes chinos o alfombras persas. El debate también giró en torno a la conveniencia y eficacia de Estudios Asiáticos como denominación alternativa. Como era de esperar también, algunas personas consideraban que «Asia» era un concepto demasiado impreciso y que su uso dependía de quien lo empleara: en el Reino Unido, por «asiáticos» se entiende normalmente a la gente de Asia del sur, y en Norteamérica y Australasia, de Asia oriental. Algunos participantes de la lista se ofendieron al ser etiquetados como «Expertos en Asia del sur», un término que consideraban poco concreto. No se puso fin a la controversia hasta el 18 de mayo, cuando el editor decretó que «ya se ha escrito bastante sobre este asunto y sugiero que lo dejemos aparcado durante algún tiempo».

El hecho de que se desatara tanta pasión a la vista del posible cambio de nombre del departamento de lengua de una universidad, de oriental a asiático, demuestra claramente que cuando Fukuyama criticó el concepto de «valores asiáticos» no estaba, como humildemente apuntaba, «machacando en hierro frío».¹ De hecho, la noción de «Asia» y de «valores asiáticos» todavía sigue generando fuertes pasiones y sus defensores no sólo se manifiestan a favor de estos conceptos, sino que muchas personas, a juzgar por las opiniones vertidas en H-ASIA sobre el término «oriental», incluso llegan a argumentar que los valores orientales siguen vivos y son influyentes. Las denominaciones sí tienen importancia, como declaró Confucio en su férrea defensa de la «rectificación de los nombres» hace unos dos mil años. Por ejemplo, Confucio creía que los que eran nobles debían comportarse como tal y lo mismo sucedía con los que eran súbditos. Argumentaba que cuando las personas no se ajustaban a su condición social en la vida, sino que intentaban desempeñar papeles al margen de su posición social, se producía el caos. El uso de algunos títulos para referirse a ciertas entidades implica la aceptación de la exactitud de ciertas relaciones entre distintas ideas, objetos y clases de personas. Esto a su vez conlleva la aceptación de posiciones ideológicas y políticas claras.

Si bien me resulta difícil aceptar la lógica de un sistema coherente llamado valores asiáticos, reconozco que evocar esta noción siempre ha tenido y sigue teniendo un impacto sobre los asuntos nacionales e internacionales y las formaciones de identidad. También estoy de acuerdo en que podría actuar como un conjunto de valores para defenderse del unilateralismo. Lo que me interesa es revisar más detenidamente la propia noción para que no se convierta en el fundamento de declaraciones unilaterales. Para mí, «valores asiáticos» es demasiado homogeneizador y amorfo para examinarlo como una unidad. Por lo tanto, con el fin de superar las dificultades asociadas al intento de examinar una mezcla de muchos ingredientes opuestos como un sistema puro, me centraré específicamente en los valores chinos. Haciendo esto, podemos admitir que el impacto de la cultura china por todo el sureste asiático en particular ha sido importante a través de los vínculos de la diáspora establecidos con la inmigración. Naturalmente, los valores chinos también se pueden ver como una masa amorfa de componentes contradictorios. Por lo tanto, cuando Tao Tao Liu y David Faure plantean la pregunta «What does the Chinese person identity with?»² («¿con qué se identifica la persona chi-

na?»), lo que encuentran no son grandiosas estructuras simbólicas nacionales, sino mayoritariamente locales. Por ejemplo, para una persona cantonesa o hakka, los valores cantoneses y hakka son más inmediatos y significativos que los valores nacionales o transnacionales. Les resulta más fácil y claro contrastar sus gustos y diferencias con otras personas del lugar.

Así pues, opto por China como un estudio de caso ejemplar de los valores asiáticos no porque sea un país homogéneo, sino por otras razones más concluyentes. La increíble emergencia económica de los llamados cuatro tigres asiáticos, Hong Kong, Taiwan, Corea del Sur y Singapur entre principios de los sesenta y los noventa es de todos conocida. En el espacio de algunas décadas, estas economías han pasado del Tercer Mundo al Primer Mundo. Sin embargo, excepto Hong Kong las cuatro regiones han mantenido unos gobiernos caracterizados por algunos analistas occidentales como represivos durante los años sesenta y setenta. En cambio, lejos de considerarse autoritarios o dictatoriales, los líderes de estos países se inclinaban por verse como continuadores de un sistema «asiático» o confuciano benevolente.

A este efecto, la región de contraste con los cuatro tigres asiáticos no será Occidente, sino China, cuyo malestar económico en los años sesenta y setenta se consideraba el resultado de adoptar el comunismo y abandonar la ética tradicional y una forma de gobierno benevolente. Sin embargo, este punto de vista perdió su relevancia a partir de los ochenta, cuando China cambió completamente su política a favor de un crecimiento económico y de la corrección política. Como resultado de las reformas de Deng Xiaoping, la RPCh ha mostrado continuamente una de las tasas de crecimiento más elevadas del mundo (si no la más elevada), convirtiendo el debate ideológico entre China y sus vecinos en algo histórico por encima de los intereses existentes. Esto sucedió principalmente a finales de los noventa, cuando la crisis económica sacudió a gran parte de Asia mientras que China seguía manteniendo su prosperidad económica.

También existe una razón lógica para centrarse en el confucianismo, que representa una base fundamental sobre la que se asientan los valores asiáticos. Parece bastante asumido que los valores confucianos tienen unos elementos esenciales que son inmutables. Que incluso cuando las sociedades y el mundo cambian, los valores confucianos básicos se mantienen. Por lo tanto, el ex ministro de Asuntos Exteriores de Corea del Sur Han Sung-Joo, que declara que los valores asiáticos existen y si-

guen siendo relevantes, lo hace afirmando que el «comportamiento de los países asiáticos seguirá estando guiado por estos valores, quizá, no en su actual aplicación, pero sí al menos en su formulación básica».³ En la esfera popular, periodistas como Greg Sheridan, desde Australia, también se hacen eco de esta opinión. Si bien Sheridan admite la diversidad de culturas, no duda en comparar la región de Asia oriental con una familia, por su «gran semejanza con una familia».⁴ También coincide con Lee Kuan Yew al aludir al confucianismo como la filosofía más importante que encarna los valores asiáticos.

Por lo tanto, si podemos demostrar que Confucio y el confucianismo han cambiado hasta el punto de que los valores esenciales de hecho se pueden transformar y ya no representan lo que eran hace veinte o treinta años, el argumento de que existen principios esenciales y valores inmutables en Asia deja de tener sentido. Lo que me propongo es exactamente esto: explicar el desarrollo del icono de Confucio y el confucianismo en el siglo xx. Observando la trayectoria y las transformaciones de estas dos nociones a través del espacio y del tiempo, demostraré que las interpretaciones del confucianismo han cambiado hasta el punto de que sería escandaloso afirmar que la esencia es la misma que hace cincuenta años. Incluso diría que esta circunstancia se ha acentuado en los últimos tiempos, cuando el renacimiento del confucianismo ha pasado de ser un asunto unilateral dirigido exclusivamente por China para convertirse en un asunto global y multinacional.

La irreconocible transformación de Confucio en la República Popular China

Naturalmente, entiendo la necesidad de fomentar los valores asiáticos en los nuevos países emergentes como Singapur, como fuerza compensatoria frente a lo que muchos perciben como influencias corruptas de los valores occidentales. La necesidad de afirmar la propia identidad frente al impacto abrumador del poder norteamericano también es perfectamente legítima. Sin embargo, cuando en 1949 se creó la República Popular China, los dirigentes se enfrentaban a un problema diferente. Estaban impacientes por construir una sociedad comunista, y también por acabar con lo que consideraban retazos del pasado feudal.

La cultura y la forma de pensar autóctonas fueron sustituidas por una ideología externa, el marxismo. Muchos intelectuales se mostraron satisfechos y trabajaron en este sentido.

Sin embargo, como expliqué en mis libros sobre interpretaciones comunistas de la filosofía china clásica, tanto los líderes políticos como los intelectuales estaban determinados a buscar un método que permitiera la utilización de la cultura china tradicional en la nueva China.⁵ La consigna de Mao Zedong de que China debería heredar lo mejor de la tradición china, desde Confucio hasta Sun Yat-sen, fue repetida hasta la saciedad por aquellos que querían salvar las ideas tradicionales. Los argumentos más influyentes fueron los planteados por el filósofo neoconfuciano, Feng Youlan, que ideó el llamado «método de herencia abstracto» para que se garantizara la continuidad de los elementos esenciales del confucianismo en China. Feng Youlan reivindicaba fundamentalmente que había algunos principios generales en el pensamiento tradicional que podrían ser relevantes en una sociedad socialista. Ciertamente estos principios y conceptos generales se crearon en la época feudal, pero su esencia era aplicable a la nueva estructura socialista. El método del «patrimonio abstracto» es similar a algunos de los argumentos planteados hace unos años por aquellos que afirmaban que había ingredientes universales en los valores asiáticos. Más concretamente, uno de estos valores era la importancia de la educación.

De igual modo, en la China surgida en 1949 muchos intelectuales sintieron la necesidad de poner el acento en aspectos de la educación tradicional en la nueva sociedad. Esto se puso de manifiesto poco después de la creación de la RPCh, cuando los historiadores reclamaban un lugar para la educación confuciana en la China comunista. Esta tendencia sólo se interrumpió durante la Revolución Cultural, pero tan pronto como terminó se volvió a proponer la educación moral confuciana como medio para llenar el «vacío moral» que había dejado el caos político de la década anterior. Confucio se presentaba como un modelo para los jóvenes. La idea de un modelo ejemplar para imitar es extremadamente importante en la China comunista, en la cual se creaban «modelos» como Lei Feng, un mártir militar que consagró toda su corta vida al partido, y se desarrollaban movimientos morales y políticos para que se emulara a estos personajes.

No es de extrañar que durante la Revolución Cultural Confucio fuera duramente atacado por sus ideas sobre la educación. En la nueva Chi-

na, que se proponía abandonar los métodos «feudales», era difícil salvar al filósofo que más se identificaba con estos métodos. A través de la educación, los literatos chinos del pasado y la intelectualidad del presente podían seguir adoptando un sentido de intención y poder en la sociedad. Así pues, a lo largo de los ochenta y los noventa todo el mundo coincidía en que había un vacío moral tras las decepcionantes experiencias de la Revolución Cultural, y que la educación moral de Confucio se podía utilizar para llenar este vacío. Esta propuesta se reiteró muchas veces, de modo que Confucio se presentaba como un modelo para los jóvenes.⁶

A principios de los noventa, Confucio y Mao Zedong se consideraban los dos grandes educadores de la historia china, uno antiguo y uno moderno. En un significativo artículo a este respecto, Xu Quanxing, un miembro de la Escuela del Comité Central del Partido, argumentaba que en numerosas ocasiones Mao Zedong había declarado que quería que se le recordara como un profesor. Una de las citas más interesantes de Mao Zedong es la valoración que hace de Confucio en una conversación en 1938. Tras elogiar a Confucio, Mao pregunta retóricamente: «¿Por qué no se convirtió Confucio en un comunista? Porque en aquellos días la mayoría no quería que fuera un comunista, quería que fuera un profesor. Pero ahora la mayoría quiere que seamos comunistas».⁷ Es decir, si Confucio hubiera vivido en los años treinta, habría sido un líder comunista. Estas declaraciones son casi clichés; lo que destaca en ésta, sin embargo, es la manera en que se utiliza para argumentar la suprema importancia del sabio para la cultura china.

Los críticos como Xu Quanxing no se limitan a debatir sobre los méritos de la educación confuciana. Como profesor de la Escuela del Partido Comunista, Xu no deja lugar a duda sobre la motivación política que se esconde detrás de su artículo. Concluye con un breve comentario que indica que aunque la influencia de Confucio sobre Mao Zedong fue generalmente positiva, también había tenido su lado negativo. El mayor defecto del pensamiento educativo de Confucio, según Xu Quanxing, es la «importancia que concede a la ética y la poca atención prestada a la materialidad» [*zhong renlun, qing wuli*].⁸ Debido a ello, los pensadores chinos de todos los tiempos no han concedido la suficiente atención al progreso económico y material. Por este motivo Mao Zedong era aficionado a la educación política y rechazaba la modernización y la producción económica. Xu Quanxing declaraba que Deng Xiaoping rectificó esta propensión de Mao Zedong, poniendo el acento en la importancia de

la educación para conseguir la modernización y llegar al nivel de las máximas pautas internacionales.⁹ Presumiblemente, si Confucio hubiera vivido en 1990 hubiera sido algo más que un líder comunista: quizá un empresario comunista. También el aspecto de las implicaciones económicas de la idea de Confucio iba a convertirse en el elemento más importante para adaptar la tradición a la era moderna y para la emergencia del confucianismo como núcleo de los valores asiáticos.

Teniendo en cuenta que durante siglos a Confucio se le había asociado al ámbito académico y se le consideraba hostil al comercio y a los asuntos monetarios (de hecho la erudición china siempre ha mostrado su desdén por el comercio) parece inconcebible que pudiera presentarse como un filósofo que enseñara a la gente a hacer dinero. La tendencia de proyectar a Confucio como gurú comercial se basó en los cambios de prioridades en China. Viéndose como líder mundial de la fidelidad revolucionaria, China, bajo Deng Xiaoping quería alcanzar rápidamente a los países occidentales en términos económicos. En 1984 se estableció en Pekín la Asociación Confuciana Internacional y el ex primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, ardiente defensor de los valores asiáticos, fue elegido director honorífico. El papel de Lee Kuan Yew fue una clara señal de que el confucianismo se veía como un ingrediente importante para construir una sociedad próspera y moderna. Desde entonces se han celebrado numerosas conferencias internacionales para conmemorar a Confucio, con muchos participantes extranjeros procedentes de Asia oriental y suroriental. El crecimiento de la región de Asia-Pacífico durante los años ochenta y noventa generó un interés gradual por la búsqueda de los «valores asiáticos», de los cuales el confucianismo era un elemento esencial. Sucesivamente aparecieron una serie de artículos que mostraban cómo el confucianismo había sido primordial para la modernización en los países industriales del este de Asia, como Japón y Corea.¹⁰

Lógicamente, los académicos que durante muchos años habían reclamado la «herencia» del pensamiento educativo de Confucio enseguida quisieron sacar partido del *boom* económico del este de Asia. En los noventa, el mensaje se promovía vigorosamente. Desde los asesores más sabios hasta reyes y hombres de Estado de todos sitios, Confucio se había convertido en un consultor en dirección de empresas, cuyas palabras servían de referencia para las buenas prácticas comerciales.¹¹ Su ética se consideraba ejemplar porque se supone que fomentaba la producción y el beneficio. Sin embargo, como ya he indicado, Confucio siempre ha esta-

do por encima de las motivaciones monetarias. En *Las Analectas* declara de modo inequívoco que «el *junzi* [persona noble] entiende la importancia de la moralidad [*yi*] y el *xiaoren* [persona baja] entiende la importancia de la rentabilidad [*li*».¹² En el contexto del Período de Primavera y Otoño y el Período de los Reinos Combatientes, ésa es una declaración muy importante. El principal reto para los confucianos en ese momento era Mozi, que defendía sin remordimientos el beneficio y el lucro como objetivos deseables. Se supone que los confucianos de todas las épocas situaban la moralidad por encima de los beneficios y el lucro, mientras que los mohístas optaron por una posición de reserva. El odio de los confucianos por la motivación utilitarista orientada a los beneficios se mantuvo hasta el siglo xx, con los comerciantes y empresarios teóricamente situados casi en la parte más baja de la sociedad tradicional china en términos de estatus social.

Los artículos que tratan sobre la relación entre la ética y el lucro normalmente concluyen argumentando la necesidad de cierto grado de moralidad en una época en la que «el dinero lo es todo».¹³ Sucesivamente, los académicos escribieron para demostrar la conexión entre los puntos de vista de Confucio sobre la motivación de los beneficios y la modernización de China, diciendo que ambas nociones de rectitud (*yi*) y beneficio (*li*) eran importantes en esta época de rápido crecimiento económico.¹⁴ Kuang Yaming, ex presidente de la Universidad de Nanjing, que era un comunista incondicional, sostenía en un influyente periódico que si se observaba de cerca, Confucio realmente no subrayaba la rectitud por encima del beneficio. De hecho, su máximo ideal era «la Gran Commonwealth' [*datong shijie*], en la cual la rectitud y el beneficio estaban en armonía y en unidad.¹⁵ Confucio insistía en el conflicto entre rectitud y beneficio porque se dio cuenta de que «la Gran Commonwealth» era difícil de llevar a cabo en su tiempo. Por eso ponía el acento en la rectitud para que al menos se desarrollara primero una sociedad ética.

Hacia finales de los ochenta, por lo tanto, se coordinaron los esfuerzos para demostrar que las ideas de Confucio eran beneficiosas para el crecimiento económico. Además de la aparición de varios artículos consagrados a la relación entre la ética confuciana y la gestión del negocio, se celebraron una serie de conferencias para examinar la moralidad tradicional china y la economía de mercado.¹⁶ Utilizando el punto de vista generalmente aceptado de que la esencia de la enseñanza de Confucio es la benevolencia (*ren*), y que *ren* significa el descubrimiento de la hu-

manidad en las relaciones humanas, los académicos intentaron demostrar que este énfasis en la centralidad del hombre era un elemento esencial que se había perdido de vista en la gestión moderna.¹⁷ Además, a menudo se argumenta que existe una conexión íntima entre la moralidad confuciana y la moralidad económica socialista, de modo que en la creciente economía de mercado socialista, la ética confuciana debería utilizarse para combatir la influencia corrupta de la codicia del dinero.¹⁸ Este punto de vista era todavía más interesante porque se creía que la Revolución Cultural primero y la modernidad después habían tenido un efecto alienante y deshumanizador en las personas, especialmente en los jóvenes.¹⁹

Confucio por lo tanto es alabado como el sabio que propuso un método según el cual la gestión se podía llevar a cabo de modo eficiente por directivos y gerentes humanos. En un artículo muy detallado, el economista de la Universidad de Pekín Zhao Jing declara que las técnicas de gestión de Confucio podrían ser adoptadas por parte de las empresas modernas y capitalistas. El dinamismo de este argumento está dirigido a los «líderes» políticos e industriales. En particular, afirma que aquellos que defendieron la política hace unos años eran personas que «no entendían nuestro carácter nacional», que querían precipitar el comunismo sin comprobar si era una visión realista o no.²⁰ Este carácter nacional, naturalmente, se basaba en el confucianismo. Zhao reconoce que el hecho de que Confucio no prestara atención a la estructura económica de las naciones tuvo un impacto negativo en China. Sin embargo, cree que si Japón y Corea pudieron modernizarse adoptando las técnicas de gestión de Confucio, China también podría. La «gestión moral» se convirtió en un lema bajo el cual muchos escritores defendieron la vuelta de Confucio en la nueva China industrial.²¹

Durante los noventa, las poderosas fuerzas de la industrialización y el consumismo lanzaron artefactos culturales en el mercado como mercancías.²² Los académicos y los escritores tuvieron que satisfacer a los consumidores en lugar de satisfacerse entre ellos. Su metamorfosis comportó la correspondiente reinención de su *alter ego*, Confucio. La nueva sociedad de consumo había introducido increíbles e incuestionables dilemas para intelectuales y artistas que se aferraron a las formas tradicionales. «Tradición», aquí se refiere no sólo a la tradición de los tiempos imperiales, sino también a la comunista. Con el fin de valorar el impacto de los nuevos estilos de vida en los ideales comunistas tradicionales, en 1999 se llevó a cabo un foro sobre héroes en el periódico *Juventud china*

[*Zhongguo qingnian*] de la Liga Juvenil China. Los méritos de Bill Gates se comparan con los de Pavel Korchagin, el personaje literario más influyente de la era soviética.²³ Es muy interesante que ninguno de los comentaristas rechazara automáticamente a Bill Gates, con un par que coincidía en que es un «hombre de negocios brillante» y un «modelo realista».²⁴ Hubiera sido inconcebible incluso una década antes para un órgano del partido responsable de la instrucción política de los jóvenes de la nación alabar al hombre más rico del mundo y compararlo a Korchagin.

Actualmente el éxito de los negocios se ha convertido sin duda en el principal objetivo de la educación moral/política. Afirmando que el venerado sabio Confucio ya había descubierto hace dos mil años el secreto para un estilo de liderazgo humano adecuado al siglo xx, los líderes chinos pueden abandonarse a las finanzas y al mismo tiempo sentirse superiores moralmente. Los especializados en economía y comercio se presentan como virtuosos y morales de modo que pueden ocupar posiciones de liderazgo y ganar mucho dinero sin que se planteen preguntas demasiado fastidiosas. Sin embargo, esta racionalización de la búsqueda de la riqueza y el poder ha provocado algunas consecuencias incongruentes. Al pretender que Confucio había dado prioridad a la gestión económica y el lucro, las interpretaciones tradicionales que le presentaban como un santo más allá de las motivaciones materialistas se han negado completamente. Esta curiosa mezcla de moralidad y riqueza es importante en la nueva China, en la que según la ideología reinante la creación de riqueza está por encima de todo, pero es hipócrita afirmar que se mantienen los valores tradicionales cuando de hecho se han transformado en lo opuesto.

El nuevo confucianismo aquí y fuera

Tras considerar de qué forma el modelo de Confucio se ha transformado tan a menudo hasta llegar a ser irreconocible en la República Popular China en poco tiempo, sería conveniente situar estos cambios del confucianismo en el espacio y el tiempo. Después de la llegada de los comunistas a China, muchos expertos en filosofía se dispersaron aquí y allá. La mayoría de los que se quedaron o bien dejaron de escribir como lo hacían antes de 1949 o bien, como Feng Youlan y Zhang Dainian, intenta-

ron demostrar que en el confucianismo había algunos elementos universales que se podían adoptar en la sociedad comunista. Feng Youlan en particular siguió escribiendo durante el período comunista, incluso durante las etapas más radicales de la «banda de los cuatro» a principios de los setenta. Algunas de las críticas más interesantes se sucedieron en los años cincuenta y sesenta. Estas críticas corrían a cargo de una generación de jóvenes académicos formados en la ideología marxista. Recurrían a la clase como principal categoría de análisis a la hora de examinar las tradiciones chinas.

Basándose en la etimología de palabras como benevolencia (*ren*) en *Las Analectas*,²⁵ algunos de los jóvenes historiadores y filósofos como Zhao Jibin y Guan Feng afirmaban que las ideas de Confucio se crearon como armas ideológicas utilizadas por los detentores del poder en el Período de Primavera y Otoño y el Período de los Reinos Combatientes para oprimir a las masas y frenar el progreso histórico. Por ejemplo, mientras que la erudición tradicional se inclinaba por interpretar benevolencia *ren* como «benevolencia que emana sabiamente de un hombre en su relación con los demás», y la erudición moderna declaraba que benevolencia *ren* era una prueba de que Confucio había descubierto una humanidad común en el hombre, el filósofo Zhao Jibin, examinando la evidencia textual, argumentaba que benevolencia *ren* sólo se utilizaba con relación a la élite. La noción de benevolencia nunca se extendía a la gente común, porque para «la gente común» se utilizaba otra palabra distinta en *Las Analectas*: *min*. Este tipo de críticas al pensamiento confuciano permanecía en la esfera académica a principios de los sesenta. Durante la Revolución Cultural, especialmente en la campaña anticonfuciana de principios de los setenta, se convirtieron en la única interpretación permitida.

En cambio, los que escribían a favor de la cultura tradicional no tuvieron voz en China hasta principios de los ochenta. Pero algunos, como Feng Youlan, siguieron formulando maneras de adoptar el pensamiento tradicional en la nueva era. Además, incluso los que habían dejado de escribir como lo hacían antes, como Liang Shuming y Xiong Shili, conservaron cierta influencia respecto a los que habían participado en debates sobre el pensamiento chino tradicional antes de 1949. Esta influencia se hizo patente en los últimos años, y por este motivo vale la pena citar brevemente al menos uno de estos primeros escritores para poder apreciar algunos de los asuntos que se debaten hoy en día. Filosóficamente ha-

blando, una de las tendencias más significativas que surgió en la misma época que los debates sobre los «valores asiáticos» es la llamada Escuela del Nuevo Confucianismo en China y en el extranjero.

No está nada claro cuáles son los elementos centrales que integran esta «escuela» o si tiene alguna base coherente. En términos del debate sobre los valores asiáticos, su relevancia se pone de manifiesto por el hecho de que la mayoría de sus partidarios coinciden en que el «toque de trompeta» [*Sun Dexuan*] de esta escuela procedió de Liang Shuming, que en 1921 publicó *Las culturas y filosofías de Oriente y de Occidente* [*Dongxi wenhua ji qi zhexue*]. Anticipándose a una tendencia de los noventa, en este planteamiento, Liang postula que existen tres grandes tradiciones filosóficas en el mundo moderno: la occidental, la china y la india. Las sociedades progresan por este orden, de modo que la india sería el destino último de todas las civilizaciones. Sin embargo, como muchas personas todavía no estaban preparadas para esta forma de vida espiritual, Liang instó a adoptar la china del justo medio. Los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial fueron de intensa reflexión para muchos intelectuales chinos, y en ellos las comparaciones entre distintas civilizaciones eran un pasatiempo popular entre los pensadores más importantes. Las comparaciones entre distintas culturas no eran exclusividad de los chinos. Pensadores de la talla de Bertrand Russell y Rabindranath Tagore viajaron a Asia en busca de semejanzas y diferencias culturales. Era una época de gran agitación social, y Asia estaba experimentando increíbles cambios sociales. Y, como ahora, las posibilidades de un conjunto de valores asiáticos se debatían fervientemente. Al final, estos debates fueron cortados por lo sano por los asuntos nacionalistas, que culminaron en los años de guerra entre China y Japón.

En China, mientras algunos conservadores como Liang Shumin y Xiong Shili reclamaban el restablecimiento del confucianismo, sus versiones del confucianismo estaban muy adulteradas con elementos budistas, hasta el punto de que Liang ha sido descrito como «el último budista» y también como «el último confuciano».²⁶ Si bien Liang y Xiong se consideran actualmente los padres de la Escuela del Nuevo Confucianismo, sus ideas conservadoras simplemente no tenían cabida en China después de 1949. Su mensaje de que el confucianismo o la tradición china eran la clave para una forma de vida correcta en el mundo moderno fue retomado por aquellos que abandonaron China y se fueron a vivir a Hong Kong

y Taiwan en particular. Algunos de ellos se convirtieron en influyentes académicos en universidades e institutos de investigación. Y muchos pudieron publicar y seguir desarrollando las ideas confucianas conservadoras de sus maestros chinos en publicaciones como el *Diario de investigación de Confucio y Mencio* [*Kong Meng xuebao*], que es distribuido desde 1961 por la Sociedad de Confucio y Mencio de Taiwan, y que sigue divulgando los mismos valores confucianos tradicionales. No obstante, dichas publicaciones tienen muy poco impacto fuera de un círculo muy reducido de lectores académicos.

Ha sido así hasta hace diez años, en que fueron recuperados como parte del debate sobre los valores asiáticos. Significativamente, desde mediados de los ochenta, cuando se buscaban explicaciones al milagro económico asiático, algunos eruditos confucianos fuera de China también intentaron reinterpretar el confucianismo vinculando la educación confuciana con la prosperidad económica en Asia oriental.²⁷ Los estudios de las culturas en las ciencias sociales también han proyectado los valores confucianos como una «dimensión dinámica» al fomentar el crecimiento económico.²⁸ No sólo se revitalizó el confucianismo en el sureste asiático y Taiwan, en regiones occidentales como Norteamérica y en las asociaciones académicas como la Sociedad Canadiense de Investigación de la Cultura y de la Regeneración, que publica trimestralmente *China Cultural* [*Wenhua Zhongguo*], también se han dedicado a resucitar la cultura china tradicional en el nuevo orden mundial.

Como parte de este renacimiento, se ha recuperado un documento relativamente oscuro titulado «Declaración en nombre de la cultura china dirigida respetuosamente a los pueblos del mundo» que fue publicado en 1958 como inicio de la formación de una nueva escuela de pensamiento. El documento de 1958 llevaba la firma de cuatro de los escritores más importantes de fuera de China conocidos por su constante «defensa» de lo que consideraban como las «glorias de la cultura china tradicional»: Mou Zongsan, Xu Fuguan, Zhang Junmai y Tang Junyi. Como señala John Makeham, el documento no representa ninguna idea sistemática de ningún filósofo particular, sino que se trata más bien de una «apología cargada de emoción de la cultura tradicional china y los valores ético-religiosos y espirituales que los autores identifican con esta cultura. Destaca la importancia transcultural del confucianismo en el panorama mundial».²⁹

Como eruditos que abandonaron China, los autores de la Declaración consideran que China está perdiendo su herencia cultural. Como sus

predecesores Liang Shuming y Xiong Shili antes que ellos, algunos académicos como Mou Zongsan absorbieron las ideas budistas en sus versiones del confucianismo. También adoptaron la filosofía europea, particularmente la de Kant, en sus reinterpretaciones de la filosofía confuciana. Hacia 1958 también eran conscientes de que sus versiones de la tradición china estaban perseguidas y que los modelos de vida occidentales, especialmente el norteamericano, estaban en auge. En su defensa de la cultura china, por lo tanto, decían que también integraban los mejores aspectos de la democracia occidental y demás. Su esperanza era que el mundo consideraría los méritos de la cultura tradicional china como compatibles y también deseables en el mundo moderno. De hecho, la ética china tradicional podría actuar como balanza para la lujuria materialista y las superficialidades de la cultura moderna. En esto, los Nuevos Confucianos tenían puntos de vista similares a los expresados por los escritores chinos conservadores en la China continental actual. Los actuales defensores de los valores asiáticos también se hacen eco de estos sentimientos.

La diferencia entre los conservadores comunistas y los Nuevos Confucianos es evidente en el propósito básico del documento de 1958. Ese documento se concibió para combatir los demonios del comunismo, y por eso incorpora los valores occidentales en sus objetivos. Sus autores, como Mou Zongsan, eran anticomunistas declarados. Por lo tanto, mientras que Liang Shuming ve los valores occidentales como opuestos e irreconciliables con los valores chinos e indios, aquí son los valores comunistas los que se consideran incompatibles. Independientemente de sus méritos, esta declaración se admite ahora tanto dentro como fuera de China como el toque de trompeta para la formación de la Escuela del Nuevo Confucianismo. Los principales protagonistas de esta nueva escuela también han sido publicados y algunas recopilaciones de sus escritos han sido distribuidas por toda China. Esta aceptación de una declaración básicamente anticomunista demuestra hasta qué punto los chinos están dispuestos a dar prioridad a los imperativos nacionalistas por encima de la rectitud política. Si se pudiera demostrar que China se podría convertir en un Estado rico y poderoso con los medios chinos en lugar de los occidentales, este tipo de declaración probablemente tendría más público.

Una de las indicaciones más claras del cambio radical en el trato de la herencia filosófica de la nación fue la fundación de la Academia de la Cultura China (*Zhongguo wenhua shuyuan*), dirigida por Tang Yijie, en

1985. Tang Yijie fue uno de los historiadores más influyentes y brillantes del pensamiento chino. Desde los años cincuenta ha escrito sobre la filosofía china utilizando metodologías marxistas. A finales de los ochenta y principios de los noventa, en un momento en que los valores asiáticos se defendían en Asia oriental, la Academia encabezaba las revisiones del pensamiento chino, particularmente el confucianismo. Parte de su misión consistía en integrar la investigación sobre la cultura china en China y Occidente. Así pues, se invitaba a académicos de fuera de China a investigar y trabajar en la Academia. Uno de estos académicos visitantes fue Tu Wei-ming, un profesor de la Universidad de Harvard. La participación de Tu Wei-ming en las exploraciones de los valores chinos resultó ser fundamental para el desarrollo del Nuevo Confucianismo fuera de China. Tu había escrito un influyente artículo en el que argumentaba que la cultura china esencial no se tenía que buscar más fuera de China que dentro. El título de esta tesis resume su contenido de forma concisa: «China cultural: la periferia y el centro».³⁰ Aunque algunos no compartieran su idea de que la auténtica cultura china residía fuera de China, Tu fue bien recibido por muchos y sus discursos y reflexiones se han publicado en China.³¹

Globalización de la identidad china

En 1963, Mou Zongsan había utilizado la metáfora de un árbol para describir el pensamiento chino. El confucianismo se presentaba como el tronco, con el budismo y el taoísmo como ramificaciones de ese tronco principal.³² Tu Wei-ming utiliza la misma metáfora para indicar que la cultura china crece y florece. El subtítulo del volumen *The Living Tree* editado por él es «el significado cambiante de ser chino hoy».³³ Su artículo «La periferia y el centro» de 1994 encabeza esta recopilación. Está claro que la cuestión de quién está en posesión de la cultura china se ha convertido en una de las más urgentes para las decenas de millones de ciudadanos de origen chino que actualmente viven fuera de China. Éste ha sido desde hace tiempo un problema clave para los chinos que viven en el sureste asiático, como han demostrado Wang Gungwu y Jennifer Cushman. Wang, en el prefacio del libro que publicó en 1988, resume las complejidades de identidad para los chinos del sureste asiático, que in-

cluyen factores políticos, culturales, raciales y económicos.³⁴ Hacia 1994, cuando Tu Wei-ming escribió su artículo «China cultural», el tema de la identidad se había convertido en un asunto destacado para los chinos no sólo en Asia, sino también en los países occidentales.

Hacia finales de los ochenta se había apuntado hacia estos chinos que vivían fuera como protagonistas decisivos en la emergencia de la economía asiática con su aparente ética de conexiones comerciales (*guan-xi*), coherencia familiar y comunitarismo. Se decía que estos rasgos eran de algún modo confucianos, por lo que el auge y la prosperidad económica del sureste asiático suscitaron el renacimiento del confucianismo. Si bien muchos abandonaron China por causa del comunismo, lo más sorprendente de los últimos cambios es que en un momento en que China está abandonando la rigidez del comunismo, el número de chinos que ha decidido echar raíces en tierras extranjeras (*luodi shenggen*) ha aumentado drásticamente.³⁵ Además, mientras que los Nuevos Confucianos lógicamente están deseosos de sacar provecho de la prosperidad económica de Asia oriental y argumentan que hay que guardar como un tesoro el confucianismo, hay algo incongruente en la declaración de que los practicantes de la cultura china «real» no viven en China, sino fuera.

Sea como sea, el concepto de periferia de Tu Wei-ming como centro conquistó inmediatamente a muchos defensores y también a detractores. La composición de la diáspora china es tan diversa que algunos, como la holandesa-australiana-china Ien Ang, que no habla chino,³⁶ fueron capaces de afirmar que si bien eran de origen chino, no había ninguna razón para asumir que tuvieran ninguna cultura china, al margen de donde vivieran. Por otro lado los sinólogos, como Gregory Lee, que físicamente no pueden distinguirse de cualquier otra persona no china, encuentran gracioso que tengan más lenguas y conocimientos culturales chinos que muchas personas de origen chino.³⁷ En pocas palabras, la noción de que la cultura china vive fuera de China tiene su interés, pero existen muchos más problemas que soluciones en este escenario.

Por lo tanto, la afirmación de que la cultura china o los valores asiáticos están vivos en el sureste asiático o en los países occidentales puede ser cierta, pero estas afirmaciones asumen que existe un conjunto de valores originales que son chinos o asiáticos. Las personas que hacen esta clase de afirmaciones quieren justificar sus propios valores en un contexto ajeno. Durante el debate sobre valores asiáticos, uno de los princi-

pales temas por resolver era la relación entre los valores asiáticos y los derechos humanos. De hecho, una de las diferencias más aclamadas por los países occidentales contra los otros es que esos otros no tienen derechos humanos. Para los chinos y asiáticos que querían demostrar que sus culturas tenían elementos legales y humanos, era necesario presentar pruebas de que su tradición tenía la base para la legalidad y los derechos humanos. Por ejemplo, en 1985 Zhu Lisun intentó demostrar «no sólo que las normas y costumbres de la antigua China relacionadas con la conducta de guerra reflejaban las contempladas en la Convención de Ginebra, sino que los ideales y valores humanitarios que conformaron las leyes marciales de la antigua China se engloban en el cuerpo de la ley humanitaria internacional actual».³⁸

Algunos sinólogos como Wm. Theodore de Bary también intentaron demostrar que los valores asiáticos y el confucianismo tenían los componentes adecuados para los derechos humanos. Como argumentó de Bary en un discurso ante los dirigentes políticos chinos en 1994, Confucio y sus seguidores como Mencio expresaron sus inquietudes imperiosas sobre asuntos de su época: «Así pues, también en nuestro caso estas inquietudes imperiosas y compartidas deben garantizar una serie de congresos centrados en temas como los derechos humanos, con el ánimo de respeto mutuo y sobre la base de inquietudes multiculturales compartidas».³⁹ Como norteamericano interesado en Asia, lo más imperioso para De Bary eran los derechos humanos. Por lo tanto, al declarar que en su época el comunitarismo del confucianismo era compatible con los derechos humanos, incluso con los derechos humanos de la Norteamérica contemporánea, intenta presentar una visión más moderna de Confucio de cara al público occidental. Fiel a su palabra, se celebraron una serie de congresos sobre el confucianismo y los derechos humanos, siguiendo el impulso y las instrucciones de De Bary. De una de ellas, celebrada en Honolulu en 1995, nació un libro de recopilación de ensayos: *Confucianism and Human Rights*. Como hemos visto en las reinterpretaciones de Confucio en la misma China, el confucianismo y los valores asiáticos son tan vagos que cualquier perspectiva podría incorporar sus ideas y reivindicarlas como parte de esta perspectiva. Por lo tanto, ¡incluso los que quisieran ver a Confucio como bueno para las mujeres podrían afirmar que Confucio era feminista!⁴⁰

Naturalmente, al decir que el confucianismo y los valores asiáticos podrían significar cualquier cosa y ser utilizados por cualquiera para

cualquier propósito, no estoy negando su utilidad en diferentes entornos políticos. Tiene mucho mérito utilizar el auge de los valores asiáticos para contrarrestar las declaraciones unilaterales procedentes de Washington. Es decir, observar los valores asiáticos como un instrumento liberador de la perspectiva occidental, de modo que los occidentales no crean que los suyos son correctos y que el choque de civilizaciones necesariamente producirá valores buenos y malos. Desde la perspectiva de los asiáticos, sin embargo, el proceso de buscar la esencia de sus «valores» y sistemas de pensamiento también puede actuar como fuerza unilateral que rechaza a los otros por no ser tan dignos.

Existe otro peligro en proponer la defensa de valores culturales que son esencialmente muy conservadores e introvertidos. Si bien es importante para todos tener un sentido de valía personal y orgullo respecto a la propia identidad, este sentido podría fomentar la visión de que la ética, las costumbres y los ideales son inmutables. En un momento en que el mundo se está transformando tan rápidamente, este punto de vista podría convertir las barreras generacionales en algo cada vez más infranqueable. Además, el hecho de promover valores que vienen claramente de las tradiciones más elitistas podría aumentar las divisiones de clases. Por lo tanto, es interesante que los argumentos a favor de los valores asiáticos se expresen en términos de confucianismo, corrección familiar, trabajo duro, etc. Cuando Lu Xun a principios del siglo pasado describió la esencia nacional china, surgió el despreciable, patético y perdedor personaje Ah Q,⁴¹ hasta el punto de que se decía que los chinos eran especialistas en el espíritu de Ah Q al engañarse a sí mismos. Ahora bien, en la búsqueda de los valores chinos a finales de siglo, ni siquiera se contempló que ninguna de las descripciones más negativas, como el espíritu Ah Q formara parte de la identidad china o los valores asiáticos. En la búsqueda de valores culturales deberíamos procurar siempre no confundir los ideales con la realidad. Los ideales culturales, especialmente si se mantienen como ideales durante mucho tiempo, pueden ocultar contradicciones en la sociedad que impidan su realización. Describir estos ideales como valores existentes llevaría a evaluaciones erróneas de una sociedad, tanto si es otra como la nuestra propia.

Notas

1. Francis Fukuyama, «The ICAS Lectures: Asian Values and Civilization», online, disponible en HTTP: <<http://www.icasinc.org/f1998/frff1998.html>>, pp. 1-14 (introducido el 6 de septiembre de 2003), p. 3.

2. Tao Tao Liu y David Faure, «What does the Chinese person identity with?», en Liu and Faure, ed., *Unity and diversity: local cultures and identities in China*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1996, pp. 1-13.

3. Han Sung-Joo, ed., *Changing Values in China: Their Impact on Governance and Development*, Singapur, Institute of Southeast Asian Studies, 1999, p. 4.

4. Greg Sheridan, *Asian Values, Western Dreams: Understanding the New Asia*, St. Leonards, NSW., Allen & Unwin, 1999, p. 7.

5. Kam Louie, *Critiques of Confucius in Contemporary China*, Hong Kong, Chinese University Press, 1980; y Kam Louie, *Inheriting Tradition: Interpretations Of The Classical Philosophers In Communist China, 1949-1966*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

6. Esta sección sobre la educación confuciana posMao se basa en Kam Louie, *Theorising Chinese Masculinity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 42-57.

7. Xu Quanxing, «Kongzi yu Mao Zedong: Gujin weida “jiaoyuan”» [Confucius and Mao Zedong: Great «Teachers» of the Past and Present], *Kongzi yanjiu* [Confucius Research], 4 (1993), p. 4.

8. *Ibid.*, p. 6.

9. *Ibid.*

10. Véase, por ejemplo, Wang Ruisheng, «Rujia sixiang yu dongya de xiandaihua» [Confucian Thought and East Asian Modernisation], *Zhongguo zhexueshi* (History of Chinese Philosophy), 4 (1996), pp. 7-11 y 31; y Li Xianghai, «Rujia lunli yu Dongya xiandaihua» [Confucian Ethics and East Asian Modernisation], *Zhongzhou xuekan* [Zhongzhou Journal], 1 (1997), pp. 64-69.

11. En Europa, una transformación similar tuvo lugar dentro del protestantismo al principio de la Revolución Industrial, lo cual indica que dichos cambios pueden ser sintomáticos de una modernidad capitalista más general.

12. Nota del editor: los términos confucianos *junzi* y *xiaoren* tienen una doble lectura social y moral. El sentido exacto de *junzi* es la «nobleza» de nacimiento; su sentido figurado sería la «nobleza» de comportamiento o de actitud. El sentido exacto de *xiaoren* es la gente «pequeña», es decir, la gente baja o común, en contraste con los nobles, los «grandes»; su sentido figurado sería la mezquindad de comportamiento o de actitud.

13. Zang Hong, «Lüelun rujia de yili guan» [On the Confucians' Attitude Towards Yi-Li], *Xuexi xuekan* [Study Monthly], 4 (1986), p. 21.

14. Miao Runtian, «Qianlun Konzi de yili guan ji qi xiandai yiyi» [On Confucius' Attitude Towards Yi-Li and its Modern Significance], *Qilu xuekan* [Qilu Journal], 1 (1989), pp. 55-59.
15. Citado en Song Zhongfu *et al.*, 1991, pp. 358-359.
16. Hu Dongyuan, «Zhongguo chuantong wenhua, shichang jingji, daode jianshe» [Traditional Chinese Culture, The Market Economy, Moral Development], *Xuehai* [Sea of learning], 1 (1996), pp. 52-54.
17. Véase, por ejemplo, Ye Ruixin, «Kongzi de yili guan» [Confucius' Attitudes Towards Yi-Li], *Shanxi daxue xuebao* [Shanxi University Journal], 4 (1998), pp. 33-37.
18. Liu Minghua, «Rujia yili guan yu fazhan shehuizhuyi shichang jingji» [On the Confucians' Attitudes Towards Yi-Li and the Developing Socialist Market Economy], *Guizhou daxue xuebao* [Guizhou University Journal], 1 (1996), p. 29.
19. Song Xiren, «Rujia chuantong yili guan yu qingshaonian daode jiaoyu» [On the Confucians' Attitudes Towards Yi-Li and the Moral Education of the Young], *Jiangsu shehui kexue* [Jiangsu Social Sciences], 6 (1993), pp. 119-123.
20. Zhao Jing, «Kongzi de guanli sixiang he xiandai jingying guanli» [Confucius' Management Ideas and Modern Administration and Management], *Kongzi yanjiu* [Confucius Research], 1 (1989), p. 34.
21. Xu Qixian, «Lun rujia lunli yu daode guanli» [On Confucian Ethics and Moral Management], *Zhongguo renmin daxue xuebao* [Chinese People's University Journal], 1 (1998), pp. 48-54.
22. Louie, Kam y Cheung Chiu-ye, «Three Kingdoms: The Chinese Cultural Scene Today», en Joseph Y. S., Cheng, ed., *China Review 1998*, Hong Kong, Chinese University Press, 1998, pp. 543-575.
23. Pavel Korshagin es el protagonista de la novela *How The Steel Was Tempered* y representa al «Nuevo hombre, el hombre de la era socialista que se atreve con todo y lo consigue todo», Nikolai Ostrovsky, *How The Steel Was Tempered Part I*, Moscú, Foreign Languages Press, 1952, p. 9.
24. Zhao Weimin, ed., «Gaici: Baoer de jiu chuanpiao hainengfou dengshang Bier de kechuan» [Gates: Can Pavel's Old Ticket Be Used to Board Bill's Passenger Liner?], 8 (2000), *Zhongguo qingnian* [China Youth], pp. 14-15.
25. Nota del editor: Confucio (Maestro Kong), *Lun Yu. Reflexiones y enseñanzas*, trad. Anne-Hélène Suárez, Barcelona, Kairós, 1997.
26. John J. Hanafin, «The "Last Buddhist": The Philosophy of Liang Shu-ming», en John Makeham, ed., *New Confucianism: A Critical Examination*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003, pp. 187-218.
27. Tu Wei-ming, ed., *Confucian Traditions in East Asian Modernity: Moral Education and Economic Culture in Japan and the Four Mini-Dragons*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996.

28. Hofstede, Geert, *Cultures and Organizations: Software of the Mind*, Nueva York, McGraw-Hill, 1997.

29. John Makeham, «The Retrospective Creation of New Confucianism», en *New Confucianism: A Critical Examination*, p. 28.

30. Tu Wei-ming, «Cultural China: The Periphery as the Center», *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, 120: 2 (1991), pp. 1-32.

31. Véase, por ejemplo, la colección en cinco volúmenes de Du Weiming, *Du Weiming wenji*, Wuhan, Wuhan chubanshe, 2002.

32. N. Serina Chan, «Li Zehou and New Confucianism», en John Makeham, ed., *New Confucianism*, p. 149.

33. Tu Wei-ming, ed., *The Living Tree: The Changing meaning of Being Chinese Today*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

34. Jennifer W. Cushman y Wang Gungwu, eds., *Changing Identities Of The Southeast Asian Chinese Since World War II*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 1988.

35. Wang Ling-chi, «On Luodi-shenggen», en Wang Ling-chi y Wang Gungwu, eds., *The Chinese Diaspora: Selected Essays*, vol. 1, Singapore, Times Academic Press, pp. x-xi.

36. Ien Ang, *On Not Speaking Chinese: Living Between Asia And The West*, Londres, Nueva York, Routledge, 2001.

37. Gregory B. Lee, *Chinas Unlimited: Making the Imaginaries of China and Chineseness*, Londres, Routledge Curzon, 2003, pp. 79-112.

38. Zhu Li-Sun, «Traditional Asian Approaches: The Chinese View», en D. W. Greig, ed., *Australian Year Book of International Law*, vol. 9, 1985, p. 143.

39. Wm. Theodore de Bary, «Preface», en Wm. Theodore de Bary y Tu Weiming, eds., *Confucianism and Human Rights*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, p. xvii.

40. James D. Sellmann y Rowe, Sharon, «The Feminine in Confucius», *Asian Culture*, XXVI 3 (1998), pp. 1-8.

41. Lu Xun, «The True Story of Ah Q», [«La verdadera historia de Ah Q»], trad. de Yang Hsien-Yi y Gladys Yang, en *Selected Stories of Lu Hsun*, Pekín: Foreign Language Press, 1972, pp. 65-112.

La sociedad china y la nueva cultura emergente

Guy Olivier Faure

Está naciendo una nueva sociedad. China está acostumbrada a pasar por crisis, convulsiones sociales y cambios radicales que acompañan su evolución. La república de Sun Yat-sen, la liberación de 1949, la Revolución Cultural y, por último, la política aperturista iniciada en 1978, han cuestionado sucesivamente los valores imperiales y confucianos en los que se ha basado la sociedad tradicional. Cada etapa ha visto desafiados sus movimientos, sus costumbres y peculiaridades, sus códigos sociales y sus valores. La última, iniciada por Deng Xiaoping, no es la menos importante dentro del episodio de las cuatro modernizaciones, ni, en cierto modo, la menos radical por no haber desencadenado un baño de sangre.

La renovación de los valores de China, y en particular de la sociedad urbana, no es sólo real, sino colosal. De los cinco mil años de historia de China, los últimos veinticinco, en proporción, han sido testigos de unos cambios que ningún observador occidental habría podido prever. Hablamos de cambios, de una evolución extremadamente rápida, y lo que ahora está en juego es la relación entre China y el resto del mundo, el «sinismo» y los valores universales.

China absorbe la modernidad y se incorpora a la economía mundial a gran velocidad, pero volviéndola china. El Reino Medio no se adapta a la modernidad, sino que se sirve de ella como ha hecho siempre, como una herramienta empleada para sus propósitos. La civilización china es una cultura matriz; no se limita a copiar la realidad exterior o a ajustarla, sino que hace su propia interpretación y actúa según su criterio, creando así una nueva realidad. No podemos considerar que China simplemente esté poniéndose al día en materia de nuevas tecnologías.

La «macdonalización» de China que tanto impacta a los visitantes

ocasionales no es más que un fenómeno superficial que no debería desviar la interpretación de la verdadera naturaleza de los cambios. El proceso es el siguiente: recopilación de nuevos elementos, sedimentación de esos elementos en el sistema chino, digestión y, por último, reutilización dentro del metabolismo chino.

Los hombres suelen basar sus creencias en imágenes populares o metáforas; del mismo modo, el concepto de China sobre las relaciones culturales con Occidente se expresa comúnmente mediante una fórmula tradicional, según la cual, cuando un huevo se rompe, siempre prevalece la yema.

Para abordar mejor la cuestión esencial de las relaciones entre China y Occidente, es indispensable tener en cuenta los fundamentos culturales que hacen de China una civilización única. Para ello tenemos que tratar esta dimensión invisible, la parte sumergida del iceberg social chino. Cuando en Occidente se habla de China, siempre se vacila entre la fascinación y el miedo. La fascinación agrava el problema, porque este tipo de atracción no implica que se entienda a los chinos como son, sino todo lo contrario: puede que sea necesario el desconocimiento para mantener alejada la fascinación. El miedo tampoco es una actitud racional, ya que su naturaleza emocional se basa en una percepción selectiva y firme de las características, y esta percepción favorece la inquietud. Así que ni fascinación ni temor: la verdadera China es rica y compleja. Siempre se la ha visto como un mundo en sí mismo, aislado del resto del planeta. Durante mucho tiempo China no vio la necesidad de fomentar las relaciones con otros países. En 1860, tras el saqueo del Palacio de Verano, se creó un ministro de Relaciones Exteriores y delegaciones en el extranjero. Hasta entonces, la única institución relacionada con la política exterior había sido el «Tribunal Tributario de los Vasallos», que fue creado para recibir las muestras de lealtad de los países vecinos.

La misión diplomática a Qianlong, emperador de China, encabezada por MacCartney en 1793 en nombre del rey de Inglaterra, es un ejemplo arquetípico de esa mentalidad. Con vistas a desarrollar relaciones comerciales con el Reino Medio, Inglaterra, que por entonces era la potencia occidental más importante, envió a un delegado del rey Jorge III a la corte de Qianlong. Tras varios meses a la espera de ser invitado a celebrar un encuentro con el emperador, es llamado en plena noche para presentarse ante él, el Hijo del Cielo. Lleva regalos, según dictan las costumbres locales; éstos eran los objetos más sofisticados que se podía en-

contrar en Occidente, tales como autómatas. Fueron recibidos con complacencia y con una indiferencia afectada. El enviado del rey de Inglaterra, considerado y tratado por Qialong como un vasallo tributario, es correspondido con una carta en la que se declara que «El Imperio Celeste, que ha navegado por los cuatro mares [...], nunca ha valorado los artilugios ingeniosos ni ha necesitado la más mínima ayuda de los productos de vuestro país». En cuanto a las relaciones comerciales, no se consiguió ningún avance. En el siguiente viaje, en 1816, no se obtuvieron mejores resultados. En 1842, Inglaterra tuvo que recurrir a buques de guerra para obligar a China a abrir algunos de sus puertos al comercio exterior.

Valores tradicionales chinos

La cultura china suele describirse como el complejo resultado de la confluencia de tres corrientes de pensamiento: el confucianismo, el daoísmo (taoísmo) y el budismo. En los chinos pueden encontrarse las tres al mismo tiempo, o más, cuando no se decantan por una en concreto (Hsu, 1963). Más tarde la historia aportó otras figuras al conjunto, como el burocrata patrimonial chino (Weber, 1964), seguido en los últimos tiempos por su versión maoísta (Lieberthal y Oksenberg, 1986).

En China, lo que se puede observar son las conductas. Debajo de éstas, en las profundidades de la personalidad humana, están anclados los valores. Los valores determinan las conductas y las explican. Antes de estudiar los valores que hacen a los chinos tan especiales a los ojos de los occidentales, debemos tratar algo aún más invisible: la percepción y el pensamiento chinos. Los procesos intelectuales aluden a modelos de enorme contraste entre China y Occidente.

En Occidente se ha desarrollado un enfoque analítico para afrontar los problemas, que consiste en segmentar las diversas cuestiones y tratarlas como y cuando es necesario. Los chinos, al contrario, realizan una percepción global, lo que suele calificarse como *enfoque holístico*. Como subrayó Chen (1999), «no cabe duda de que los chinos ven el mundo de forma diferente a los occidentales por dos razones evidentes: el carácter radicalmente diferente de la lengua y el aislamiento en el que ha evolucionado la civilización china».

El holismo se diferencia de los conceptos occidentales de lógica

formal y relaciones causales y de los enfoques analíticos, tales como el método cartesiano, considerando el hecho completamente integrado en un contexto, para así valorar la situación en su conjunto y comprender y asimilar todas las fuerzas implicadas (Redding, 1990). Como dice el proverbio chino, «Cuando hayas entendido el todo, entenderás las partes» (Faure, 1999b). Encontramos una aplicación habitual del enfoque holístico en la práctica médica china. En lugar de tratar el problema o sus síntomas, el médico chino «considera la relación de las diferentes partes del cuerpo y ajusta esa relación mediante la aplicación de remedios basados en hierbas multifuncionales» (Chen, 1999).

El discurso chino demuestra lo que Kaplan (1966) denomina el «desarrollo de la argumentación oriental». Del análisis del mecanismo de razonamiento anglosajón concluye que éste se desarrolla de forma lineal, siguiendo bien un proceso inductivo (de los hechos a la conclusión), bien un enfoque deductivo (de un principio general a su aplicación a los casos particulares). Opuestamente, el razonamiento oriental tiene una estructura de «rodeo», que comprende, además, gran número de digresiones y se desplaza lentamente, en círculos concéntricos, hacia el núcleo de la cuestión.

Este enfoque concuerda con la lengua y la escritura. En chino no hay alfabeto; para entender el significado de un carácter hay que rodear el ideograma y captarlo en su totalidad. Si uno de los diez o veinte trazos que componen un carácter varía, el significado del carácter cambia por completo.

El enfoque chino de los problemas funciona igual que la práctica china de disponer la dirección en un sobre, que va de lo global a lo específico: primero el país y después la ciudad, la calle, el número, la familia y la persona. La estructura es similar en una tarjeta de visita: primero el apellido y después el nombre. La fecha también expresa esa misma razón fundamental: primero el año, después el mes y por último el día.

La cultura occidental ha desarrollado conceptos para separar las ideas del objeto. Conceptualizar es una forma de distanciarse intelectualmente, de dominar la realidad. Como ya destacó Nakamura (1964), el mecanismo de pensamiento chino hace hincapié en la percepción de lo concreto, que comporta el no desarrollo del pensamiento abstracto. El pensamiento chino como *pensamiento concreto* es coherente con la naturaleza de la lengua, porque los ideogramas proceden de los pictogramas, que son representaciones simplificadas de la realidad.

Esta falta de interés por la abstracción no debería interpretarse como una prueba de la simplicidad del pensamiento chino, sino más bien como un arte de la «cognición sintética» que proporciona a los chinos la capacidad de comprender el «gran concepto» (Lang, 1998). Así, por ejemplo, en China se emplea el razonamiento concreto, las metáforas, los proverbios, los relatos y los dichos populares durante las negociaciones. Las metáforas son expresiones concretas elaboradas a partir de la vida real que conservan la sensación del todo con sus ambigüedades y contradicciones, incorporando así su complejidad.

El pensamiento occidental aspira a ser objetivo, a separar los hechos de los juicios. El pensamiento chino funciona de otro modo: en él se formula la *necesidad de evaluar*, juzgar y tomar parte en cualquier situación. Todos somos buenos o malos, la conducta es correcta o equivocada. No existe una posición neutral. El pensamiento chino es esencialmente normativo (Granet, 1950) y cumple una función social que consiste en orientar las actitudes ante cualquier situación. De esta forma, la conducta de un extranjero que trabaje con chinos es evaluada constantemente. Esto explica las connotaciones que acompañan tradicionalmente al extranjero, ya sean reprobatorias o laudatorias: «Bárbaros», «demonios extranjeros» o «huéspedes extranjeros». En la misma línea, preguntar a alguien por su nombre no consiste simplemente en decir: «¿Cómo te llamas?», sino, como mínimo: «¿Cuál es tu tan preciado nombre?» La persona contestará a su vez con una fórmula similar, del tipo: «Mi insignificante persona se llama...».

La lógica occidental se basa en el principio de «no contradicción». Un hecho es cierto o falso. En China, esta lógica binaria no funciona. Las cosas no son blanco o negro, sino blanco y negro, *yin* y *yang* al mismo tiempo. Esto explica el concepto de «economía socialista de mercado», que tan extraño resulta para los occidentales y tan poco disgusta a los chinos, por lo menos en lo que a coherencia se refiere.

Antiguamente, el ideal chino era comportarse como un confuciano y pensar como un daoísta (Chen, 1999). El *yin* y el *yang*, componentes básicos de todas las cosas que conforman el universo, no deben verse como opuestos sino como complementarios. «El gran esquema del cosmos es el equilibrio» (Bond y Hwang, 1995). De todo esto nace una razón fundamental y concreta denominada *pensamiento asociativo* (Faure, 1999b). Cuando Mao Zedong escribe que «la ley de la unidad de los contrarios es la ley fundamental de la naturaleza y la sociedad» (Mao, 1965),

en sus palabras no reproduce tanto un principio de la teoría leninista-marxista cuanto la cultura china en el sentido más profundo y tradicional. La integración de las contradicciones permite la reversibilidad y, por consiguiente, abre un amplio abanico de actuaciones posibles bajo el título de pragmatismo.

Estas formas de enmarcar la realidad tienen consecuencias de comportamiento en las relaciones entre los chinos, y, del mismo modo, afectan a la relación de los chinos con los extranjeros. Estas conductas aluden a los valores subyacentes, que muestran aquello que es deseable en contraste con aquello que se considera negativo. Entre los valores fundamentales predominantes de la sociedad china se encuentran los siguientes: el prestigio (*face*), la actuación indirecta, la confianza y el centralismo.

La preocupación por el prestigio

Mantener el prestigio (*face-saving*, salvar la cara), restaurar el prestigio, y actuar de una manera que ayude al interlocutor a mejorar su prestigio (*face-giving*) son valores capitales. Los chinos viven en los ojos de los demás y con una preocupación casi patológica por la reputación. La opinión social como propiedad personal y familiar se considera de vital importancia. Lo peor que le puede suceder a un chino es sufrir una deshonra o sentirse humillado. En este sentido, acontecimientos como la firma de los Tratados de Nankín y Tianjin o el saqueo del Palacio de Verano en el siglo XIX, explican en gran medida lo que sucedió durante el siglo XX en cuanto a humillación, rencor nacional y recuperación de la reputación se refiere. El hecho de que uno de los *bestseller* actuales en China se titule *China puede decir ¡No!* es un síntoma evidente de su preocupación por restaurar su prestigio.

Hay un proverbio chino que dice: «Cada uno tiene una cara, como cada árbol tiene su corteza». Perder la credibilidad, la deferencia o el respeto es como «perder los ojos, la nariz y la boca» (Hofstede y Bond, 1988: 8). Esto explica algunas situaciones que, en cierto sentido, confunden a los occidentales cuando viajan a China. Por ejemplo, es más importante disimular la ignorancia que decir la verdad, y mantener el prestigio (salvar la cara), más importante que ser preciso en una respuesta. En

las relaciones entre empresas chinas y extranjeras, la preocupación por el prestigio requiere que se refiera a la «colaboración técnica», no a la «asistencia técnica». Un empresario extranjero tiene que darse cuenta de que no se vende a China, sino que es China quien compra.

El mecanismo que regula la conducta social es el sentimiento de vergüenza inculcado en la conciencia de todos los chinos. El prestigio no sólo puede mejorarse o perderse, también puede «comerciarse» ofreciendo una mejora del prestigio del otro que, a su vez, tiene que corresponder. Esta técnica tan especial alcanzó el refinamiento más extremo en la tradición china de «trabajar el prestigio» (*face-work*). El emisor, al dar forma a una «imagen enérgica y atractiva cuando trata con los demás» (Bond y Hwang, 1995: 225), fuerza la interacción y la conexión y, de este modo, aumenta las probabilidades de que el receptor responda de forma recíproca. «Trabajar el prestigio» actúa, pues, como un «lubricante social» (Redding y Wong, 1995: 286).

El prestigio posee también un valor negativo, porque funciona como un «cuchillo invisible» (Fang, 1999: 150) que cercena los verdaderos sentimientos. Si no existiera un agudo sentido de la vergüenza, China, con un marco legal laxo y su débil sentido de la disciplina, habría sido una sociedad desorganizada y dividida. En este sentido, el prestigio es un valor esencial del orden social.

La actuación indirecta

La actuación indirecta es un homenaje a Confucio, una forma de preservar la armonía. Toda la sociedad debería ser como una réplica de la gran familia. La armonía social se consigue mediante la conducta moral, el control de las emociones y evitando el conflicto, incluso la competitividad. Así pues, en las relaciones las cosas están sugeridas, no expresadas directamente. En la China tradicional, sólo los demonios se desplazan en línea recta (Faure, 1999b: 202). Lo sugerido se expresa en las artes tradicionales: en la pintura, la poesía y la filosofía. Incluso la medicina china prohíbe expresar las emociones de forma desahogada. Cuando dos personas se encuentran o se despiden, por ejemplo, nunca se besan. Como dice el proverbio chino, «los hombres tienen emociones como los árboles guanosos». El confuciano, pues, se mantiene bajo un perfecto control ante

cualquier circunstancia. Decir «no», negarse, sería interpretado como una clara y absoluta falta de modales.

Como gran parte de lo que se comunica está implícito, al tratar con chinos, los occidentales deben desarrollar un talento extraordinario para descifrar las necesidades y los deseos del otro. De lo contrario, dada la polisemia de las señales, podrían equivocarse estrepitosamente en sus conclusiones. La sonrisa china, por ejemplo, es un gesto objetivo y puede conducir a interpretaciones opuestas. Una sonrisa china puede entenderse como una máscara de educación, un muro opaco desde el que observar al otro; puede querer decir colaboración o negativa, alegría o enfado, certidumbre o total ignorancia, confianza o desconfianza, distensión o embaudo (Faure, 1999b: 204).

En algunas ocasiones, los occidentales que visitan China tienden a pensar que lo que mejor saben hacer los chinos es escabullirse. Esto no debe entenderse como un truco para engañar a los extranjeros, sino como el resultado inmediato de la doctrina de la armonía y la conciencia de las apariencias propias. La cuestión es prevenir la polarización de las posturas, lo que podría provocar una situación de conflicto. En consecuencia, las divergencias en los intereses no se dan abiertamente, y se produce una situación opaca en la que los participantes extranjeros se agotan intentando entender qué está sucediendo. El occidental debe darse cuenta de que el discurso chino tiene significado por cuanto no dice.

La confianza

En la sociedad global, rígida, peligrosa y despiadada de China no hay espacio para la confianza. La sospecha es la norma y la confianza, uno de los requisitos para hacer negocios, tiene que construirse. De esta forma, cualquier negocio se inicia estableciendo una relación. Con suerte, esa relación frustrará el juego sucio y todo tipo de planes secretos (Faure, 2003a: 85; Li, 2003). El individuo debe desarrollar una «esfera de protección» compuesta por amigos y familiares con los que puedan realizarse negocios sin correr el menor riesgo. Este mecanismo explica la voluntad de los chinos de desarrollar redes personales o confiar en la familia, cumpliendo así con un valor confuciano fundamental (Faure, 2003b).

El marco legal sigue siendo débil y borroso, y no siempre tan útil como debiera. En cierto modo, firmar un contrato es una prueba tangible de falta de confianza, porque demuestra que las condiciones de colaboración no se cumplen del todo. En China, la verdadera esencia de una transacción no se da en términos legales sino de relación. Actualmente se entienden las leyes como promulgadas para ser incumplidas. Así se explica la costumbre de los conductores en las ciudades, que, en cuanto pueden, infringen las normas de tráfico más básicas (Faure, 1995). Esta relación tan especial con la ley explica, al menos en parte, el hábito de los chinos a copiar, a falsificar productos. En la cultura china, la inteligencia y la astucia se aprecian más que la fuerza y la ley, y se conciben como recursos al servicio de los más inteligentes en su venganza contra los más fuertes.

Otra razón se encuentra en los métodos de educación, que tradicionalmente se basan en la repetición del modelo constituido por las obras de los grandes maestros. La tercera causa emana del sentido de la justicia de los chinos, una fuerza impulsora de gran importancia en la conducta china. Por ejemplo, en el caso de las grandes marcas, el consumidor considera el precio demasiado elevado pero desea esas marcas para mantener su posición social, así que la solución más evidente para él es comprar las falsificaciones.

El centralismo

Durante la dinastía Qing, el mapamundi realizado por Matteo Ricci se consideraba inaceptable porque China no se mostraba como el centro del mundo (Wong, 1963). Actualmente, China sigue siendo el Reino Medio. Los chinos se mueven en círculos concéntricos: China es el centro del mundo; Pekín, el centro de China (con todo los relojes del país a la hora de Pekín); Zhong Nan Hai (la nueva Ciudad Prohibida en la que se encuentra el poder político), el corazón de Pekín. Las estructuras políticas y geográficas se superponen totalmente.

El centralismo se aplica de igual modo a las cuestiones culturales. Todo se calcula desde un punto de vista sinocéntrico. Las referencias son China, el criterio chino, las necesidades chinas, los valores chinos, los gustos chinos y la comida china. Durante las negociaciones con los diri-

gentes chinos, Kissinger tuvo que tratar permanentemente con lo que él mismo designó «el síndrome del Reino Medio».

Fang (1999: 26) considera que «hay un sentimiento de superioridad cultural muy arraigado en los chinos». Según él, la visión «xenófoba» china es obvia y empieza por el propio «nombre, “China”, que en caracteres chinos se traduce literalmente como “Reino Medio”, porque, culturalmente, los chinos se han tenido siempre en muy alta estima, y han considerado que su cultura y su nación son el centro de la civilización del hombre».

Los registros imperiales solían consignar las expediciones extranjeras a China como delegaciones tributarias de vasallos. Nada escapaba a una apropiación civilizadora como ésta. El bárbaro inexperto, verde, empieza a madurar a medida que se acerca al calor de China, manantial del que brota la civilización. Así, el pasado impregna el presente, y el extranjero que aspira a entrar en el mercado chino es visto a menudo como un predador y un tributario moderno, con la tecnología que lleva consigo (Faure, 2000b).

Cambios actuales en la sociedad china

Hace dos siglos, Hegel hizo este comentario acerca de la «inmovilidad» del Reino Medio: «La historia china, en esencia, sigue sin ser historia; no es más que la repetición de la misma ruina magnificente». Más recientemente, Teilhard de Chardin ha definido China como «un bloque maleable y tenaz» (1956). Este doble enunciado podría entenderse desde la perspectiva actual como la flexibilidad de China en lo relativo a asimilación, adaptación y aprendizaje del valor de lo que viene de fuera. Al mismo tiempo, este país no renuncia a ninguno de los pilares que lo fundamentan.

China suele actuar en Occidente como una gran pantalla en la que la gente protagoniza sus fantasías. En la literatura occidental actual sobre China abundan bien historias maravillosas sobre logros impresionantes o bien historias tremendas sobre dramas y catástrofes. En todos los casos, los occidentales tienden a valorar los cambios que ha experimentado China según su criterio particular, lo que supone, sin duda alguna, un punto débil cuando se trata de arrojar alguna luz sobre lo que sucede actualmente en el Reino Medio.

En primer lugar, para los chinos la política aperturista (puesta en marcha a partir de 1978) ha tenido más éxito de lo que se esperaba, y no sólo es así en el ámbito económico y en el técnico; los cambios se están dando en otros campos de la sociedad china. Una de las consecuencias directas de la apertura de China es que los chinos están en contacto con un número cada vez mayor de occidentales a través de empresas mixtas (*joint ventures*) o de propiedad exclusivamente extranjera. Las autoridades chinas ya han aprobado alrededor de 400.000 proyectos de compañías extranjeras. De este modo, la interacción entre las personas aumenta. Esto da lugar a un proceso de aprendizaje, que origina cambios considerables en la sociedad y en la situación económica, pero también en lo profundo de la personalidad china, los valores. Entre estos cambios apreciables se encuentran el proceso de «adquisición de conciencia individual» (*individuation*), una cierta tendencia a la «secularización», una orientación materialista, la vuelta a las antiguas creencias y, por último, el cambio en el propio concepto del tiempo.

El proceso de «adquisición de conciencia individual»

El individualismo, asociado al egoísmo, ¡era una tremenda ofensa en el antiguo vocabulario comunista! En la actualidad no se ha establecido todavía como nuevo valor cardinal, pero existe una clara tendencia hacia la responsabilidad individual. La privatización de las empresas públicas y el aumento de empresas mixtas o de propiedad exclusivamente extranjera introducen nuevos métodos de gestión basados en la actuación individual. La proliferación de pequeñas empresas que dependen de un grupo reducido de personas sitúa en primer plano la responsabilidad individual. La tendencia actual es hacer que recaiga una mayor responsabilidad sobre un individuo y no sobre el mismo como parte de un grupo que asume esa responsabilidad en conjunto.

Lin (1977), un riguroso analista de la sociedad china, ya consideraba a los chinos como un pueblo con muy poca conciencia de lo que es una sociedad. La familia china se entiende como un grupo de referencia, un «castillo amurallado» que muestra «fría indiferencia» al mundo en el mejor de los casos, y en el peor de ellos, «fortificado contra» él. La sociedad es un «cajón de granos de arena dispersos que no se mantienen unidos». Esta metáfora presenta un contraste muy marcado con la del

hormigón, que podría utilizarse para describir la sociedad japonesa. Cada grano de arena es una familia y los demás son considerados extranjeros, forasteros, que no se tienen en cuenta en las «cinco relaciones cardinales» en las que se fundamenta la sabiduría confuciana.

Actualmente, también los valores familiares están cambiando en muchos aspectos. En ciudades como Shanghai o Pekín, no es extraño que el hijo o la hija que han estudiado en el extranjero reciban un salario veinte veces superior al de sus padres, lo que cuestiona la jerarquía familiar tradicional. Otro indicador significativo de este fenómeno es el aumento asombroso del número de divorcios. Estas nuevas tendencias indican que la población presta cada vez más atención a su interés y a sus necesidades individuales y las convierte en prioridades. Esto evidencia también que grupos de referencia como la familia o el *danwei* (unidad de trabajo) no desempeñen ya una función básica en la toma de decisiones individual ni en la regulación social.

El proceso de «secularización»

Originariamente, China era una sociedad en la que los rituales tenían mucha importancia. Conocer los rituales era un símbolo de civilización. Una sociedad ordenada según la tradición confuciana (*Li*) es una sociedad en la que la población se comporta según unas formas determinadas, sigue un protocolo estricto, respeta los ritos y las normas de conducta y celebra las ceremonias correspondientes. Todos los actos, de los más a los menos importantes, sean bodas, funerales, culto a los ancestros, o los agradecimientos o la etiqueta, exigen un ritual. El uso de las tarjetas de visita, recibir un regalo, los discursos, los banquetes, los brindis o la ceremonia de firma de un contrato son algunas de las ocasiones en las que pueden demostrarse los dotes para celebrar el ritual exigido.

Hoy en día, especialmente en las ciudades que se encuentran en la vanguardia de la modernización, la gente tiende a dar prioridad al contenido sobre la forma y, de alguna manera, rechaza lo que solía llamarse la conducta *keqi* (cortés, de buenas maneras, considerada). Los aspectos rituales de la conducta son, pues, mucho menos importantes que en el pasado. Las relaciones están volviéndose más directas, y las normas de educación, simplificándose. La educación y el refinamiento ya no se basan en la habilidad para celebrar los rituales. La repetición, el proceso

básico utilizado en la educación tradicional, no se valora tanto como se valoró en otro tiempo. Mucho más que antes, se abre paso a los cambios. En muchas ciudades de la zona costera, los chinos empiezan a acostumbrarse a ver a extranjeros e incluso a trabajar con ellos. Tienden a no ser tan distantes, a no estar tanto a la defensiva. Y aunque el consumo ostentoso continúa igual, en los banquetes, por ejemplo, ya no es obligatorio tomar *maotai*, la marca más conocida y más cara del tradicional aguardiente alcohólico, y en el mundo de los negocios ya no hay que destruirse el hígado con bebidas fuertes para firmar un contrato. Algunas veces, incluso, se abren los regalos al recibirlos.

Conducta materialista

Ganar dinero, o lo que los especialistas denominan «hacer hincapié en los valores materiales» o «materialismo egoísta», se ha convertido en una de las mayores preocupaciones de gran parte de la población china. Este nuevo eje se expresa a través de un deseo casi obsesivo de comprar viviendas, coches, bienes, muebles y ropa de moda. La ostentación de signos que demuestren riqueza se ha convertido, junto con el individualismo, en un requisito social. Puede analizarse como el afán de alcanzar un determinado estatus, un reconocimiento social, como un deseo ambivalente de identificarse con la nueva tendencia y al mismo tiempo diferenciarse socialmente, lo que sugiere una nueva cuestión de identidad en esta China en proceso de cambio.

En los años sesenta, un granjero podía casarse si tenía una bicicleta, un reloj y una radio. Hoy en día, ninguna mujer se casaría por un patrimonio de esas características, y ese mismo granjero se quedaría soltero el resto de su vida. El énfasis en el valor de la riqueza se refleja en la observación de la actitud de los trabajadores, que muestra que éstos colocan los reconocimientos monetarios entre los primeros puestos en su lista de preferencias. Se observa un cambio profundo en los valores, desde el desdén confuciano frente al comercio y el éxito económico, a la sospecha maoísta del dinero como arma capitalista fundamental. La fórmula de Deng, «hacerse rico es glorioso», se ajusta perfectamente a la preocupación por el orgullo propio. Este nuevo culto al dinero se presenta bajo múltiples formas. Un ejemplo son los nombres de hoteles inaugurados recientemente: «Dinero celestial», «El palacio de la riqueza eter-

na»... En las calles, los anuncios de productos de consumo han sustituido a las consignas políticas.

La nueva reforma de la Constitución, que hace hincapié en la propiedad privada y en su inviolabilidad, atestigua a escala macrosocial el cambio de valores en el ámbito individual. La población se ha adelantado a la aprobación formal de un cambio de esta magnitud reinterpretando la consigna del Partido, *Xiang qian kan*, que quiere decir «mirando hacia (o buscando) el futuro», como «mirando hacia (o buscando) el dinero», gracias a un juego de palabras que la homofonía de la lengua china permite: las dos frases coinciden en la pronunciación, aunque se escriben con caracteres distintos. Desde un punto de vista más general, este anhelo de los bienes materiales desafía de forma radical la creencia tradicional según la cual las sociedades orientales se caracterizan por centrarse en el «ser», mientras las occidentales dan prioridad al «tener».

La población empieza a ser, en definitiva, más rica que antes, pero he aquí algunos inconvenientes:

- Enormes diferencias económico-sociales entre las personas, entre las ciudades y el campo, entre las provincias. En una cultura en la que la gente ha aprendido a observar, a mirar detenidamente a los demás, a comparar, a reforzar los principios de la justicia mediante la igualdad, estas diferencias son cada vez más difíciles de aceptar. Esta situación alimenta el resentimiento y la delincuencia y provoca serios problemas. Por ejemplo, la atracción por las ciudades de la zona costera, consideradas un nuevo Eldorado, ha puesto entre 100 y 200 millones de personas en las carreteras como inmigrantes ilegales.
- La búsqueda de dinero fácil y rápido siembra la corrupción a gran escala. Los funcionarios se valen de su posición para exigir sobornos, y tanto el Partido como el gobierno pueden castigar con dureza a los miembros corruptos si son descubiertos. Además de la corrupción, favorece el juego, el contrabando, la estafa y la falsificación, otro problema serio sin solucionar, a pesar de los recientes esfuerzos del gobierno central.

Vuelven las antiguas creencias

«No despertemos a los habitantes del Cielo», escribió el poeta Li Po. Los chinos se definen como «personas no religiosas» pero «extremadamente supersticiosas» (Fang, 1999: 124). Suelen creer en toda clase de poderes sobrenaturales que pueden intervenir en su vida cotidiana (Faure, 2003a: 190; Pye, 1986). Se trata de ganarse la buena voluntad. Así pues, se está produciendo un verdadero resurgimiento del budismo y el daoísmo porque los creyentes esperan que el culto les proporcione salud, suerte y prosperidad. Estos ruegos favorecen la tendencia materialista. En algunos templos es tal la multitud que lleva ofrendas al Dios del Dinero la víspera del año nuevo, que se necesita un cordón policial para encauzar a la gente. Los monjes no tienen tiempo siquiera de quemar el incienso y lo retiran en carretillas completamente cargadas.

Aparecen nuevas creencias religiosas que ofrecen respuesta a las necesidades espirituales hasta ahora desatendidas. La evolución actual de la secta Falun Gong es un ejemplo típico de estas creencias nuevamente desarrolladas. También están reapareciendo los adivinos, cuya función consiste en reducir la ansiedad que siente la gente ante los tiempos inciertos. La geomancia (*feng shui*) es un sistema chino de creencias que vuelve a ocupar un lugar destacado en muchas circunstancias. Se rige por el principio de vivir en armonía con el entorno natural y la respiración cósmica. La ambientación del hogar y del lugar de trabajo, incluso la de las tumbas de los antepasados, debe responder a unos patrones concretos (Faure, 2000b).

El período marxista-maoísta eliminó, en cierta medida, gran parte de estas creencias, tenidas por supersticiones. Actualmente, los números mágicos y los tabúes están resurgiendo y empiezan a influir en las conductas. Se supone que un número de teléfono o una matrícula que acabe en uno o en dos, incluso en tres ochos, proporciona riqueza. Muchos negocios se firman o comienzan el ocho de agosto, y las inauguraciones formales se celebran ese día. El día del padre es el día ocho del octavo mes por razones similares. Y aún hay más: la pronunciación de «padre» es parecida a la de «ocho» (ocho: *ba*; papá: *baba*). El gobierno de Hong Kong va aún más lejos: subasta números de matriculación de coches tales como 888. En contraste, la gente evita el número 4, que suena como la palabra «muerte». Se evita hacer regalos como relojes, zapatos o peras porque suenan igual que palabras tan negativas como moribundo, maldad o separación.

El concepto de tiempo

Tradicionalmente, el tiempo era concebido como una fuente ilimitada que, como el aire que respiramos o el agua que lleva el Yangzi, estaba a entera disposición de la gente (Faure, 1999a; 1999b). En la actualidad, el tiempo es dinero, y en los intercambios empresariales se tienen cada vez más en cuenta los costes. Ya no se tarda tres o cuatro años en firmar un contrato para crear una empresa conjunta. Hoy en día, los negociadores occidentales no reciben con tanta frecuencia el tipo de respuesta que se daba hace unos años a un negociador cuando presionaba a la parte china para llegar a un acuerdo sobre suministro de tecnología: «China ha sobrevivido sin vuestra tecnología durante cinco mil años. Podemos esperar unos años más» (Faure, 1999b: 204).

Tradicionalmente, las empresas y la gente hacían planes a largo plazo. En la familia, cada uno se sentía como un eslabón de la cadena de generaciones y la referencia significativa era la historia familiar. No se concebía el tiempo como la suma de horas, minutos y segundos, sino como el curso general de hechos, estaciones y rituales. Se está dando un cambio radical en las perspectivas, y parece que se impone la mirada a corto plazo. Hacer planes es un método en cierto modo ajeno a los individuos chinos, que prefieren confiar en la intuición actual, en su impresión global.

En lo que respecta a las empresas chinas, uno de los mayores problemas para los inversores extranjeros cuando trabajan en China es la «falta de planes empresariales estratégicos» (Lang, 1998: 144). La orientación a corto plazo de los chinos en los negocios, su «ligera idea de lo que significa un plan» (*ibíd.*), su incapacidad para pronosticar, hace que los gestores se vean incapaces incluso de pensar a largo plazo en el futuro de su empresa.

La actitud frente a las leyes y regulaciones

Una de las consecuencias a largo plazo de la victoria de Confucio sobre los legistas, es que los chinos son más que reacios a todo lo que se refiere a la dimensión legal de la vida social. Probablemente, ésta es la razón por la que durante la Revolución Cultural los abogados fueron clasificados como «lo peor de la novena categoría de hediondos intelectuales».

En la cultura china, la sabiduría prevalece sobre la ley como valor moral, y la justicia forma parte de un nivel superior al de la conformidad con las normas formales (Faure, 1999a). Una de las variantes de la sabiduría es la artimaña, ampliamente utilizada bajo todas las formas imaginables en obras como los *Tres reinos*, o estructuradas con mucha inteligencia como en las *36 estratagemas*. Una norma, por lo tanto, no se entiende como un conjunto de instrucciones para actuar o como una forma de orientar y enmarcar la actuación, sino como un obstáculo que debe ser esquivado. Para entenderlo sólo hay que observar el tráfico desde un cruce en una ciudad china. Camiones, autobuses, coches, tres ruedas, carts, bicicletas y peatones, todos se desplazan, cruzan, giran y cambian de dirección según una razón fundamental que no presta especial atención a las señales de tráfico (Faure, 1995). Esta concepción de las normas y la preeminencia otorgada a las artimañas explican el gusto de los chinos por la falsificación y la ausencia de un sentimiento de culpabilidad derivado de esta práctica. Ser astuto se entiende como la venganza del débil sobre el fuerte, de la inteligencia y la astucia sobre el poder. Uno debe aprovechar cualquier oportunidad, como recuerda un antiguo proverbio que dice: «Si pasa un ganso en vuelo, uno debe intentar conseguir al menos una pluma». En este caso, la pluma es una marca de fábrica que impulsará las ventas del producto. Esto explica también la debilidad y la flexibilidad del marco legal aplicado a la vida social y a la actividad económica. La concepción occidental de qué tendría que ser una empresa mixta (*joint venture*), por ejemplo, lleva a redactar un documento de unas cien páginas, mientras la parte china agilizará el trámite con cuatro páginas impresas donde sólo habrá que rellenar los espacios en blanco.

Por otra parte, y aunque también se falsifiquen las marcas chinas importantes, la dimensión patriótica aparece cuando la cuestión es copiar productos o tecnología extranjeros. Esto se entiende simplemente como la venganza de los pobres sobre los ricos, es una especie de restauración de la justicia.

En todos estos puntos se reflejan los cambios que empiezan a producirse en la situación actual. Comerciar con productos falsificados es un poco más discreto que antes, aunque las leyes y las normas se multipliquen y tienden a cumplirse con mayor eficacia en las principales metrópolis económicas. Que China haya entrado en la OMC demuestra a su vez la voluntad de aceptar una nueva regla del juego con todas las restricciones que ello comporta. Ahora la represión de la falsificación es más acti-

va porque se han promulgado nuevas leyes sobre patentes, propiedad intelectual, *copyrights* y protección de *software*.

La cultura china contra la cultura occidental: puentes

Los encuentros entre Oriente y Occidente son milenarios. Hace dos mil años la cristalería romana ya llegaba a China, y podía encontrarse porcelana china en Escandinavia. Alejandro Magno, el conquistador griego que llevó a sus hombres hasta el río Indo, ya había proyectado «poner fin a las diferencias entre Oriente y Occidente y, de esta forma, reunificar el mundo».

¿Cuál es la situación actual si tenemos en cuenta los valores chinos y los occidentales de hoy? ¿Qué hay de su cercanía, de la posible convergencia? El punto de vista de China sobre los valores occidentales ofrece conclusiones muy significativas. Toda una serie de publicaciones de una institución china de investigación fundada por Zhou Enlai, el Instituto de Estudios Extranjeros de Shanghai, destaca cinco puntos principales como los «valores centrales de la civilización occidental» (Zhu, 2002), a saber, la salvación, la expansión, el individualismo, el liberalismo y el utilitarismo:

1. *Salvación*. La herencia cristiana contiene un sentido de «misión» que debe ser cumplida por los creyentes. La vocación universalista de la Palabra de Dios lleva a emprender, durante toda la Historia, acciones de salvación como las cruzadas, o la expansión colonial después. Actualmente tiene lugar una variedad bajo la apariencia de democracia cuya promoción se lleva a cabo mediante una nueva herramienta, la «diplomacia de los derechos humanos».

2. *Expansionismo*. La civilización occidental se ha expandido ininterrumpidamente al amparo de la modernización. La industrialización del mundo es una de las consecuencias palpables. Antes se expresaba a través de la «civilización azul», un movimiento relacionado con el océano, la aventura, la exploración y, finalmente, con la agresión, la conquista y la dominación. Se impusieron el estilo de vida occidental, las ideas occidentales y los sistemas sociales occidentales. Se enviaron buques de gue-

rra y misioneros a todos los rincones del mundo. Se desarrollaron nuevos mercados que demostraron que la historia de la civilización occidental no es otra que la historia de la expansión. Tras la descolonización oficial, las naciones occidentales no han cambiado su actitud y siguen intentando imponer sus modelos sociales y sus valores.

3. *Individualismo*. El individualismo es el valor de la civilización occidental por antonomasia, su rango distintivo. Históricamente fue el «arma de la burguesía» para enfrentarse al despotismo feudal y la opresión aristocrática. En la actualidad, exigir la liberación de la personalidad, el derecho de los individuos como tales a la libertad y a la felicidad, se ha convertido en una norma ética. Otras consecuencias son la autosatisfacción, el egoísmo y una conducta desinhibida.

4. *Liberalismo*. En la civilización occidental, el liberalismo es el complemento indispensable del individualismo. Originariamente, la libertad es uno de los pilares construidos por la burguesía europea en su lucha contra la aristocracia. El liberalismo implica libertad de creencia, de expresión y de acción. En el ámbito económico, significa libre mercado, libre comercio y libre competencia. En el político, conduce al concepto occidental de democracia.

5. *Utilitarismo*. La civilización occidental, basada en los intereses, persigue la eficacia, la eficiencia y la maximización de los beneficios. Esto se da, alternativamente, a través del idealismo y del pragmatismo. El interés individual se sostiene como un valor situado por encima de los principios y la amistad. Como en la época del nacimiento de la burguesía, Occidente sigue emprendiendo cruzadas en nombre de Dios y el oro. El utilitarismo se expresa tradicionalmente a través de la vinculación o la desvinculación de los derechos humanos con el comercio, a través de la imposición de sanciones económicas y de la ayuda económica.

Y ahora, si observamos la situación de China, los valores promovidos, las tendencias actuales, veremos que cuatro de los cinco valores mencionados están propagándose por el país. Lo único que no recoge el orden del día sociocultural es la salvación, porque China ha interrumpido la difusión de la doctrina marxista-leninista.

1. *Expansionismo*. Es expansionismo el desarrollo de la economía china, su peso relativo en la economía mundial, su influencia cada vez mayor en las economías vecinas. Los productos chinos ya pueden encontrarse en el lugar más remoto del mundo.

En la esfera internacional, los chinos están muy orgullosos de la creciente influencia de su país con motivo de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008, orgullosos de haber enviado a un hombre al espacio y de otras iniciativas importantes.

Los asentamientos que la diáspora ha creado en distintos lugares del mundo contribuyen en gran medida al desarrollo de China y a la expansión con los nuevos flujos migratorios. En Occidente también contamos con pequeñas Chinas que están creciendo y acicalándose.

2. *Individualismo*. Hace veinticinco años, las autoridades políticas ya pusieron en marcha campañas antiigualitarias para asegurar una mayor eficiencia en el trabajo. Con la introducción de métodos modernos de administración, la responsabilidad individual ha ido en aumento y se ha premiado. La actuación colectiva se basa cada vez más en la excelencia individual. La reforma de la Constitución china, que ampara la propiedad privada y ahora la considera inviolable por ley, también refleja esta nueva tendencia social hacia la riqueza individualizada. Y aunque la familia sigue siendo un referente esencial, el individualismo empieza a arraigar.

3. *Liberalismo*. El libre comercio y la libre competencia van de la mano de la economía de mercado y, hoy en día, están siendo ampliamente impulsados. Las empresas privadas también están apoyadas por políticas específicas, especialmente en el terreno de las nuevas tecnologías de la comunicación.

La entrada de China en la OMC ha sido recibida con el reconocimiento internacional y como una victoria.

4. *Utilitarismo*. En la actualidad la norma es la eficacia para satisfacer las necesidades del mercado. No sólo se promueve la eficiencia sino que la ineficiencia de las empresas públicas es sancionada. Se espera que los nuevos capitalistas se unan al Partido y participen en la toma de decisiones, como se detalla en la teoría propuesta por Jiang Zemin de los tres representantes: el Partido debe representar las fuerzas productivas más

avanzadas, la cultura más avanzada, y los intereses primordiales de las masas del pueblo chino. La lealtad, la obediencia, la modestia y la contención ya no son valores encomiables, como sucedía antes. En las grandes ciudades la población no sólo ha entendido el mensaje, sino que se ha adelantado a él.

¿Quiere esto decir que China está occidentalizándose y que llegará un día en el que la comida y el idioma serán los únicos rasgos chinos auténticos? Las respuestas se encuentran en las tendencias actuales: las convergencias estratégicas entre China y Occidente están aumentando, pero las diferencias cognitivas van a seguir siendo las mismas. La mayor parte de las necesidades humanas pueden considerarse universales. Existe un claro horizonte común, pero la forma de pensar, de afrontar los problemas, es diferente, como sucede con la visión norteamericana y la europea, que no son idénticas. Del mismo modo, la visión china y la europea no coinciden totalmente dadas las diferencias culturales y las que provienen de su situación geopolítica.

Aunque puede observarse una convergencia evidente en los valores más importantes, su producto natural, según Zhu (2002: 205) la «ideología de los derechos humanos» promovida en Occidente, es un factor radical de oposición. Para China, Occidente utiliza la ideología como una herramienta de intervención, de expansión y de dominación del mundo.

Si bien las dos culturas otorgan gran importancia a los derechos humanos, difieren sustancialmente en su definición. Para China, los aspectos más importantes son el derecho a una alimentación sana y a estar protegido ante los criminales u otros peligros sociales. Éste es el uso político que se da a las fuerzas culturales, la promoción de la ideología occidental que desintegró la antigua Unión Soviética. Por lo tanto, hoy en día las diferencias culturales en China no deberían borrarse aunque la interdependencia y los intereses comunes entre las naciones tengan una importancia cada vez mayor.

Esta «arma sofisticada» se considera un instrumento para «poner en peligro la soberanía nacional» y «salvaguardar los intereses de los países ricos y poderosos» (Zhu, 2002: 208). En el lado chino se hace necesario, pues, adoptar una postura crítica y resistir esta influencia.

Si se considera la otra fuerza que dirige Occidente, la tecnología, la visión de China se revela según una lógica similar. La tecnología se refiere al mismo tiempo a las leyes de la naturaleza demostradas por la ciencia

y a los usos sociales. En palabras de un empresario chino, la cuestión es exactamente «pedir prestada la gallina para conseguir los huevos».

Aunque en lo que se refiere a adquirir un nuevo conocimiento sólo haya un camino, el uso de este conocimiento lleva a las apropiaciones sociales típicas chinas. La fórmula de Chan Qidong (siglo XIX), que sugiere poner «la tecnología occidental al servicio del genio chino» hoy, sigue siendo acertada. El modo de definir los problemas, las cuestiones, de pensar en una situación y, entonces, actuar o «no actuar» sigue siendo totalmente chino. La visión que tiene China del mundo es la base de su acción. Las herramientas para la modernidad están sólo para proporcionarle nuevas formas de completar su destino milenarío.

Bibliografía

- Bond, M. H. y Hwang, K. K. (1995), «The social psychology of Chinese people», en Bond, M. H., ed., *The psychology of the Chinese people*, Hong Kong, Oxford University Press.
- Chen, D. (1999), «Three-dimensional Chinese rationales in negotiation», en Kolb D. M., *Negotiation eclectics*, Cambridge, Mass., PON Books.
- Fang, T. (1999), *Chinese business negotiating style*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Faure, G. O. (1995), «Nonverbal Negotiation in China», *Negotiation Journal*, vol. 11, nº 1, pp. 11-18.
- (1998), «Negotiation: The Chinese Concept», *Negotiation Journal*, vol. 14, nº 2, pp. 137-148.
- (1999a), «L'approche chinoise de la négociation: stratégies et stratagèmes», *Gérer et Comprendre, Annales des Mines*, junio, pp. 36-48.
- (1999b), «The Cultural Dimension of Negotiation: The Chinese Case», *Group Decision and Negotiation*, Kluwer Academic Publishers, vol. 9, nº 3, p. 202.
- (2000a), «Traditional Conflict Management in Africa and China», en Zartman, I. W., *Traditional Cures for Modern Conflicts: African Conflict Medicine*, Boulder (Colorado), Lynne Rienner Publishers.
- (2000b), «Negotiation for Setting up Joint Ventures in China», en *International Negotiation*, vol. 5, 1, pp. 157-189.
- (2003a), *How People Negotiate: The resolution of conflicts in different cultures*, Dordrecht, Países Bajos, Kluwer Academic Publishers.
- (2003b), «Chinese Culture and Negotiation: Strategies for Handling Stale-

- mates», en Alon, I., ed., *Chinese Culture, Organizational Behavior, and International Business Management*, Westport, CT., Praeger, pp. 85-98.
- Granet, M. (1950), *La pensée chinoise*, París, Albin Michel.
- Hegel, G. W. F. (1956), *Philosophy of history*, Nueva York, Dover Publications.
- Hofstede, G. y Bond, M. H. (1988), «The Confucius connection: from cultural roots to economic growth», *Organizational Dynamics*, 16, 4, pp. 5-21.
- Hsu, F. L. K. (1963), *Clan, caste, and club*, Princeton, Nueva Jersey, Van Nostrand.
- Kaplan, R. B. (1966), «Cultural thought and patterns in intercultural education», *Language Learning*, 16, pp. 1-20.
- Lang, N. S. (1998), *Intercultural management in China*, Wiesbaden, DUV.
- Li, X. (2003), «The stupid egg seller», en Faure, G. O., *How People Negotiate: The resolution of conflicts in different cultures*, Dordrecht, Países Bajos, Kluwer Academic Publishers, pp. 85-87.
- Lieberthal, K. y Oksenberg, M. (1986), «Understanding China's bureaucracy», *China Business Review*, 13, 6, pp. 24-31.
- Lin, Yutan (1977), *My country and my people*, Hong Kong, Heinemann.
- Mao Zedong (1965), *Selected works*, Pekín, Foreign Languages Press.
- Nakamura, H. (1964), *Ways of thinking of Eastern people*, Honolulu, East-West Center Press.
- Pye, L. W. (1986), «The China trade: making the deal», *Harvard Business Review*, pp. 74-80.
- Redding, S. Gordon (1990), *The Spirit of Chinese Capitalism*, Nueva York y Berlín, Walter de Gruyter.
- Redding, S. G. y Wong, G. Y. Y. (1995), «The psychology of Chinese organizational behavior», en Bond, M. H., ed., *The psychology of the Chinese people*, Hong Kong, Oxford University Press.
- Teilhard de Chardin, P. (1956), *Lettres de voyage et nouvelles lettres de voyage*, París, Grasset.
- Weber, Max (1964), *The theory of social and economic organization*, Nueva York, Free Press.
- Wong, G. H. C. (1963), *China's opposition to Western science during late Ming and early Qing*, *Isis*, 54, pp. 42-43.
- Zhu, M. (2002), «Contemporary culture and international relations», en *Contemporary World configuration*, Shanghai, Shanghai Institute for International Studies.

Transnacionalismo y diásporas asiáticas

Joaquín Beltrán

Al articular la diáspora transnacional, ya no se asume que los emigrantes hacen una ruptura radical con sus pueblos de origen. Más bien las redes, la cultura y el capital premigratorios ocupan un lugar preeminente. La estancia no es unidireccional ni final. Antes que un único gran viaje de un espacio sedentario a otro, lo que tiene lugar en los espacios transnacionales son las migraciones múltiples, circulares y de retorno (Lie, 1995: 304).

Entre los nuevos paradigmas de la posguerra fría destaca, sin duda, el de la globalización.¹ Junto con las aportaciones que proporciona la perspectiva de la globalización a la hora de analizar el mundo, cabe mencionar el desarrollo de nuevas aproximaciones a los procesos de migración internacional que también tienen como objetivo superar los análisis exclusivamente centrados en el protagonismo de los estados-nación, como, por ejemplo, la recuperación y reelaboración de la idea de diáspora, por un lado, y el transnacionalismo, por otro.

Lo que el cambio de paradigma hace en realidad es poner en un primer plano fenómenos que tienen una larga historia y que están inextricablemente ligados a la movilidad de la población y la capital más allá de las fronteras del territorio de los estados-nación. Mientras que la diáspora incide en la idea de la constitución de comunidades, o mejor, de la presencia de múltiples nodos o polos, dispersos por el mundo de un mismo origen etnonacional —o subétnico—, cuyos miembros mantienen activo el contacto con el origen —imaginado o real— y entre sí, el transnacionalismo se centra en la agencia de los individuos y las familias dentro de los procesos migratorios teniendo en cuenta sus flujos, redes, idas y venidas, vínculos y movilidad, que no están totalmente controlados por los estados.

Las perspectivas centradas en el transnacionalismo y la diáspora acaban con la dicotomía estado-céntrica de «emigración (salida-origen)/inmigración (entrada-destino)», con las metáforas del desarraigo-arraigo, así como con la ilusión asimilacionista, que han dominado los estudios de la migración internacional.

No todos los migrantes, ni en todas las épocas ni contextos, han estado sometidos a un proceso de traslado de su vida sedentaria de un lugar a otro con la pérdida total de su identidad anterior, la ruptura completa de sus vínculos con el origen y la asimilación total a una nueva sociedad en pie de igualdad con el resto de la población. Este hecho, con una larga historia, no se ha analizado y tenido en cuenta hasta muy recientemente, cuando se ha constatado fehacientemente que las ideologías dominantes y hegemónicas con sus retóricas y discursos asimilacionistas, de adaptación unidireccional, muchas veces oscurecidos bajo la idea de «integración», ha sido incapaces de imponer sus valores a pesar de detentar el poder.

La explosión de las diferencias y de las identidades en todas las sociedades, incluso en las más supuesta y aparentemente homogéneas, es un fenómeno paralelo al final de la guerra fría que se estaba gestando desde hacía tiempo —por ejemplo, los movimientos en pro de los derechos civiles en Estados Unidos de la década de 1960—. La construcción, la invención, de «comunidades imaginadas» que conllevó el desarrollo de los modernos estados-nación, está siendo criticada durante el cambio de milenio, en la medida en que diferentes grupos defienden su propia especificidad en el interior del Estado que antes no les reconocía. Un nuevo valor de la diferencia se está imponiendo (Beltrán, 2003c).

El concepto de diáspora tiene una larga historia.² Etimológicamente significa dispersión o diseminación. Su origen griego está directamente relacionado con el establecimiento de pequeñas colonias de comerciantes de este pueblo a lo largo y ancho de todo el mar Mediterráneo. Posteriormente se utilizó para describir la dispersión del pueblo judío por el mundo, conllevando desde entonces la connotación de salida forzada y exilio. No obstante, en el contexto asiático se continuó utilizando en el primer sentido para referirse a la presencia de comerciantes indios y chinos diseminados por muchos países. Otras diásporas clásicas han mantenido la asociación con uno o ambos significados, es decir, el exilio forzoso o el comercio: la libanesa, la armenia, etc.³

Este antiguo concepto ha sido recuperado y reutilizado recientemente. En parte retoma aspectos comunes de las dos perspectivas antes

mencionadas, por ejemplo, tanto el exilio como el comercio dieron lugar a comunidades dispersas que se resistieron a la asimilación total en las sociedades donde se asentaron. Cada movimiento, por diferentes motivos, trató de mantener su especificidad cultural sin que ello fuera óbice para su adaptación a los nuevos medios que ocupaban. Mantener la lengua materna y el contacto con el origen y/o con otros polos de sus diásporas, no sólo les permitía reelaborar nuevos sentidos de pertenencia, etnicidad y solidaridad, sino que les ofrecía ventajas comparativas para su éxito y prosperidad económica por el mero hecho de ser como mínimo biculturales, puentes entre sus culturas de origen y las sociedades donde se establecían.⁴ Ellos canalizaban una determinada movilidad de bienes, capital y recursos humanos que sin su presencia no hubiera sido posible.

En el momento en que se constata que los «migrantes desarrollan redes, actividades, modos de vida e ideologías que abarcan a sus pueblos de origen y a la sociedad huésped» (Basch *et al.*, 1994: 4), aparece el campo del transnacionalismo que «hace referencia a la red de relaciones culturales, sociales, económicas y políticas tejida por los emigrantes al traspasar las fronteras nacionales» (Guarnizo, 1999: 94). Comunidades transnacionales y comunidades diaspóricas han acabado siendo sinónimos en cierto modo.

La facilidad de acceso y el abaratamiento de los medios de comunicación y transporte a escala global, han intensificado la movilidad, los flujos y reflujos, la flexibilidad y el mantenimiento activo de la actividad social en varias comunidades a la vez, circunstancia que experimentan los migrantes de modo cotidiano en estos momentos. Lo cierto es que siempre ha habido movilidad, frente a la imagen estereotipada del emigrante que abandona su país para establecerse en otro y rompe los lazos con su origen. Sin desestimar totalmente la anterior posibilidad, a menudo nos olvidamos del gran volumen de retornados tras una experiencia internacional, o de la importancia de las remesas, así como del hecho de que la clase social alta siempre fue móvil, siempre fue y vino, mientras que los más pobres carecían de los medios económicos para hacerlo con la asiduidad de los primeros. La nueva globalización ha supuesto la democratización de la movilidad antes exclusivamente reservada a las élites.⁵

Como afirma McKeown (1999: 311) «simplemente porque los migrantes en el pasado hayan sido clasificados más a menudo como inmigrantes que como miembros de diásporas, no necesariamente significa que sus actividades fueran categóricamente diferentes». Lo importante

ha sido el aumento de la conciencia y estatus de la diáspora como modo de vida que actualmente impregna una parte del discurso de los estudios migratorios.

Las «conexiones transnacionales» (Hannerz, 1998) en cierto modo desafían la primacía de los estados-nación, pero al mismo tiempo coexisten perfectamente con ellos. Las comunidades transnacionales y diaspóricas cruzan las fronteras nacionales, no obstante «sus miembros contribuyen a los procesos de construcción nacional de dos o más estados-nación. Sus identidades y prácticas están configuradas por categorías hegemónicas, tales como raza y etnicidad, que están profundamente enraizadas en los procesos de construcción nacional de estos estados-nación» (Basch *et al.*, 1994: 22).

A veces, la idea de diáspora se ha asociado a resistencia y contrahegemonía, a un poder desde abajo que cuestiona el «discurso nacionalista liberal, según el cual los ciudadanos comparten la misma cultura y la misma y única identidad étnico-nacional.[...] La práctica transnacional está obligando a la redefinición de la ciudadanía y la identidad nacional como instituciones distintivas, exclusivas y primordiales» (Guarnizo, 1999: 92). Los estados-nación están tratando de rearticular su relación con las personas transnacionales, pues a un cierto nivel escapan a su control e incluso cuestionan su hegemonía.⁶ De cualquier modo, en estos momentos la capacidad de transformación social y política del transnacionalismo es relativa, siendo reapropiada, de un modo u otro, por las estructuras tradicionales de poder.⁷

Las diásporas de Asia

Asia, como cualquier otra parte del mundo, se ha configurado a partir de constantes movimientos de población a lo largo de la historia. Diferentes países del sureste asiático son el resultado de migraciones desde el norte, de pueblos situados en la actual China, como los thai, los myanmar, que se convirtieron en el grupo étnico mayoritario de los estados-nación que ahora dirigen. Pero aquí no vamos a reconstruir la historia de los movimientos de población asiáticos, sino a centrarnos en sus diásporas. Como ya comentamos anteriormente hay dos pueblos, India y China, que conformaron diásporas clásicas en torno a la figura del comerciante.⁸

Los comerciantes indios establecieron desde muy temprano pequeñas comunidades en el sureste asiático y los chinos llegaron un poco más tarde, pasando progresivamente a dominar el comercio regional desde el siglo XIII en adelante. Su actividad siempre fue una empresa privada, es decir, carecían del respaldo y el apoyo de sus respectivos gobiernos y estados para su despliegue. Durante mucho tiempo las pequeñas comunidades de comerciantes chinos estuvieron compuestas por hombres solos. Algunos se casaron con mujeres nativas y sus descendientes formaron grupos mixtos, denominados *peranakan* en la actual Indonesia, *baba* en Malaysia, o *mestizo* en Filipinas.

Los comerciantes chinos solían ocupar posiciones de relativo poder en la zona por su alianza estratégica y, en ocasiones, incluso matrimoniales, como en Tailandia, con los líderes locales, a quienes les proporcionaban importantes fuentes de ingresos. A veces actuaban como sus intermediarios en el sistema de tributo con China, o eran recaudadores de impuestos, o pagaban por el monopolio de determinadas actividades económicas, así como por su tráfico comercial. Los comerciantes chinos fueron, en general, bienvenidos por las élites nativas del sureste asiático.

La llegada de europeos en el siglo XVI, éstos sí respaldados por el gobierno de sus países y a la larga con pretensiones colonizadoras e imperialistas, desencadenó una serie de acontecimientos que acabaron transformando el paisaje humano y las estructuras económicas de la región. Hasta el siglo XIX la presencia europea en Asia se caracterizó por pequeñas colonias, compuestas fundamentalmente por comerciantes, que coexistieron con los chinos, indios, malayos, etc., así como por misioneros con el objetivo de convertir almas. El control del territorio y de la población fue secundario durante la primera fase de la colonización europea centrada casi exclusivamente en el comercio: monopolio de las especias en el caso holandés, tras expulsar a los portugueses que a su vez hicieron lo mismo con los españoles en las islas de la Especiería (Molucas); el galeón de Manila, la primera ruta comercial transpacífica donde se intercambiaba plata procedente de América por productos manufacturados chinos en el puerto de Manila; el té tan deseado por los británicos, etc.

Los europeos, sin duda, dinamizaron aún más el comercio. Los chinos aprovecharon las nuevas oportunidades que se les ofrecían para su propia prosperidad, convirtiéndose en intermediarios entre europeos y nativos, así como reclutando a artesanos de todo tipo que construyeron las nuevas ciudades coloniales: Manila, Batavia, Singapur, etc. Por su par-

te, por iniciativa propia algunos comerciantes chinos comenzaron a desarrollar lo que podríamos denominar una economía colonial de carácter privado, sin el respaldo de su imperio. Estos comerciantes arrendaban territorios a los líderes nativos para su explotación forestal o minera, ellos mismos reclutaban e importaban mano de obra china para trabajar en las minas y bosques. Una vez extraídos estos recursos naturales los enviaban como materia prima a China, donde eran elaborados para volver más tarde a la región como productos manufacturados que ellos mismos distribuían. Esto sucedía ya en el siglo xvii y especialmente en el xviii.

Los avances de la Revolución Industrial en Europa cambiaron el carácter de la empresa colonizadora. Las colonias dejaron de ser bases puramente comerciales y empezó a primar la reafirmación del control del territorio y, sobre todo, de sus recursos naturales. Las colonias se convirtieron en lugares donde se podían obtener materias primas asequibles, gracias a una fuerza de trabajo barata, además de ser mercados para sus productos manufacturados y espacios de frontera donde invertir el capital excedente. El sistema capitalista global entró con fuerza en la región: se impulsó la economía de plantación, cultivos orientados a la exportación —caña de azúcar, café, etc.—, así como la extracción minera y la construcción de todo tipo de infraestructuras —carreteras, puertos, ferrocarriles, canales— para agilizar la movilidad de las materias primas y de todo tipo de mercancías.

La abolición de la esclavitud durante la primera mitad del siglo xix dejó a las potencias coloniales sin su fuente de abastecimiento tradicional de mano de obra. China, por un lado, e India, por otro, se convirtieron en nuevos mercados de fuerza de trabajo barata para el creciente impulso colonizador. De este modo, por primera vez, tanto chinos como indios se dispersaron por todo el globo. Los indios fueron a los territorios controlados por los británicos en América, África y Asia; y los chinos, además de ser contratados por los británicos para trabajar en sus colonias, también lo fueron por los españoles para el cultivo de la caña de azúcar en Cuba, o por los criollos de Perú para plantaciones y la explotación del guano, igual que por otras potencias coloniales.

Las islas del Pacífico y del Índico recibieron también mano de obra y comerciantes chinos e indios. De cualquier modo, la diáspora china se concentró especialmente en la región tradicional de su destino, donde ya estaban antes de la llegada de los europeos, en el sureste asiático. Además, no todos los que salieron de China durante el siglo xix eran «cu-

lles», es decir, mano de obra sin cualificar, pues también les acompañaron muchos comerciantes y pequeños empresarios de todo tipo. De hecho, los primeros que llegaron a Estados Unidos y a Australia lo hicieron fuera del sistema de contratos laborales característicos de los culíes; fueron por su cuenta a probar fortuna en las explotaciones auríferas recién descubiertas en esos países.

Una vez se establecían en algún nuevo país o región, y ante las posibilidades de trabajo en él, se desarrollaron redes y cadenas migratorias casi siempre controladas por los mismos chinos e indios, bien siendo ellos mismos los reclutadores e importadores de la fuerza de trabajo, o actuando como intermediarios de los intereses euroamericanos.

La llegada de mano de obra china e india transformó el paisaje humano de muchas regiones, donde por un tiempo llegaron incluso a ser la mayoría de la población o una minoría muy importante de ellas. En los nuevos países como Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, pronto se elaboraron leyes para impedir la entrada de nuevos inmigrantes chinos. Los inmigrantes «blancos», mediante sus sindicatos y con revueltas violentas antichinas, presionaron al gobierno para limitar y expulsar su mano de obra del país, a la que acusaban de competencia desleal por trabajar más barato y realizan jornadas más largas. El resultado fue su reclusión en barrios muy concretos de las ciudades y en actividades laborales muy restringidas.

Estas políticas de *apartheid* diseñadas para la exclusión china en territorios controlados por los «blancos», tuvieron un antecedente en las medidas adoptadas por los colonizadores españoles en Filipinas para gobernar a la minoría china. La ciudad de Manila, fundada en 1571, se construyó gracias a la mano de obra china y dependía para su mantenimiento de los ingresos generados por el comercio con los chinos. La población china de la ciudad aumentó rápidamente, y en 1603 los españoles la masacraron con el resultado de 20.000 muertos. Esta circunstancia se repitió en 1639. El Estado imperial español instalado en Filipinas decidió limitar la residencia china exclusivamente a una parte de la ciudad conocida como «parian». Sólo a los convertidos al catolicismo se les permitía salir de él e instalarse en Binondo, bajo la protección de misioneros españoles. A mediados del siglo XVIII se expulsó a todos los chinos y finalmente en 1790 el parian fue destruido. Además, una y otra vez se legisló para prohibir su actividad en amplios sectores de la economía.

A la mano de obra china e india utilizada para la explotación de los

recursos naturales, la economía de plantación y la construcción de infraestructuras en gran parte del sureste asiático, y en regiones de África, América, el Pacífico y el Índico, se sumó también la mano de obra japonesa en la década de 1880. Los japoneses se dirigieron hacia las plantaciones de Hawái primero y desde allí llegaron a Estados Unidos sustituyendo a la mano de obra china que tenía prohibida su entrada desde 1882. También fueron a Brasil y a Perú a partir de 1908, y desde allí se dispersaron por otros países de Latinoamérica. Los coreanos siguieron más tarde los pasos de los japoneses. Finalmente, cuando se prohibió por ley la entrada de japoneses en Estados Unidos por el Acuerdo de Caballeros de 1908, ratificado después por el Acta de Origen Nacional de 1924, se reclutó a los filipinos en Hawái, que desde 1900 pasó a formar parte de la Unión, y en Estados Unidos hasta que también se prohibió su entrada en 1934.⁹ Canadá siguió muy de cerca las políticas de su vecino del sur y fue endureciendo también sus leyes para detener la entrada de asiáticos.

La mayor parte de los que emigraron durante la segunda mitad del siglo XIX hasta 1930 retornaron a sus países, pero algunos acabaron estableciéndose en el extranjero con sus familias, abandonando progresivamente el trabajo de culíes y dedicándose al pequeño comercio o a cualquier otra de las actividades económicas que se les permitía realizar. La crisis de 1929 afectó a todo el mundo, el desempleo aumentó y con ello se detuvieron los flujos migratorios.

Tras el final de la segunda guerra mundial las colonias fueron independizándose una a una. El movimiento de población más espectacular de la época en Asia fue el provocado por la independencia de India y Pakistán con el traslado de millones de personas que cambiaron su residencia o que se fueron con los antiguos colonizadores. La diáspora india se nutrió con nuevos miembros que llegaron con capital suficiente para establecer empresas en el resto de los territorios del Imperio Británico; algunos se dirigieron directamente a la metrópolis. La independencia de las antiguas colonias solía ir acompañada de procesos de nacionalismo económico y político, es decir, las nuevas élites locales gobernantes deseaban controlar las riendas de sus economías, por lo que expulsaron a los extranjeros o limitaron sus activos y actividades económicas.

Chinos e indios se vieron especialmente afectados por estas medidas de nacionalismo económico, sobre todo en algunos países de África como Uganda —de donde fueron expulsados—, o en otros del sureste

asiático, donde ambos colectivos eran visualizados por los nuevos dirigentes nativos como extranjeros y, en parte, colaboracionistas con el anterior poder colonial. Nuevos movimientos y políticas antiindias y antichinas se sucedieron en el sureste asiático. Muchos acabaron abandonando estos países, donde ya residían desde hacía varias generaciones, debido a la persecución y violencia que sufrieron en ocasiones, y que aún sufren, como las revueltas antichinas de Indonesia en 1998.

Las contiendas de la guerra fría (Corea, Vietnam) y la violencia de las revoluciones populares socialistas (China, Vietnam, Camboya, Laos) dieron lugar a nuevas diásporas como la vietnamita que se dirigió fundamentalmente a Estados Unidos, Canadá y Francia, junto a las camboyanas y laosianas, o a nuevos flujos en las diásporas con cierta tradición: china y coreana, e incluso a reemigraciones como los vietnamitas de origen chino que abandonaron Vietnam con el resto de sus vecinos.

Esta rápida historia de las diásporas asiáticas pretende llamar la atención sobre el origen y composición de sus miembros, así como sobre la multiplicidad de movimientos que se han entrecruzado a lo largo del tiempo. No se trata pues ni de flujos unidireccionales ni de mano de obra sin cualificar exclusivamente. Tanto el retorno como la reemigración han sido constantes dentro de las diásporas asiáticas. Las políticas migratorias y la geopolítica han determinado en gran medida las características de los flujos que siempre han incluido a un amplio abanico de clases sociales. Por ejemplo, la Ley de Exclusión de la Inmigración China de 1882 en Estados Unidos, en un primer momento no se aplicó a los estudiantes ni a los comerciantes, y sólo afectaba a la mano de obra sin cualificar.¹⁰

La irresistible atracción del mundo anglosajón: Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Reino Unido

A partir de la década de 1960, los nuevos países anglosajones comenzaron a suprimir progresivamente las restricciones a la inmigración asiática, con el resultado del resurgir de antiguos flujos, en parte relacionados con los residentes que habían quedado en estos países, pero en su mayoría de nueva llegada sin vinculaciones previas.

La necesidad de mano de obra cualificada y no cualificada, así como de recursos humanos en general, e incluso de capital, ha abierto las puer-

tas de nuevo a los asiáticos que se han dirigido a estos países de un modo creciente y notable. Las políticas migratorias van flexibilizándose e incluyendo cada vez a más categorías de posibles migrantes, destacando tanto las facilidades dadas a los estudiantes para realizar estudios superiores y de posgrado, como a los hombres de negocios para que vayan a invertir capital y establecer empresas. Existe una gran competencia entre estos países para atraerlos, desarrollando políticas preferenciales cada vez más abiertas.¹¹

Filipinas, junto con Pakistán, son dos de los países asiáticos que más dependen económicamente de sus emigrantes y diásporas. En cierto modo se han especializado en la exportación de mano de obra en el mercado laboral internacional. Los paquistaníes se dirigen a los países del Golfo, así como al Reino Unido y a Estados Unidos. Los hombres filipinos también van fundamentalmente a los países del Golfo, mientras que las mujeres se distribuyen en el servicio doméstico de toda Asia, Europa y América del Norte, pero el alto nivel educativo de este país también le permite exportar mano de obra cualificada como enfermeras, médicos, etc. En ambos casos los vínculos con las familias en origen no se rompen sino que se mantienen muy activos y la movilidad por las diferentes comunidades de la diáspora es habitual.

La diáspora india posee una fuerte implantación en el Reino Unido, así como más recientemente en Estados Unidos y en la mayor parte de las ex colonias británicas de África y América. Bangladesh sigue los pasos de India, pero también se dirige al sureste asiático y a los países del Golfo. Por otro lado, los vietnamitas, camboyanos y laosianos, que constituyen las diásporas más recientes de Asia, también se han establecido en Estados Unidos, Canadá y Australia.

Japoneses y coreanos aprovecharon la nueva apertura de los nuevos países anglosajones y se han dirigido especialmente a Estados Unidos y Canadá. El caso de China también es destacable y hay que distinguir diferentes clases de nativos, los procedentes de la República Popular, los de Taiwan y los de Hong Kong, además de todos los étnicamente chinos con nacionalidad de diferentes países del sureste asiático que se han ido ante las medidas discriminatorias y explosiones de violencia surgidas contra ellos.

CUADRO I
Asiáticos en Estados Unidos. Años 1985 y 2000

	1985		2000	
Total	5.000.000	%	11.898.828	%
Chinos	1.079.000	21	2.734.841	23
Filipinos	1.052.000	21	2.364.815	20
Indios	526.000	15	1.899.599	16
Coreanos	542.000	12	1.228.427	10
Vietnamitas	634.000	11	1.223.736	10
Japoneses	766.000	10	1.148.932	9,6
Camboyanos	61.000		206.052	
Laosianos	70.000		198.203	
Hmong	60.000		186.310	
Tailandeses	s.d.		150.283	
Taiwaneses	s.d.		144.795	

FUENTE: U.S. Census Bureau.

Muchos chinos han ido a Estados Unidos y Canadá a realizar estudios superiores y una vez finalizados se han quedado allí trabajando o creando empresas y reuniéndose con sus familias o no, pero, en cualquier caso mantienen estrechos vínculos con sus lugares de origen. Los procedentes de Hong Kong han llegado desde finales de la década de 1980 y especialmente durante los años noventa con capital para invertir en empresas a todos estos países. Aunque se ha argumentado que su diáspora obedeció al temor ante la vuelta de Hong Kong a la soberanía de la República Popular en 1997, lo cierto es que también su movilidad ha tenido relación con estrategias económicas de diversificación de la inversión de sus capitales (Hamilton, 1999).

Finalmente, también ha llegado a estos países mano de obra asiática sin cualificar de un modo irregular, traspasando las fronteras de forma clandestina y trabajando en la economía informal con duras condiciones laborales. Todos ellos forman parte de la misma diáspora, una diáspora que no es homogénea, pues en su interior se reproducen las clases sociales y los niveles culturales presentes en todas las sociedades.

La posición de España en las diásporas asiáticas

Europa ha sido el último destino de las diásporas asiáticas hasta el momento. Su presencia es un fenómeno básicamente posterior a la segunda guerra mundial con algunas excepciones poco significativas y su asentamiento inicial estuvo estrechamente ligado a los procesos de independencia colonial.

Los vínculos coloniales canalizaron en una primera fase los flujos iniciales de la población asiática en Europa, y así al Reino Unido se dirigieron indios, paquistanés y bangladeshíes, bien procedentes directamente de estos territorios, o bien como resultado de reemigraciones desde su asentamiento en terceros países, como los indios expulsados de Uganda. También el Reino Unido acogió a chinos procedentes de Hong Kong, así como de sus otras colonias en el sureste asiático: Malaysia, Singapur y Myanmar.

A Francia llegaron vietnamitas, laosianos y camboyanos. A los Países Bajos indonesios y peranakan (chino-indonesios). A Portugal algunos chinos de Macao y de Timor Oriental. Los filipinos que había en España volvieron casi todos en 1898, cuando Filipinas dejó de ser una colonia española, y los que vinieron posteriormente lo hicieron en un proceso independiente del pasado colonial español.

CUADRO 2
Residentes de las principales comunidades asiáticas en España.
Años 1991-2003

Comunidades	1991	1996	2000	2001	2002	2003
China	6.482	10.816	28.693	36.143	45.815	56.086
Pakistán	922	2.471	7.843	14.322	15.584	17.645
Filipinas	8.049	11.770	13.160	14.716	15.344	16.589
India	5.352	6.882	7.813	9.271	9.555	10.327
Japón	2.601	2.998	3.136	3.259	3.428	3.536
Bangladesh	74	346	1.179	2.084	1.975	2.758
Corea del Sur	1.506	1.684	1.961	2.064	1.975	1.991

FUENTE: *Anuario estadístico de extranjería*. Ministerio del Interior.

En España, como en el resto de Europa occidental, con la excepción del Reino Unido y su especial vinculación con Hong Kong, la diáspora china procede fundamentalmente del sur de la provincia de Zhejiang, aunque también hay personas chinas de otros orígenes.¹² El establecimiento de los asiáticos en España comenzó a ser significativo desde la década de 1970, aunque su volumen no ha llamado la atención hasta mucho más tarde, especialmente durante la última década.¹³

La explicación de por qué llegaron asiáticos a España cuando el país era todavía relativamente pobre y se caracterizaba por tener a más de dos millones de migrantes en el extranjero está directamente relacionada con su carácter diaspórico. España constituía una nueva frontera para su establecimiento debido a la casi total ausencia de su población. Los indios aparecieron en la década de 1950 en las islas Canarias por las facilidades que éstas les ofrecían para sus actividades comerciales, y se insertaron desde un primer momento: empresas de importación/exportación y bazares. Su asentamiento formaba parte de su dispersión por todo el mundo en torno a su actividad comercial y sus contactos globales con miembros de su diáspora presentes en otros lugares. Por ejemplo, los productos electrónicos que vendían procedentes de Hong Kong eran importados aprovechando los vínculos que mantenían con la comunidad india allí establecida.

Además de comerciantes, algunos chinos llegaron con el incipiente desarrollo de la industria turística española en el litoral mediterráneo y en los archipiélagos abriendo restaurantes de comida china. Los primeros no procedían de China sino del norte de Europa, del Reino Unido, de los Países Bajos y de Francia, donde ya se habían establecido en el sector de la restauración y buscaban nuevos mercados para su oferta. Los japoneses llegaron dentro de su estrategia de inversión de capital en el extranjero y apertura de fábricas y compañías de importación/exportación también a partir de la década de 1970. Los coreanos, con la excepción de los relacionados con el mundo de la pesca establecidos en las islas Canarias, siguieron los pasos nipones dos décadas después.

Las mujeres filipinas se especializaron desde los años setenta en el servicio doméstico para la clase alta española. La comunidad filipina siempre ha sido el colectivo asiático más feminizado de todos. Finalmente, los primeros paquistaníes se dividían en dos grupos: por un lado estaban los comerciantes como los indios, y por otro, la mano de obra sin cualificar que fue a trabajar en minas de León, Teruel y Jaén. Actual-

mente sigue presente esta división: muchos nuevos comerciantes que abren especialmente locutorios y colmados, y mano de obra sin cualificar que trabaja en la agricultura, construcción y servicios. Los paquistaníes más recientes han llegado procedentes tanto del Reino Unido, Alemania y Francia, como de los países del Golfo para invertir parte de su capital acumulado abriendo nuevos negocios. Los bangladeshíes también proceden de esta vinculación previa con el Reino Unido.

La práctica y los valores de las diásporas asiáticas

Las diásporas asiáticas a lo largo de la historia han mantenido comunidades con su propia identidad independientemente de donde se hubieran establecido. A menudo se las acusa de no querer «integrarse», de ser cerradas, herméticas, autosuficientes, de aprovecharse y extraer riqueza en su propio beneficio, además de no ser leales. Las variables utilizadas para medir su «integración» son el conocimiento y el dominio de las lenguas locales, la tasa de matrimonios mixtos, su participación en la vida social comunitaria, etc.¹⁴

Desde un punto de vista histórico, la práctica de la organización social de las distintas comunidades asiáticas establecidas fuera de las fronteras de sus países de origen se ha visto sometida a una serie de presiones estructurales que ha determinado en gran medida su comportamiento. En el sureste asiático, por ejemplo, los chinos pasaron de desempeñar una actividad centrada en el comercio internacional a otra de intermediarios entre los dirigentes nativos y el propio pueblo nativo — como recaudadores de impuestos, o comerciantes —, primero, y entre los nativos y los colonizadores europeos, después. Las potencias coloniales, europeas en un primer momento, permitieron que los chinos se gobernaran a sí mismos conforme a sus prácticas de gobierno indirecto.

Es importante señalar que cuando entre los emigrantes había hombres solos, los matrimonios mixtos fueron una pauta habitual, dando lugar a comunidades mixtas con sus propias peculiaridades. En algunos países sus alianzas matrimoniales incluso alcanzaron a la corte como en Tailandia, lugar donde la minoría china casi acabó disolviéndose entre la población general. Por otra parte, la política colonial desarrolló prácticas segregacionistas, de separación y exclusión de los asiáticos que llegaban

a los territorios de sus colonias procedentes de otros lugares: chinos e indios en el sureste asiático. Filipinas, bajo dominio español, fue pionera en estas políticas, seguida muy de cerca por los holandeses en la actual Indonesia y por los británicos en sus territorios del sureste asiático.

Los movimientos antichinos y antiasiáticos, en general, que se fueron sucediendo a partir de la década de 1880 en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Perú y Cuba fueron determinantes para el surgimiento de los *chinatown* y los *little Tokyo* o barrios con una alta concentración de chinos y japoneses, en esos países. Su exclusión de amplios sectores de la actividad económica, junto a los ataques violentos que sufrieron, les obligó a concentrarse para poder sobrevivir en medios hostiles. En sus concentraciones residenciales desarrollaron todo tipo de negocios orientados a satisfacer sus propias necesidades, y se insertaron finalmente en los únicos trabajos que se les permitió, como las lavanderías, las conserveras de pescado o el cultivo de verduras (Takaki, 1989).

El establecimiento de familias completas fue más habitual entre japoneses y coreanos que entre chinos e indios. En el caso chino, hasta comienzos del siglo XX apenas emigraron las mujeres, mientras que a partir de entonces ésto se convirtió en una práctica habitual. La llegada de mujeres y la presencia de niños en las comunidades de las diásporas asiáticas cambió su articulación interna, así como introdujo nuevas necesidades: por ejemplo, la apertura de escuelas para enseñar lengua y cultura chinas a sus hijos.

Las comunidades pasaron poco a poco a estar constituidas por personas nacidas en los distintos países donde se habían establecido. Muchas de ellas, además de asistir a escuelas abiertas por sí mismas, siempre que pudieron también se escolarizaron en las escuelas nativas, bien fueran regidas por las potencias coloniales o por los propios países independientes. A veces la escuela de la propia comunidad era la única posibilidad que se disponía para alfabetizarse dadas las carencias de los sistemas educativos de la época. La educación ha constituido el medio de movilidad social ascendente tradicional en los países de Asia oriental, es decir, China, Japón y Corea, en otras palabras, la actividad con más prestigio en la que invertían los padres en cuanto disponían de recursos suficientes para ello (Beltrán y Sáiz, 2004).

Junto a las escuelas, también se fundaron periódicos en las comunidades de la diáspora. Tanto en un caso como en el otro, el gobierno y la oposición de los países de origen estuvieron muy interesados en estas ini-

ciativas apoyándolas y tratando de atraer la lealtad de los emigrantes para el desarrollo económico nacional o para sus causas revolucionarias. El Estado chino comenzó a preocuparse por sus emigrantes durante el cambio de siglo XIX al XX, por la potencialidad de su fuerza económica y política para el progreso del propio país.

Las prácticas transnacionales, las redes, los flujos, la movilidad, ya constituían una realidad de primer orden durante el siglo XIX en las diásporas asiáticas. Las tasas de retorno eran muy elevadas, el envío de remesas de dinero constante, y la división familiar internacional sin ruptura de los vínculos algo habitual. Algunas comarcas de los países de origen de las diásporas se especializaron en la migración internacional, pasando a ser en gran medida económicamente dependientes de la fuerza de trabajo en el extranjero.

La actividad comercial fue una de las pocas a las que continuaron teniendo acceso incluso en las épocas de mayor restricción a su entrada en los distintos países donde se asentaron. El comercio internacional prosperó en sus manos gracias a su, como mínimo, biculturalidad. La ventaja comparativa de sus conexiones transnacionales facilitaba la práctica comercial y, evidentemente, trataban de mantener su posición transmitiendo a las nuevas generaciones sus conocimientos donde uno de los instrumentos clave era el dominio de su lengua junto a la movilización de los vínculos con su origen. También el comercio al por menor fue una de sus especialidades, de modo que chinos e indios fueron en muchos casos los pioneros en esta actividad en gran parte del sureste asiático, islas del Pacífico y del Índico y de amplias regiones de África. Japoneses, coreanos y paquistaníes también han participado en este sector económico, aunque más tardíamente.

Otro aspecto que cabe señalar es que las comunidades de las diásporas asiáticas no son homogéneas. Además de la inevitable diferencia por clase social, se encuentra otra fundamental por el criterio de lugar de origen. La procedencia de los miembros de las diásporas es muy diversa, a menudo las lenguas que hablan son ininteligibles entre sí y han tendido a organizarse siguiendo vínculos de origen y lingüísticos, segmentando a las propias comunidades. Cada grupo o segmento, en el interior de cada diáspora, dispone de sus propias redes transnacionales que moviliza constantemente.

Los lugares de origen proporcionan nuevos miembros a la diáspora. Allí se reclutan trabajadores en caso de necesidad y también es el lu-

gar preferente para buscar cónyuges. Las familias pueden estar divididas con unos miembros en origen que gestionan una parte de los ingresos obtenidos en el extranjero no sólo para consumo, sino también para inversión en distintas actividades económicas, y otros asentados en diversos países donde trabajan, estableciendo empresas y negocios, etc. Los vínculos no se rompen y se reactivan cada vez que llegan nuevos emigrantes.

La situación geopolítica y geoeconómica de cada país de origen también es un factor importante que se debe considerar pues afecta directamente a la dinámica de sus diásporas. Por ejemplo, el protagonismo creciente de China en el mundo está provocando una corriente de *resinización* generalizada. No sólo la diáspora china está aumentando su volumen gracias a la salida de nuevos migrantes, sino que también los descendientes de emigrantes que llevan muchas generaciones establecidos en el extranjero están tratando de recuperar sus vínculos y raíces con su origen. El caso más llamativo es el de Tailandia, uno de los países del sureste asiático donde la minoría china ha estado aparentemente más aculturada, llegando a pasar casi desapercibida. Actualmente «ser chino» está de moda, y todos los tailandeses de origen chino que nunca hablaron esa lengua, ahora están aprendiéndola. El chino, en el sureste asiático, es una *lingua franca* comercial.

El interés por el mantenimiento de la propia lengua, la cultura y los valores, además de ser un derecho humano, es instrumental para su establecimiento y prosperidad. Los vínculos transnacionales entre los distintos nodos de la diáspora son la práctica que la sustenta. Esto no significa ni falta de adaptación ni ausencia de cambio ni resistencia a la modernización y al progreso ni desinterés por los países donde se han establecido ni falta de lealtad a los estados donde residen. Todo lo contrario, su apuesta e interés consisten en el dominio bicultural o multicultural, pues su fuerza y posición radican precisamente en él. Esto supone conocer el medio donde se asientan, adaptarse a él, aprender las lenguas locales, abrir empresas, pagar impuestos, colaborar y participar directamente en el crecimiento de la economía local, participar en la vida social y política en la medida en que se les permita, etc.

Un ejemplo lo constituye el nodo de la diáspora china en España. Los niños chinos están escolarizados en el sistema educativo español —había más de 6.000 en el curso académico 2002-2003—, alrededor de 30.000 personas chinas de un total de 56.000 residentes estaban registra-

das en la Seguridad Social como trabajadores autónomos o empleados en noviembre de 2003. Además, las empresas chinas dadas de alta pagan todos los impuestos requeridos. Generan puestos de trabajo, invierten capital y dinamizan el comercio exterior español. Por otra parte, la demanda para estudiar lengua castellana no la puede satisfacer la administración pública española, por lo que muchos deben recurrir a clases privadas, o esperar a que haya plazas suficientes para poder estudiar. Todos son conscientes de que el conocimiento de la lengua y la cultura españolas les abre más posibilidades para su futura prosperidad, y desean adquirirlas.

Dentro de las comunidades-nodos de las diásporas asiáticas existen diferentes posiciones y perspectivas en cuanto a su relación con las sociedades donde están asentados. Factores como clase social, nivel educativo, motivo de la salida, lugar de origen, medio de procedencia rural o urbano, etc., dan lugar a visiones contrapuestas y enfrentadas. De hecho, en la diáspora se reproduce el debate interno que apareció en sus países de origen durante la última parte del siglo XIX y que todavía está en plena vigencia. Existen tres posturas o corrientes: la primera defiende el abandono de los valores y la cultura tradicional porque les condenó al «atraso» y al sometimiento a las potencias occidentales que los derrotaron, colonizaron y/o explotaron, y pretende adoptar los valores y conocimientos «occidentales» acabando con todas las estructuras tradicionales del pasado; la segunda está empeñada en acabar con todo tipo de influencia «occidental», pues considera que es perniciosa porque desintegra y desestructura la sociedad; la tercera, o postura intermedia, trata de equilibrar la influencia y los cambios introducidos por «Occidente» con el mantenimiento de la propia cultura y valores.

Todas estas posiciones se encuentran dentro y fuera de los países de origen de las diásporas. Algunos miembros de la diáspora lo que buscan es romper con todos los vínculos de su pasado y de su país por considerarlos nocivos para su propio desarrollo personal, su interés es aculturarse unidireccionalmente y les gustaría que todos los demás siguieran su camino. Otros, en cambio, apenas se relacionan con la sociedad de acogida y su mundo de referencia es exclusivamente su país de origen. No obstante, la gran mayoría ocupa la posición intermedia, se ha adaptado y transformado sin perder necesariamente del todo su identidad ni sus vinculaciones familiares con su origen o con otros nodos de la diáspora donde se encuentran parientes y amigos.

Las comunidades de la diáspora, conforme aparecen segundas y terceras generaciones, escolarizadas en los sistemas educativos de los países donde están asentadas, introducen una competencia bicultural de primera importancia para sus actividades posteriores, por una parte, y, por otra, otros miembros, en la medida en que donde se han asentado lo permita, pasarán a formar parte de la sociedad general de un modo indiferenciado, compitiendo en igualdad de condiciones con el resto de la sociedad. Lo cierto es que esto último es la excepción más que la norma, pues lo habitual ha sido el desarrollo de políticas segregacionistas, de discriminación y exclusión.

Para concluir, es necesario recordar otro aspecto fundamental para valorar la fuerza del transnacionalismo asiático a lo largo de la historia. Los coétnicos son, fundamentalmente, los que proporcionan ayuda para emigrar, información, créditos, mano de obra, trabajo, vivienda, apoyo en momentos de crisis vitales, afecto y vínculos con los que se mueven bien, capitales y fuerza de trabajo. La fuerza del transnacionalismo consiste en el mantenimiento de las conexiones y los lazos, no en su ruptura. De cualquier modo, esto no significa que en el interior de las diásporas no exista el conflicto. La clase alta de la diáspora también se aprovecha y explota a la clase baja, exactamente igual que en origen y que en cualquier parte del mundo, las diferencias sociales y socioeconómicas se mantienen. En este sentido, ni la diáspora ni el transnacionalismo suponen un desafío a las estructuras tradicionales de poder (Ong y Nonini, 1997).

Los estados-nación tratan de controlar los flujos de la población que traspasan sus fronteras. Los países que exportan migrantes procuran atraer y canalizar su capital, del mismo modo que los que importan se aprovechan de su trabajo y actividades. Cuando analizamos estos fenómenos desde el punto de vista del Estado parece todo bajo control, pero cuando la perspectiva es la de los propios migrantes y sus redes, el panorama no resulta tan claro. Muchas veces los flujos migratorios desarrollan dinámicas propias independientemente de los intereses estatales y las medidas elaboradas para atraer el capital de los migrantes pueden, o no, ser utilizadas por ellos.

Un ejemplo de cómo un mismo hecho da lugar a distintas interpretaciones es el de la creación de asociaciones en la diáspora con el objetivo de invertir en China. Los migrantes chinos siempre han invertido en su país, con mayores o menores dificultades, y buscando fundamentalmente beneficios para sus inversiones. En el momento en que el Estado

favoreció el canal asociativo para invertir, algunos miembros de la diáspora lo han utilizado. Por lo tanto ¿quién utiliza a quién?, ¿el Estado a sus emigrantes que establecen asociaciones acomodándose a su guía o los emigrantes que utilizan las asociaciones en busca de su propio interés? ¿Es el Estado quien manipula a los emigrantes o son los emigrantes quienes manipulan al Estado? Tal vez la respuesta sea el beneficio mutuo, pues en otros momentos de la historia, a pesar de los intentos del Estado chino por atraer las inversiones de sus emigrantes, como durante la primera parte del siglo xx, la respuesta no fue la esperada, es decir, por muchas facilidades que el Estado ofreció, las inversiones no garantizaban un mínimo de seguridad para obtener beneficios, de modo que fueron limitadas. Todo lo contrario que en la actualidad.

En definitiva, los miembros de la diáspora y actores/agentes del transnacionalismo lo que cuestionan es la identidad asociada a un exclusivo Estado-nación. Las personas son portadoras de identidades múltiples y fragmentadas y capaces de mantener muchas lealtades simultáneamente. Desde este punto de vista, sí que pueden ser un desafío a los estados-nación que pretenden monopolizar su afiliación. El concepto de «ciudadanía flexible» desarrollado por Ong (1999), muestra esta forma de entender la posición en el mundo por parte de los miembros de las diásporas.

Notas

1. Una revisión actualizada del debate de la globalización se encuentra en Ribas Mateos (2003).

2. Clifford (1999) revisa la actualidad y complejidad de los discursos de la diáspora con una perspectiva antropológica.

3. La perspectiva de diáspora como salida forzosa es retomada por Van Hear (1998).

4. Light (2001) analiza la relación entre comercio internacional, en concreto el comercio exterior de Estados Unidos y las diásporas asiáticas.

5. Guarnizo (1999: 117) prefiere denominarlo «popularización»: «El transnacionalismo ha dejado de ser del dominio exclusivo de las élites mundiales: se están *popularizando* —por decirlo de algún modo— las prácticas transnacionales a lo largo y ancho del mundo».

6. Sassen (2001, 2003), Portes (1998) y Cohen (1997a), cada uno con un

desarrollo distinto, inciden en el desafío que supone el transnacionalismo y las diásporas al Estado-nación.

7. La vinculación entre globalización, diásporas y transnacionalismo ha sido ampliamente debatida bajo diversas perspectivas. Véase, por ejemplo, Basch *et al.* (1994); Glick Schiller *et al.* (1995); Lie (1995); Wong (1997); Cohen (1997b); Portes (1998); Guarnizo (1999); Kennedy y Roudometof (2001); Koopmans y Statham (2001); Schnapper (2001); Schein (2002). Cervantes-Rodríguez (2002) sitúa el debate en su relación con las teorías del sistema mundo.

8. Un análisis general sobre la diáspora china se puede encontrar en Ma Mung (2000) y en Wang (2000); y distintas aproximaciones a la india en Clarke *et al.* (1990) y en Vear (1995).

9. Takaki (1989) desarrolla con gran detalle y datos precisos la historia de los chinos, japoneses, coreanos, indios y filipinos en Estados Unidos y Hawái.

10. Otras aproximaciones a la diáspora china se pueden encontrar en Beltrán (2002, 2003b).

11. El ejemplo lo ofrece el artículo de Ip y Friesen (2001) sobre la nueva migración china a Nueva Zelanda. Sobre la historia y evolución de los estudiantes asiáticos que van a realizar estudios superiores fuera de sus países véase Beltrán y Sáiz (2004).

12. Beltrán (2003d) reconstruye el proceso migratorio desde el sur de la provincia de Zhejiang a Europa y España.

13. Para un desarrollo más completo del establecimiento y características de las diásporas asiáticas en España véase Beltrán y Sáiz (2002) y Beltrán (2003a).

14. Ip y Friesen (2001) analizan la problemática de la «integración» entre los nuevos chinos de Nueva Zelanda para concluir que «los esfuerzos de los nuevos migrantes chinos para integrarse no son realmente incompatibles con su deseo de mantener modos de vida transnacionales» (p. 232).

Bibliografía

- Basch, L., Glick Schiller, N. y Szanton Blanc, C. (1994), *Nations unbound: Transnational projects, postcolonial predicaments, and deterritorialized nation-states*, Langhorne, Gordon and Breach.
- Beltrán Antolín, Joaquín (2002), «La diáspora china y la globalización. “Allí donde llegan las olas...”», *Vanguardia dossier*, 2, pp. 82-84.
- (2003a), «Diáspora y comunidades asiáticas en España», *Scripta Nova*, 7 (134) www.ub.es/geocrit/sn/sn-134.htm
- (2003b), «La diàspora xinesa. Un exemple de societat globalitzada», *DCI-*

- DOB*, 86, pp. 29-32. www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/dcidob/86/joaquinbeltran.pdf
- (2003c), «El nou valor de la diferència», en Adela Ros, ed., *Interculturalitat. Bases antropològiques, socials i polítiques*, Barcelona, Editorial Pòrtic-Editorial UOC, pp. 17-57.
 - (2003d), *Los ocho inmortales cruzan el mar. Chinos en Extremo Occidente*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Beltrán Antolín, Joaquín y Sáiz López, Amelia (2002), *Comunidades asiáticas en España*, Documentos CIDOB, Relaciones España-Asia, 3. www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/documentos%20cidob/pdf/beltran.pdf
- (2004), *Estudiantes asiáticos en Cataluña. La internacionalización de la educación superior*, Documentos CIDOB, Relaciones España-Asia, 5 [www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/documentos cidob/pdf/doc_asia_4.pdf](http://www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/documentos%20cidob/pdf/doc_asia_4.pdf)
- Cervantes-Rodríguez, A. Margarita (2002), «Transnationalism, power, and hegemony: Review of alternative perspectives and their implications for world-systems analysis», en R. Grosfoguel y A. M. Cervantes-Rodríguez, eds., *The modern/colonial/capitalist world-system in the Twentieth century*, Westport, Praeger, pp. 47-78.
- Clarke, C., Peach, C. y Vertovec, S., eds. (1990), *South Asians overseas. Migration and ethnicity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Clifford, James (1999), «Las diásporas», en *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, pp. 299-339.
- Cohen, Robin (1997a), *Global diasporas*, Seattle, University of Washington Press.
- (1997b), «Diasporas, the nation-state, and globalization», en Wang Gungwu, ed., *Global history and migrations*, Boulder, Westview Press, pp. 117-143.
- Glick Schiller, N., Basch, L. y Szanton Blanc, C. (1995), «From immigrant to transmigrant: Theorizing transnational migration», *Anthropological Quarterly*, 68 (1), pp. 48-63.
- Guarnizo, Luis E. (1999), «El desarrollo de las formaciones sociales transnacionales: respuestas de los estados mexicano y dominicano a la emigración transnacional», en F. J. García Selgas y J. B. Monleón, eds., *Retos de la posmodernidad. Ciencias sociales y humanas*, Madrid, Trotta, pp. 91-123.
- Hamilton, Gary, G., ed. (1999), *Cosmopolitan capitalists. Hong Kong and the Chinese diaspora at the end of the Twentieth century*, Seattle, University of Washington Press.
- Hannerz, Ulf (1998), *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Madrid, Cátedra.
- Ip, Manying y Friesen, Wardlow (2001), «The new Chinese community in New Zealand: Local outcomes of transnationalism», *Asian and Pacific Migration Journal*, 10 (2), pp. 213-240.
- Kennedy, Paul y Roudometof, Victor (2001), «Communities across borders un-

- der globalising conditions: New immigrants and transnational cultures», *Transnational Communities Programme*, Oxford University, WPTC-01-17. www.transcomm.ox.ac.uk/
- Koopmans, Ruud y Statham, Paul (2001), «How national citizenship shapes transnationalism. A comparative analysis of migrant claims-making in Germany, Great Britain and the Netherlands», *Revue Européene des Migrations Internationales*, 17 (2), pp. 63-100.
- Lie, John (1995), «From international migration to transnational diaspora», *Contemporary Sociology*, 24, pp. 303-306.
- Light, Ivan (2001), «Globalization, transnationalism and trade», *Asian and Pacific Migration Journal*, 10 (1), pp. 53-79.
- Ma Mung, Emmanuel (2000), *La diaspora chinoise. Géographie d'une migration*, París, Ophrys.
- McKeown, Adam (1999), «Conceptualizing Chinese diasporas, 1942 to 1949», *Journal of Asian Studies*, 58 (2), pp. 306-337.
- Ong, Aihwa (1999), *Flexible citizenship: The cultural logic of transnationality*, Durham, Duke, University Press.
- Ong, Aihwa y Nonini, Donald, eds. (1997), *Ungrounded empires. The cultural politics of modern Chinese transnationalism*, Nueva York, Routledge.
- Portes, Alejandro (1998), «Globalization from below: The rise of transnational communities», *Transnational Communities Programme*, Oxford University, WPTC-98-01. www.transcomm.ox.ac.uk/
- Ribas Mateos, Natalia (2002), *El debate sobre la globalización*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Sassen, Saskia (2001), *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- (2003), *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Schein, Louisa (2002), «Approaches to transnationalism and diaspora research: Researching the Hmong diaspora's longing for a Chinese homeland», en *China inside out*, Budapest, Central European University. <http://cio.ceu.hu/courses/CIO/modules/>
- Schnapper, Dominique (2001), «De l'État-nation au monde transnational. Du sens et de l'utilité du concept de diaspora», *Revue Européene des Migrations Internationales*, 17 (2), pp. 9-36.
- Takaki, Roland (1989), *Strangers from a different shore. A history of Asian Americans*, Nueva York, Penguin Books.
- Van Hear, Nicholas (1998), *New diasporas. The mass exodus, dispersal and re-grouping of migrant communities*, Londres, UCL Press.
- Vear, Peter van der, ed. (1995), *Nation and migration. The politics of space in the South Asian diaspora*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Wang Gungwu (2000), *The Chinese overseas. From earthbound China to the quest for autonomy*, Cambridge, Harvard University Press.

Wong, Lloyd (1997), «Globalization and transnational migration», *International Sociology*, 12, pp. 329-351.

Epílogo

Victor Pou

El peso de los derechos humanos en las relaciones exteriores de la Unión Europea

La UE respeta y promueve los principios universales tal como están definidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en sus Convenios complementarios: Convenio Internacional sobre Derechos Cívicos y Políticos y Convenio Internacional sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales.

La UE también se basa en los principales instrumentos internacionales y regionales para la protección de los derechos humanos, incluida la Convención Europea sobre Derechos Humanos.

Todos estos instrumentos encierran valores comunes que afectan a las libertades fundamentales y los principios democráticos, y que son universales, indivisibles e interdependientes. El respeto de estos valores es una condición necesaria para el desarrollo eficaz de una sociedad.

Otras importantes fuentes para la UE son la declaración y el programa de acción de la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos de Viena (1993), las declaraciones de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (El Cairo, 1994), de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social (Copenhague, 1995) y de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 1995).

Un primer paso importante en la *integración de los derechos humanos y de los principios democráticos en las políticas de la UE* se dio cuando entró en vigor el Tratado de Maastricht en 1993. Dicho Tratado considera que uno de los objetivos de la PESC (Política Exterior y de Seguridad Común) es el desarrollo y la consolidación de «la democracia y

del imperio de la ley, el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales».

Más tarde, el Tratado de Amsterdam, en vigor desde 1 de mayo de 1999, da un nuevo paso adelante, cuando en su artículo 6 declara que «la UE se basa en los principios de libertad, democracia, respeto de los derechos humanos y libertades fundamentales, y el imperio de la ley, principios que son comunes a los Estados miembros».

La Carta Europea de Derechos Fundamentales se proclamó oficialmente en la cumbre europea de Niza de diciembre del 2000, que probablemente se integrará en la futura Constitución europea (así lo prevé el proyecto de Constitución recientemente aprobado por la Convención sobre el futuro de Europa, junio del 2003).

Desde los años noventa, la Comunidad Europea (CE) ha introducido más o menos sistemáticamente la llamada cláusula de derechos humanos en sus acuerdos bilaterales y de cooperación, incluidos los Acuerdos Europeos (centro y este de Europa), los acuerdos mediterráneos y los acuerdos con los países de África, del Caribe y del Pacífico (ACP). Desde 1995, se incluye en todos los acuerdos generales (no los sectoriales).

La Comisión ha producido varias Comunicaciones sobre derechos humanos, la última de mayo del 2001. Últimamente se han producido iniciativas sobre derechos humanos involucrando la actividad de las ONG. La actividad de la recién constituida EuropeAid (Agencia de Cooperación Europea) en la Comisión Europea tiene en cuenta todas estas iniciativas y políticas. Los últimos acuerdos de libre cambio negociados por la UE incluyen sistemáticamente una cláusula sobre derechos humanos (recientes acuerdos con Chile, México, Irán, etc.).

Contenciosos vividos con Singapur y China sobre derechos humanos. La universalidad de los derechos humanos

Participé desde el primer momento en los preparativos para el lanzamiento del ASEM (Asia-Europe Meeting; primera cumbre celebrada en Bangkok el año 1996) desde la Comisión Europea.

En las primeras reuniones preparatorias con Singapur y ASEAN, aparecía con frecuencia el fantasma de las declaraciones del líder singapurense Lee Kuan Yew (gran campeón de los «valores asiáticos»), del

embajador Tommy Ko y del ministro de Asuntos Exteriores de Singapur Mahbubani sobre la superioridad de los «valores asiáticos», sobre su no contemplación de la libertad de la misma manera como se contempla en Occidente y sobre la no universalidad de los derechos humanos («puede ser perjudicial la universalidad si se usa para enmascarar la realidad de la diversidad», declaró el ministro).

Habitualmente China era responsable de tensiones y crispaciones en aquellos preparativos, cuando aparecían temas relacionados con su integridad territorial (Taiwan, Tibet) o sobre democracia y derechos humanos. China se encerraba en sus posiciones y se ponía a la defensiva. Destacaba los derechos de carácter económico por delante de los políticos.

Un gran paso adelante se produjo en el ASEM III de Seúl (año 2000) cuando los líderes allí reunidos adoptaron una declaración reconociendo la universalidad de los derechos humanos: «Leaders committed themselves to promote and protect all human rights, including the right to development, and fundamental freedoms, bearing in mind their universal, indivisible and interdependent character as expressed at the World Conference on Human Rights in Vienna». China fue la responsable de incluir la frase «including the right to development» (tradicción comunista china de situar el derecho al desarrollo por delante de los derechos civiles y políticos, «que no tienen sentido en las masas iletradas y hambrientas», según consta en un documento oficial de 1991), considerada aceptable por todos, y el resto convenía totalmente a la UE.

Sobre el pensamiento de Lee Kuan Yew, hago más las consideraciones del profesor Amartya Sen cuando dice que no es cierto que los «valores asiáticos» sean menos favorables a la libertad y lo sean más del orden y de la disciplina. Ambos valores están presentes. En la cultura asiática hay un claro compromiso con la libertad individual y con la libertad política. No hay evidencias claras de que un gobierno autoritario sea más beneficioso para el desarrollo económico que un gobierno democrático. Los sistemas de «valores asiáticos» son muy diversos, pero en todos ellos se da este compromiso. Amartya Sen encuentra fundamentos en el budismo, en el hinduismo, en el confucianismo, etc.

Pienso que las tradiciones culturales occidental y asiática, a pesar de sus diferentes raíces, tienen en común la defensa de unos principios humanos básicos, que son universales. Dice Sen: «The idea of ‘human rights’ has to be properly understood. In the most general form, the notion of human rights builds on our shared humanity. These rights are not

derived from citizenship in any country, or membership in any nation. They are taken as entitlement of every human being». Dicho esto, el reconocimiento de la diversidad es esencial en el mundo contemporáneo.

Por supuesto que ambas tradiciones —la occidental y la oriental— se han podido manipular y poner al servicio de intereses espurios. El profesor Seán Golden nos habla ciertamente de la manipulación en Occidente para dominar colonialmente Asia. En Asia, algunos defensores de los derechos humanos también nos hablan de la manipulación de los «valores asiáticos» para practicar detenciones ilegales, torturas, vejaciones, etc.

Según Xiaorong Li, hay tres maneras de entender si un valor es universal o culturalmente específico: por el origen, por su puesta en práctica y por su validez. Por su origen, los derechos humanos son occidentales, pero no es precisamente en este sentido de origen que se les tiene por universales.

Unilateralismo y multilateralismo en la escena internacional: coincidencias de puntos de vista entre la UE y China

Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 constituyen, a los ojos de muchos observadores, el punto de partida de un nuevo orden mundial o, si se quiere, de un nuevo desorden mundial en el que destacan particularmente las tensiones entre unilateralismo y multilateralismo.

La nueva doctrina norteamericana de guerras preventivas erosiona claramente el papel de las instituciones internacionales.

Dentro de este nuevo contexto internacional, Europa (primera potencia económico-comercial del mundo, no así militar) es vista por los asiáticos y particularmente por China como un contrapeso a la hegemonía norteamericana, aunque consideren a la UE como un *soft power* y no como un *hard power*. Los asiáticos ven que Europa puede desempeñar un papel de *honest broker* en el concierto mundial. A los ojos chinos, el acercamiento a Europa es favorable para la consolidación de un auténtico equilibrio internacional. China y la UE son dos potencias emergentes que se dan la mano, se necesitan y se complementan.

China se ha manifestado como firmemente partidaria de la consolidación de un mundo multipolar y en esto coincide plenamente con la UE.

Para la UE es una cuestión de principios. Para China, además, es una cuestión de intereses (contrapeso a la hegemonía norteamericana).

El profesor Seán Golden ha descrito que China ha sufrido tradicionalmente las embestidas coloniales en nombre de unos valores pretendidamente universales basados en la Ilustración y justificativos de conquistas en todo el mundo. Es la manipulación de los derechos humanos desde Occidente, tal como veíamos antes. Ahora China contempla —prosigue Seán Golden— cómo la historia se repite con la nueva doctrina internacional de la administración Bush (guerras preventivas). En este contexto, los «valores asiáticos» son vistos en Asia como un escudo frente a los valores occidentales, que justificaron en su día el imperialismo y que en la actualidad justificarían un neoimperialismo económico. También se consideran favorecedores del multilateralismo frente al unilateralismo.

Por otra parte, China contempla cómo para muchos, en el mismo Occidente, aquellos valores pretendidamente «universales» basados en la Ilustración pertenecen a una «modernidad» ya superada, con lo que hay una tendencia en China que consiste en alentar el paso directo a la posmodernidad sin pasar por la modernidad, manteniendo en vigor al mismo tiempo los valores asiáticos. Estaríamos ante el caso de un posmodernismo chino, que sería un antimodernismo occidental.

No cabe duda de que Europa y China, y Asia en general, deberán continuar su diálogo para encontrar denominadores comunes a los conceptos de «derechos», «valores» y «democracia».

Nota sobre los autores

ALAGAPPA, MUTHIAH. Doctor en Relaciones Internacionales de la Fletcher School of Law and Diplomacy, Tufts University (EEUU); director del East-West Center, Washington, D.C. (EEUU); ha sido profesor en Columbia University (EEUU), Stanford University (EEUU), Keio University (Japón) y la Nanyang Technological University (Singapur); es autor-coordinador de *Civil Society and Political Change in Asia: Expanding and Contracting Democratic Space*, *Asian Security Order: Instrumental and Normative Features*, *Coercion and Governance: The Declining Political Role of the Military in Asia*, entre otros libros.

BELTRÁN ANTOLÍN, JOAQUÍN. Antropólogo social, doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid; profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona; colaborador del Programa Asia de la Fundació CIDOB; director de la Biblioteca de China contemporánea de Edicions Bellaterra (Barcelona); ha realizado trabajo de campo en la República Popular China, y es autor de *Los ocho inmortales cruzan el mar. Chinos en Extremo Occidente*, entre otras publicaciones.

BRAÑAS ESPÍNEIRA, JOSEP MANUEL. Profesor titular de Economía Aplicada de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB); coordinador del Graduado Superior en Estudios Internacionales e Interculturales (UAB); coordinador de la Sección de Estudios Coreanos del Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals (UAB); colaborador del Programa Asia de la Fundació CIDOB; es autor de estudios y de diversas publicaciones sobre las dos Coreas y la economía de Asia oriental.

BRESLIN, SHAUN. Profesor de Ciencias Políticas e investigador en el Centre for the Study of Globalisation and Regionalisation en la Universidad de Warwick (Reino Unido); co-editor de *The Pacific Review*; investigador en el Centro de Estudios Europeos de la Universidad del Pueblo (Pekín); asesor sobre Hong Kong y China para la comisión de relaciones internacionales del Parlamento británico; es autor de *China in the 1980s: Centre-Province Relations in a Reforming Socialist State*, y de *Mao*, entre otros libros.

BUSTELO GÓMEZ, PABLO. Profesor titular de Economía Aplicada en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid; director del Grupo de Estudios Económicos de Asia Oriental (GEEAO) de la UCM; analista del Real Instituto Elcano; es autor de *Crisis financieras en economías emergentes: enseñanzas de Asia oriental* y de *Desarrollo económico e integración comercial en Asia oriental*, entre otros libros, y de numerosos artículos sobre las economías de Asia oriental.

FAURE, GUY OLIVIER. Profesor de Sociología en la Universidad de la Sorbona (París), en el Europe Management Institute (Pekín), y en la China Europe Internacional Business School (Shanghai); asesor sobre estrategias de negociación para muchas universidades y entidades internacionales, es editor de las revistas *Negotiation Journal* (Harvard, Cambridge), *Group Decision and Negotiation* (Nueva York) e *International Negotiation* (Washington), y autor de numerosas publicaciones editadas en nueve idiomas, incluyendo el chino.

GOLDEN, SEÁN. Profesor de Estudios de Asia Oriental en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB); antiguo decano de la Facultad de Traducción e Interpretación (UAB); director del Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals (UAB); director del Programa Asia de la Fundació CIDOB; asesor de Casa Asia; doctorado por la Universidad de Connecticut (EEUU), ha sido profesor en China e investigador invitado en China y en Hong Kong; es autor de diversas publicaciones sobre Asia.

LOUIE, KAM. Profesor de estudios chinos y director del Centro China-Korea en la Universidad Nacional de Australia; hizo sus estudios en la Universidad de Sydney, la Universidad China de Hong Kong, y la Uni-

versidad de Pekín; autor de *Theorising Chinese Masculinity: Society and Gender in China*, *The Politics of Chinese Language and Culture*, *Between Fact and Fiction: Essays on Post-Mao Chinese Literature and Society*, *Inheriting Tradition: Interpretations of the Classical Philosophers in Communist China, 1949-1966*, y *Critiques of Confucius in Contemporary China*, entre otros libros.

MONTOBBIO DE BALANZÓ, MANUEL. Embajador en misión especial. Ha sido director del Gabinete del Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y diplomático en la Embajada de España en Yakarta, Indonesia y Singapur, entre otros destinos; doctor en Ciencias Políticas por la Universitat Autònoma de Barcelona, y experto en temas de cooperación y desarrollo y procesos de paz en América Latina; es autor del libro *La metamorfosis del Pulgarcito. Transición política y proceso de paz en El Salvador*, y de numerosos artículos y capítulos de libros.

POU SERRADELL, VÍCTOR. Consejero de Relaciones Exteriores en la Comisión Europea; profesor de Análisis Social y Económico del IESE, Universidad de Navarra; profesor Jean Monnet de Integración Europea; doctor en Derecho por la Universitat de Barcelona; es autor de varios libros y numerosos artículos sobre integración europea y Relaciones Internacionales.

SERRA I SERRA, NARCÍS. Presidente de la Fundació CIDOB; profesor de Economía en la Universitat Autònoma de Barcelona; ha sido consejero de Política Territorial y Obras Públicas de la Generalitat de Catalunya, alcalde de Barcelona, ministro de Defensa, vicepresidente del Gobierno y diputado en el Parlamento por el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC).

